# José Carlos Mariátegui

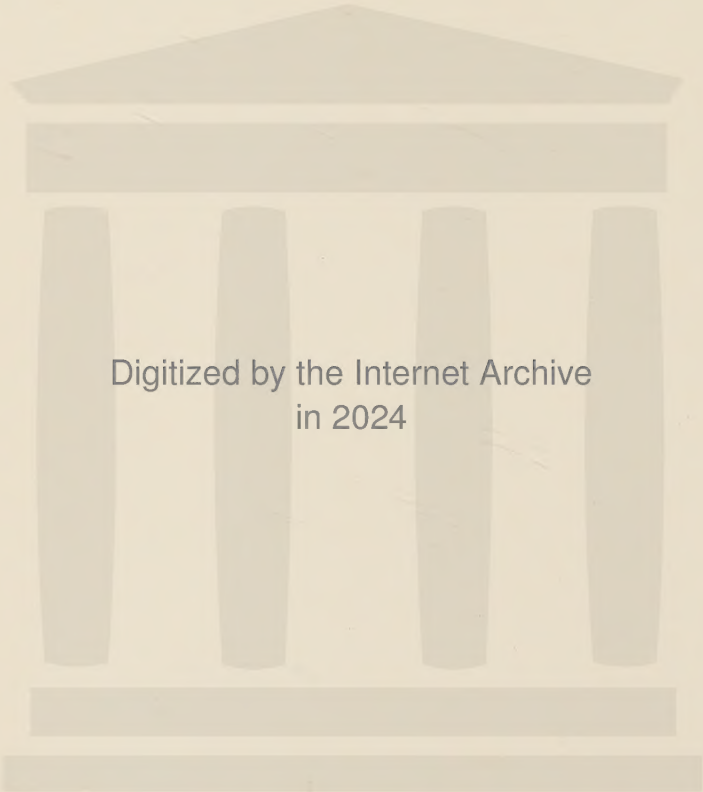
UNIVERSITY OF ARIZONA
39001032615422

Voces IV

## Escritos Juveniles

La Edad de Piedra

7



Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/escritosjuvenile0007jose

BIBLIOTECA AMAUTA/OBRAS COMPLETAS DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

# ESCRITOS JUVENILES

(LA EDAD DE PIEDRA)

TOMO 7

## Voces IV

Compilación de Alberto Tauro

PQ
8497
M267
A6
1997
v.7

BIBLIOTECA AMAUTA
LIMA PERÚ

© Empresa Editora Amauta S.A.
Calle 1 Nº 142, Urb. Sta. Lucía
Km. 2.600 C. C. – Ate, Lima 3
Casilla de Correos 10111, Lima 100

# *NOTA EDITORIAL*

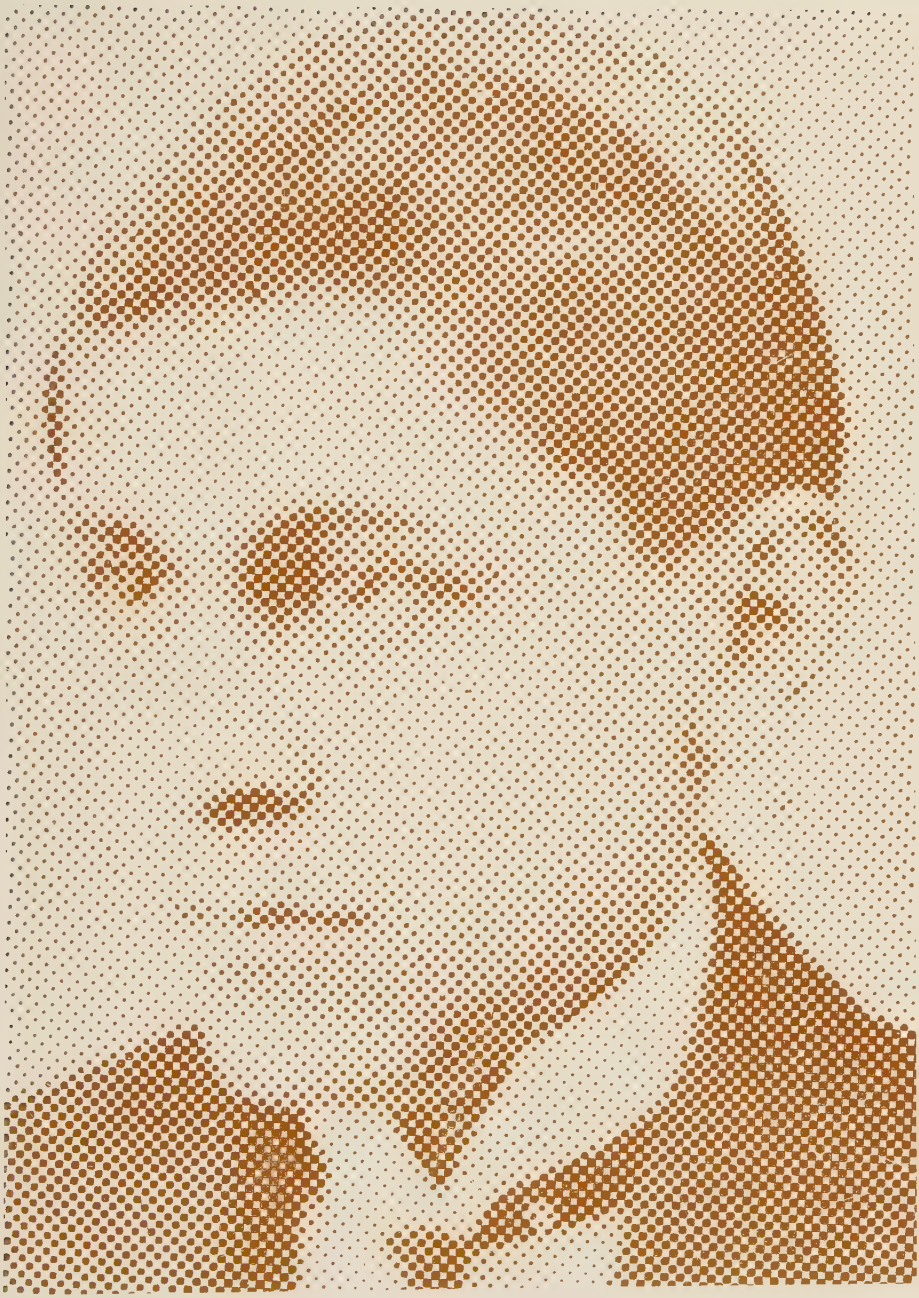
*Este tomo séptimo de* Escritos Juveniles *(Voces IV) continúa con las crónicas de la columna publicada en el diario* El Tiempo *del 2 de marzo al 11 de octubre de 1918, volumen igualmente importante para valorar integralmente la obra de José Carlos Mariátegui, la más significativa producida entre los peruanos del siglo veinte por su proyección humanista y su dimensión mundial.*

*Aquí prosigue el joven Mariátegui con sus observaciones originales y sus certeros diagnósticos en crónicas donde la vida política del segundo decenio del siglo aparece transparentada en su prosa rebosante del humor, ironía y sarcasmo propios de su mentalidad analítica.*

*Esta vena festiva no se diluye en la onda frívola y barata, ni en la sátira chabacana, ni en el remilgo de mal gusto que todo lo degrada; es, por lo contrario, un modelo fino de delicadeza corrosiva ejemplar para los tiempos que corren, burdamente pragmáticos.*

*Con la presente edición, la Empresa Editora Amauta proporciona al lector acucioso, tanto como al investigador agudo y al simpatizante fervoroso, un hito más en el camino que cada día se construye con un paso más en el conocimiento de la obra, de la biografía y de la dimensión visionaria de José Carlos Mariátegui.*

*Los Editores*



*JOSE CARLOS MARIATEGUI (Juan Croniqueur), 1914.*

# VOCES IV

VOCES

*Pistas y "pistos"*

Una de las preocupaciones sustantivas del gobierno del señor Pardo es la del progreso del automovilismo peruano. Y el país siente que esta es una preocupación elegante y distinguida que prueba todo lo que tiene de moderno el espíritu presidencial. Una preocupación que será en la historia nacional la mejor expresión de la fisonomía de este gobierno tan maltratado por el comentario neurótico y descontento de su pueblo.

El señor Pardo ama al automóvil. Piensa que el automóvil es un hotel trashumante de la fortuna. Sabe que en nuestro siglo andan identificadas indisolublemente la felicidad y la gasolina. Nunca se cree más venturoso que cuando, dentro de su automóvil, huye de la ciudad para correr por sus avenidas. Y, deseoso de la ventura de su pueblo, sueña con que cada peruano tenga un automóvil.

Mucha gente murmuradora y hosca se obstina en herir y desacreditar estas orientaciones del gobierno del señor Pardo. Lo llaman, por tal motivo, gobierno frívolo, gobierno superficial, gobierno "entalladito". Soliviantan a la muchedumbre mestiza con su declamación plebeya y altisonante. Gritan que ese dinero que se gasta en ablandar y extender las pistas de automóviles debe ser gastado en saciar el hambre de los descamisados y de los famélicos.

Pero estas protestas tropiezan con la repulsa de la gente selecta y entallada que aprecia tanto como el señor Pardo las excelencias del automóvil y que comprende tanto como el señor Pardo la necesidad de que nos vinculen con el mar y con el campo muchas pistas mullidas, luengas y regaladas.

Amparado por el buen gusto nacional, impulsado por el señor Pardo que ha hecho de su protección un capítulo de su programa de gobierno y favorecido por todos los hombres de buena voluntad y elevado sentimiento, prospera y se engrandece el automovilismo en el Perú. Y hasta ha

surgido una institución –el Automóvil Club–que merece todas las complacencias, todas las gracias y todas las atenciones del señor Pardo, quien mira en ella una obra de su gobierno próvido y sabio.

Cotidianamente publican los diarios la noticia de que los personeros del Automóvil Club han dialogado con el señor Pardo para cambiar ideas sobre los arduos e interesantes problemas del automovilismo. Y asistimos a una serie de esfuerzos generosos del gobierno para que se multipliquen las pistas que hemos de recorrer en las tardes displicentes y en las noches voluptuosas.

Hasta nosotros, resignados comentadores de los acaecimientos peruanos, llegan de vez en vez las tentaciones de la gente que no se conforma con una administración de tan noble sentido estético. Pero nosotros nos defendemos de ellas. Nos declaramos mancomunados con el amor del señor Pardo al automóvil, al mar, al campo y a la velocidad.

Y sólo hoy por primera vez nos consideramos inexorablemente obligados a hacernos eco de un reproche contra el automovilismo del gobierno. Han venido a la imprenta nuestros amigos del Jockey Club conmovidos por la noticia del propósito gubernativo de crear una contribución al sport del hipódromo para aumentar las pistas de automóviles. Y nos han preguntado:

–¿Les parece bien a ustedes que un presidente gentleman hostilice las carreras de caballos?

Hemos respondido inmediatamente que no, con todo el fuego de un gran convencimiento.

Y, fortalecidos por ese no, nuestros amigos de Jockey Club han clamado al cielo:

–¡No es posible que los caballos de carrera carguen con el peso de los automóviles!

Tenemos pues que quejarnos acerbamente de un reprobable desvío del señor Pardo. Tenemos que asombrarnos de que un presidente de inclinaciones tan aristocráticas pretenda abrumar con una contribución a las carreras de caballos. Tenemos que decirle que en el espíritu de un gentil hombre el amor al Automóvil Club no debe acentuar el amor al Jockey Club. Tenemos que acometer denodadamente la defensa del gentil espectáculo de las carreras favorecido en otros tiempos por las predilecciones y mercedes del señor Pardo.

Bien está que se proteja al automóvil. Pero no está bien que se le proteja a costa del caballo de carrera. Reflexionemos en que el caballo de carrera

es también raudo, bello, elegante y frágil. Reflexionemos en que, sobre todo, es británico. Y reflexionemos en que se halla, por ende, bajo el auspicio del señor don Óscar Víctor Salomón que posiblemente está resuelto a dar una conferencia al aire libre para probarlo...

(En *El Tiempo*: Lima, 2–III–1918)

VOCES

*La Punta, alegre...*

Poco ha conmovido a la ciudad la presencia del señor don Samuel Sayán y Palacios en el ministerio de gobierno. Después de los primeros minutos del besamanos el pensamiento de la ciudad se ha separado de este acontecimiento político para girar alrededor de otros. Pero ha habido siempre un pueblo donde el nombramiento del señor Sayán y Palacios ha sacado de quicio a las gentes. Y ese pueblo no ha sido el pueblo rústico, humilde y serrano de Ambo, representado por el señor Sayán y Palacios en el Congreso. Ha sido el pueblo vernal y luminoso de La Punta, perteneciente a la denodada y bizarra provincia del señor Secada, terrible martillo de los liberales.

La Punta no mira en el señor Sayán y Palacios al parlamentario. No mira al ciudadano. No mira al abogado. No mira al amigo del señor don Óscar Víctor Salomón. Mira sólo al vecino de La Punta.

Preguntadas las gentes de La Punta sobre el señor Sayán y Palacios, responderán seguramente:

–¡El señor Sayán y Palacios es un gran hombre! ¡Se baña en La Punta!

Estamos a punto de convencernos de que no hay pueblo más solidario con la gloria y con el mérito de sus vecinos que el pueblo de La Punta. Si el señor Sayán y Palacios no fuera vecino de La Punta probablemente ya habrían concluido para él las cumplimentaciones. Ya el señor Sayán y Palacios habría acabado de saborear la luna de miel del ministerio. Ya habría salido de la hora de las fiestas. Su condición de vecino de La Punta le sirve para que hasta ahora sea un ministro que anda de ventura en ventura.

Paseándose por La Punta hemos constatado nosotros personalmente su alborozo. Y hasta hemos creído que la alegría de La Punta no era producida por el nombramiento del señor Sayán y Palacios.

Y hemos abordado así a algunas personas:

–¿Tanto les place a ustedes que el señor Arenas se haya ido del Ministerio de Gobierno?

Pero en seguida desvaneció nuestra incertidumbre la respuesta unánime de que el motivo del contentamiento de La Punta no era el señor Arenas sino el señor Sayán y Palacios. El excelente vecindario de La Punta no ha tenido por qué regocijarse de que el señor Arenas haya dejado de ser ministro de gobierno. No ha alentado enojo alguno contra el señor Arenas. No ha conocido bien siquiera a otro señor Arenas que al coronel de gendarmes que guarda el orden público metropolitano.

Tanta es la intensidad con que La Punta celebra el nombramiento del señor Sayán y Palacios, que hasta el fosforescente y nervioso señor Secada, punteño esclarecido, se siente forzado a apartarse transitoriamente de su acerbo antiliberalismo y a asociarse al homenaje del balneario al ministro de gobierno.

Clama por eso el señor Secada:

–Yo no puedo seguir viviendo en La Punta. Antes era vecino de La Punta el Presidente de la República. Ahora es vecino de La Punta el ministro de gobierno. ¡La Punta está siempre en el gobierno!

Y los punteños le rectifican:

–¡El gobierno está siempre en La Punta!

(En *El Tiempo*: Lima, 3–III–1918)

VOCES

*Otra vez*

La gente no ha querido convencerse así no más de la formalidad de la candidatura del señor Aspíllaga. Ha visto al señor Aspíllaga conchabado con el señor Pardo. Ha visto al señor Pardo conchabado con el señor Aspíllaga. Pero, sin embargo, ha seguido moviendo negativamente la cabeza.

Y ha repetido persistentemente:

–¡No puede ser!

Y no es que la gente no estime al señor Aspíllaga. Es que la gente no concibe que una persona de buen gusto como el señor Aspíllaga, una persona dueña de tantas venturas y regalías, una persona desvinculada de las muchedumbres, una persona rodeada de flores, de cuadros, de caballos de carrera y de millones, se avenga con la azarosa condición de candidato a la presidencia de la república.

Piensa la gente que si el señor Aspíllaga hubiera nacido para caudillo, si siempre le hubiéramos conocido de conductor de multitudes o si hubiera mostrado alguna vez tendencia orgánica de demagogo, sería razonable que ahora pusiera en peligro su felicidad y su sosiego para acometer una aventura democrática y plebeya. Pero que, puesto que jamás el señor Aspíllaga ha pretendido ser un leader popular, puesto que se ha alejado sistemáticamente del tumulto, puesto que no ha alterado la elegante normalidad de su vida burguesa con una empresa revolucionaria, puesto que nunca se le ha sabido complicado en ninguna conspiración criolla; no guarda consonancia con su ritmo personal esta repentina resolución suya de permitir que el señor Pardo le haga su candidato a la presidencia de la república.

Acontece, sobre todo, que el señor Aspíllaga había generado en el ánimo de la gente el convencimiento de que no volvería a ser candidato mediante su declaración de otros días:

–¡Yo estoy muy sereno, muy tranquilo, muy ecuánime!

Fiando religiosamente en la palabra del señor Aspíllaga, repetida con pertinacia por sus hidalgos hermanos don Ramón y don Baldomero, la gente había exclamado confiada y segura:

–¡Oh, el señor Aspíllaga! ¡Tan sereno! ¡Tan tranquilo! ¡Tan ecuánime!

Y ha sido así difícil que se haya creído en la posibilidad de la candidatura del señor Aspíllaga. La candidatura del señor Aspíllaga ha dado, por esto, sus primeros pasos dentro de una atmósfera de incredulidad porfiada. Se le ha sentido al señor Aspíllaga continente de candidato. Y se ha continuado dudando de que cediera a estas tentaciones de cuaresma que van a hacerlo por segunda vez postulante a la presidencia de la república.

Pero, poco a poco, ha tenido la ciudad que persuadirse de que el señor Aspíllaga es el candidato del señor Pardo. Lo han tomado como una flaqueza del señor Aspíllaga. Y, mirando circular el automóvil del señor Aspíllaga por las calles metropolitanas, han exclamado:

–¡Otra vez don Ántero! ¡Otra vez candidato!

Y en esta exclamación no ha habido hostilidad. Ha habido sólo amorosa consternación. Porque la ciudad ha sentido que el señor Aspíllaga va a claudicar de su buen gusto, de su elegancia y de su estética para contaminarse con el sudor de los clubes de virotes mercenarios, para exponerse a las turbulencias de la jornada cívica, para entregarse a los vaivenes del tumulto mestizo y para penetrar dentro de los dominios de la zambocracia como dentro de un túnel hosco y tenebroso.

(En *El Tiempo*: Lima, 4–III–1918)

VOCES

*Leguía viene*

Esta venida del señor Leguía no es ya una sospecha. No es ya una esperanza. No es ya una corazonada. No es ya una aspiración. No es ya un cuco. Poco a poco se ha transformado en una certidumbre que emociona y estremece a la república y que desasosiega y confunde a hosca gente que mira al señor Leguía con enojo, miedo y aprensión.

Desde hace mucho tiempo ha venido sonando el mismo anuncio que acaba de sonar ahora formal, concluyente y sonoro:

–¡Leguía viene!

Pero este anuncio, que para unos ha tenido virtualidad de consuelo y para otros ha tenido virtualidad de amenaza, ha sido siempre no un anuncio sino un anhelo. Un anhelo que no queria ser sólo un anhelo. Y que por eso trataba de parecer un anuncio.

Era que el sentimiento nacional iba haciendo del señor Leguía la condensación de una fe vaga y dispersa. Cuando mayores eran la aflicción o el desconcierto de la república, ponían los peruanos los ojos en Londres como los ponen los cristianos en el Cielo. Y creían en que de Londres habían de llegarles todas las venturas como los cristianos creen que han de llegarles del cielo.

La afirmación era, pues, espontánea:

–¡Leguía viene!

Había, sin embargo, gente de mala voluntad que se reía de la fe popular. Gente que sabía que la noticia de la venida del señor Leguía no era precisamente una noticia sino más bien una aspiración. Gente que pretendía amargar y entenebrecer más todavía el espíritu ciudadano.

Y que exclamaba moviendo la cabeza:

–¡No viene Leguía!

Reaccionaba la esperanza popular. Se enardecía bravamente. Y gritaba:

–¡Leguía viene!

Pero entonces, a pesar de la fe de las multitudes, había siempre algunas voces vacilantes que decían:

–Sí, ¡pero cuándo!

Ahora han terminado las dudas y los temores. El viaje del señor Leguía está oficialmente avisado. Aunque parezca mentira el señor Leguía va a abandonar Londres, esa gran ciudad donde tan regalada y civilizadamente vive, para volver a esta tierra donde el señor don Manuel Bernardino Pérez lo espera con camisa rosada y traje verde. Y ni siquiera para rendirle vasallaje sino para agredirlo con sus refranes. (Tal vez ocurre que ni el señor Leguía se imagina aún la sensación que debe sentir una persona que deja de ser gobernada por Lloyd George para ser gobernada por un estadista criollo, que si no es el señor Tudela y Varela es el señor Germán Arenas).

Ante la noticia del viaje del señor Leguía, la gente que le quiere mal habla de esta manera:

–Bueno. ¡Leguía viene! Pero, ¿para qué?

Llenos de fe los leguiístas les responden:

–¡Para ser Presidente de la República!

Y entonces esa gente torna a sonreírse. Y a mover la cabeza. Y a pronunciar una negativa. Una negativa que los leguiístas no replican. Porque piensan que lo sustantivo es que el señor Leguía venga. Que venga no más. Que nadie sabe todo lo que después puede ser acontecedero y posible. Sobre todo mientras nuestro buen amigo el famoso señor don Alfredo Piedra no se haya curado de la nostalgia del 4 de febrero...

(En *El Tiempo*: Lima, 6–III–1918)

VOCES

*Ruta conocida*

Halado por sus caballos de carrera camina el carro de la candidatura Aspíllaga. El señor don Baldomero Aspíllaga, el insigne presidente de la Compañía Peruana de Vapores, es su automedonte. Y el señor Pardo, el gentil caballero que nos manda, es su padrino.

Este carro de la candidatura Aspíllaga no recorre una ruta desconocida. Recorre una ruta familiar. Una ruta que no tiene vericueto ni bache ignorados por los señores Aspíllaga y por sus parciales. Una ruta que obstruyeron en 1912 las jornadas cívicas de las plebeyas muchedumbres billinghuristas, acaudilladas por el Conde de Lemos, que no era conde todavía. Una ruta cuya meta esperan alcanzar ahora los señores Aspíllaga con la gracia del Sr. Pardo y la pujanza de sus automóviles.

No es aún visible para las muchedumbres criollas la candidatura Aspíllaga. Para serlo, necesita subir a la presidencia del partido civil. Hacia esta posición, ocupada hasta hoy por nuestro señor D. Javier Prado, avanza actualmente la candidatura Aspíllaga. Avanza a toda carrera.

El civilismo se prepara para reunirse en el General de Santo Domingo, o en cualquier otro General más o menos histórico, y poner al señor don Ántero Aspíllaga en la presidencia del partido. Quisiera el señor Aspíllaga que el civilismo pudiera con la misma facilidad ponerle en la presidencia de la república. Pero desgraciadamente el civilismo no es aún todopoderoso.

Convergen las miradas nacionales sobre el señor don Javier Prado para atisbar su sentimiento. Y aquellas miradas que aguardaban hallarle apenado se sorprenden de hallarlo risueño. El señor don Javier Prado se marcha del partido civil tranquilo y contento. A su amor propio le sobra con que el señor Pardo no le haya obligado a irse. Y con haber permanecido en la presidencia del civilismo todo el tiempo preciso para mantener desazonada el ánima del señor Pardo.

Piensa la gente que el señor Prado puede dejarle en cualquier momento al señor Aspíllaga el título de presidente del civilismo. Pero que no puede dejarle en cambio el título de maestro de la juventud. Ni el título de profesor de energía. Y que con estos títulos se conforma el señor Prado. Que no podría conformarse en cambio con el solo título de presidente del civilismo destinado a alborozar al señor Aspíllaga.

Muy pronto hemos de ver, pues, al señor don Ántero Aspíllaga en la presidencia del partido civil. Una vez en esa presidencia el señor Aspíllaga se va a sentir tal vez muy cerca de la presidencia de la república. Le va a parecer que la presidencia del partido civil es la antesala de la presidencia de la república. Y que el señor Prado va a salir de esa antesala para que él entre en ella.

Pero, sin embargo, hay gente amiga del señor Aspíllaga, aunque escéptica y vacilante, que no comparte su optimismo y que no se solidariza con su esperanza. Gente que aguarda que de repente surjan otra vez las jornadas cívicas. Y que le dice al señor Aspíllaga:

–¡Señor! ¡Conocemos el camino de la presidencia! ¡Conocemos sus tortuosidades! ¡Pero no conocemos su anhelado punto final!

El señor Ántero Aspíllaga, alegre y confiado tiene entonces un reproche evangélico:

–¡Hombres de poca fe!

Y, si la gente lo contradice y le pide que se acuerde de las desventuradas elecciones de 1912, las abruma con un argumento criollo perteneciente a la colección refranera del señor Pérez:

–¡Preso por mil, preso por mil quinientos!

(En *El Tiempo*: Lima, 7–III–1918)

VOCES

*Donjuanismo político*

Para el señor don Ántero Aspíllaga las modalidades de la política se confunden con las modalidades de la galantería. Más aún: la política es una de las modalidades de la galantería. Un buen garzón es mejor político que un buen estadista. Y cualquier gentilhombre puede sugestionar más a los hombres que cualquier pensador. Un político, en suma, no es el que con más talento convence, sino el que con más donaire enamora.

Estos conceptos del señor Aspíllaga no aparecen por primera vez entre nosotros. Antes bien, nos son familiares. Nos son perfectamente familiares. Precisamente el gobierno del señor Pardo ha sido el gobierno del donjuanismo político. También el señor Pardo, conocedor acaso de la psicología nacional, ha participado del pensamiento del señor Aspíllaga. Y ha mirado, por eso, a su hermano don Juan como su principal colaborador en el gobierno de la república.

Mas el fervor con que el señor Aspíllaga profesa este donjuanismo tiene algún origen particular. Un origen recóndito. Un origen secreto. Acontece que el señor Aspíllaga no quiere que su condición transitoria de candidato maltrate o empañe su condicion permanente de gentleman. Pretende ser un gentleman-candidato o un candidato-gentleman. Se preocupa de que el hálito de la democracia mestiza no oscurezca ni marchite sus atributos de gentil-hombre. Y por estas razones acomete una empresa política como acometería una empresa galante.

No es el señor Aspíllaga un candidato que pronuncia sonoros discursos. Es un candidato que vierte dulces y sagaces palabras. No es un candidato de programas y conferencias. Es un candidato de discreteos. No es un candidato que adoctrina. Es un candidato que requiebra.

Tiene el señor Aspíllaga dos hermanos valiosos y eficaces: don Ramón y don Baldomero. Juntos los tres señores Aspíllaga pueden formar un triunvirato. Pero, sin embargo, le hace falta al señor don Ántero Aspíllaga

un hermano más: un hermano que se llamase don Juan. Que fuese al lado del señor Aspíllaga lo mismo que el señor don Juan Pardo y lo mismo que el señor don Juan Durand al lado de sus preclaros hermanos y caudillos.

Auxiliado por un hermano don Juan, el señor Aspíllaga progresaría más en sus conquistas actuales. Su candidatura sería una candidatura más fuerte. Y hasta sus caballos de carrera serían más veloces y más excelentes. Tal vez el señor Aspíllaga lo siente en los momentos en que su espíritu se reconcentra para penetrar en lo porvenir.

Mas ninguna de estas preocupaciones enturbia la mirada del señor Aspíllaga, ni deslustra su continente. El público mira al señor Aspíllaga en constante son de galanteo. Sigue las evoluciones y las inquietudes de su automóvil mullido y aristocrático. Cuenta sus visitas. Y atisba sus coloquios.

En el Club Nacional, en la noche del banquete al señor Restrepo, llegó a su mayor intensidad el donjuanismo del señor Aspíllaga. El ambiente festivo y elegante del Club Nacional excitó el temperamento galante del señor Aspíllaga. El señor Aspíllaga creyó oportuno y necesario hacer funcionar sobre los personajes presentes sus facultades de captación. Y para todos hubo sonrisas, cumplimientos y coqueterías iguales.

Pero siempre hubo un personaje preferido por los homenajes del señor de Cayaltí. Fue el ilustre parlamentario don Víctor M. Maúrtua. El señor Aspíllaga y el señor Maúrtua se exhibieron en larga y plácida conversación. Y, después, el señor Maúrtua recibió las cumplimentaciones risueñas de los concurrentes al banquete.

Sólo que se hallaba también en el banquete, presidiéndolo y gobernándolo, el señor don José Carlos Bernales, de quien se sabe que el señor Maúrtua es el más eminente y esclarecido de sus amigos. Y que contemplaba al señor Aspíllaga riéndose a la sordina.....

(En *El Tiempo*: Lima, 9–III–1918)

VOCES

*Esta tarde....*

Esta tarde, por obra del señor Pardo y gracia del señor Prado, será presidente del partido civil el señor don Ántero Aspíllaga. Se juntarán para nombrarlo los civilistas convocados por el señor don Enrique Echecopar. El General de Santo Domingo recobrará el viejo brillo de su grandeza histórica. Y hará su aparición oficial la primera candidatura a la presidencia de la república ocupada ahora por el señor Pardo.

El señor Aspíllaga quiere ser presidente. Como todavía no puede serlo de la república, se apresura a serlo del civilismo. Una vez que haya adquirido el título de presidente del civilismo le parecerá sencillo cambiarlo por el de presidente de la república.

Probablemente el señor Aspíllaga se pregunta por qué en el General de Santo Domingo no pueden darle la Presidencia de la República. Y, sin lograr explicarse estas complicaciones mecánicas de nuestra democracia, debe pensar que en el General de Santo Domingo está guardada la voluntad de la república.

Mirando al civilismo prepararse para ir hoy a la asamblea de Santo Domingo, contemplándolo cisionado, desmedrado y pálido, dice la gente espectadora:

–¡El civilismo está viejo! ¡Está enfermo! ¡Está valetudinario!

Y relee enseguida la nómina firmada por el señor Echecopar para analizar las furtivas semejanzas de su fisonomía, ora con la fisonomía de un cuerpo de bomberos, ora con la fisonomía de una sociedad de auxilios mutuos, ora con la fisonomía de cualquiera otra de aquellas fisonomías beneméritas de asociaciones criollas que engordan su bienaventuranza bajo el auspicio generoso de las armas de la patria.

Después de poner los ojos en esta nómina exclama la gente:

–¡Este es el civilismo! ¡Este es el civilismo que quiere acaudillar el señor don Ántero Aspíllaga!

Y se asombra la gente de que el jefe del civilismo haya sido hasta estos momentos el señor don Javier Prado, que es un hombre nuevo, que es un hombre pensador y que es un hombre sabio. Que no es por ningún motivo un hombre parecido al señor don Manuel Camilo Barrios, ni al señor don Rafael Villanueva, ni al señor don Manuel Bernardino Pérez que tienen talle, ánima, traje, modal y continente de civilistas orgánicos.

Suena por las calles esta interrogación :

–¿Bajo la presidencia de quién se va a reunir el civilismo? ¿Bajo la presidencia del señor Echecopar?

Y suena esta respuesta:

–No. ¡Bajo la presidencia del señor don Manuel Camino Barrios! ¡El señor Echecopar es todavía muy joven! ¡Todavía no es sino secretario del civilismo!

Entonces suena esta otra interrogación:

–¿Y el señor don Javier Prado y Ugarteche?

Y suena esta otra respuesta:

–¡El señor don Javier Prado está en Chosica! ¡En su amado pueblo de la dulce paz, del grato sosiego y de la buena leche!

Mientras tanto el señor don Ántero Aspíllaga siente que se renueva en su espíritu la misma ansiedad venturosa de aquellos días de 1912 en que aguardaba también que el concierto de sus buenos amigos civilistas lo hiciese presidente de la república en el General de Santo Domingo....

(En *El Tiempo*: Lima, 10–III–1918)

VOCES

*Tinglado civilista*

Ingenuo era aguardar la concordia de los príncipes del civilismo. Los príncipes del civilismo no se reconciliarán jamás. Y por ende, nunca podrá unificarse el civilismo, nunca podrán soldarse sus roturas, nunca podrán curarse sus disensiones, nunca podrán extinguirse sus cismas.

Un día nos hablaba así el señor Manzanilla:

–Tenemos en el civilismo tres o cuatro catedrales y tres o cuatro pontífices.

Ahora el señor Manzanilla figura en una junta directiva mirada por el pardismo como una junta de concentración. Pero seguramente el señor Manzanilla no cree que las tres o cuatro catedrales y los tres o cuatros pontífices del civilismo se hayan refundido en una sola catedral y en un solo pontífice. Sobre todo porque el pontífice del señor Manzanilla va a ser el señor Aspíllaga.

Piensa la gente que pasa dentro del civilismo lo que pasa dentro de la república. La concordia de todas las facciones es imposible. Cuando unas entran al gobierno otras salen de él. Un gobierno del civilismo, lo mismo que un gobierno de la república, no puede personificar todos los pareceres, todas las aspiraciones ni todos los intereses.

El civilismo no se ha juntado, por eso, en el general de Santo Domingo para unirse ni para soldarse. Se ha juntado solamente para que su gobierno pase de las manos del pradismo a las manos del pardismo. Para que pase de la dirección intelectual del señor Prado, maestro de la juventud, a la dirección plutocrática del señor Pardo, Presidente de la República.

El primero que así lo entiende, sin duda alguna, es el señor Pardo. Sabía el señor Pardo que no le era fácil adueñarse de la personería del civilismo. Y ha sido por esto que ha tenido que servirse del ardid de la candidatura del señor Aspíllaga a la Presidencia de la República. El señor Aspíllaga no podía reconciliar a la catedral civilista del señor Pardo con la catedral

civilista del señor Prado. pero sí podía conseguir que el señor Prado le dejase asumir la personería del civilismo. O sea que se aviniese con la hegemonía de la catedral civilista del señor Pardo bajo la jefatura de uno de sus amigos más viejos y queridos.

Así es como alguna buena y cándida gente limeña se sorprende de que la reorganización del partido civil no traiga aparejada la disolución del pradismo.

Y se dice:

–¡Cómo! ¡El señor don Javier Prado ha cesado de ser presidente del, partido civil, pero sigue siendo presidente del pradismo! ¿Entonces el pradismo no ha hecho sino cambiar de domicilio? ¿Entonces no se ha reconciliado ni refundido con el pardismo? ¿Entonces el señor Aspíllaga no es sino una incrustación pradista dentro de una junta pardista? ¿Y lo mismo es el señor Solf y Muro? ¿Y lo mismo es el señor Echenique? ¿Y lo mismo es el señor Chopitea?

El señor don Javier Prado no habla. Cuando la curiosidad pública se solivianta demasiado toma su tren para Chosica. Y cuando la curiosidad pública se atenúa reaparece en la ciudad. Y conferencia con sus amigos.

Subsisten, pues, las mismas catedrales civilistas de antes. Sólo ha habido una variación: la de que la catedral cismática no es ya la del pardismo, sino la del pradismo. Y una más: la de que el señor Manzanilla ocupa ahora lo que él posiblemente llamaría un sillón episcopal.

Pero todavía hay, por supuesto, gente desorientada que no halla muy claras estas cosas. Gente que se asombra de que el señor don Miguel Echenique, el leader nacional del Senado, figure entre los pradistas incrustados en la junta pardista. Y gente que oye atentamente al señor don Enrique Echecopar, buen amigo del señor Prado y buen amigo del señor Pardo, que, reporteado, habla de esta manera:

– .....

–Eso dicen. Que soy yo el gestor de la unificación. Pero no es cierto. ¡Aunque lo dicen mucho! ¡Muchísimo!

– .....

–Eso dicen también. Que no ha concurrido el doctor Javier Prado. Y creo que él no lo ha desmentido. ¡Pero sus amigos sí hemos concurrido! ¡Yo me considero amigo suyo!

– .....

–Amigo personal y amigo político.

– .....

–Pero ¿el señor Prado desaprueba la política del señor Pardo?

–.....

–¡Ah! ¡Yo no la desapruebo! ¡Yo soy amigo personal y político del señor Pardo! ¡Pero también del señor Prado!

(En *El Tiempo*: Lima, 13–III–1918)

VOCES

*Trueque desventurado*

Dolido anda el señor don Germán Arenas de haber cambiado la tranquila cartera de gobierno por la desapacible y azarosa cartera de hacienda. Acosado por los discursos contrarios al proyecto de emisión, perseguido por las miradas del público y acechado por las acérrimas burlas del señor Secada, evoca tristemente el señor Arenas los buenos días en que no se hallaban bajo su dirección los guarismos sino los gendarmes de la república. Y, espoleado por estos recuerdos, se arrepiente de haber caído en la mala y dura tentación de pasar del ministerio de gobierno al ministerio de hacienda.

Para el señor Arenas éste ha sido realmente un trueque desgraciado. Aunque el Ministerio de Gobierno es siempre embarazoso y temible, como bien debe sentirlo el señor García Bedoya , en los actuales tiempos ha dejado casi de serlo por concentrarse alrededor de los superávit y de los billetes las principales responsabilidades gubernativas. El país piensa que en la administración de la hacienda pública cumple el gobierno del señor Pardo sus mayores pecados, yerros y desmanes.

Por eso el señor Arenas pudo librarse de que lo llevaran a la versátil y tumultuosa Cámara de Diputados las interpelaciones de la oposición. Escudado por la gracia y el auspicio de la mayoría se mantuvo exento de golpes, de caídas y de desazones. Ni siquiera llegaron a perturbarlo las interpelaciones del formidable diputado iqueño señor Maúrtua, soliviantado por el menosprecio que se hacía de una ley suya destinada a moralizarnos y purificarnos mediante la destrucción del señorío nacional del pisco.

Apenas si el señor Secada, fosforescente y acerbo, y el señor Químper, burlón y travieso, se preocupaban a veces de ensombrecer la felicidad del señor Arenas amenazándolo con conducirlo de repente a la Cámara para que diese rienda suelta a esa elocuencia que guarda y esconde con una

perseverancia que ha inducido al señor Secada a aseverar que este funcionario del señor Pardo tiene un hondo parentesco espiritual con el muy afamado personaje de Eça de Queiroz señor Alves Pacheco.

En aquellos buenos días del Ministerio de Gobierno era la vida del señor Arenas, bajo todo concepto, una vida plácida, sosegada y burguesa. Durante el día las facultades mentales del señor Arenas funcionaban consagradas al ordenamiento de los gendarmes que velan por la seguridad gubernativa, por el orden público y por el decoro urbano. Y durante la noche el señor Arenas se daba a las holganzas del teatro, de la cena, del rocambor y de la cama. Consuetudinariamente, en todos los entreactos del Municipal, le veíamos circular por los oscuros pasillos de la galería, atisbando al gentío de la platea y de los palcos, y luego ocultarse como un ratoncillo asustado y presuroso, en la discreta reja deparada por el favor de los empresarios a la policía limeña.

Todos estos placeres, todos estos regalos, todas estas venturas, se han visto interrumpidas por el avieso ministerio de hacienda. El señor Arenas ha perdido bruscamente toda su dicha de funcionario. Los superávit de las cuentas, los billetes, el cambio, el oro, la plata y el níquel lo tienen agobiado, aturdido y confuso.

Y, desde la Cámara de Senadores, pone los ojos, enojado y envidioso, en el excelente señor don Samuel Sayán y Palacios, afortunado ministro de gobierno, cuyos días transcurren sin que un reproche lo fastidie, sin que una queja lo inquiete y sin que una interpelación le conmueva, solicitado diariamente por los banquetes de sus amigos y entregado a las delicias digestivas del pantagruelismo criollo...

(En *El Tiempo*: Lima, 14–III–1918)

VOCES

*Episodio posible*

Mientras el señor don Manuel Bernardino Pérez razona ladina, lerda y refraneramente en la Cámara de Diputados; mientras discurre por las aceras de la calle de Espaderos mirando codiciosamente a las ricas hembras; mientras discute con una frutera aborigen y grávida, su "caserita", el precio de la palta ritual, blanda y carachosa del almuerzo; mientras se conchaba con el señor Pardo para gobernar los destinos de la hacienda pública; mientras acomoda los papeles viejos de la arcaica y criolla corporación llamada Beneficiencia y presidida por otro de los señores Pérez de la nación; mientras satisface de estas y otras maneras sus deberes de funcionario, de leader, de ciudadano y de patriarca obeso, hay un peligro muy grave, muy avieso y muy taimado que amenaza su ventura, su bienestar, su sosiego, su integridad y su gordura.

Acontece que los servidores del Estado son gente rencorosa y terrible. Y que esta gente se halla hondamente enojada contra el señor Pérez por su hostilidad a los reintegros destinados a darles alguna holganza y a repararles pasadas estrecheces y miserias. Y que el encono de esta gente puede pasar de íntimo y callado sentimiento a agresiva y temeraria acción. Y que esta gente piensa que habiendo a su juicio semejanza y parentesco entre el ánima del señor Pérez y el ánima de Sancho, le toca al diputado por Cajamarquilla un castigo igual al que en una famosa ocasión sufriera el escudero inmortal.

Parece que los empleados públicos quieren a todo trance mantear al señor Pérez. Mantearlo sin respeto a sus atributos de leader del parlamento nacional. Mantearlo sin miramiento a sus años ni a su sabiduría dicharachera. Mantearlo sin consideración a su obesidad. Mantearlo hasta dejarlo tan molido y golpeado como dejó a Sancho la manteadura legendaria.

Protestan las personas sensatas y tranquilas contra este descomedido propósito de los servidores de la nación:

–¡No es permisible que se conspire así contra el señor don Manuel Bernardino Pérez! ¡Tenemos que defenderlo de la gente desmandada y procaz! ¡Tenemos que protegerlo con el escudo de la gratitud nacional!

Y los servidores de la nación se callan. Pero, sigilosamente, se confirman en sus malas intenciones, se confabulan y se coluden. Y se dice que le falta a la historia del señor Pérez el risueño episodio de una manteadura que le muestre a la posteridad que todo no fue paz ni fue regalo en la vida de este sustancioso, típico y representativo personaje de la política, de la jurisprudencia y de la literatura peruanas.

No habrá quien tome indulgentes a los empleados públicos. No habrá quien los induzca al arrepentimiento y a la contrición.

No habrá quien los haga abandonar sus oscuros planes. Aunque no los azuza ni los espolea la palabra ácida del señor Secada, los empleados públicos se muestran implacables.

Gritan que el señor Pérez no tiene autoridad para estorbar sus reintegros. Que el señor Pérez debia acordarse de la prisa y de la instancia con que solicitó que se le reintegrasen sus sueldos de servidor de la Beneficencia. Que el señor Pérez es el único enemigo de los empleados públicos. Unico pero tremendo.

Alarmados por la posibilidad de que el señor Pérez sea tan duramente agredido, nosotros nos apuramos a denunciar desde estas columnas el peligro que lo acecha, para que el señor Samuel Sayán y Palacios, nuestro solícito Ministro de Gobierno, lo tome bajo su protección, lo rodee de gendarmes y lo libre del feo y doloroso episodio de una manteadura traidora.

(En *El Tiempo*: Lima, 16–III–1918)

VOCES

*Más congreso todavía*

Tenemos otro congreso. Otro congreso que es el cuarto congreso extraordinario de esta temporada legislativa. Y que no sabemos todavía si será el último para contentamiento de la desapacible y veleidosa gente que se aburre de la monotonía de los acaecimientos peruanos.

Ayer tornaron a congregarse, en el nombre de Dios Todopoderoso y bajo el auspicio de nuestro señor don José Carlos Bernales y de nuestro señor don Juan Pardo, la alta y la baja cámara, la vieja y la joven, la grave y la alegre, la solemne y la tumultuosa.

Hubo en parte de la ciudad la expectativa de que no se reuniera el quórum reglamentario para este congreso. Una expectativa que en algunos espíritus parecía una aspiración. Pero que muy pronto tuvo que extinguirse vencida por la certidumbre de un quórum solícito y concluyente.

Ambularon por los pasillos y por las galerías de ambas cámaras las mismas personas que forman consuetudinariamente la decoración, el aderezo y el marco de todos los actos de nuestra vida parlamentaria. y volvieron a sus tribunas, cansados y silenciosos, los cronistas encargados de copiar, traducir o glosar los discursos de los representantes.

Desorientados y perezosos, sin acordarnos siquiera de los días en que cotidianamente acudíamos al Parlamento, penetramos en la sala umbría e inquisitorial de la Cámara de Senadores donde sólo la presidencia del señor Bernales ha podido poner una pasajera palpitación de juventud.

Quisimos hacer una pregunta. Una pregunta cualquiera. una pregunta que justificara nuestra condición de periodistas investigadores. Y, después de buscarla afanosa y baldíamente, tuvimos que contentarnos con interpelar de esta suerte a un senador:

–¿Pronunciará el señor Cornejo en este cuarto congreso extraordinario otro opulento discurso asistido por la gracia, la autoridad y el prestigio de don Antonio Maura, de Woodrow Wilson, de Lloyd George, de Marcelino

Domingo, de Spencer, de San Agustín, de Jesús de Galilea, de Budha, de Mahoma, de los Doce Apóstoles, de la Biblia, del Corán, de los Vedas y del Ramayana?

Pero ni aun esta pregunta pudo ser eficaz. Ni aun esta vulgar pregunta –que más que nuestra parece una pregunta del señor Tudela y Varela, duramente tundido por los discursos del señor Cornejo– pudo servir para que naciera en nuestra ánima desconcertada una esperanza cualquiera y humilde. El senador interpelado se hallaba tan desprovisto de certidumbres y de previsiones como nosotros. No se permitía siquiera suponer que el señor Cornejo agregaría un discurso más a los volúmenes de su oratoria sagrada, sacerdotal y hierática.

Paso a paso dejamos la Cámara de Senadores para entrar en la Cámara de Diputados. Quiso nuestro destino que entrásemos acompañados por el señor Secada, el terrible burlador del señor Arenas, a quien vemos convertido en patriarca y apóstol de los pescadores. Y quiso así mismo nuestro destino que el señor Secada no nos guapeara ni nos ajochara como de costumbre para que escribiéramos con el denuedo y el heroísmo con que él escribio en su mocedad.

Y después de discurrir algunos minutos por los pasillos, dejamos también la Cámara de Diputados sin otra satisfacción espiritual que la de haberle oído al señor don Abelardo Gamarra un comentario del más típico y pintoresco criollismo sobre la candidatura del señor don Ántero Aspíllaga a la Presidencia de la República.

Un comentario breve y sazonado:

–¡Amigos míos! ¡La candidatura del señor Aspíllaga es una candidatura "despichada"!

(En *El Tiempo*: Lima, 19–III–1918)

VOCES

*Mayoria de tres: dos*

Una de estas tardes, bajo el gentil auspicio del señor don Juan Pardo, conversaban en el salón de la presidencia de la Cámara de Diputados el señor Escardó y Salazar Ministro de Fomento, el señor Benavides, el señor Borda y el señor Luna. Y conversaban trascendentalmente, aunque sin ceremonia, sin solemnidad y sin ruido.

El tema de sus deliberaciones era el problema de la sucesión presidencial que tan preocupada tiene a la gente de la república, grande y chica, buena y mala, pura y deshonesta.

Muy presidencial, muy socarrón y muy sonriente, el señor Pardo estimulaba el debate. Alentaba la libertad de las opiniones. Y favorecía las polémicas.

Pero llegó un momento en que se adueñó de él la ansiedad voluptuosa de dirigir una votación. Quiso ver qué candidato ganaría allí, en su presencia, en una votación inmediata y nominal.

Y, sin dar el punto por discutido, procedió a consultar así los pareceres de la pequeña asamblea:

–Señor Borda: ¿Cuál es su candidato a la Presidencia de la República?

El señor Borda respondió con mayor presteza que si le examinaran en la Universidad:

–Mi candidato es el señor Bernales. El señor José Carlos Bernales.

Apuntó el señor Pardo este voto y continuó consultando a la asamblea:

–¿Y el de usted, señor Benavides?

El señor don Miguel Benavides sumó su voto al del señor Borda:

–El señor Bernales.

Inquieto ya el señor Pardo interrogó al señor Escardó y Salazar:

–¿Y el de usted, señor Escardó?

Mas el señor Escardo se acordó en ese instante de que era más Ministro de Fomento que diputado y se excusó de votar:

–¡Yo no tengo candidato! ¡Yo soy ministro del señor Pardo! ¡Yo soy carrilano! ¡Yo no soy político! ¡Ferrocarriles y ferrocarriles! ¡Rieles y adentro y adentro!

Ausentes los diputados ferrocarrileros, ausente el señor don Arturo Pérez Figuerola y ausente nuestro ex-cónsul en Cardiff señor Salomón, no hubo quien aplaudiese al señor Escardó y Salazar por esta explosión de su entusiasmo de carrilano cristalizado en su estribillo-programa:

–¡Rieles y adentro y adentro!

Cerrando la votación interrogó finalmente el señor Pardo al señor Luna:

–¿Y el candidato de usted?

El señor Luna respondió:

–Mi candidato es el señor Tudela y Varela.

Maquinalmente el señor Pardo proclamó el resultado de la votación:

–Dos votos a favor del señor Bernales y un voto a favor del señor Tudela y Varela.

Y entonces, regocijado como un leader victorioso, gritó el señor Borda:

–¡Mayoría de votos para el señor Bernales! ¡Mayoría abrumadora! ¡Mayoría convencida!

Pero rectificó el señor Pardo:

–¡Sólo que no ha habido quórum, señor Borda!

(En *El Tiempo*: Lima, 21–III–1918)

VOCES

*Otoño trágico*

Anda soliviantada y enojada la gente del parlamento. Después de luengos meses de lasitud, de pereza y de languidez, ha comenzado para ella un momento de hervor y de conflagración. Tanto los senadores como los diputados se han puesto de repente agitados y nerviosos con grande alarma de los serenos y apacibles espíritus del señor don José Carlos Bernales y del señor don Juan Pardo.

El señor don Miguel Grau –varón predestinado para turbar con su voz apocalíptica el sosiego venturoso, regalado y burgués del gobierno del señor Pardo– no sólo ha sacado de quicio a la Cámara de Senadores desde el día en que regresó a ella para ocupar el escaño vacio del coronel Pizarro. Su reaparición en los debates parlamentarios ha repercutido en el ánimo de la Cámara de Diputados encendiéndolo y excitándolo.

Vemos por eso, que disputan el señor Barreda y Laos y el señor Borda, tal vez porque, bajo la influencia de las presentes turbulencias estudiantiles, se han enardecido de improviso sus reñidoras ánimas de universitarios.

Y vemos, por eso, que el señor Luna, fraternalmente solidarizado hasta antes de ayer con el señor Barreda y Laos, arremete de pronto contra el ilustre joven del pardismo como si se hubiera acordado de sus bravos días de revolucionario y de pierolista.

Tan desasosegado se muestra el pardismo por estas inquietudes que ha empezado a circular un rumor:

–El gobierno ha llamado al coronel Pizarro.

Y entonces se ha acentuado el cisco callejero:

–¿Quiere decir que la tranquilidad del gobierno necesita que el señor Grau salga del senado? ¿Quiere decir que los anatemas del señor Grau desesperan al gobierno como desesperaban al Tetrarca los anatemas de Yo'Kaanán? ¿Quiere decir que el gobierno no se siente fuerte para seguir

mirando al señor Grau en la Cámara de Senadores? ¿Quiere decir que el coronel Pablo Pizarro es la égida del gobierno?

Las preguntas se vuelven clamores, los clamores se vuelven imprecaciones.

Y comienza a oírse en las calles este grito:

–¡Viva Grau!

Para que haya gente que se interrogue asombrada:

–¿Pero Grau no había muerto? ¿No había muerto asesinado? ¿No había muerto en Palcaro?

Y para que la respuesta sea el mismo grito:

–¡Viva Grau!

El gobierno trata de exhibirse risueño. Trata de sentirse tan ecuánime, tan sereno y tan tranquilo como el señor don Ántero Aspíllaga. Trata de convencernos a todos los peruanos de que Grau no le importa. Pero angustiosamente pone a veces los ojos en el lejano departamento de Amazonas, adonde el coronel Pablo Pizarro, olvidado de su importancia histórica, ha tornado en busca de la holganza, la quietud y la paz de la sierra.

Y se dice luego el gobierno del señor Pardo que Grau no ha muerto, que Grau vive, que Grau se mueve, que Grau está en el parlamento y que sólo ha dejado de llamarse Rafael para llamarse Miguel. ¡Miguel, que también es nombre de arcángel! Pero de arcángel guerrero.

(En *El Tiempo*: Lima, 23–III–1918)

VOCES

*Muy sereno, muy tranquilo*

Pasa algo trascendental. El señor don Ántero Aspíllaga se ha confesado ya candidato a la Presidencia de la República. Candidato del civilismo pardista. Candidato del gobierno. Candidato de sus amigos que son muchos. Candidato de sus hermanos que no son sino dos. Candidato del señor Pardo que no es sino uno. Candidato de don Pedro de Ugarriza que también no es sino uno. Uno y único.

Hasta antes de ayer el señor don Ántero Aspíllaga no se había declarado candidato en público. Su política era solamente una política silenciosa y privada de galantería, de donjuanismo y de requiebro. Y su contestación a las preguntas de la gente curiosa era, sistemática y pertinazmente, esta contestación:

–¡Amigos míos, yo estoy muy sereno, muy tranquilo, muy ecuánime!

Pero uno de nuestros cronistas, el más osado de todos, ha sabido penetrar bruscamente en el pensamiento del señor don Ántero Aspíllaga, rompiendo la línea Hindenburg de su discreción risueña.

Abordado por este cronista, el señor Aspíllaga pretendió detenerlo con una respuesta escurridiza:

–¡Yo no soy candidato!

Mas entonces lo presionó el cronista:

–¡Luego el rumor público que lo dice es un rumor mendaz, un rumor falso, un rumor infundado! ¡Luego usted, señor Aspíllaga, nos autoriza para desmentirlo! ¡Luego usted no aspira a la Presidencia de la República!

Y el señor Aspíllaga tuvo que hablarle así:

–¡Eso no! Yo no soy candidato. Mejor dicho, yo no soy candidato todavía... Pero mis amigos se empeñan en que lo sea. ¡Mis amigos y mis correligionarios!

Hizo el cronista el resumen del reportaje:

–Bueno. ¡Usted no es candidato todavía! ¡Todavía no es usted candidato!

Y se despidió del señor Aspíllaga. Y vino apresuradamente a repetirnos sus palabras. Y a asegurarnos que le había pedido:

–¡Trátenme con cariño!

Publicadas las palabras del señor Aspíllaga, la gente ha tenido que mirarlas como la declaración pública de que es candidato. Aunque el señor Aspíllaga haya dicho que todavía no lo es. Aunque haya aseverado que todo no es hasta ahora sino cosa de sus amigos y correligionarios. Que es como quien dice cosa del gobierno del señor Pardo.

–¡Todavía no!

Este ha sido siempre el sí de los candidatos nacionales. El sí que no quiere ser sí muy pronto. Pero que tampoco quiere que se le tome como un no. Y que tiene acaso la misma psicología del sí de las niñas.

Un sí que suele agregar:

–Ocurre que yo no deseo ser candidato. ¡Sólo que mis amigos quieren obligarme a desearlo. ¡Y yo soy muy asequible con mis amigos!

Desde ayer es, pues, el señor don Ántero Aspíllaga más candidato que nunca. Está irresoluto. Está indeciso. Está vacilante. Pero, sobre todo, está ya convicto y confeso.

Y ahora, con una mano sobre sus declaraciones, tenemos que preguntarnos únicamente cuándo mandaremos a nuestro cronista a hacer otro reportaje análogo. Que ya no será, sin duda alguna, al señor Aspíllaga. Sino, más bien, al señor Tudela y Varela.

(En *El Tiempo*: Lima, 24–III–1918)

*CARLOS CONCHA, el secretario del Presidente Pardo, captado por la pluma gráfica de Abraham Valdelomar.*

*JUAN PARDO, Presidente de la Cámara de Diputados y hermano del Presidente de la República, en los trazos rápidos de Málaga Grenet.*

## VOCES

*En el prólogo*

Cada día nos sentimos más cerca de las desapacibles y emocionantes horas de la lucha presidencial. Un día amanecemos con la noticia de que el señor don Ántero Aspíllaga se confiesa candidato a la presidencia de la república. Otro día amanecemos con la noticia de que el señor don Augusto B. Leguía se ha trasladado de Inglaterra a España para así no pasar bruscamente de la vida británica a la vida peruana. Y otro día amanecemos con la noticia de que los demócratas se reorganizan, de que los demócratas se mueven y de que los demócratas hablan de una convención que designe candidato nacional.

Esto de los demócratas es lo más reciente. Es lo del día. Es lo del momento. Es lo que se comenta y discute en los grupos callejeros. Porque es lo que viene a indicarnos más hondamente que la lucha presidencial se avecina y que los políticos se preocupan de ganar posiciones mientras llega.

Pregúntase la gente con el anuncio de la convención entre manos:

–¿Convención, para qué?

–Para que haya candidatura nacional.

–¿Para que haya candidatura nacional como la del señor Pardo en 1915?

–Entonces, ¿convención, para quién? ¿Para el señor Aspíllaga?

–¡No es posible! ¡Para el señor Aspíllaga, no!

–¿Para el señor Tudela y Varela?

–¡Para el señor Tudela y Varela, tampoco!

–¿Por qué no para el señor Tudela y Varela? ¿Y por qué no para el señor Aspíllaga?

–Porque el señor Tudela y Varela es muy civilista. Porque el señor Aspíllaga es muy civilista también. Porque en una convención de los partidos no podrían prevalecer los civilistas. ¡Porque sobre todo no podría prevalecer el pardismo!

–¿Para quién es, pues, la convención?

–La convención no es para alguien. ¡No puede ser para alguien! ¡La convención no es sino contra alguien!

–¿Contra Leguía?

–Así es. ¡Contra Leguía!

–¿Luego el señor Pardo no quiere que su sucesor sea éste ni aquél? ¿Luego lo único que quiere es que no sea Leguía? ¿Por eso la convención no es para alguien? ¿Por eso es sólo contra Leguía?

–Exactamente.

–¿Y contra Prado también?

–Contra Prado fue la asamblea civilista. La asamblea que hizo presidente del civilismo al señor Ántero Aspíllaga. La que le dio a la catedral civilista del señor Pardo la hegemonía del partido civil.

–Y si la convención no puede ser para un civilista, ¿para quién podría ser?

–¡Esa es la incógnita!

–¿Acaso una incógnita vinculada a la resurrección del partido demócrata?

–¡Acaso!

–¡Pues entonces no hay incógnita! ¡Pues entonces sólo hay que la convención es para un demócrata!

–¡Tal vez! ¡Sólo que todavía no puede haber ninguna seguridad!

–Pero hay siempre una. ¡Una seguridad que basta! Se prepara una convención de la cual no se sabe para quién puede ser. ¡De la cual únicamente se sabe que es contra Leguía!

–Efectivamente.

–Pasa, pues, que el señor Pardo no puede dejarnos un sucesor "suyo". Y, por eso, se conforma con que no sea Leguía.

–Pasa...

–¡Y pasa, por ende, que el civilismo, que siente que no puede hacer presidente a uno de sus hombres, piensa ayudar al pierolismo, su adversario tradicional, para que suba al gobierno.

–Pasa...

–¡Y pasa que a juicio del señor Pardo, el señor Leguía es más enemigo del civilismo que todos sus enemigos históricos!

–Pasa...

–¡Y pasa finalmente que es muy probable que veamos al civilismo sosteniendo una candidatura demócrata!

–Con tal de que se llame candidatura nacional...

No se paran aquí los devaneos del público. Las preguntas se estiran hasta el infinito. Las respuestas se estiran más que las preguntas. Y acaban sonando nombres propios. Propios y demócratas.

(En *El Tiempo*: Lima, 26–III–1918)

VOCES

*Oración y bizcocho*

Como regalo para las ánimas buenas, honestas y apacibles de la república llegan estos dos días de penitencia, de atrición y de continencia de carne. Dos días durante los cuales la gente metropolitana no se preocupará de la política; durante los cuales el señor Pardo no firmará ningún decreto ni concebira ningún proyecto; durante los cuales se holgarán perezosos los periodistas; durante los cuales el señor don Ántero Aspíllaga se sentirá más tranquilo, más sereno y más ecuánime que de costumbre; durante los cuales no habrá sesión en la cámara del señor don Juan Pardo, ni en la cámara del señor don José Carlos Bernales; durante los cuales no se hablará de la convención destinada a darnos otro gobierno nacional como el del señor Pardo, si la gracia de Dios no lo evita; y durante los cuales, finalmente, el bienestar de los pueblos estará asegurado de las mejores maneras posibles.

Para el gobierno del señor Pardo estos dos días representarán principalmente dos días de descanso para el Senado y, por ende, de tregua para la gran ofensiva parlamentaria emprendida por el señor don Miguel Grau con las más duras armas y con los más bravos denuedos. Para el señor don Manuel Bernardino Pérez estos dos días representarán dos días de cierre del teatro, de la Municipalidad y del Parlamento, lugares todos donde engorda, medra y se refocila su espíritu obeso, patriarcal, refranero y criollo. Y representarán dos días de recogimiento y de pan de dulce para el Sr. D. Alberto Secada, que lleva escondida bajo su fosforescente cáscara de satanismo y jacobinismo, un corazón bueno, cándido y puro de pescador evangélico, eternamente vivificado por las esperanzas de un Mesías que nos enmiende, que nos adoctrine, que nos reforme y que nos redima.

Un solo pensamiento mantendrá en estos días a la gente en furtivas tangencias con la política. Será el pensamiento que conecte el proceso de la candidatura del señor don Ántero Aspíllaga con el proceso de la

cuaresma. Y es que la gente católica tiene que recordar que esta candidatura apareció en los días de carnaval y creció, avanzó y prosperó en el discurso de la cuaresma, como si hubiera sido una tentación enderezada a perturbar el espíritu cristiano del buen señor de Cayaltí en el mismo período en que son conmemoradas las tentaciones del desierto.

El señor Aspíllaga ha sido realmente tentado. No por el demonio, porque ya, según todas las apariencias, ni siquiera el demonio anda por estas tierras. Pero ha sido tentado. Y lo que es más consternador, se ha dejado seducir por la tentación.

Nosotros, gentes piadosas y caritativas, que admiramos de veras al señor Aspíllaga por cuanto hay en él de gentleman, de gentilhombre y de dandy, le hemos mandado a nuestros más preciados farautes para que le dijeran:

–¡Señor Aspíllaga! ¡Autorícenos para desmentir la mala versión que le supone a usted candidato! ¡Declárenos usted que no es candidato! ¡Que no lo será por ningún motivo!

Mas el señor Aspíllaga les respondió:

–¡Yo no soy candidato! ¡Pero no puedo desmentir la mala versión que supone lo contrario! ¡Yo he sido tentado! ¡Tentado por mis amigos! ¡Y soy demasiado asequible con ellos para resistir la tentación!

Es así como llegamos a estos dos santos días, purificada el alma y confortado el cuerpo por la unciosa oración y por el plácido bizcocho pascual de doradas almendras, pero con el corazón afligido por la pena de mirar caído en tentación al señor Aspíllaga. Y, sobre todo, por la amargura de no saber esperar que estos dos santos días lo induzcan al arrepentimiento, a la contrición y a la penitencia.

(En *El Tiempo*: Lima, 28–III–1918)

VOCES

*Un gran penitente*

Estos beatísimos días de oración, de penitencia, de pesadumbre, de abstinencia de carne, de pan de dulce, de sermones de tres horas, de bacalao a la vizcaína y de duelo universal, nos tenían reservada una sorpresa muy grande. Una sorpresa destinada a conmover los corazones cristianos, a desalentar los corazones ateos y a verter el más dulce e inefable contento en los puros y creyentes corazones femeninos de esta república gobernada por el señor Pardo.

Pasa que el señor don Rodrigo Peña Murrieta, el muy famoso diputado por Huancayo que, desde la presidencia del congreso promulgó la reforma del artículo cuarto de la Constitución, se ha arrepentido de su grave culpa y ha tornado, como una medrosa oveja descarriada, al amoroso aprisco de nuestra Santa Madre Iglesia.

Nuestros cronistas, gentes jóvenes y asaz investigadoras, han venido a decírnoslo pertinaz y asombradamente durante estos días:

–¡Traemos una noticia sensacional! ¡Hemos visto al señor Peña Murrieta asociado a las demostraciones católicas! ¡Lo hemos visto arrodillado, uncioso y compungido! ¡Lo hemos visto recorriendo las estaciones!

Nosotros hemos apreciado rápidamente la magnitud del acontecimiento y les hemos preguntado a nuestros cronistas:

–¿Y por qué no le han hecho ustedes un reportaje?

Y entonces nuestros cronistas han salido corriendo de la imprenta en busca del señor Peña Murrieta y lo han interpelado en una iglesia:

–¿Por qué viene usted señor Peña Murrieta a los templos católicos? ¿Está usted contrito, señor Peña Murrieta? ¿O está usted solamente enamorado?

Pero el señor Peña Murrieta no ha querido confesarse con nuestros cronistas. Los ha alejado de sí con las manos. Los ha conjurado para que se apartasen de él. Y hasta ha estado a punto de intentar espantarlos con la

señal de la cruz. Probablemente el señor Peña Murrieta ha pensado que pretendían tentarlo, que eran agentes del demonio, que estaban conchabados con el señor Secada.

Sólo que no ha sido necesario que el señor Peña Murrieta se confesase con nuestros cronistas. El acontecimiento de su atrición no requiere confesiones suyas. Es un acontecimiento que la ciudad católica ha valorizado justicieramente. Es un acontecimiento que tal vez, en los siglos venideros, inscribirá el nombre del señor Peña Murrieta en el Año Cristiano.

Nuestros cronistas, gentes elocuentísimas, después de habernos inoculado su asombro, nos han dicho:

–¿No será acaso el señor Peña Murrieta un nuevo Saulo? ¿No habrá sido elegido por el cielo para los mismos destinos magnos del apóstol San Pablo? ¿No hallan ustedes parecido entre esta conversión del diputado por Huancayo y la conversión del bíblico y denodado filisteo?

Nada hemos contestado. Nos hemos sumergido en la más silenciosa investigación de este sonoro y complicado proceso de la celebridad del señor Peña Murrieta. Hemos recordado los días cercanos todavía en que el nombre del señor Peña Murrieta no era todavía un nombre histórico. Hemos recordado luego el día emocionante en que el señor Peña Murrieta, denostado, motejado y agredido por las muchedumbres femeninas, promulgó la libertad de cultos. Y hemos recordado finalmente los días posteriores en que el señor Peña Murrieta, convertido en hombre famoso, vivió malquistado con las damas peruanas que le deseaban toda suerte de malaventuras, caídas y desabrimientos, que le negaban sus favores y que eran con él esquivas, hoscas y malévolas.

Y hemos pensado en que el proceso de la celebridad del señor Peña Murrieta había llegado a un momento sumo y terminal que la gente bisoña no había sabido aguardar. Un momento que era obra del cielo aunque el cielo no dispusiese ya de los terribles recursos de la Inquisición. El señor Peña Murrieta, lo mismo que otros insignes varones de la historia católica, se había arrepentido de su pecado y había abjurado su error. Después del pecado había venido la conversión. Después de la conversión podía venir la santificación. Y miraríamos entonces al señor Peña Murrieta transformado en apóstol de la fe como Saulo, el bíblico y denodado filisteo.....

(En *El Tiempo*: Lima, 31–III–1918)

VOCES

*Lo mismo que ayer*

Estamos en abril. Estamos en los primeros días de otoño. Y estamos en que el señor don Ántero Aspíllaga, gentilhombre de elegante continente, de rico latifundio, sigue queriendo de rato en rato la presidencia de la república. Sin quererla por su cuenta sino más bien por cuenta del señor Pardo.

Parece que la semana santa ha dejado aquietada la política nacional. Aunque, interrumpiendo la beatitud del sábado de gloria, se ha batido el señor don Miguel Grau con el señor don Orestes Ferro, no se siente ninguna efervescencia, ninguna trepidación, ningún estruendo. Todavía las cosas huelen a unción y saben a arrepentimiento y a pan de dulce.

Alguien que quiere decir algo nuevo ataja a un transeúnte para conmoverlo.

Y sólo le dice una mentira muy vieja:

–¡Leguía no viene! ¡Aunque los leguiístas lo nieguen, es lo cierto que Leguía no viene! ¡Me lo ha dicho un hombre de mucho peso!

Se asombra el transeúnte:

–¿Pero no aseguraban que venía? ¿Pero no había salido ya de Londres? ¿Pero no había proclamado su candidatura a la presidencia de la república el señor Salazar y Oyarzábal?

Y, luego, ese alguien se acerca a nosotros para asegurarnos lo mismo:

-¡Leguía no viene! ¡Me lo ha dicho un hombre de mucho peso! ¡Un hombre que no puede decir sino la verdad!

Sólo que nosotros, acordándonos de nuestro insigne amigo, el doctor Baltazar Caravedo, le hemos respondido risueñamente:

–¿Un hombre de mucho peso? Será entonces un vocal de la Suprema...

Y nos hemos quedado inmediatamente sin interlocutor y sin noticia. Pero nos hemos quedado con el gran refocilamiento que produce siempre en nuestro espíritu la evocación del concepto criollo que atribuye a la

palabra de los vocales de la Suprema la más infalible autoridad, tanto para dictaminar sobre la validez de una credencial de diputados como para dictaminar sobre la excelencia de unos tamales con pichón o sobre la inocuidad del tabaco.

Así son todas las noticias que pasan por la puerta de la imprenta y que penetran, de vez en vez, en nuestra estancia. Una noticia es que no viene el señor Leguía. Otra noticia es que sí viene.Otra noticia es que al señor Aspíllaga se le han caído varios mechones de pelo. Otra noticia es que al señor Aspíllaga no se le ha caído nada. Otra noticia es que el señor Tudela y Varela quiere también ser presidente de la república. Otra noticia es que el señor Tudela y Varela no quiere sino ser siempre ministro del señor Pardo. Ministro de Relaciones Exteriores o de Hacienda. Pero ministro de todas maneras. Y presidente del gabinete.

Salimos a la calle en busca de otros sucesos, de otras sospechas, de otras previsiones o de otras mentiras siquiera.

Y en la esquina más próxima nos encontramos con el señor don Jorge Prado, a quien está enfermando la monotonía, que no nos dice sino esto:

–¿Qué pasa? No pasa nada. Nada o casi nada. Ustedes que son periodistas tienen que saber que lo que pasa es muy poco. Qué pasa, por ejemplo, que Miguel Grau se bate pero que tira al aire. Y que naturalmente no pasa nada.

Y en la esquina de La Colmena nos encontramos con el gran diputado iqueño señor don José Matías Manzanilla, que anda entregado a la presidencia del ilustre colegio de abogados, y que no nos dice sino esto:

–¿Qué pasa? Pasa que somos muy felices. Mientras la humanidad se desangra, mientras la humanidad sufre, mientras la humanidad perece, nosotros vivimos encerrados dentro de nosotros mismos, contentos unos, mal contentos otros, yo conversando con ustedes, ustedes conversando conmigo, Paquita Escribano cantando tonadillas, ustedes escribiendo, yo estudiando y alabándolos a ustedes. ¡Los hombres de Europa en guerra y nosotros en paz! ¡Y yo, como siempre, abogado; yo, como siempre, profesor, y yo, como siempre, amigo de ustedes!

Y en la otra esquina nos encontramos con el señor don Carlos Concha, buen amigo nuestro, que ha venido de La Paz, del Cuzco y de Arequipa, a donde se marchara en demanda de regalo, de placer y de salud y no de aventuras políticas como ha pensado la gente desmandada y suspicaz de esta ciudad. Pero el señor Concha no viaja a pie como nosotros sino en automóvil y a prisa. Y no podemos interrogarlo.

Y, más allá, en la última esquina, cuando estamos ya con el pie en el estribo del tranvía que debe conducirnos al pueblo donde temporalmente nos hemos refugiado, nos encontramos con el señor don Alfredo Piedra, buen amigo nuestro también y, sobre todo, bolchevique latente también.

Pero tampoco el señor Piedra puede darnos una noticia nueva, una noticia que nos interese, una noticia que podamos roer un rato por nuestra cuenta y otro rato por cuenta del público.

Y no nos dice sino esto, que es muy poco decirnos:

–¿Qué pasa? ¡Pasa que éste es el Perú todavía!

(En *El Tiempo*: Lima, 1–IV–1918)

VOCES

*Pobres, pero magníficos*

He aquí, señores, que hemos estado en lo verdadero cuando hemos dicho que el señor Pardo que nos manda era un varón de elevado temperamento artístico. El señor Pardo acaba de probar la justicia de nuestras aseveraciones. Acaba de demostrar que no hemos mentido. Acaba de venir una vez más en socorro de nuestro pensamiento. Le ha parecido que no debía contentarse con haber patentizado su gran admiración a la belleza del sonido, de la palabra y del color. Y que no debía contentarse con haber acudido al teatro para oír la hijodalga música de Wagner, para sentirse identificado con el caballero Lohengrin en su aventura y para acabar, quién sabe, identificándose con el caballero Lohengrin en su amor.

Aguardaron el lunes las gentes que el señor Pardo concurriese a la apertura de la Universidad para escuchar el discurso académico del señor don Alberto Salomón . Pensaron las gentes que su condición de Presidente de la República lo conduciría hacia esa ceremonia y hacia ese discurso. Y se dijeron que nuevamente iban a encontrarse, unidos por el lazo de su función intelectual, el señor Pardo que nos manda desde el Palacio de Gobierno y el señor Prado que nos enseña desde su cátedra de maestro de la juventud y de profesor de energía.

Mas el señor Pardo quiso manifestarles a las gentes que se engañaban. Que se engañaban cuando le suponían irremediablemente obligado a acudir a la apertura de la Universidad. Que se engañaban más aún cuando le suponían irremediablemente obligado a enterarse de lo que el señor Salomón dijese sobre el grave problema de nuestro desarrollo económico.

Y, por eso, el señor Pardo no fue el lunes a la Universidad. Por eso no se quedó en Miraflores. Por eso no se encerró siquiera en el Palacio de Gobierno. Por eso resolvió visitar un taller de escultura, regalarse con el noble arte nacional y alabar una gallarda estatua del mariscal Castilla

durante los momentos en que el señor Salomón hablaba de nuestro pasado, de nuestro presente, de nuestro porvenir, de nuestro petróleo, de nuestra hulla y de nuestro algodón metafifi.

Mientras que en el recinto universitario, bajo el auspicio de nuestro muy insigne amigo y señor don Javier Prado, delante del devoto auditorio de una gran muchedumbre de estudiantes, el señor Salomón andaba engolfado en una disertación trascendental, el señor Pardo vivía entregado a la serena y dulce contemplación de la línea, del gesto, del escorzo y del ritmo.

Preguntábanse las gentes en las calles:

–¿Por qué no ha ido el señor Pardo a la Universidad? ¿Acaso ha sido por no aproximarse al señor Prado y Ugarteche? ¿O tal vez ha sido por no oír al señor Salomón?

Y añadían luego:

–Por no oír al señor Salomón, por ejemplo, no han ido los preclaros catedráticos del comité de la calle de La Rifa.

Y les respondían así:

–El señor Pardo no ha ido a la Universidad porque ha preferido ir al taller de un escultor.

Y les añadían después:

–El señor Pardo estima más a nuestros grandes artistas que a nuestros grandes pensadores. El señor Pardo tiene un gentil espíritu sentimental. El señor Pardo es un enamorado de la belleza.

Pero como las gentes de la ciudad son muy descontentas se solivianta-ban entonces contra el señor Pardo. Se quejaban de que le interesase más el arte que la ciencia. Se dolían de que le fuese más grata la escultura que la dialéctica. Gritaban que al Perú le convenía un hombre práctico, un hombre moderno, un hombre de estudio.

Tanto y tanto se agitaban las gentes que nosotros teníamos que salir de la imprenta a averiguar lo que acontecía en la ciudad. Y nos instruíamos de todo lo que pasaba. De que el señor don Alberto Salomón, parlamentario y catedrático, había puesto en prosa universitaria las pláticas de su hermano el señor don Óscar Víctor Salomón, nuestro ex-cónsul en Cardiff, sobre la necesidad del capital extranjero. De que esta necesidad había sido evidenciada bajo el techo de la Universidad mejor que al aire libre. De que el señor Salomón había sido felicitado por sus sustanciosos conceptos. Y de que el señor Pardo se había perdido de escucharlos sólo por ir a ver una estatua.

Nosotros, que somos personas de suma flaqueza, estábamos a punto de

solidarizarnos con el sentimiento público. Queríamos sumarnos a sus protestas. Decidíamos asociarnos a sus cóleras y a sus asombros.

Sólo que las gentes de la ciudad lo impedían hablándonos de esta suerte:

–¡Ustedes que son artistas, ustedes que son románticos, ustedes que son literatos, ustedes que hacen versos, alabarán seguramente al señor Pardo! ¡Ustedes se holgarán de que el señor Pardo haya preferido contemplar una estatua a oír un discurso científico! ¡Ustedes que son tan líricos!

Naturalmente, después de estas palabras,nosotros teníamos que reaccionar, teníamos que imaginarnos que las gentes de la ciudad estaban en lo justo, teníamos que alborozarnos de que el señor Pardo se hubiera comportado tan insólitamente.

Y, más tarde, nos hemos confirmado en estos sentimientos. Nos hemos dicho que el señor Pardo es casi un bohemio. Que el presidente del Perú no debe ser un estadista sino un artista. Que más vale una estatua que un ferrocarril. Que más vale el ditirambo de un poeta mestizo, que un discurso del gran parlamentario señor don Víctor Maúrtua. Y, finalmente, que nada debe importarnos ser pobres mientras podamos ser magníficos....

(En *El Tiempo*: Lima, 4–IV–1918)

VOCES

*Ternas regionalistas*

Otra vez estamos delante de una terna para vocal de la Suprema. De una terna como dice el público y de dos ternas como dicen los periódicos. Y otra vez estamos delante de un sillón vacante del primer tribunal de la república como dice todo el mundo.

Esta vez no es candidato el señor don Víctor Maúrtua. No es candidato tampoco el señor don Ezequiel Muñoz. Ni siquiera figuran en las ternas los nombres que aguardaba toda la gente. Ahora los candidatos son más modestos , menos sonoros, más pequeños, menos ruidosos. Pero todos son candidatos del señor Pardo. Todos y ninguno.

Asombrada ha exclamado la gente de la ciudad con una terna en cada mano:

–¡Pero, cómo no han puesto al doctor Lanfranco!

Y luego:

–¡Pero, cómo no han puesto al doctor Cisneros!

Y después:

–¡Pero, cómo no han puesto al doctor Correa y Vellán!

Y finalmente:

–¡Pero cómo no han puesto al señor Matta!

Y es que la gente de la ciudad sabía que el señor Pardo se había comprometido a poner en las ternas al doctor Lanfranco, al doctor Cisneros, al Dr. Correa y Veyán y al Dr. Matta. Sabía que les había empeñado su palabra de honor. Sabía que les había declarado que les dejaba cancha libre. Y sabía, además, que esto de la candidatura iba a hacerle presenciar una lucha muy reñida , muy complicada y, por ende, muy interesante.

Pero es que no sabía algo mucho más grande, mucho más magno y mucho más trascendental. Que el señor Pardo, después de su compromiso, había llamado al doctor Cisneros, al doctor Lanfranco, al doctor Correa y

Vellán y al doctor Matta, para pedirles que lo libraran de él. Y que, uno por uno, habían pasado por el despacho presidencial los cuatro poderosos contendores.

Y que unos más que otros habían puesto en un aprieto al señor Pardo hablándole de esta guisa:

–Usted ha contraído con nosotros un compromiso. Usted puede cumplirlo o no cumplirlo. Usted es muy dueño de respetarlo o no respetarlo. Usted es el Presidente de la República. Usted es el señor Pardo. ¡Pero no nos pida usted nada! ¡Usted para qué pide! ¡Si usted manda!

–Yo les pido a ustedes un favor personal, un favor amistoso, un favor hidalgo. Les pido que me devuelvan la palabra que les he dado.

–¡Pero es que nosotros estimamos mucho su palabra! ¡La palabra del señor Pardo! ¡La palabra del Presidente de la República! ¡Y nos queremos quedar con ella! ¡Y no se la devolvemos!

–¡Mi palabra es mía!

–¡Por eso, quítenosla usted! ¡Usted mismo! ¡Nosotros no se la devolvemos! ¡La queremos mucho!

Así el señor Pardo se había ido sintiendo libre de deudas. Así había ido recuperando su palabra. Unos se la devolvían y otros no querían devolvérsela. Pero entonces el señor Pardo se la quitaba. Y se hacía la ilusión de que se la habían devuelto.

Quienes andan enterados de estos toma y daca se preguntan por qué el señor Pardo se ha conducido así. Y se contestan que será porque tiene un candidato. Pero se preguntan luego cuál es este candidato. Y entonces no lo encuentran. Aunque lo buscan desesperadamente, aunque lo buscan sin descanso, aunque lo buscan con luna de aumento, no lo encuentran.

Alguien asevera:

–El candidato del gobierno es el doctor Santos. ¡El doctor Santos de la Corte del Cuzco! ¡Que es como quien dice el doctor Santos de la Corte de Palcaro!

Pero nadie le cree.

Y alguien quiere producir asombros:

–El gobierno no tiene candidato.

Y alguien se acerca enseguida a la verdad. Pero tampoco le cree nadie:

–Todos los candidatos de las ternas son candidatos del gobierno. ¡Todos son candidatos del señor Pardo! ¡Pasa que el señor Pardo no quiere que esta vez su candidato salga derrotado como la vez pasada! ¡Y por eso tiene seis candidatos en lugar de uno! ¡Para ninguno de sus candidatos hay

contendor!

Pero las gentes continúan sin convencerse.

Y prefieren conformarse risueñamente con esta explicación traviesa:

–Lo que ocurre es que estas ternas son federalistas. El señor Pardo ha deseado hacerle un homenaje al regionalismo. Y por eso no ha puesto el nombre de ningún vocal de la Corte Superior de Lima. ¡Todo no es sino que la descentralización progresa!

(En *El Tiempo*: Lima, 5–IV–1918)

## VOCES

### *Mancomunados y solidarios*

Aguardaba la gente de la ciudad –además, por supuesto, de la muy distinguida gente del malecón de Chorrillos– que los departamentos del sur le devolviesen al señor don Carlos Concha más joven, más optimista y más fuerte que nunca. Pensaba la gente que la terma cordial, la campiña virgiliana, la cordillera fría, la nieve hialina y diáfana, la mesa ingenua y generosa, el trato hospitalario, las costumbres sencillas y los corazones blandos habrían inoculado en el cuerpo y en el espíritu del secretario del señor Pardo una savia vigorosa, tónica y reparadora que habría puesto lozanía en su semblante, ardimiento en su palabra, robustez en su pensamiento y retoñamiento vernal en su juventud.

Pero he aquí que no ha pasado lo que esperaba esta gente de noble discernimiento y de buena intención. Aunque las termas de Yura, de Jesús y de Huacachina, la chicha de la regionalista Arequipa del señor Seguín y los huertos del místico Yanahuara del poeta Percy Gibson, le han tratado gentil y amistosamente, le han prodigado sus tiernos regalos y le han dejado gustar sus más dulces excelencias, el señor Concha no ha regresado regocijado y placentero, sino dolido y malcontento.

Y no anda dolido y malcontento el señor Concha porque le hayan mirado en el sur como un portador de recados políticos, ni porque le hayan juzgado algunas veces con malevolencia y hostilidad, ni porque haya oído voces enojadas contra el señor Pardo de quien le han creído embajador y comisario.

Dolido y malcontento anda el señor Concha porque le han acusado de profanar con injusticia desmesurada. Porque esta acusación ha sonado en los recogidos días de la semana santa. Porque ha encendido contra él enconos acérrimos. Porque le han puesto a punto de ser exorcizado. Y

porque ha podido granjearle las execraciones de una pastoral de Monseñor Ballón a todos los pastores y a todas las ovejas de su grey peruana.

Tal como en los días de noviembre, en los piadosos días consagrados a la conmemoración de los muertos, se soliviantó esta ciudad virreinal contra la gente que visitó de noche el cementerio acompañando a la Rouskaya; en los días de marzo, en los unciosos días de la semana santa, se ha soliviantado la ciudad incaica contra el señor Concha.

Cuentan los peródicos que el señor Concha no cometió profanación alguna. Que no fue mala su obra ni pecador su propósito. Que no quiso sino conocer el muy famoso púlpito de San Blas, que constituye una de las más preciadas reliquias del Cuzco. Y que para conocerlo tuvo que subir a él.

Mas aconteció que el pueblo cuzqueño, que se hallaba dentro del templo dominado por la atrición, por el fervor y por la penitencia, no tuvo a bien que el señor Concha apareciera en el púlpito, trajeado de americana. Supuso que el señor Concha trataba de pronunciarle una plática contraria a la doctrina católica. Tomó al señor Concha como a un apóstol del mal.

Y, por este motivo, el señor Concha ha venido del Cuzco motejado de profanador. De profanador del púlpito de San Blas. De profanador del púlpito de San Blas en día santo. En día santo y en presencia de la muchedumbre arrepentida.

Gracias a que el prefecto del Cuzco no es un gendarme susceptible de contagios pueriles y gracias a que en el Cuzco no hay ministro de gobierno, el señor Concha no ha sufrido las persecuciones de la policía. Y, gracias a que en el episcopado del Cuzco no hay ningún Rasputín, no ha sido contundido por ninguna pastoral. Apenas si ha estado en peligro de ser inscrito en el índice criollo su libro sobre el régimen local que tan cuerda y sazonadamente estudia el problema de los cabildos.

Sólo la acusación de profanador lo ha agredido, lo ha maltratado y lo ha perseguido. Pero esa acusación sobra para desagradarle y para desazonarle. Porque es una acusación ingrata al oído de la gente de sentimiento cristiano. Porque es ligera y porque es injusta.

Y, recordando la vecindad, la fraternidad y la semejanza que hay entre esta profanación del púlpito de San Blas y la profanación del cementerio, nos sentimos obligados a solidarizarnos con el dolor del señor Concha.

También nosotros fuimos inculpados de una profanación que no había existido ni en nuestro pensamiento ni en nuestra obra, por haber llevado a Norka Rouskaya al cementerio, por haber creído en su belleza y haber buscado su alucinación hierática. También a nosotros nos condujo al

panteón un móvil artístico. También a nosotros nos motejaron con dureza y demasía.

Y también nosotros habríamos sido capaces de subir con el señor Concha al púlpito de San Blas de la grande e hijodalga ciudad del Cuzco.

(En *El Tiempo*: Lima, 6–IV–1918)

VOCES

*Parece*

Parece que este ministerio del señor Tudela y Varela, que es el ministerio de las cuentas del gran capitán, ha estado a punto de quebrarse, descomponerse o caerse. Parece que ha habido el peligro de una crisis parcial que habría podido acabar en crisis total. Parece que ha habido dos ministros asediados por las asechanzas del destino y por otras asechanzas más aviesas que las del destino. Parece que durante un minuto el señor Pardo que nos manda ha sentido la voluptuosa necesidad de mudar de colaboradores. Parece que todas las amenazas han sido sujetadas y que todos los riesgos han sido conjurados. Parece que todo ha pasado. Aunque para alguna gente no haya pasado nada.

Muy pocas cosas son. Pero muchas son las cosas que parecen . Y el comentario callejero, naturalmente, tiene que nutrirse, alimentarse y engordar más de las cosas que parecen que de las cosas que son.

Hasta nosotros, hasta la estancia donde discurrimos, trabajamos y nos aburrimos conchabados con una máquina de escribir, llega todo el día lo que parece. Parece. Parece. Parece.....

Oímos dialogar así a las gentes:

–¿Siempre quiere el señor don Ántero Aspíllaga ser presidente de la república? ¿Siempre es el candidato de sus flores, de sus cañaverales y de sus hijodalgos caballos de carrera? ¿Siempre es el candidato tácito del señor Pardo y el candidato estrepitoso de don Pedro de Ugarriza? ¿Siempre es el candidato de sus ilustres hermanos don Ramón y don Baldomero?

–Parece...

–¿Y subsiste la candidatura subterránea, misteriosa y sordomuda del señor Tudela y Varela? ¿Se habla aún de la posibilidad de que la candidatura del señor Tudela y Varela suceda a la candidatura del señor Aspíllaga? ¿Realmente tiene el señor Tudela y Varela cara, ademán y talle de candidato latente?

–Parece....

–¿Y el señor don José Carlos Bernales, nuestro señor don José Carlos, sigue moldeándose sabia y pacientemente una fisonomía de hombre de transacción, un continente de hombre de transacción y un gesto de hombre de transacción?

–Parece..

–¿Y el señor don Javier Prado y Ugarteche, buen pastor de la juventud, continúa de jefe de un grupo político, a pesar de haber dejado de ser jefe visible del civilismo?

–Parece....

–¿Y dura hasta ahora el proyecto de una convención, apadrinado, patrocinado y amparado por el señor don Pedro de Osma en el nombre del Partido Demócrata, de su declaración de principios, de la coalición del 95 y de la entrada de Cocharcas?

–Parece....

Todo es asi.

Parece, parece, parece...

No salimos de esto sino de raro en raro. Muy de raro en raro. Vivimos consuetudinariamente rodeados de mil posibilidades. Unas risueñas. Otras torvas. Otras anodinas. Pero todas posibilidades. Cualquier cosa es acontecedera. Cualquier cosa es probable.

Y sólo parece seriamente que este gabinete del señor Tudela y Varela, a pesar de todos los esfuerzos del señor Pardo para librarlo de zozobras, está como sobre espinas.

Parece no más.

(En *El Tiempo*: Lima, 7–IV–1918)

VOCES

*Bolcheviques, aquí*

Nosotros que, motejados de bolcheviques, no nos hemos defendido con grima de este mote sino que lo hemos abrazado con ardimiento y fervor, tenemos que holgarnos y refocilarnos de que el socialismo comience a aclimatarse entre nosotros como una planta extranjera que halla amor en este suelo donde tan bien saben medrar y prosperar próvidamente la rica caña de azúcar y el generoso algodón mitafifi.

Antes de ayer no más, la gente criolla, la buena gente criolla que cree con el señor don Manuel Bernardino Pérez que el anisado cura el dolor de barriga, que no se debe tomar agua con el "cuerpo caliente" y que las medias crudas son más frescas que las negras, la buena gente criolla cuyos sabrosos hábitos, palabras y costumbres han sido religiosamente recogidos por el doctor Baltazar Caravedo y por el doctor Sebastián Lorente y Patrón, grandes folkloristas, la buena gente criolla que no cree en los hombres de talento sino en los "hombres de peso", miraba al socialismo con más aprensión, hostilidad y enojo que a cuanto se hiciera y dijere contra las verdades de nuestra Santa Madre Iglesia.

Para esta buena gente criolla un socialista era, más o menos, un facineroso; los propósitos de los socialistas eran propósitos de latrocinio, de hurto y de asesinato; un socialista no podía ser en fin sino un descamisado torvo, sucio, malcontento, greñoso, borracho, holgazán, hereje, cerril, sórdido, criminal, "masón" y poseído por el espíritu inmundo del demonio. Probablemente, más de un padre de familia, cavilando sobre el carácter de su menor hijo, desmandado, trasnochador, perezoso, rebelde y pillastre, "metido" en castigo a un buque o a un batallón, pensaría que le había "salido" socialista.

Tan saturada de estos ingenuos y sencillos convencimientos estaba la atmósfera nacional que las personas aseadas, inteligentes y cultas que simpatizaban con el socialismo y seguían sus progresos, se abstenían

generalmente de confesarlo por temor de que sus honestas y sensatas ideas fuesen declaradas por lo menos "ideas extraviadas". Quienes, aventurados y heroicos, se alzaban contra esta prudencia, eran catalogados sin tardanza como locos del más peligroso linaje. Andaban tratados así, por ácratas convictos y confesos, nuestros muy excelentes y preclaros amigos el señor don Luis Ulloa y el señor don Alberto Secada.

Pero he aquí que los medrosos prejuicios criollos mencionados han comenzado a extinguirse de repente. Aunque son todavía muchos los que juzgan, por ejemplo, a los bolcheviques rusos como una menguada horda de malhechores de la peor laya y de la más innoble catadura, ya no sería dable que un caballero le mandase sus padrinos a otro por haberlo llamado bolchevique para denostarlo y confundirlo de la manera más dura y virulenta. Tenemos los escritores de esta casa la vanidosa creencia de haber contribuído a esta última evolución por la complacencia y contento con que recibimos el tratamiento de "bolcheviques" que tuvieron a bien darnos los distinguidos periodistas del decano.

Ahora cualquier persona de bien, limpia y pulcra, puede proclamar tranquilamente su socialismo sin que nadie se alarme, sin que nadie se sorprenda y sin que nadie piense que tiene enferma la razón y de muy mala dolencia. Ahora se oye decir, sin asombro y sin repulsa, que los socialistas están gobernando el mundo. Ahora se sabe que se concilian muy bien las ideas socialistas con la camisa limpia y el traje elegante.

Ahora el señor don Víctor Maúrtua, el pensador sumo y altísimo de la Cámara de Diputados, se para en medio de cualquier debate y grita fuerte y serenamente:

–¡Yo soy socialista!

Nadie se asusta. Antes bien, aplauden entusiastamente las gentes de las galerías y aplauden comprensivas las gentes de los escaños. Y los periódicos lo consignan sin sorpresas en sus crónicas parlamentarias. Y ni siquiera los gendarmes de la ciudad ven un hombre peligroso y taimado en el señor Maúrtua que, por supuesto, sigue conservando la corrección británica de sus trajes, de sus modales y de sus actitudes.

Y, más tarde, el mismo señor Maúrtua afirma:

–¡Todo hombre moderno es socialista!

Y tampoco se desasosiega nadie. Y tampoco dejan de aplaudir las gentes de las galerías y de los escaños. Y tampoco se inquietan los gendarmes de la ciudad.

Y empiezan a abundar quienes creen que puede haber en la política

nacional algo que valga más que la constitución del sesenta, más que la "huaripampeada" del general Cáceres, más que la entrada de Cocharcas, más que la famosa revolución del 29 de mayo, más que el federalismo del doctor Durand; y más que todas las cosas que hasta ahora nos han nutrido, envanecido y orientado, enseñoreadas en nuestro corazón tropical y en nuestro entendimiento mestizo.

(En *El Tiempo*: Lima, 9–IV–1918)

VOCES

*Malandanzas tristes*

No pasa nada todavía. Pero, como es necesario que pase algo o que pase mucho, estamos próximos otra vez a una crisis ministerial. Vuelve a haber un ministro en riesgo de caída y en trance de aflicción. Un ministro que, nuevamente, es el ministro de hacienda señor don Germán Arenas.

Parece que el gabinete del señor Tudela y Varela no puede tener vida sosegada y segura. Todos los días le traen un peligro, una zozobra, un augurio, una turbación, contra los cuales sólo saben protegerle las manos providenciales del señor Pardo que nos manda. Siempre está a punto de quebrarse, de romperse o de rajarse.

Asegura la gente palatina:

–Este gabinete del señor Tudela y Varela no puede marcharse. Si se marchara, el señor Pardo se encontraría en duro aprieto para sustituirlo. Ninguno de los grandes personajes del parlamento querría encargarse de la organización del gabinete. Ni siquiera el señor don Manuel Bernardino Pérez.

Entonces le preguntan:

–¿Luego el señor Tudela y Varela es irreemplazable?

Y responde la gente palatina:

–Irreemplazable para el señor Pardo. Irreemplazable en la presidencia del gabinete. Irreemplazable en el ministerio donde haya que ponerlo para cargar con alguna responsabilidad azarosa.

Suena enseguida otra pregunta:

–¿Entonces no puede haber crisis?

Y suena otra respuesta:

–Total, no; parcial tal vez. Pero muy parcial. Lo más parcial que sea posible.

Esto que dice la gente palatina es probablemente exacto. No es posible que sobrevenga una crisis total. Aunque lo hagan temer las inquietudes que

el destino le tiene deparadas al gabinete. Pero sí es muy posible que sobrevenga una crisis parcial. Que –como dice el refranero y criollo parlamentario señor Pérez– se rompa la pita por lo más delgado. Lo más delgado de la pita, magüer pocos lo crean, no es el magro y enjuto ministro de fomento señor Escardó y Salazar sino el redomado y cauto Ministro de Hacienda señor Arenas.

Tal como un día lo proclamábamos, el paso del señor Arenas del Ministerio de Gobierno al Ministerio de Hacienda ha sido un mal paso. Un paso que ha malherido su tranquilidad. El flamenquismo criollo dijo de él traviesamente que era un «pase obligado».

Desde ese día en que el señor Arenas dejó de ser ministro de gobierno no hay para él sosiego, regalo ni bienandanza; no concurre con la puntualidad de otrora al palco de la policía limeña, no le brindan placer y refocilamiento ni aun las tonadillas de la señorita Escribano, no tiene un minuto de holganza ni de alborozo y no encuentra una gota de ventura sobre la faz de la tierra, que ahora se le presenta agreste, lamentable e hirsuta como la cabeza del señor Larragán o de cualquier otro huarasino prosélito suyo.

Hoy son los reintegros de los empleados públicos los que colocan al señor Arenas en la torva antesala de la dimisión. Son los mismos reintegros que crearon para el doctor Pérez la amenaza de la manteadura. Son los mismos reintegros que tan enojado ponen al señor Pardo.

Y, por eso, alguna gente hace este comentario:

–El Parlamento tiene que reintegrarles sus sueldos a los empleados públicos. ¡Pero va a desintegrarse el gabinete del señor Pardo!

(En *El Tiempo*: Lima, 13–IV–1918)

VOCES

*Noticia inocente*

«El presidente celebró ayer, en la mañana, conferencias separadas con los señores José Carlos Bernales, primero, y Ántero Aspíllaga, después. Ambos ingesaron por la secretaría, con diferencia de dos horas, poco más o menos».– («El Comercio».– Edición del sábado 13 de abril).

Esta es una noticia del decano. Una noticia del comité de la calle de La Rifa. Una noticia vestida con un traje más inocente que el de una colegiala de San Pedro. Una noticia que a nosotros, gentes sin perspicacia y sin malicia, nos ha parecido vulgar. Pero que ha sido para las demás gentes de la ciudad una noticia socarrona. una noticia que demuestra cuánta es la redomada travesura del comité de la calle de La Rifa.

No creen las gentes de la ciudad que el decano haya publicado esta breve y lacónica noticia en la forma en que la ha publicado sin tener ninguna escondida intención. No pueden suponerlo siquiera. Están convencidas de que es una noticia que dice mucho, aunque aparentemente no dice nada. Mucho, mucho, mucho. Todo lo que han querido que diga los grandes periodistas del decano.

Razonan así las gentes de la ciudad:

–Miren ustedes. Miren ustedes que el decano ha juntado la conferencia del señor don José Carlos Bernales con la conferencia del señor don Ántero Aspíllaga. Miren ustedes que ha tratado de darles a estas dos conferencias una misma fisonomía, una misma traza, un mismo aspecto.

–Lo estamos mirando.

–Miren ustedes ahora que el decano, después de juntar al señor Bernales con el señor Aspíllaga, los ha separado. Miren ustedes que sólo los ha juntado de veras con el señor Pardo. Y miren ustedes cómo los ha juntado con el señor Pardo. Primero, el señor Bernales; después, el señor Aspíllaga.

–Lo estamos mirando también.

–Bueno. Pregúntense ustedes para quién han escrito los periodistas del decano esta noticia.

–Nos lo estamos preguntando.

–¿Y no saben contestárselo?

–No sabemos contestárnoslo.

–Bueno. Acuérdense entonces de los días del avieso año de 1912 en que el señor Aspíllaga era candidato a la presidencia de la república. Acuérdense de sus conferencias con el señor Leguía. Acuérdense de que cuando el señor Aspíllaga entraba a palacio el señor Billinghurst salía. Y de que cuando el señor Billinghurst salía el señor Aspíllaga entraba.

Nos acordamos.

–Muy bien. ¿Y todavía no comprenden ustedes para quién han escrito los periodistas del decano su cazurra noticia?

–Todavía no.

–¿Todavía no comprenden para quién?

–¿Para el señor Pardo?

–Para el señor Pardo, no.

–¿Para el señor Bernales?

–Para el señor Bernales, tampoco.

–¿Para el señor Aspíllaga, tal vez?

–Para el señor Aspíllaga, sí.

–¿Y para el público?

–Para el público también. Pero, sobre todo, para el señor Aspíllaga. Y, después, para don Pedro de Ugarriza. Y para el Palais Concert.

–¿Luego, el señor Bernales tiene también filiación de candidato a la presidencia de la república? ¿Y de candidato que conferencia con el señor Pardo? ¿Y que entra a Palacio primero que el señor Aspíllaga?

–Tal.

–¿Y el señor Aspíllaga qué piensa de esto?

–Piensa una sola cosa. Una cosa definitiva. Una cosa muy grande. Piensa que el señor Pardo no se parece al señor Leguía.

–¿Y el público, qué piensa?

–Piensa lo mismo. ¡Que el señor Pardo no se parece al señor Leguía!

(En *El Tiempo*: Lima, 14–IV–1918)

VOCES

*Rieles y adentro*

Ninguna cámara sesiona. Ni la Cámara del señor don José Carlos Bernales ni la Cámara del señor don Juan Pardo. Ambas abren sus puertas todas las tardes. Ambas atraen consuetudinariamente a los mismos periodistas y a los mismos espectadores. Ambas tienen cotidianos momentos de animación en su hall, en su cantina, en sus pasillos y en su salón de los pasos perdidos. Sobre todo en su salón de los pasos perdidos. Pero no sesionan. Su tenue ímpetu diario se acaba en la puerta de la sala de sesiones. Lo matan los primeros campanillazos de los conserjes.

Y pasa que las dos cámaras se hallan embarazadas por un proyecto del Ministro de Fomento señor Escardó y Salazar. La Cámara de Diputados por el plan sanitario. Y la Cámara de Senadores por el plan ferrocarrilero. Dos planes que, por ser de nuestro famoso ministro carrilano, debían avanzar como sobre rieles. Pero que debido a una hostilidad artera del destino, están atracados.

Tanto en la Cámara de Senadores como en la Cámara de Diputados han tundido los proyectos del señor Escardó y Salazar. La Cámara de Senadores quiere ferrocarriles, muchos ferrocarriles, más ferrocarriles que el señor Escardó Salazar. Y la Cámara de Diputados quiere menos sanidad, poca sanidad, menos sanidad que el señor Escardó y Salazar.

Agarrados de las manos, formando casi una línea Hindenburg, han arremetido fieramente contra el proyecto sanitario, en la Cámara de Diputados, el señor Pérez y el señor Pinzás. Principalmente el señor Pérez. Se opone el señor Pérez, con todos sus refranes, a que haya higiene, a que haya profilaxia, a que haya salubridad y a que haya médicos. Dice que las palabras «salud pública» le recuerdan un comité billinghurista muy

vituperable que allá por los azarosos días de 1912 y 1913 perturbó la tranquilidad de la gente apacible y quieta. Y muestra tanto enojo contra los médicos que abundan quienes suponen que les guarda ojeriza y rencor por lo mucho que un médico inmortal, el doctor don Pedro Recio de Agüero, hizo padecer al gobernador de la Insula Barataría, de quien se ha hallado semejanza en el señor Pérez.

Y en la Cámara de Senadores provoca parecidas hostilidades el proyecto ferrocarrilero del gobierno. Ven los senadores que aceptar el veto del gobierno a la ley del parlamento es quedarse sin ley alguna. El proyecto del gobierno no podría ser ley sino en la próxima legislatura. Y ven enseguida los senadores que desechar el veto sería ocasionar una crisis ministerial.

Por eso gritan:

–¡Que el gobierno retire su veto! ¡Así no tendremos que desecharlo!

El veto es para los senadores una amarga cicuta. No pueden tener la asequibilidad de beberla. Pero tampoco quieren tener la rudeza de rechazarla. Piensan que si bien es una muy amarga cicuta es, sobre todo, una cicuta ofrecida a sus labios, a sus humildes labios, a sus pecadores labios, por las hijodalgas y gentiles manos del señor Pardo que nos manda. Por las hijodalgas y gentiles manos del señor Pardo que se digna brindarle al Senado una copa, aunque sea la «acre copa redonda» como diría el Conde de Lemos.

Parece que para este conflicto del veto no hay fácil solución posible. El Senado no puede aceptar el veto y no quiere desecharlo. Pero sabe que tendrá que acabar desechándolo. Y, por eso, le pide al señor Pardo que le evite este duro trance. Vuelve, pues, a sonar la dulce frase bíblica: «Padre mío, aparta de mí este cáliz».

El famoso ministro carrilano, señor Escardó y Salazar, entra a Palacio silencioso y apresuradamente sale de Palacio rodeado por las miradas angustiadas de los senadores.

Y por las preguntas de los periodistas que lo abordan así:

–¿Pero no habíamos quedado en que era usted, señor, el ministro de los ferrocarriles? ¿No habíamos quedado en que era usted un ministro carrilano? ¿No habíamos quedado en que era usted el ministro de los rieles y de los durmientes? ¿Por qué dicen de usted ahora que ya no quiere ser sino el ministro de los durmientes?

El señor Escardó y Salazar mueve la cabeza. Se defiende con las dos manos de las preguntas de los periodistas. Sube a su muelle y confortable

automóvil. Parte a carrera. Y, entonces, se acuerda de su gran estribillo–programa de otros días:

–¡Rieles y adentro y adentro!

Y sigue a carrera.

(En *El Tiempo*: Lima, 15–IV–1918)

VOCES

*Estamos de crisis*

Estamos de crisis ministerial desde la mañana de ayer. Una crisis que para todos se llama crisis total pero les parece a muchos crisis parcial solamente. Porque, según los rumores callejeros, aunque se marchan los seis ministros sólo dos se marchan para no volver. Los demás han salido del palacio de gobierno con el convencimiento de que regresarán. Y no le han dicho al señor Pardo adiós sino hasta luego. Hasta muy luego.

Ha pasado lo que el público aguardaba. El gabinete del señor Tudela y Varela se ha tropezado mortalmente con los reintegros y con los ferrocarriles. Sólo que el señor Tudela, solidarizado con sus compañeros de hacienda y fomento en el momento del tropezón, ha pensado depués del tropezón que no se halla tan ligado a ellos. Y lo mismo que el señor Tudela y Varela han pensado sus otros compañeros.

Rueda por las calles este comentario:

–¿Por qué ha renunciado también el señor Tudela y Varela? ¿Por qué se ha producido una crisis total?

–Por cortesía del señor Tudela y Varela.

–Sí, por cortesía no más. El señor Tudela y Varela no ha querido que sus colegas de Hacienda y de Fomento se vayan solos de Palacio. Y ha creído galante acompañarlos. Pero únicamente los va a acompañar hasta la puerta. Sabe que la puerta de palacio se quedará abierta para él.

–¿Abierta, muy abierta?

–Abierta, muy abierta.

Esta fisonomía de la crisis desagrada al público. Aunque el público la preveía, se queja de que se tropiece con el querer veleidoso del señor Pardo, que es menos duro que el poste y que la piedra pero que es más contundente.

Apenas si de rato en rato se apartan las miradas del público de los cuatro ministros que aparentemente se marchan de mentiras para seguir a los

ministros que decididamente se marchan de veras. Y entonces convergen principalmente sobre el señor don Germán Arenas. Sobre el ministro que si no hubiera cambiado la cartera de gobierno por la cartera de hacienda no se contaría actualmente entre los ministros que se van.

Y es que la caída del señor Arenas ha tenido una traza cómica. Ha sido una caída de resbalón. Y una caída ocurrida, ruidosa y ostensiblemente, en el salón de la Cámara de Senadores.

El señor Diez Canseco, empeñado en la travesura de darle un empujón fatal al gabinete, no quiso que los ministros se retirasen del Senado antes de que se produjese la votación.

Los atajó de esta manera:

–¡Aguárdense un minuto! ¡Ustedes tienen que contestarme todavía algunas preguntas!

Se sentaron los ministros y los senadores y desecharon sus observaciones con un carpetazo unánime. ¡Prumuúm! Un carpetazo que tumbaba al gabinete del señor Tudela y Varela.

Y entonces el señor Diez Canseco, que a pesar de su aire grave y circunspecto tiene un alma juguetona de chico, se puso de pie para decirles a los ministros:

–Ahora perdónenme ustedes que los haya detenido. Ya no es preciso que me contesten. Ya la Cámara los ha juzgado y sentenciado. ¿Para qué voy a demorarlos más rato entre nosotros? ¡Perdónenme ustedes!

Y el señor Arenas, en lugar de despedirse silenciosamente, tuvo la desventurada ocurencia de decir más o menos:

–Yo he hablado aquí en nombre del Poder Ejecutivo.

Le acotaron risueñamente los senadores más cercanos:

–¡Por supuesto!

Y sorprendido preguntó el señor Arenas:

–¿Luego, ustedes saben lo que han hecho? ¿Luego, ustedes saben que me han botado?

Pero no le respondieron sino estas palabras del señor don José Carlos Bernales:

–¡No hay nada en debate!

Y un campanillazo muy fuerte.

(En *El Tiempo*: Lima, 17–IV–1918)

VOCES

*El Sr. candidato gentleman*

Camina la candidatura del señor don Ántero Aspíllaga. Nos consta que camina. Que camina en automóvil. Un automóvil que no es, por supuesto, un rudo faetón de carretera sino una linda limousine metropolitana. Linda y con el número 606.

Dentro de esta épica limousine la candidatura del señor Aspíllaga se siente como dentro de un hogar portátil, muelle, colchado, coquetón, fragante y amoroso. Y, sobre todo, camina. Caminó veinte ó treinta cuadras ciudadanas resintiéndose de los baches aviesos, quejándose de la estrechez de las calzadas, doliéndose de tanta sinuosidad y de tanto vericueto. Pero camina. Desde el umbral de esta casa del General La Fuente, la hemos visto pasar segura de sí misma y de su gasolina.

Y, como nosotros, la ha visto pasar toda la ciudad. Y la ha visto apearse de su automóvil. Y la ha visto entrar a una casa. Y la ha visto salir de otra casa. Y la ha visto dejar en otra casa una tarjeta. Y la ha visto llevarse de otra casa una esperanza.

Y se ha preguntado:

–¿Entonces la cadidatura del señor Aspíllaga no había sido una broma? ¿Entonces no había sido una invención de la gente traviesa? ¿Entonces no había sido una calumnia de la gente taimada? ¿Entonces no había sido una maniobra del señor Pardo? ¿Entonces no había sido una mataperrada de don Pedro de Ugarriza?

Y se ha preguntado luego:

–¿Entonces ésta que va en automóvil es la candidatura del señor don Ántero Aspíllaga?

Es que, como muchas veces lo hemos dicho, la ciudad no ha querido creer casi en la candidatura del señor Aspíllaga. Y no porque la ciudad no estime al señor Aspíllaga, sino precisamente porque lo estima demasiado. Porque no desearía volverle a mirar engolfado en una áspera y tumultuosa

aventura democrática. Porque anhelaría mirarle siempre tranquilo, sereno, ecuánime, rodeado de sus flores y de sus caballos de carrera.

Mientras la ciudad vive dominada por estos sentimientos, el señor Aspíllaga se entusiasma cada día más con su candidatura. Aún no se decide a salir a un balcón de su casa solariega para hablarles a las muchedumbres de las jornadas cívicas. Pero multiplica sus visitas. Busca a sus amigos, los requiebra, los abraza y los enamora. Ellos le sonríen. Y el señor Aspíllaga se queda convencido de que su sonrisa es un sí. Un sí pudoroso y recatado. Pero sí de todos modos.

Algunas veces hay personas graves, ponderadas, que le piden prudencia al señor Aspíllaga. Y que se fije en que el señor Bernales entra a Palacio antes que él. Y que se fije en que el decano lo subraya. Y que se fije en que el señor Pardo apadrina el proyecto de la convención. Y que se fije en que el señor Leguía es dueño de muchas voluntades, de mucha fuerza, de mucha energía y de mucha pujanza.

Pero el señor Aspíllaga, cuya alma rebosa de fe como el alma de un hijodalgo medieval, responde:

–Yo seré el sucesor de Pardo. Pardo me lo ha prometido. ¡Y Pardo es un caballero!

Y por esto dura hasta ahora la candidatura del señor Aspíllaga. Por esto seguirá durando. Por esto y nada más que por esto. El señor Aspíllaga, que es un dechado de caballeros, piensa que la política es una cuestión de honor. No se aviene con la prosaica realidad que pertinazmente se lo niega. Y, puesto que el señor Pardo le ha dado su palabra de caballero de que será su sucesor, el señor Aspíllaga no puede poner en duda que lo será. Un gentleman tiene que fiar en la palabra de otro gentleman. Un gentleman no puede engañar a otro gentleman. El señor Aspíllaga es un gentleman. Y está seguro de que el señor Pardo es otro gentleman.

Surge, por ende, un comentario:

–¿Luego el señor Leguía no es para el señor Aspíllaga un gentleman?

–No.

Y así es. Para el señor Aspillaga el señor Leguía no es ya un gentleman. No es sino un ciudadano. Sólo que el señor Aspíllaga no sabe que al señor Leguía le basta con ser un ciudadano. Que le basta y le sobra.

(En *El Tiempo*: Lima, 18–IV–1918)

VOCES

*Falta uno*

Tornamos a amanecer sin gabinete. Todavía los ministros que nos gobiernan son los ministros dimisionarios. Los ministros dimisionarios que se van y los ministros dimisionarios que se quedan.

Nos acostamos antenoche con la seguridad de que había concluido la compostura del gabinete. El señor don Victor M. Maúrtua, el gran pensador de nuestro Parlamento, era el Ministro de Hacienda. Y el señor don Ernesto Sousa era el Ministro de Fomento. Dentro de breves horas se acabaría la crisis. Y habría juramento y besamanos.

Pero en la mañana de ayer se desvaneció este convencimiento. Aún no estaba arreglado. Aún se aguardaba algunas conferencias. Aún no habían sido cabales los asentimientos. Aún no había gabinete. Mas era cosa de pocos momentos que lo hubiese.

Y, más tarde, sobrevino una brusca sorpresa. El señor don Ernesto Sousa no quería ser Ministro de Fomento. No quería ni siquiera ser candidato. Y se apresuraba a anunciarlo a los periodistas a quienes les hablaba de esta suerte:

–Pongan ustedes que yo no soy ministro. ¡Que yo no soy sino demócrata!

–Pues podría usted ser un ministro demócrata. O un demócrata ministro. Mire usted, señor Sousa, que de otra manera nadie querrá ser demócrata.

Majestuoso e inexpugnable, el señor Sousa abandonaba a los periodistas, después de haberles repetido que no era sino demócrata. Demócrata de la "entraña". Demócrata del noventaicinco. Y demócrata del más castizo pierolismo hasta en su saco cruzado, en su talle de jacobino coalicionista y en su andar y su continente portugueses de conspirador campesino de Eça de Queiroz.

Desasosegábase la gente de que por culpa del señor don Ernesto Sousa no hubiese gabinete. Sobre todo porque había reparado en que el señor

Sousa habría sido otro ministro carrilano, en que el ministerio del señor Sousa habría parecido la prolongación del ministerio del señor Escardó y Salazar y en que tanto se habría confundido la obra del señor Sousa con la del señor Escardó y Salazar que en lo venidero no se habría sabido bien cuándo había acabado el señor Escardó y Salazar ni cuándo había empezado el señor Sousa. Carrilano el señor Escardó Salazar y carrilano el señor Sousa habría sido uno mismo el programa de los dos. El programa y el estribillo. Rieles y adentro y adentro.

Luego todas las miradas rodeaban al señor don Victor M. Maúrtua que era según toda la prensa el nuevo ministro de hacienda. Y había asombro. Y había admiración. Y había perplejidad.

Rodaba por todas partes este comentario:

–¿El señor don Victor M. Maúrtua, Ministro de Hacienda? ¿Nuestro altísimo bolchevique, Ministro de Hacienda? ¿Nuestro notable maestro, Ministro de Hacienda? ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡No puede ser!

No quería creer nadie que el señor Maúrtua era el nuevo Ministro de Hacienda. Parecía que la gente pensaba que un hombre sabio y talentoso no podía ser ministro. O que un ministro no podía ser un hombre sabio y talentoso. Y lo pensaba con tanto ardimiento que nosotros comenzábamos a pensar con ella.

Así atardecía. Y luego anochecía. Y ahora amanece. Y aún no podemos estar de besamanos porque todavía no tiene sucesor el señor Escardó y Salazar y porque resulta muy difícil reemplazar al señor Escardó y Salazar. Y porque el señor Pardo no quiere poner los ojos en lo mucho que vale el señor don Óscar Víctor Salomón, nuestro ex cónsul en Cardiff. Probablemente porque el señor Pardo no sabe inglés.

(En *El Tiempo*: Lima, 21–IV–1918)

VOCES

*El candidato postal*

Una de las candidaturas probables a la Presidencia de la República, la del señor Tudela y Varela, ha estado a punto de acabarse repentinamente. Por poco no la ha matado un carpetazo de la Cámara de Senadores. El señor Tudela y Varela, caído del gobierno, tundido por la agresividad de sus adversarios y mordido por las murmuraciones de la gente asaz malevola de esta tierra, no habría podido conservar ninguna posibilidad de candidato.

Pero la permanencia del señor Tudela y Varela en el gobierno trae aparejada la prolongación de su candidatura. Los civilistas y liberales, al rodearle con sus votos de confianza, no sólo han apuntalado al señor Tudela y Varela ministro sino también al señor Tudela y Varela candidato.

Por esto la gente se pregunta:

–¿Y no ha sido el señor don Ántero Aspíllaga el que ha corrido en socorro del señor Tudela y Varela poniéndole en las manos todo el favor, toda la simpatía y toda la devoción del partido civil?

Y los aspillaguistas le responden:

–Sí; porque el señor Aspíllaga es un dechado de perfectos caballeros, porque el señor Aspíllaga es muy hidalgo y porque el señor Aspíllaga ha querido demostrar que su candidatura no le tiene miedo a ninguna otra.

Mas la gente no se conforma con esta explicación de los aspillaguistas. Piensa que realmente el señor Aspíllaga es gentilhombre en demasía. Pero cree que no debe serlo tanto. Y es que mira que, merced a un trajín del señor Aspíllaga, no sólo se ha quedado en el gobierno el señor Tudela y Varela sino que ha sido bonificada su condición de gobernante. Antes el señor Tudela y Varela no era más que un ministro del señor Pardo. Ahora es un ministro del partido civil y del partido liberal. Antes su presencia en la jefatura del gabinete no representaba sino la voluntad del señor Pardo. Ahora representa la voluntad de las mayorías parlamentarias de que son

dueños esos partidos. Por obra y gracia de una de esas paradójicas originalidades de nuestra política el señor Tudela y Varela ha salido ganando con su dimisión. Las mayorías parlamentarias con las cuales se consideraba mal avenido le han asegurado que son suyas, muy suyas, totalmente suyas.

Justo es, por ende, que la gente se asombre de que el señor don Antero Aspíllaga haya sido el que más se ha apresurado a inocularle salud al gabinete del señor Tudela y Varela. Sabe el señor Aspíllaga, tanto como nosotros, tanto como cualquier honesto vecino de la ciudad, que ha estado creciendo, medrando y prosperando subterráneamente la candidatura del señor Tudela y Varela a la presidencia. Que ha tenido desde luego toda la fisonomía de una conspiración aviesa contra su candidatura. Y, sin embargo, el señor Aspíllaga le ha tendido al señor Tudela y Varela su enguantada mano gentil para que no se caiga. Aunque no podía dejar de comprender que si se caía el señor Tudela y Varela se acababa su sigilosa y subrepticia candidatura.

Sonríense los pardistas de estas reflexiones de la gente. Hacen un movimiento de cabeza que es un débil conato de negativa. Y concluyen exclamando:

–¡Pero si no es cierto que el señor Tudela y Varela quiera ser Presidente de la República!

Entonces la gente se enardece. Y a gritos prueba la existencia clandestina de la candidatura del señor Tudela y Varela. Asevera que esta candidatura ha estado distribuyendo diariamente muchas cartas. No pudiendo distribuir todavía muchas visitas se ha resignado con limitarse a distribuir muchas cartas. Se puede decir de ella que es una candidatura postal, una candidatura de estafeta, una candidatura de apartado, una candidatura de valija y una candidatura franca de porte. Pero siempre es una candidatura. Una candidatura de muchas cartas.

Y, riéndose, lo confirman los pardistas:

–¡Son cartas anónimas! Preconizan la candidatura del señor Tudela y Varela. ¡Pero son cartas anónimas!

Ruidosamente la gente le replica:

–¡Pero son cartas! ¡Pero preconizan la candidatura del señor Tudela y Varela!

Y suele a veces mediar, conciliadora, generosa y caballeresca, la limousine del señor Aspíllaga que pasa pregonando una satisfacción muy grande, que parece –según los insignes médicos y folkloristas

doctores Lorente y Caravedo– la que la oratoria criolla denomina habitualmente "la satisfacción del deber cumplido".... pública por los relieves que posee, como suceso político y gubernativo, cual le dijimos ayer reflejando el sentimiento que había producido en la ciudad.

No obstante las demoras que se han suscitado, se asegura que hoy, de todos modos, quedará reconstituído el gabinete y que en la tarde prestarán los nuevos ministros el juramento de estilo.

(En *El Tiempo*: Lima, 22–IV–1918)

VOCES

*Viaje conmemorativo*

Empujado por sus nostalgias y gobernado por sus recuerdos se ha encaminado otra vez hacia esta tierra el señor don Augusto Durand. Después de haberse regalado durante algunos meses con los goces y contentamientos de la vida de diplomático, el señor Durand ha querido tener otra escapada a la vida política. Y, por eso, ha salido de Buenos Aires para regresar nuevamente al seno de esta democracia mestiza que ha sido tan frecuente y famosamente el teatro de sus andanzas, de sus aventuras y de sus proezas revolucionarias.

No paso a paso sino velozmente, que es mucha su presura y grande su avezamiento a la caminata, viene el señor Durand, nuestro ingenioso hidalgo, nuestro memorable caballero andante, nuestro clásico caudillo de la quebrada, tal vez traído al Perú sólo por el anhelo de apartarse un rato de ese ambiente protocolario y cortesano que con tanto desapego ha mirado siempre su espíritu trashumante y conspirador.

Y, según tenemos entendido, no quiere llegar el señor Durand a esta ciudad en un día vulgar. Quiere llegar en un día sonoro, en un día emocionante, en un día grande, en un día de efemérides. Y acelera por eso la carrera para llegar el primero de mayo que es el día insigne en que, asistido por su preclaro hermano el señor don Juan Durand, se embarcó en el tren de Chosica para tocar una clarinada de combate en esa apacible y dulce aldea de la buena leche, del grato clima y de la virgiliana vida.

Así lo dicen los parciales del doctor Durand. Así lo dicen quienes, por ser suyos en cuerpo y alma, pueden hacer la exégesis de sus ademanes y de sus gestos. Así lo dicen quienes comprenden la recóndita significación de este viaje que ha comenzado en el mes de abril, que es el mes de los trovadores, para concluir en el mes de mayo, que es el mes de las reivindicaciones.

Pregúntales la gente:

–¿Cuándo llega el doctor?

–Y ellos responden ruidosamente:

–¡El primero de mayo!

Y lo repiten con orgullo:

–¡El primero de mayo!

Por ende la gente afirma:

–¡El primero de mayo es el día del doctor Durand! ¡El primero de mayo es el día del Partido Liberal!

Y entonces se solivianta el señor del Barzo y protesta a gritos con todo su énfasis de conductor de nuestro proletariado:

–¡El primero de mayo es el día de los obreros! ¡El primero de mayo es el día del socialismo!

Pero su palabra suena en balde. La gente se ratifica en su convencimiento de que el primero de mayo es el día del doctor Durand y del Partido Liberal. Un día que no le evoca banderas rojas ni redobles de revolución social. Un día que, por el contrario, le hace pensar en el prócer Mateo Vera, en las montoneras a caballo y en los ponchos protectores y pintorescos.

Y nosotros, aunque somos bolcheviques, aunque cada día somos más bolcheviques, tenemos que acabar diciéndonos que efectivamente el primero de mayo no es para esta tierra lo que para todo el mundo y tenemos que poner los ojos en el señor don Augusto Durand que viene a toda prisa para estrechar cordialmente la mano del señor Pardo en el día de su aniversario más heroico, guerrero y marcial.

(En *El Tiempo*: Lima, 24–IV–1918)

VOCES

*El ministro bolchevique*

Nuestros buenos amigos bolcheviques nos piden que reparemos en la significación más trascendental de la presencia del señor don Víctor Maúrtua en el Ministerio de Hacienda. La de que por primera vez tenemos en el gobierno del Perú a un socialista. Un socialista convicto y confeso. Un socialista de elegante traje, de nobles modales y de británica pulcritud. Pero siempre un gran socialista.

Para nuestros buenos amigos bolcheviques este es un acontecimiento que tendrá un extraordinario valor en la historia peruana. El señor don Víctor Maúrtua es el primer ministro socialista de esta tierra. Y está en el ministerio donde debe estar un socialista. En el ministerio de hacienda.

Algunas veces hay gente que le quiere poner un pero a la entrada del señor Maúrtua en el gobierno:

–El señor Maúrtua debía ser Ministro de Relaciones Exteriores.

Y entonces, legitimamente soliviantados, protestan nuestros bolcheviques:

–¿Un socialista, Ministro de Relaciones Exteriores? ¿Ministro de Relaciones Exteriores del Perú? ¡Para qué! ¿Para presidir nuestro pobre formulismo diplomático?

Y se exaltan.

Pero tienen razón.

Otrora, cuando una estrepitosa y pirotécnica literatura jacobina alimentaba todos los días una nueva revolución criolla, el Ministerio de Gobierno era el ministerio más importante. Era el ministerio que podía dar o quitar las libertades individuales. Y estas libertades eran la suma aspiración de los peruanos, eran el grito de las montoneras, el tema de los editoriales, la bandera de los caudillos, el acicate de las jornadas cívicas, el ideal de todos los Mateo Vera denodados y épicos de las quebradas, donde eran dueños de pavorosa y novelesca fama de leones o de pumas.

Ahora que se han debilitado todos esos ardimientos de nuestra democracia mestiza, ahora que el doctor don Augusto Durand ha dejado la cabalgadura trashumante por la limousine metropolitana, ahora que la Constitución del 60 no enciende tantos fervores religiosos y ahora que el partido constitucional ha comenzado a ser una falange de museo, el Ministerio de Gobierno ha perdido su antigua excelsitud peruana. El Ministro de Gobierno no puede hacer la ventura de los ciudadanos. Es únicamente un funcionario que manda a todos los gendarmes y policías encargados de librar a nuestra persona y nuestra hacienda de algunos de los muchos males que las acechan. Y el principal ministro es, sin duda alguna, el ministro de hacienda, que es el que tiene en sus manos los medios de distribuir equitativamente el bienestar, de mejorar la mesa pobre y de proveer la mesa vacía.

Muy lentamente se han abierto paso estos convencimientos en la mentalidad nacional. Pero se han abierto paso de toda suerte. Y, por eso, la aparición de un Ministro de Hacienda socialista es un suceso resonante y extraordinario.

Sobre todo porque este Ministro de Hacienda rompe con la rutina, se desembaraza de la etiqueta, ocupa todas las tardes su escaño habitual de diputado, abre sus puertas a los periodistas y quiere que haya baratura y hartazgo para los descamisados.

Incesantemente rueda este comentario:

–¿Acaso antes de ayer no había Ministro de Hacienda? ¿Por qué sólo ahora se habla del Ministro de Hacienda?

Y parece que hay en el ánimo público la sensación de que no es posible que el señor don Germán Arenas haya sido el antecesor del señor don Víctor M. Maúrtua. Se piensa que si el señor Arenas ha sido el antecesor del señor Maúrtua, el señor Maúrtua tendría que ser el sucesor del señor Arenas. Y esto nadie lo quiere creer.

Principalmente mientras nuestros bolcheviques continúen gritando que el joven socialista peruano ha llegado muy pronto a las alturas del poder y del mando. Aunque haya sido merced a la estatura del señor Maúrtua...

(En *El Tiempo*: Lima, 27–IV–1918)

## VOCES

*Regreso triste*

Chafado, desencantado y marchito ha reaparecido en la Cámara el señor don Germán Arenas. Más que un ciudadano que regresa al Parlamento después de luengos años de ausencia, parece, por su gesto, por su talle, por su continente y por su paso, un guerrero derrotado y disperso, una viuda inconsolable y vieja, un galán cincuentón despedido por su dama, un sanchillo sin caballero y sin cabalgadura molido por el más bruto de los vizcaínos andantes, un gallo "despichado" por el muy famoso "Caballero Carmelo" del Conde de Lemos, un ángel caído del cielo, chamuscado y maltrecho, un candidato sin residencia derribado por la Corte Suprema, un incauto provinciano burlado por el "cuento del tío" o un avaro carbonero herido por la política de abaratamiento de nuestro altísimo Ministro de Hacienda señor Maúrtua.

Hay un remordimiento que conturba y aflige al señor Arenas. Piensa el señor Arenas que ha podido entrar victoriosamente a la Cámara de Diputados en los sonoros días de julio. Entonces habría puesto con orgullo sus credenciales unipersonales de diputado por Huarás en las manos gentiles del señor Manzanilla. Le habrían recibido solícitos y amistosos los aplausos de los diputados. Le habrían mirado como a un leader de la mayoría pardista, que, por ausencia suya, ha tenido que colocar toda su personería en el señor Manuel Bernardino Pérez. Y no habría sido jamás mal mirado por los empleados públicos, que ahora no le perdonarán su buen deseo de que se les devolviese sus descuentos en dosis homeopáticas y en el piadoso plazo de diez años.

Y, por esto, el señor Arenas se duele de haberse dejado tentar por el señor Pardo, le pesa haber sido ministro, se queja de su malaventura, clama contra el destino avieso que así le ha robado el bienestar y la dicha y le aconseja al señor Pérez:

–¡Nunca sea usted ministro! ¡Hay hombres que no hemos nacido para

ministros sino para diputados!

Tan dolorido ha sido el regreso del señor Arenas a la Cámara de Diputados que hasta no hubo quórum para que el señor Arenas se reincorporase el día en que quiso hacerlo. El señor don Juan Pardo pasaba baldíamente una lista tras otra. El señor Carrillo murmuraba entre bostezo y bostezo que era sábado y que según los ingleses el sábado no era día de trabajo. El señor Ríos revoloteaba por el estrado de la presidencia como un gorrión inquieto y nostálgico. Y, en un rincón inexpugnable de la Cámara, el señor Secada controlaba las listas y gritaba con una áspera entonación acusadora:

–¡No hay quórum!

Y el señor Pérez se levantaba para irse a la zarzuela.

Desasosegado y triste, el señor Arenas le pedía en vano que no se fuese, que no acabase de frustrar el quórum, que no se acordase por una hora a lo menos de las chicas de la zarzuela y que no lo dejase más solo y desamparado.

Mas enseguida se paraba el señor don Juan Pardo y rápidamente la sala se quedaba desierta.

Halado por sus compañeros, salía el señor Arenas de la Cámara triste y desalentado y a las gentes les parecía hasta más chico que antes, más chico que de costumbre, más chico que en los recientes días, felices para él, en que desde el recatado palco de la policía limeña aguaitaba a las tiples y sonreía a las paquitas y a las roxanas.

Había, sin embargo, un fugaz momento en que el señor Arenas se erguía y se iluminaba.

Era que sonaba un grito:

–¡Viva el Ministro de Hacienda!

Pero muy pronto se extinguía todo el contento del señor Arenas, porque volvía en sí, se acordaba de que ya no era Ministro de Hacienda y reparaba en que eran para otro las aclamaciones que no habían podido ser para él. Aunque él había sido tan fiel pardista como fiel cristiano. Aunque él había sido no sólo Ministro de Hacienda sino también Ministro de Gobierno. Y aunque él había sido tan humilde para recibir de Dios todo bien y todo mal. De Dios y del señor Pardo.....

(En *El Tiempo*: Lima, 30–IV–1918)

VOCES

*Congreso a pasto*

Este quinto congreso extraordinario es, según las crónicas y los cronistas , el primero de la historia del Perú. Y es para todos nosotros una cosa escapada de las regiones de lo acontecedero y de lo normal donde se posa habitualmente nuestra mirada y donde trisca aburridamente nuestro pensamiento.

Nunca pasó por nuestra cabeza humilde y perezosa la sospecha de que el gobierno del señor Pardo alargaría hasta una quinta legislatura la temporada parlamentaria. Ni pasó tampoco tal sospecha por ninguna cabeza criolla, grande o chica, avizora o distraída, ensortijada o híspida. Ni por la donairosa cabeza iqueña del señor Manzanilla ni por la pelada cabeza roja del señor Teófilo Menacho. Ni por la fosforescente cabeza revolucionaria del señor Secada ni por la melancólica cabeza quechua del señor Manuel Jesús Gamarra. Ni por la complicada cabeza grandilocuente del señor Mariano H. Cornejo ni por la redonda cabeza de "pomito" del Conde de Lemos. Ni por la gentil cabeza millonaria del señor Antero Aspíllaga ni por la tonsurada cabeza oleosa del señor Sánchez Díaz. Ni por la presidencial cabeza bondadosa del señor José Carlos Bernales ni por la arrepentida cabeza penitente del señor Peña Murrieta. Ni por la doctoral cabeza de niño serio del señor José de la Riva Agüero ni por la romántica cabeza tribunicia del señor Víctor Andrés Belaúnde. Ni por la infantil cabeza "chaposita" del señor Manuel Químper ni por la abollada cabeza teologal del señor Germán Arenas. Ni por la catedrática cabeza de "divino calvo" del señor Manuel Vicente Villarán ni por la suculenta cabeza ladina del señor Manuel Bernardino Pérez. Ni por la científica cabeza rosada del gran alienista doctor Sebastián Lorente ni por la sabia cabeza aborigen del señor Tello. Ni por cabeza alguna, famosa o desconocida, agreste o metropolitana, rapada o undosa, de esta tierra perspicaz.

Probablemente ni siquiera en la majestuosa cabeza de buenmozo del

señor Pardo, cuando en el Nombre de Dios y de la Constitución del Estado se abrieron las sesiones del congreso ordinario, tuvo asiento la idea de que estas sesiones se prolongaran hasta el mes de mayo que en otras partes es el mes de las flores y de los troveros y que entre nosotros, acaso para nuestra ventura, es el mes del partido liberal y de la revolución de Chosica.

Y es que de un presidente que en el segundo año de su gobierno no nos dio ni una legislatura extraordinaria no era posible esperar que en el tercer año de su gobierno nos diera cinco. Y cinco legislaturas extraordinarias sin ningún intermedio de vacaciones para los fatigados senadores y diputados.

Discurriendo sobre esta fiebre de convocatorias hemos encaminado nosotros nuestros pasos, después de muchos días de alejamiento, hacia las cámaras legislativas. Pero no hemos ido para devolvernos a su trato ni para saber si hay cansancio y fastidio en los señores don José Carlos Bernales y don Juan Pardo, preclaras personas que las dirigen, las guían y las conciertan. Hemos ido para poner los ojos en el asiento vacío del señor don José Matías Manzanilla nuestro muy insigne orador parlamentario.

Y no hemos hallado siquiera en el camino al señor Manzanilla. Antes bien, hemos constatado una vez más que el señor Manzanilla se siente totalmente desvinculado de la actividad legislativa. Que cada convocatoria del señor Pardo es para él un documento que le desasosiega y lo solivianta.

Pasa que el recuerdo de los malos días de 1916 en que el señor Manzanilla, presidente de la Cámara de Diputados, aguardaba inútilmente que el señor Pardo convocase a una legislatura extraordinaria, se vuelve más acérrimo y enardecedor para el gran leader a medida que se suceden las convocatorias. La primera convocatoria desazonó al señor Manzanilla. La segunda convocatoria lo desazonó mucho más. La tercera convocatoria le desazonó en supremo grado. La cuarta convocatoria turbó mortalmente su ánima cordial. La quinta convocatoria ha estado a punto de apagar para siempre su gran sonrisa, su clásica sonrisa, su historiada sonrisa. Y seguramente si hay una sexta convocatoria el señor Manzanilla se saldrá de quicio, convocará a un mitin, le hablará al pueblo, se pondrá furente y, reportado luego, concluirá su discurso con un chiste nervioso.

Gentes que le admiran y le quieren, pero buenas y candorosas, atajan en las calles al señor Manzanilla y le preguntan:

–¿Qué nos dice usted, maestro? ¿No nos dice usted que está muy contento? ¿No nos dice usted siquiera que el parlamentarismo se abre

paso? ¿No nos dice usted, parlamentarista, que le alegra que el Parlamento funcione hasta ahora?

Y entonces el señor Manzanilla se inquieta:

–¡Yo soy parlamentario! ¡Y soy parlamentarista! ¡Pero no puedo estar contento ni puedo alegrarme! ¡Yo era el presidente de la Cámara de Diputados en 1916!

Y, después de pronunciar estas palabras, el señor Manzanilla se despide con las dos manos de las gentes buenas y candorosas que así lo abordan.

Pero, sin embargo, el señor Manzanilla no quiere pedirle a su Cámara licencia para no concurrir a sus sesiones. Quiere que las gentes se fijen bien, todos los días, en su rebeldía sistemática y persistente. Quiere que lean en los diarios que no va a la Cámara.

Y, por eso, llama consuetudinariamente por teléfono a uno de los secretarios de la Cámara y le habla así:

–¡Amigo mío! ¡Póngame usted entre los inasistentes! ¡Pero póngame usted entre los inasistentes que han avisado su inasistencia! ¡Póngame con letras muy grandes!

Y se para en la puerta de su estudio, con los brazos cruzados y con la sonrisa muy fuerte, para que miren las gentes que no está enfermo.

(En *El Tiempo*: Lima, 5–V–1918)

VOCES

*Mayo pleno*

Este mes de mayo hace pensar a la gente en el problema presidencial. Viviéndolo, pesándolo y saboreándolo, se acuerda la gente de que el otro mes de mayo se aproxima. Y se dice que el otro mes de mayo es el mes de los sufragios, de las ánforas, de las "mesas", de los clubes, de los discursos, de las escrutadoras y de los tumultuosos "cierra puertas" criollos.

Un acontecimiento ha acentuado la fisonomía trascendental de este mes de mayo. Ha sido la llegada del doctor Augusto Durand. Y el anuncio de que se queda entre nosotros, de que no regresa más a Buenos Aires y de que se restituye a su antigua actividad de político y a su moderna actividad de periodista.

Parécele a la gente que el doctor Durand ha venido solamente para decirles a sus prosélitos y a sus adversarios:

–Fíjense en que llego en el mes de mayo. ¡Y fíjense en que el mes de mayo es el de nuestra gran efemérides revolucionaria!

Y, por esto, busca la gente el automóvil del señor don Ántero Aspíllaga, para ver si la candidatura de nuestro gentleman millonario camina con la misma confianza de antes en su gasolina, en su "chauffeur", en sus flores, en sus caballos de carrera y en su ingenio.

Pasa por las calles silencioso y discreto, sonando afablemente su bocina el ilustre automóvil del señor Aspíllaga; y advierte la gente que la candidatura civilista sigue alentada por la fe más entera, más inquebrantable y más firme en sus destinos.

Mas el comentario callejero observa que el señor Aspíllaga sale de Palacio cuando el señor Bernales entra y que el señor Aspíllaga entra a Palacio cuando el doctor Durand sale. Y que el señor Pardo habla muy largo con el señor Bernales y muy largo también con el doctor Durand, aunque no lo hayan subrayado maliciosamente los periodistas del decano.

Y hay aseveraciones enérgicas:

–¡El doctor Durand ha venido a tumbar de un soplo la candidatura del señor Aspíllaga!

Pero hay asimismo incredulidades:

–¿De un soplo no más?

Y se vuelve a buscar con los ojos el automóvil del señor Aspíllaga para sentirlo nuevamente muy alegre muy ufano y muy satisfecho. Tan alegre, tan ufano y satisfecho como el automóvil del gran ministro bolchevique señor don Víctor Maúrtua que corre por la ciudad y por el campo en pos del abaratamiento.

Con tantos candidatos en las manos –candidato liberal, candidato civilista, candidato democráta, candidato poliédrico, candidato convencional –acaba exclamando la gente:

–¡Todavía no hay candidato!

Y aclarando luego:

–¡Candidato del señor Pardo!

Porque resulta que para que el señor Pardo tenga candidato se necesita que venga el señor Leguía, que salgan a las calles las muchedumbres, que comiencen las jornadas cívicas y que se arrebaten los papeles impresos.

Y no es que el señor Leguía puede ser candidato del señor Pardo:

Es que puede dárselo.

(En *El Tiempo*: Lima, 7–V–1918)

VOCES

*Desvíos de la fama*

Poco a poco van apareciendo en el gesto, en el paso y en el continente del señor Balbuena la misma fatiga, la misma lasitud y el mismo desencanto que han aparecido en el gesto, en el paso y en el continente del señor Manzanilla. El señor Balbuena no habla, no va a Palacio, no coopera al abaratamiento de las subsistencias, no es aclamado por sus partidarios ni es recomendado en ninguna forma a la consideración pública. Ya ni siquiera se oye en el jirón de la Unión, en la puerta de una peluquería, de una confitería o de un periódico, su aguda risa estridente de avecilla alegre y venturosa.

Podría suponerse que la juventud que se le escapa al señor Manzanilla se le escapa también al señor Balbuena. Que el mal que aqueja al maestro aqueja también al más amado de sus discípulos. Que así como el señor Manzanilla y el señor Balbuena están identificados en el gozo, están también identificados en la pena.

Pero no es así.

Ocurre que la dolencia del señor Balbuena no es la dolencia del señor Manzanilla. No es que el enamorado corazón del discípulo tiembla de dolor porque se apaga el brillante alborozo del maestro. Es que el señor Balbuena siente que este es un momento hostil para su celebridad. Un momento en el cual no suena, no se le comenta, no se le mira y no se le busca. Un momento en el cual acaso sólo nosotros, fidelísimos amigos suyos, desafiando el enojo del gran ciudadano don Juan Manuel Torres Balcázar, nos acordamos de él para quejarnos de que la popularidad no quiera rodearle con sus favores.

Mucho nos contraría que el señor Balbuena no esté en el pensamiento de las gentes, ni en los carteles de las esquinas, ni en las "cabezas" de los periódicos, ni en los gritos de los clubes, ni en el diario de los debates.

Y, por esto, le decimos:

–¡Vaya usted, doctor, a la Cámara!

Y él nos responde con un tono de profunda decepción:

–¡Si voy todos los días!

Entonces le aconsejamos:

–Bueno; pero no se calle. ¡Pronuncie algún discurso sensacional!

Y se queda silencioso, pensativo e irresoluto.

Pasa en su raudo y lujoso automóvil ministerial el ministro bolchevique señor Víctor Maúrtua y nosotros se lo señalamos al señor Balbuena:

–¡Interpele usted al señor Maúrtua! ¡Trabe usted con él sonora batalla oratoria! ¡Haga usted que la atención pública no se concentre sólo alrededor del señor Maúrtua sino también alrededor de usted!

Pero el señor Balbuena mueve la cabeza:

–¡No puedo! ¡El señor Maúrtua es mi amigo! ¡Y para mí no es el Ministro de Hacienda sino el ministro del pueblo! ¡Y yo no puedo estar contra el ministro del pueblo!

Hondamente consternados nos tenemos, pues, que quedar con el convencimiento de que el señor Balbuena se halla en un momento de crisis para su fama, para su lustre, para su sonoridad. Él sabe que se le olvida. Pero no se rebela contra esta dura injusticia del destino.

Le hacemos un último reproche:

–¿Y por qué siquiera no le ha pronunciado usted un discurso de bienvenida al doctor Durand? ¿Por qué no ha proclamado usted la candidatura del doctor Durand a la presidencia de la república así como el señor Salazar y Oyarzábal ha proclamado la candidatura del señor Leguía?

Y nuestro amigo, no pudiendo respondernos, suspira....

(En *El Tiempo*: Lima, 8–V–1918)

VOCES

*En terna*

Parece que la candidatura del señor Aspíllaga apresura el paso. Quiere asomarse pública y sonoramente a su ventana. Y quiere hablarle al pueblo. No se conforma con recibir en su gran casona solariega los halagos de la popularidad ni de pasar de incógnito por las calles metropolitanas. Ha resuelto ser de veras una candidatura.

Pensaba la gente que no era necesario sino que el doctor Durand llegara a Lima para que la candidatura del señor Aspíllaga se cayera al suelo de susto. Pero la gente se equivocaba. El peligro ha fortalecido a la candidatura del señor Aspíllaga. La ha hecho sacar fuerzas de su elegancia, de su aristocracia y de su azúcar. Y la ha puesto de pie.

Empiezan a decir los aspillaguistas, muy persuasivos y muy serios.

–¿Creen ustedes que el gobierno no tiene candidato? Pues se engañan ustedes. Don Ántero es el candidato del gobierno. Sólo don Ántero puede serlo.

–¿Y el señor don José Carlos Bernales?

–¡Oh! ¡El señor Bernales no es civilista! ¡Ni es azucarero! ¡Apenas si es gerente de la Recaudadora! ¡Y presidente del senado!

–¿Y el doctor don Augusto Durand?

–¡Oh! ¡El doctor Durand no es siquiera gerente de la Recaudadora! ¡El doctor Durand no es siquiera presidente del Senado!

–¿Y el Dr. don Francisco Tudela y Varela?

–¡Oh! ¡El doctor Tudela y Varela no es siquiera el doctor Durand!

Así estamos ya. Los aspillaguistas son más numerosos que antes de ayer. Y hablan con mucha circunspección, con mucha suficiencia y con mucha gravedad de la formalización de la candidatura del señor Aspíllaga. El paso ceremonioso y feliz del automóvil del señor Aspíllaga les infunde plena confianza en el presente y en el porvenir. Sobre todo en el porvenir.

Y hasta se comienza a señalar a los probables vicepresidentes del señor

Aspíllaga. Se asegura que el señor Aspíllaga tiene definitivamente elegidos sus vicepresidentes. Y se pondera los merecimientos de los dos vicepresidentes.

Anoche nos dieron los nombres en una esquina.

–El primer vicepresidente del señor Aspíllaga es un hombre muy alto.

–¿Muy alto? ¿Acaso es el señor don Víctor M. Maúrtua?

–No, señores. El señor Maúrtua es socialista. El primer vice-presidente del señor Aspíllaga es muy alto. ¡Pero es capitalista! ¡Es el señor don Víctor Larco Herrera!

–¡El señor Larco Herrera es leguiísta!

–¡El señor Larco Herrera es azucarero!

–¡Y filántropo!

–¡Eso es! ¡Azucarero y filántropo!

–¿Y quién es el segundo vicepresidente?

–El segundo vicepresidente del señor Aspíllaga es un hombre de ciencia. Es el señor don José Balta.

–¡El señor Balta es liberal!

–¡El señor Balta es minero! ¡Y la candidatura del señor Aspíllaga es una candidatura del capital, de la riqueza, de la fortuna!

–¡Y el señor Larco Herrera es la Agricultura! ¡Y el señor Balta es la Minería!

–Ni más ni menos.

Los aspillaguistas andan encantados con sus noticias. Aseveran que en el mes de julio tendrán gabinete propio. Se miran en los espejos del Palais Concert con unas caras desbordantes de contento. Y grita por todos ellos don Pedro de Ugarriza mientras sonríe por todos ellos el joven mayorazgo don Ramón Aspíllaga y Anderson.

*Retazo parlamentario*

Persiste en el Senado el debate encendido y atrayente. Bajo el preclaro auspicio del señor don José Carlos Bernales es allí apasionada la polémica, es allí sonoro el acento y es allí marcial el diapasón. Un ministro entra y otro ministro sale. Y la barra oye las cordiales amonestaciones de la campanilla presidencial. También ayer hubo un ministro en el senado. Un ministro, el señor Maúrtua, que acude muy familiarmente a las cámaras. Pero un ministro siempre. Y, por ende, tuvo la sesión un intenso ambiente popular.

Nuestro grande y buen amigo el señor Miguel Grau, el senador de la bíblica palabra y del nombre arcangélico y guerrero, interpeló con los puños cerrados al ministro bolchevique sobre el presupuesto general de la república.

–¿Qué le parece a usted, gran hacendista, este presupuesto?

Y le respondió el señor Maúrtua con su serena dialéctica de orador británico, enemigo del estrépito.

–¡Este presupuesto no es mío! Pero es el presupuesto formulado por el poder ejecutivo. Y es el presupuesto recomendado por la comisión de hacienda de la Cámara de Senadores. Para mí es, pues, el presupuesto del gobierno y del congreso. Y mi deber de funcionario me obliga a conformarme con él. Yo salvo mi opinión personal sobre este presupuesto; pero no puedo sustituirlo porque es muy tarde para hacerlo. ¡Yo no puedo, además, vincularme a la responsabilidad de la demora del presupuesto!

Replicó el señor Grau con los puños cerrados siempre:

–¡Malo el presupuesto! ¡Malo el ministro! ¡Malo el abaratamiento! ¡Malo el carbón de palo! ¡Malo el plan de cultivos!

Y duplicó el señor Maúrtua:

–¡Bien! Ese ardimiento y esa entonación son los recursos sugestivos de las oposiciones. Pero yo reclamo siempre en las oposiciones un alto y permanente sentimiento de justicia. ¡Ahora no se me puede pedir un presupuesto científico! ¡Si me quedo en el Ministerio de Hacienda hasta la legislatura ordinaria –¡Dios no lo quiera!– les mandaré a las cámaras ese presupuesto científico! ¡Porque yo no he aceptado el ministerio para olvidarme de mis doctrinas y de mis teorías sino para intentar su aplicación! ¡Y para dejarlo tan luego como me convenza de la imposibilidad de poner en práctica en el gobierno mis ideas de parlamentario!

Por tercera vez el señor Grau cerró los puños. Mas era ya tarde. El ministro bolchevique, muy risueño y muy ecuánime, prendió un cigarrillo. Y nuestro señor don José Carlos Bernales tocó el campanillazo terminal.

(En *El Tiempo*: Lima, 9–V–1918)

VOCES

*El escaño del leader*

Recientemente, una de estas tardes sin quórum, sin luz y sin ruido, el señor Balbuena se puso de pie en medio de la sala de sesiones de la Cámara con todo el ademán de sus momentos de orador. Pensaron los periodistas que el señor Balbuena iba a pronunciar un discurso. Y habló, efectivamente, el señor Balbuena. Pero no habló para los periodistas, ni para los taquígrafos ni para el diario de los debates. Habló para la Cámara no más.

Así dijo:

–¡Ica, la noble provincia del buen vino, de la dorada uva, del popular pisco y de la dulce "teja", se ha quedado sin representación en esta asamblea! ¡Vacío está el escaño del señor Manzanilla! ¡Y vacío está el escaño del señor Maúrtua! ¡El escaño del leader del bloque! ¡Y el escaño del leader socialista!

Pronunciaba el señor Balbuena cada frase entre dos admiraciones.

Y, después de una pausa, añadió:

–¡Ica se halla ausente del hogar parlamentario! ¡Y por eso es que los debates se han puesto tan tristes, tan opacos, tan desmayados! ¡Ica nos daba la alegría, nos daba el donaire, nos daba la juventud! ¡Ica es para el congreso lo mismo que la rubia copa de champán para una cena!

Resonaban todavía estas frases del señor Balbuena en los corazones de los diputados cuando apareció de repente en la sala de la Cámara el señor Villagarcía, diputado suplente por Ica. Y la Cámara lo recibió emocionada y afectuosa. Ica volvía a tener representación en su seno.

Pero surgió en la Cámara una duda. ¿El señor Villagarcía reemplazaba al señor Manzanilla? ¿O reemplazaba al señor Maúrtua? ¿Era el suplente del señor Manzanilla? ¿O era el suplente del señor Maúrtua? Ningún diputado osaba preguntárselo al señor Villagarcía. Y el señor Villagarcía que probablemente no adivinaba la duda de sus compañeros, se sentaba modestamente en un escaño cualquiera que no era el escaño del leader

socialista ni era el escaño del leader del bloque.

Un diputado aseguraba de repente:

–El señor Villagarcía ha venido a reemplazar al señor Manzanilla.

Mas le contradecían:

–No, señor. El señor Villagarcía ha venido a reemplazar al señor Maúrtua. El señor Manzanilla no ha pedido siquiera permiso. Y el señor Maúrtua es ministro de hacienda.

Y el diputado insistía:

–¡El señor Maúrtua ocupa con frecuencia su escaño de diputado! ¡Constantemente lo tenemos entre nosotros! ¡Y en cambio parece que el señor Manzanilla no quiere concurrir más a la Cámara!

Estas razones prevalecían. La Cámara pensaba que realmente era muy probable que el señor Villagarcía hubiese ido a sustituir al señor Maúrtua, que asistía a veces a las sesiones, y no que hubiese ido a sustituir al señor Manzanilla que no asistía nunca. Aunque el señor Maúrtua estuviese de ministro y el señor Manzanilla continuase sólo de diputado.

Hasta ahora subsiste esta creencia en la Cámara de la farola lechuguina.

Y probablemente el señor Manzanilla, el famoso leader iqueño de la clásica sonrisa que otrora les daba cotidianamente a los periodistas la frase de actualidad y el chiste final de su miscelánea, se ha dado ya cuenta con horror de que hay en la Cámara quienes suponen que el señor Villagarcía es su suplente.

Porque anteayer ha llamado por teléfono, con toda su energía, a la Cámara de Diputados para dar su orden habitual:

–¡Pónganme entre los inasistentes con aviso! ¡Y con letra grande! ¡Ya saben ustedes que yo no voy a las sesiones deliberada y conscientemente! ¡Pero que tengo siempre a mi libre disposición mi escaño de diputado!

(En *El Tiempo*: Lima, 10–V–1918)

VOCES

*Hacia la convención*

Nuestro ingenioso caballero andante el señor don Augusto Durand se halla entregado a la más grande actividad política. Conversa con el señor Pardo en la mañana. Conversa con el señor Aspíllaga en la tarde. Conversa con el señor Bernales en la noche. Conversa con sus partidarios a todas horas. De un salto se pone en "La Prensa". De otro salto se pone en su casa. Y su automóvil lo lleva y lo trae por toda la ciudad.

Suele ocurrir en el centro que se crucen los automóviles del señor Durand y del señor Aspíllaga. Y que el señor Durand y el señor Aspíllaga se hagan un notable saludo. Y que el público que los mira asegure:

–El señor Durand corre más que el señor Aspíllaga.

Porque mucha es la prisa con que pasa por las calles el señor Durand, mucha la prisa con que trata sus negocios políticos, mucha la prisa con que les habla a las gentes, mucha la prisa con que dirige "La Prensa", mucha la prisa con que come y mucha la prisa con que duerme.

Pero, sin embargo, hay gente que comienza a murmurar:

–¡Ya el señor Aspíllaga le ha ganado demasiado terreno al señor Durand! ¡Ya el señor Durand no puede alcanzarlo por más que se apure! ¡Ya el señor Durand tiene que conformarse con escoltar al señor Aspíllaga!

Y esta misma gente, después de poner los ojos en la conferencia del señor Durand con el señor Aspíllaga, cree en una entente fatal para el señor Durand.

Mas todavía no hay indicios de "entente". Siguen en pie todas las candidaturas. Todas las candidaturas. Y todas continúan prosperando bajo el auspicio del señor Pardo. Todas y ninguna.

Parece que el señor Pardo hará su candidato a quien reúna mayores fuerzas, mayores intereses y mayores prosélitos. Y que para eso habrá una convención de los partidos. El candidato del señor Pardo será el que salga de la convención. Y se llamará candidato nacional.

Con una entonación muy grave y solemne el señor Pardo les dice lo mismo a los diversos candidatos:

–¡Trabaje usted! ¡Usted sabe que soy su amigo! ¡Usted sabe que le quiero mucho! ¡Usted sabe que su triunfo sería mi triunfo!

Sólo que al señor Aspíllaga se lo dice con más ternura. Y es que el señor Pardo piensa que el señor Aspíllaga es el que tiene mayores probabilidades de salir victorioso en una convención. El señor Pardo encuentra en el señor Aspíllaga más fisonomía, más gesto y más talle de candidato nacional. Porque el señor Aspíllaga es presidente del civilismo. Porque el señor Aspíllaga es azucarero. Porque el señor Aspíllaga es caballista. Y porque el señor Aspíllaga es, según el concepto criollo, un "hombre de peso".

Tendremos, pues, otra convención de los partidos. Irá a ella el partido civil con su candidato. Irá a ella el partido demócrata con su candidato. Irá a ella el partido liberal con su candidato. Y solamente irán a ella sin candidato el partido constitucional, viejo, fané y apergaminado, y el partido nacional, democrático, joven, rosado y romántico.

Y, por ende, los constitucionales y los nacionales democráticos podrán decidir la partida.

Si quieren decidirla.

O si los dejan.

(En *El Tiempo*: Lima, 11–V–1918)

VOCES

*Miscelánea criolla*

Después de un largo período de silencio apacible, burgués y digestivo ha vuelto a sonar pública y ruidosamente la voz del gran ciudadano don Juan Manuel Torres Balcázar. Ha vuelto a sonar entre los diputados. Ha vuelto a sonar acogida por los favores del aplauso. Y ha vuelto a sonar gorda y vibrante como en los denodados días en que el señor Torres Balcázar, colorado, sudoroso y atlético, le cerraba el paso al presupuesto del señor García y Lastres.

Un homenaje al señor Escalante ha servido para que el señor Torres Balcázar haya reaparecido momentáneamente entre la gente parlamentaria. Ahítos de chupe, de corvina a la chorrillana, de pollo con arroz y de tamales, lo han escuchado sus antiguos compañeros de la Cámara. Y lo han aclamado. Y lo han coreado. Y lo han guapeado.

Si el señor Torres Balcázar hubiera hablado en la sala de la Cámara y con una mano sobre su carpeta y no en un comedor y con una mano sobre una mesa de banquete criollo, habría alcanzado anteayer un gran triunfo parlamentario. Habría desasosegado a nuestro señor don Juan Pardo, habría sacado de quicio al señor Pérez, habría conmovido al señor Ríos y habría traído abajo a un ministro y acaso también a la farola.

Así lo pensaban anteayer todos los diputados reunidos para obsequiar, engreír y mimar al señor Escalante. Tanto los diputados de la mayoría como los diputados de la minoría. Y unos y otros estaban a punto de cargar en hombros al señor Torres Balcázar y llevárselo a la Cámara aunque no fuera sino como diputado adicional.

Y como, tras el señor Torres Balcázar, pronunciaba un discurso el señor Secada, nervioso y acérrimo periodista, fosforescente diputado chalaco y preciadísimo amigo nuestro, se olvidaban del señor Pardo los diputados de la mayoría y gritaban:

–¡Estos diputados de la minoría son muy simpáticos siempre! ¡Pero en

un almuerzo a la criolla son más simpáticos que nunca!

Y enseguida se ahondaba más todavía este convencimiento. Porque cada diputado oposicionista tiene una "gracia" como se dice de los chicos o un "adorno" como se dice de las hijas de familia. El señor Químper canta. El señor Castro toca. El señor Salazar y Oyarzábal baila. El señor Morán jalea.

Pero ninguno posee la popularidad del gran ciudadano. Redondo, sanguíneo y en mangas de camisa, recibe el señor Torres Balcázar en el umbral de su imprenta los homenajes del pueblo y del Parlamento. Se le busca. Se le consulta. Se le quiere. Y, cuando en un banquete criollo la alegría de las viandas y de los vinos se adueña de los espíritus, la primera copa de champaña es para que el gran ciudadano renueve sus horas de orador parlamentario...

(En *El Tiempo*: Lima, 12–V–1918)

VOCES

*Raid sonoro*

Caballero en un tordillo de paso, con criollo aderezo, blanco y fino jipijapa, noble pellón sampedrano y campesinos arreos señoriales y asistido por abundante y gentil cortejo de hacendados y labradores, ha recorrido pueblecitos y caletas, fundos y parcelas, ingenios y alquerías, nuestro buen amigo el señor don Jorge Prado, durante varios días que han sido de inefable gozo para su espíritu, de denodada actividad para su cuerpo y de resignado esfuerzo para su cabalgadura.

Aburríase el señor Prado en la ciudad. Ir y venir de Chorrillos a Lima, leer los periódicos de la mañana en el lecho, sazonando su lectura con el desayuno, ojear los periódicos de la tarde como sobremesa del té doméstico, discurrir por los salones de la hidalga casona solariega, hacer un viaje dominical a Chosica, conversar con dos o tres personajes trascendentales, encontrarse con nosotros en esta acera que nos une, nos coaliga y nos solidariza y devolverle el saludo a tal cual adolescente de la grey de don Pedro de Ugarriza, eran cosas más o menos interesantes todas, pero no podían ser cosas que tuviesen contento y entretenido en esta tierra al señor Prado. Tal vida era para el monótona, cansada y fastidiosa y hacíale añorar sus días de combate ardoroso y de alocución altisonante.

Y, por eso, alborozado y risueño, se despidió una mañana de sus familiares y vecinos para marcharse, con dos o tres de sus amigos de los valles, a correr alegremente por los campos, cenar patriarcalmente en las aldeas y dormir tibia y parcamente en las haciendas tan hospitalarias como madrugadoras.

Comentaron el suceso las gentes de la ciudad que bien quieren al señor Prado haciéndose toda suerte de conjeturas sobre su andanza y las honestas o pecadoras intenciones que a ella le habian empujado. Se acordaron de que el catorce era su "santo". Y se preguntaron por qué no había querido pasar ese día en la ciudad entre las cumplimentaciones de sus amigos y de sus partidarios.

Y hubo quienes se explicaron así el viaje del señor Prado:

–Jorge Prado se ha ido de la ciudad huyendo, sin duda alguna, del homenaje público. No ha querido que se le vitorease ni que se le aclamase. Ha deseado alejarse del ruido y de la popularidad.

Pero nosotros les refutamos:

–¡Inexacto!

Y les probamos en seguida, con sobrados y elocuentes argumentos, que se engañaban. Les dijimos que don Jorge Prado ama el ruido y la popularidad. Que le place sentirse entre las muchedumbres. Que lo posee el fervor democrático. Que lo arrebata la jornada cívica. Que todo en él es de tumultuario y nada es en él de benedictino. Y que precisamente para mirarse rodeado por las masas se había ido a los valles.

Todos se convencían prontamente de que estábamos en lo cierto. Don Jorge Prado no había dejado la ciudad en busca de paz y de silencio. Había dejado la ciudad para rememorar en los valles, trabajadores y leales, los bulliciosos días de mayo en que su candidatura se paseaba estruendosamente por nuestra provincia, enardeciendo a las multitudes, preocupando a las autoridades y sacando de quicio a toda la gente reñidora y vocinglera. Y había querido que fuesen los electores de los valles y no los electores de la ciudad quienes lo celebrasen porque fueron los electores de los valles quienes le dieron la mayoría de votos. La ciudad lo ama; pero los valles lo aman mucho más. La ciudad es suya; pero los valles son más suyos todavía. La ciudad es grande; pero los valles son mucho más grandes aún.

Muy pronto nuestras afirmaciones se han visto confirmadas.

Veinte telegramas nos han contado que estos días no han sido de apacible y dulce tranquilidad virgiliana para don Jorge Prado. Han sido de fiesta, de popularidad, de estrépito, de repique, de ovación y vuelta al ruedo. Lurín, Chilca y Mala y otras varias poblaciones han acogido con palmas, cohetes y discursos al señor Prado. Cada aldea lo ha recibido con sus mejores galas. En su honor han hablado los alcaldes, han colgado cadenetas y quitasueños los niños y se han adornado las hermosas.

Y ni siquiera en el Palacio de Gobierno se ha puesto en duda la diáfana y blanca inocencia de esta excursión de don Jorge Prado. Aunque se sabe que las aclamaciones de los pueblos y de las haciendas no han sido sólo para él.

Y que todas no han sido aclamaciones.

(En *El Tiempo*: Lima, 17–V–1918)

VOCES

*Palabras y cigarrillos*

Nuestro grave y trascendental Senado no acaba todavía de desenrollar el pliego de ingresos del presupuesto general de la república. Pasan los días apresuradamente. Pero los senadores, bajo la paternal presidencia del señor don José Carlos Bernales, se reúnen casi todas las tardes con la misma parsimonia, con la misma lentitud y con la misma calma. Avanzan paso a paso. Y así un día están en las aduanas. Otro día entran en los timbres. Y otro día llegan al guano de las islas.

Parado en medio de la sala de sesiones, el señor don Miguel Grau no deja pasar ninguna partida sin una tremenda resistencia. Quiere ser para el presupuesto no un senador oposicionista sino más bien una línea Hindenburg. El público lo mira entusiasmado como a un goal–keeper formidable y heroico. Y piensa probablemente que cada partida que el senado aprueba es un gol que le meten al señor Grau.

Y, por eso, cuando el señor Grau detiene una partida, el público grita:

–¡Bravo!

Siente el público que el señor Grau es un gran goal–keeper. Cree que una partida del gobierno no es para él sino una "bola". Una bola que él ataja unas veces con una mano. Otras veces con un hombro. Y otras veces con un pie.

Pero, sin embargo, el debate no tiene el fragor, el ardimiento ni el estrépito de su iniciación. El señor Grau comprende que su contendor el señor don Víctor M. Maúrtua, nuestro ministro bolchevique, es un contendor muy gentil. Y, como su ánima es un ánima de caballero castellano, el señor Grau se halla en la necesidad de ser muy valiente con el señor Maúrtua, pero también se halla en la necesidad de ser muy cortés y muy galante.

De esto resulta que el señor Grau, aunque no cesa de hablarle con los puños más cerrados que nunca y la voz más apocalíptica que nunca, le dice de vez en vez al señor Maúrtua:

–¡Usted que es un hombre de talento! ¡Usted que es un hombre de ciencia! ¡Usted que es un maestro! ¡Usted que es un gran parlamentario! ¡Usted que es un admirable orador!

Y poco a poco el debate se aproxima más a una justa caballeresca. Se extinguen las intransigencias, desaparecen las palabras acérrimas, se endulzan los ademanes. La pujanza de la palabra no decae, pero la palabra se adorna y se engalana.

De repente el señor Maúrtua quiere producir un asombro. Después de un ardoroso discurso del señor Grau reclamando bravamente que tal partida se aumente en dos mil libras, el señor Maúrtua, con una cara muy seria y un tono muy convencido, declara que realmente hay que aumentar esa partida pero no en dos mil libras sino en veinte mil libras. El señor Grau se queda perplejo. Mira intranquilo al señor Maúrtua. Y luego exclama a la sordina:

–¡Si es un maximalista!

Y humorista siempre nuestro ministro bolchevique manda comprar un paquete de cigarrillos habanos antes de salir del ministerio. Sería capaz de ir al Senado sin papeles y sin datos. Pero no sería capaz de ir sin cigarrillos.

Y es que durante la sesión, mientras el señor Grau habla y el señor Sousa le replica, el ministro bolchevique fuma un cigarrillo tras otro. Cuando el señor Grau hace una pausa, el señor Maúrtua prende un cigarrillo. Cuando el señor Grau reanuda su discurso, lo chupa. Y cuando la barra aplaude, suelta una gran bocanada de humo.

De rato en rato se pone de pie y pronuncia un discurso con la misma elegante displicencia con que fuma un cigarrillo. Habla sin ruido, sin nerviosidad, sin estruendo. Su voz es sedante, su concepto tranquilo y su dialéctica ponderada.

Y cuando se levanta la sesión mira risueñamente toda la ceniza que han dejado en la sala sus cigarrillos. Tal vez se pregunta si será que se han quemado en ellos todos los discursos, todos los apóstrofes y todos los argumentos de la tarde. O tal vez no se pregunta nada. Porque ambas cosas son muy posibles...

(En *El Tiempo*: Lima, 19–V–1918)

VOCES

*Coplas y caramelos*

Paquita Escribano, bonita y gentil dama que endulza las tardes y perturba las noches de esta buena ciudad mestiza, tuvo anteayer la grande e insigne ventura de ser oída, mirada y alabada en el Teatro Municipal por el señor Pardo que nos gobierna. No quiso el señor Pardo, varón de suma galantería, que Paquita Escribano se marchara de la ciudad sin haber recibido merced tan señalada y bondadosa. Y no quiso además, perder una ocasión de recordar los plácidos días de su viaje al norte que tan regalado arrullo tuvieron en las tonadillas de una Roxana que no era por cierto la de Cyrano pero que era siempre una Roxana.

Desde los líricos días en que iba al Teatro Municipal atraído por la rubia leyenda del caballero Lohengrin y de la áurea Elsa no habíamos visto aparecer en su palco al señor Pardo. Y ya pensábamos, olvidándonos de que es un leal aficionado de la tonadilla, que la fama española de Paquita Escribano no había sabido interesarle ni preocuparle.

Pero he aquí que el señor Manuel Bernardino Pérez, nuestro viejo tenorio teórico del palco comunal, había tomado a su cargo la empresa de apartar al señor Pardo de la contemplación de los graves problemas del Estado para contarle cuán donairosa, sazonada y bien parecida era Paquita Escribano.

Y diariamente entraba el señor Pérez, gordo, lerdo, ladino y amartelado, en el camarín de Paquita Escribano para decirle con una solicitud protectora y acuciosa que llenaba de gratitud el madrileño corazón de la cupletista:

–Señorita Francisca, voy a traerle al señor Pardo.

Paquita Escribano, con los traviesos ojos puestos en la corbata verde y en la camisa de "motitas" del señor Pérez, le daba las gracias muy afablemente.

Entonces el señor Pérez le afirmaba:

–Creo que le gustará usted mucho al señor Pardo.

–Y le añadía:

–Me parece que cuando venga debe usted darle una flor.

Paquita Escribano le contestaba:

–¡Una flor, no! ¡Más bien un caramelo!

Y se conformaba el señor Pérez.

–Bueno, un caramelo.

Por eso, anteayer, mirando al señor Pardo en su palco, el diputado por Cajamarquilla no cabía en sí de gozo. Entraba al palco municipal, paseaba por la sala una mirada gorda y contenta, aguaitaba a la Escribano, salía al foyer y atajaba a la gente para hacerle esta confidencia:

–El presidente ha venido porque yo lo he convidado.

Y luego regresaba al palco municipal para oír la copla de La Caramelera, que era la copla predestinada para que Paquita Escribano le diera al señor Pardo un caramelo. Un caramelo de limón, un caramelo de menta o un caramelo de vainilla. Pero un caramelo muy dulce siempre.

Desasosegábase el señor Pérez viendo que Paquita Escribano, con su cesta de caramelos, vagaba irresoluta por la escena y tardaba en darle al señor Pardo un caramelo. Molestábase en demasía de que el primer caramelo de Paquita no fuera para el señor Pardo sino para Félix del Valle, un taimado periodista amigo nuestro. Tranquilizábase cuando Paquita, cumpliendo su promesa, le aventaba otro caramelo al señor Pardo. Y dolíase de que el señor Pardo no supiese empararle y le dejase caer al suelo.

Y el señor Pardo no reparaba en las andanzas, en las cuitas ni en las inquietudes del señor Pérez. No reparaba siquiera en que el público, irreverente y distraído, no reparaba en él. Unicamente reparaba el señor Pardo en los discretos encantos de la tonadillera y de sus tonadillas.

Era acaso como Félix del Valle lo gritaba luego en el foyer:

–¡Ya habrá comprendido el señor Pardo la diferencia que hay entre el canto de una paquita y el canto de una pacapaca! ¡Entre el canto de una paquita madrileña y bienaventurada y el canto de una pacapaca criolla y agorera!

(En *El Tiempo*: Lima, 21–V–1918)

VOCES

*Único y rico*

Seguimos sin más candidato convicto y confeso que el señor Aspíllaga. Y para nosotros los que glosamos la política es una lástima muy grande. Porque nosotros necesitamos que haya muchos candidatos como el señor Aspíllaga y que entre ellos haya riña y por ellos haya gente que se arañe. No candidatos que tapen y escondan risueñamente su candidatura sino candidatos que la descubran y enseñen con denuedo y franqueza. Y que le compren una imprenta. Y que le contraten muchos escritores. Y que la saquen a la calle en automóvil. Y que la pongan a hacer visitas. Y que le busquen un proselitismo más o menos grande, más o menos fuerte, más o menos espontáneo y más o menos guapo, pero proselitismo siempre.

Esto de que sólo tengamos un candidato que tal se diga, se sienta y se proclame, nos desespera en demasía. Nos encontramos con que nuestras palabras, nuestras bromas y nuestras sonrisas tienen que dar vueltas valederamente sólo alrededor del señor Aspíllaga. Y con que el señor Aspíllaga es un candidato muy conocido, usado y sobrado como candidato.

Naturalmente los aspillaguistas andan encantados.

–¡No hay más candidato que don Ántero! –gritan.

–¿Y los demás no son candidatos? –les preguntan.

–¿Pero dónde están los demás?

–Dicen que uno está en el gobierno

–¡Entonces no estará allí mucho tiempo!

–Dicen que otro está en el Senado.

–¡Entonces está sin quórum!

–Dicen que otro está en Huánuco.

–¡Entonces está en la sierra!

Y luego, entusiasmados, los aspillaguistas comienzan un discurso apologético:

–Miren. El señor Aspíllaga es un hombre de experiencia. Un hombre de dinero. Un hombre de latifundio.

Aquí los interrumpen los partidarios de "El Rayo":

–¡De latifundio y punto y coma!

Pero los aspillaguistas siguen alabando al señor Aspíllaga:

–¡Mayorazgo, elegante, viudo, hidalgo, rico azucarero, católico!

Y nos dejan pensando que el señor Aspíllaga es un "buen partido".

–Mayorazgo, elegante, viudo, hidalgo, rico azucarero, católico!

Repitiéndolo, repitiéndolo, repitiéndolo, convenimos en que no debe ser muy fácil llegar a adquirir tantos títulos buenos y grandes y que debe ser más fácil, mucho más fácil, llegar a presidente de la república.

–¡Mayorazgo, elegante, viudo, hidalgo, rico azucarero, católico!

Y el doctor Baltazar Caravedo, insigne folklorista del criollismo, nos cae finalmente para decirnos:

–¡Sobre todo el señor Aspíllaga es un "hombre de peso"! ¡Y como es un hombre viejo no tiene odios ni pasiones! ¡Y dejará las cosas como están! ¡Y gobernará con todos!

Y después nos golpea un hombro alegremente.

(En *El Tiempo*: Lima, 24–V–1918)

VOCES

*El ilustre Senado*

Pasmada anda la gente del mucho concierto que reina en el senado bajo el auspicio, gobierno y presidencia del señor don José Carlos Bernales. Frecuentemente aparece conflagrada la Cámara de nuestros lores como dice el señor don Oscar Víctor Salomón. Pero enseguida la palabra, el gesto y la mirada del señor Bernales la serenan y la tranquilizan.

De repente hay una minoría que se pone terrible y dramática. Una minoría que no quiere darle quórum al Senado. Una minoría que se declara en huelga. Una minoría como la que batalló contra el proceso de Lima y como la que acaba de batallar contra la emisión. Y el señor Bernales la busca, la aplaca y la lleva de la mano a las sesiones.

Para que la minoría del proceso de Lima regresara al Senado tuvo que ceder la mayoría. Probablemente porque apenas era mayoría. Pero tuvo que ceder.

Esta vez ha ocurrido lo contrario.

El señor Bernales les dijo a los senadores de la minoría:

–Ahora les toca ceder a ustedes.

Y tuvo quórum.

Pasó suavemente la emisión. No hubo estrépito. No hubo borrasca. Ni siquiera hubo el grandilocuente discurso del señor don Mariano H. Cornejo que aguardaba el público. El señor Cornejo no quiso movilizar contra la emisión a Jesús, San Juan Evangelista, Aristóteles, Guillermo Tell y Caillaux.

Y el señor Maúrtua, nuestro ministro bolchevique, hizo al mismo tiempo la crítica y el panegírico de la emisión:

–¡Esta ley es un adefesio necesario! ¡Es una ley típica y genuinamente nacional! ¡Vamos a solucionar una situación peruana con elementos peruanos y por caminos peruanos! ¡Y ni siquiera vamos a solucionarla! ¡Vamos a calmarla no más! ¡Porque esta ley no es sino un calmante! ¡Un

calmante de urgencia!

Aprobada la emisión, el señor Bernales sonrió victoriosamente. No les dio las gracias a los senadores a nombre de la patria en un solemne y corto discurso. Pero suspendió la sesión para abrazarlos uno por uno. Primero a los de la minoría. Y después a los de la mayoría. Primero a los que habían cedido. Después a los que habían ganado. Ni más ni menos que cuando el proceso de Lima.

El público que atisba todos estos sucesos piensa que el señor Bernales adquiere cada día más la fisonomía de un personaje conciliador. Y que para acabar de tenerla no le falta nada. Así como el señor Bentín –sumo dechado de los hombres de transacción– no es civilista, el señor Bernales tampoco lo es. Así como el señor Bentín ha sido demócrata, el señor Bernales también lo ha sido. Y puede seguirlo siendo. No demócrata de montonera, de conspiración ni de heroismo, que eso es ya muy antiguo y fané, sino demócrata de conciliación, de automóvil y de sagacidad, que es lo moderno.

Y tanto va hablándose del señor Bernales presidente del senado que ya la gente se comienza a olvidar del señor Bernales gerente de la Recaudadora.

Sólo que, como el señor Bernales conserva siempre su talle y su virtualidad de gerente, la gente ha dado en llamarle:

–El señor Gerente del Senado...

(En *El Tiempo*: Lima, 25–V–1918)

VOCES

*Todos en su sitio*

Halados por una mercenaria pareja de plebeyos caballos y gobernados por un auriga zambo y billinghurista, en una victoria usada probablemente por el señor Balbuena en los sonados días de sus andanzas de candidato, hemos regresado a la Cámara de Diputados después de una larga ausencia.

Nos habían dicho en la imprenta:

–Todos están regresando a su sitio. Otra vez está el señor Químper en su escaño. Otra vez está el señor Secada en el suyo. Otra vez está toda la minoría en su ángulo militar. Las cosas y los hombres se ponen como antes.

Y luego:

–¿Por qué no regresan ustedes a la Cámara de Diputados? ¿Por qué no regresan ustedes a su escaño de la tribuna de la prensa?

Y estas preguntas han sido una orden para nuestro espíritu flaco, desconcertado y abúlico. Hemos parado una victoria. Y le hemos dicho al cochero.

–¡Llévanos a la Cámara de Diputados!

Servicial y acucioso, como buen zambo y como buen billinghurista, el cochero nos ha obedecido. Su victoria nos ha dejado en la puerta de la Cámara. Y luego hemos estado como antes en el hall, en la sala de los pasos perdidos, en los pasillos, en la cantina, en los salones y en la tribuna de la prensa.

Pero más tarde nos ha sacado de la Cámara una preocupación muy grande producida por las palabras que nos han dicho en la imprenta:

–Todos están regresando a su sitio.

Pertinazmente nos hemos preguntado:

–¿Y por qué no estaban en su sitio? ¿Por qué no habían regresado aún? ¿Por qué han comenzado a regresar ahora?

Y hemos atajado al señor Químper:

–¿Otra vez está usted en su sitio?

Sosegando su pestañeo y mirándonos con toda su afabilidad de turfista el señor Químper nos ha dicho:

–¡Otra vez!

Pero no ha sabido agregarnos más. Y lo mismo el señor Secada. Y lo mismo el señor Ruiz Bravo. Y lo mismo el señor Salazar y Oyarzábal. Y lo mismo todos los diputados de la minoría que parecía que habían dejado de ser diputados o que habían dejado de ser minoría.

Todos están de nuevo donde estaban.

Y en general las cosas y los hombres de la república vuelven a ponerse como antes. El señor Aspíllaga vuelve a ser candidato a la Presidencia de la República. Y vuelve a ir todos los días al Palacio de Gobierno. Y vuelven a abordarle a la salida los repórteres. Y vuelven a tomarle el pelo en los periódicos.

¡Todos regresan a su sitio!

–¿Y el doctor Durand? –nos hemos preguntado–. ¿Dónde está el doctor Durand? ¿Se ha ido otra vez a la Argentina?

Y nos han respondido:

–El doctor Durand no se ha ido a la Argentina. Se ha ido a Huánuco.

Y hemos exclamado:

–¡Lo mismo que antes!

Dentro de su limousine ministerial ha pasado rozándonos el señor Maúrtua, nuestro ministro bolchevique, y lo hemos detenido a gritos.

Con el pie en el estribo del automóvil lo hemos interpelado nerviosamente:

–¿No es usted ministro ya?

Nuestro altísimo y eminente leader socialista nos ha mirado sorprendido y cariñoso:

–¡Todavía soy ministro!

Entonces le hemos hecho otra interrogación extraña:

–¿Y está usted en su sitio? ¿O su sitio es el Parlamento?

Y el señor Maúrtua, muy risueño, echando a volar una mano hasta el techo del automóvil nos ha contestado:

–¡Qué sé yo!

Y se ha despedido enseguida de nosotros:

–¡Adiós amigos! ¡Jóvenes aún y de virtud modelo!

Andando, andando, andando, hemos seguido deshilachando nuestra preocupación. ¡Todos regresan a su sitio!

Y aquí no más, en la esquina de Baquíjano, nos hemos encontrado con

Luis Fernán Cisneros que caminaba con la prisa de siempre, con la cabeza ladeada, de puro perezosa y grande, y con el brazo derecho tendido y monorrítmico como un remo.

–¿Y usted, poeta? –le hemos preguntado–. ¿Usted también está otra vez en su sitio?

Para que él nos respondiera con un eco:

–¡También!

Y después, en nuestro jirón, hemos hallado al señor don Juan Manuel Torres Balcázar, parado en la puerta de su imprenta, y le hemos dicho consternados:

–¡Sólo usted no está en su sitio! ¡Sólo usted no está donde estaba! ¡Sólo usted, gran ciudadano!

Pero el señor Torres Balcázar nos ha refutado:

–¡Yo estoy en mi sitio! ¡Mi sitio no era la Cámara! ¡Mi sitio es mi imprenta! ¡Yo no soy sino tipógrafo!

A fin de acabar de refutarnos se ha puesto en mangas de camisa.

Y enseguida ha querido refutarnos como el señor Torres Balcázar el señor Manzanilla, el historiado leader iqueño de la clásica sonrisa, que ha acertado a pasar por nuestra calle.

–¡Yo estoy en mi sitio, gentiles periodistas! ¡Yo no soy sino abogado! ¡Abogado y maestro! ¡Y legislador del trabajo! ¡Y amigo de ustedes!

Mas le hemos replicado:

–¿Y por qué sale usted en los periódicos todas las mañanas entre los diputados inasistentes? ¿Por qué publican su nombre en letra versalita?

Y ha tenido que escurrírsenos resbalándose sobre sus sonrisas.

Parados en la puerta de la imprenta hemos repetido finalmente:

–¡Todos regresan a su sitio!

Y hemos pensado que no era sino que algunos habíamos cambiado de posición como cuando estamos dormidos. Maquinalmente. Por cansancio. Por aburrimiento. O por voluptuosidad. Y volvemos a nuestra anterior posición de la misma manera. Maquinalmente. Por cansancio. Por aburrimiento. O por voluptuosidad. Y porque vivimos en un país tan chico que apenas si tenemos para dar una vuelta.

*Don Juan, ingeniero*

Muy amado por la Cámara de Diputados es el señor don Juan Pardo y bien conocido tiene la Cámara cuanto en el señor Pardo merece fama y

enaltecimiento. El donjuanismo político del señor Pardo es dignamente apreciado por todos los representantes. Y su otro donjuanismo también.

Pero parece que uno de los títulos del señor Pardo había caído en olvido en la Cámara de Diputados: su título de ingeniero. No se acordaba la Cámara de que el señor Pardo poseía entre otras excelencias la de ser ingeniero. Pensaba tal vez que le bastaba con ser don Juan.

Y quiso el destino que anteayer se exhumase ruidosamente en la Cámara, entre la sonrisa ruborosa del señor Pardo, el elogio travieso del señor Secada y la colaboración socarrona del señor Balta, esta calidad vieja y valiosa de nuestro señor don Juan.

El señor Balta le había pegado un arañazo –juguetonamente, como gato doméstico– al ministro bolchevique por un proyecto de primas a los cultivadores de trigo:

–¡Esta función no le corresponde al Ministerio de Hacienda sino al Ministerio de Fomento! ¡Y hay en la Cámara un proyecto mío mucho mejor que el del señor Maúrtua! ¡Mucho mejor aunque es mío!

Y el señor Secada, sin comentar la modestia del señor Balta, le había replicado:

–¡Me alegro de que la iniciativa sea del Ministerio de Hacienda y no del Ministerio de Fomento! ¡El Ministerio de Fomento no sabe sino proponer misiones de ingenieros! ¡Y ya hemos perdido la fe en los ingenieros!

Se paró el señor Balta:

–¡Pido la palabra para defender a los ingenieros!

Y entonces gritó el señor Secada:

–¡No hablo de todos los ingenieros! ¡Hablo de unos cuantos! ¡Mal puedo hablar de los ingenieros en una asamblea de la cual tantos y tan distinguidos ingenieros forman parte! ¡Ingeniero es el señor Balta! ¡Ingeniero es el señor Fuchs! ¡Ingeniero es el señor Sousa! ¡Ingeniero es el señor Escardó!

Y enumeró a todos los ingenieros de la Cámara haciendo de ellos grande elogio.

Pero sólo cuando iba a sentarse le soplaron que el señor Pardo era igualmente ingeniero.

Y tuvo que decirlo de añadidura:

–¡Y me acaban de recordar que nuestro presidente el señor Pardo tambien es ingeniero!

Sonrió la Cámara; rió la barra; abrieron la boca los periodistas; se puso colorado el señor Pardo; y ratificó el señor Balta las palabras del señor

Secada con toda su autoridad profesional:

–¡Ingeniero excelentísimo!

Mas algunos diputados recalcitrantemente pardistas creyeron que todo era un chiste del señor Secada y movieron la cabeza:

–¿Ingeniero el señor Pardo? ¿El señor Pardo ingeniero?

Y tuvo que asegurarlo el señor Balta:

–¡Me consta!

Y luego un campanillazo del señor Pardo.

(En *El Tiempo*: Lima, 26–V–1918)

VOCES

*Estamos conspirando*

Aquellos típicos días peruanos de las amenazas y de los amagos revolucionarios; aquellos típicos días peruanos de los sobresaltos, de las grimas y de los cuchicheos, aquellos típicos días peruanos de las patrullas a la media noche y de los arrestos a medio día; aquellos típicos días peruanos de los "golpes" en ciernes, de los soplones en el techo y del pavor en los corazones medrosos; aquellos típicos días peruanos cuya pintura sabe hacer con tan sabrosas palabras, tan oportunas risas y tan discretos guiños el insigne folklorista nacional doctor Baltazar Caravedo; aquellos típicos días peruanos de la zozobra, de la desazón y de la sospecha no quieren extinguirse para siempre. Aunque ya no es posible que los Mateo Vera de la quebrada atraquen trenes y desasosieguen serranías, ni que una arenga del coronel Oré saque de quicio a la muy famosa provincia de Cañete, ni que una "montonera" huaripampee a un regimiento, ni que se repita ninguna de las muchas hazañas que adornaban antaño la historia de los próceres de nuestra democracia mestiza, parece que renacen otra vez en la ciudad las aprensiones y los temores de los tiempos en buena hora idos.

Probablemente no es sino que deseamos tener miedo como antes, alarma como antes y turbación como antes. Nos pesa mucho esta tranquilidad que el progreso nos ha traído. Y estamos a punto de salir a la calle a dar de gritos así:

–¡Siquiera antes nos metíamos a la cama muertos de susto!

Una política que no nos emociona, un gobierno que no nos emociona y una oposición que no nos emociona, no sirven para nada. Todo lo vuelven papeles impresos, epígrafes gordos y literatura altisonante. Pero no espeluznan a nadie. Y en esta tierra le tenemos mucha afición a lo trágico. Por eso creemos que Belmonte es el hombre más grande del mundo.

De aquí que hayamos comenzado a pensar que se conspira. Y que el

Gobierno haya comenzado a vigilar los cuarteles. Y que los soplones hayan comenzado a aguaitar por las rendijas. Y que el señor Pardo haya comenzado a visitar los buques y los campamentos.

Buscamos a tientas un complot que se nos escurre de las manos, se nos esconde y se nos pierde.

–Pero, ¿ahora estamos conspirando contra el señor Pardo? –le preguntamos a uno de los que cuentan que el Gobierno anda inquieto.

–Ahora –nos responde.

–¿Ahora que el señor Pardo concluye su período?

–Conspiramos contra él precisamente por eso. Porque concluye su período.

–No hay lógica.

–Bueno; pero hay ganas de conspirar.

Nosotros, bolcheviques, que creíamos acabada la era de las conspiraciones criollas, no fiamos en lo que nos aseguran.

Movemos la cabeza.

–¡Mentira! ¡No hay ganas! ¡No hay hombres! ¡No hay temores!

Y nos porfían terriblemente:

–¡Hay!

Pasa el automóvil presidencial llevándose a Miraflores al señor Pardo.

–¡Ahí está! ¡El señor Pardo se va solito a Miraflores!

–Se va corriendo con toda la fuerza de su gasolina. Y el teléfono avisa. Y los gendarmes esperan. Y se expurga a los autos en las avenidas.

Pasa sonando su bocina el automóvil del Ministro de Guerra y, empinándonos, vemos que el coronel La Fuente va dentro.

Y nos agregan:

–¡A veinte metros del señor Pardo va el ejército!

Así es.

Mas nosotros continuamos dudando de lo que nos refieren. Persistimos en nuestra convicción de que no volverán los días liquidados. Aseveramos que todo no es sino que nos hemos aburrido del orden público y que anhelamos que alguien lo ponga de cabeza aunque no sea sino para contrariar al señor Villanueva.

–Protestamos:

–¿Conspiración para quién? ¿Para qué? ¿Quién puede alimentarla? ¿El doctor Durand acaso? ¡Pero si el doctor Durand tiene a su partido en el Ministerio de Gobierno! ¿El doctor Prado y Ugarteche, tal vez? ¡Pero el doctor Prado es un político moderno y maestro de la juventud y hombre de

ciencia! ¿El señor Leguía, quien sabe? ¡Pero si el señor Leguía está muy lejos!

Y luego nos encogemos de hombros.

¡Bah!

Y a tres cuadras de la imprenta, en la esquina donde tomamos todas las noches nuestro tranvía nos tropezamos con el doctor Caravedo que con la voz húmeda de alegría nos dice una vieja frase criolla:

–¡La cosa está muy fea!

Y entonces soltamos la carcajada.

(En *El Tiempo*: Lima, 27–V–1918)

VOCES

*Sones marciales*

Estaba concertado que ayer se deliberara sobre el trigo en la Cámara de Diputados. Y que nuestro gran ministro bolchevique fuera a cobrarle su felino arañazo del otro día al señor Balta. Pero la oposición que, como el diablo, todo lo descompone no quiso que así aconteciera.

Apenas se abrió la sesión la minoría mandó a la mesa un proyecto de mucha cola: la renta del guano para la defensa nacional.

Dialéctica patriótica; ademán denodado; ruido guerrero.

Y, después de prender la mecha, la minoría se subió a los escaños de su ángulo para ver cómo apagaba el fuego la mayoría.

Pero la mayoría en lugar de apagarlo comenzó a avivarlo.

Atizó el señor Sayán y Palacios y sopló el señor Borda. Sopló el señor Luna y atizó el señor Pinzás. Atizó el señor Pérez y sopló el señor Balta.

Desde la tribuna de la prensa nosotros le poníamos toda suerte de apostillas a la sesión. Metíamos ruido hasta desasosegar a la guardia. Y posábamos nuestro pensamiento ora sobre la pelada cabeza del señor don Teófilo Menacho, ora sobre la pedagógica cabeza del señor Uceda, ora sobre la jadeante cabeza del señor Pinzás, ora sobre la ladina cabeza del Tunante, ora sobre la oleosa cabeza del señor Sánchez Díaz, ora sobre la huanuqueña cabeza del señor Ingunza.

Mientras tanto la mayoría se enredaba cada vez más.

Pedía el señor Borda.

–¡Que venga el Ministro de Guerra!

Y lo contradecía el señor Luna:

–¡Que no venga!

Y toda la mayoría lo mismo:

–¡Que no venga!

Hasta que el señor Borda concluía rindiéndose sudoroso y fatigado:

–¡Bueno, que no venga!

Y entonces el señor Luna, por dejar de una pieza al señor Borda, se sustituía en su petición:

–¡Que venga el Ministro de Guerra!

Se salía de quicio el señor Borda:

–¿Pero usted no se oponía?

Y el señor Luna le replicaba muy dueño de sí:

–¡Eso era "enantes"!

Nuestro señor don Juan Pardo, cuya calidad de ingeniero tiene sorprendida todavía a la Cámara de Diputados, no sabía cómo gobernar a esta mayoría, indisciplinada y revoltosa como la minoría.

Mas no había guiño del señor Pardo que valiese.

Uno hablaba; otro proponía: nadie se entendía. Vino un momento en que pareció que la conflagración se apagaba y que no quedaba de todo sino un poco de ceniza.

Fue un momento de arrepentimientos:

–Yo retiro mi pedido.

–Yo retiro mi oposición.

–Yo retiro mis palabras.

–Yo retiro mi actitud.

Respiró el señor Pardo:

–¡Vaya!

Y no pudo continuar respirando:

El señor Castillo que, desde que se siente puesto en medio de la calle por el gobierno, habla con una entonación terrible, se puso de pie como si no se hubiese enterado de nada y empezó a clamar con todas sus fuerzas:

–¡Hay que armar al país!

Y entonces toda la mayoría se dio al mismo empeño de antes:

–¡Que venga el Ministro de Guerra!

Esta vez, gracias a la diligencia del Sr. Pardo, no se prolongó la polémica. Se acordó la concurrencia del Ministro de Guerra. Y desfallecidos se dejaron caer en sus escaños los diputados de la mayoría.

Arriba, en su ángulo heroico, la minoría sonríe traviesa.

Y el señor Pardo suspendió la sesión convencido de la ineficacia del esfuerzo...

Un gran progreso del señor Pardo.

(En *El Tiempo*: Lima, 28–V–1918)

VOCES

*Sal y buenaventura*

Cuentan los cronistas palatinos que el señor don José Carlos Bernales es el único personaje nacional que visita consuetudinaria y trascendentalmente al señor Pardo que nos manda.

Pero se equivocan.

Otro personaje nacional, el señor don Manuel Montero y Tirado, visita más que el señor Bernales al señor Pardo que nos manda. Mucho más. Y es un personaje disímil. Porque no es político como el señor Bernales. Porque no es senador por Lima como el señor Bernales. Porque no es candidato a la presidencia de la república como el señor Bernales. Porque no usa escarpines como el señor Bernales. Y porque no fuma puros como el señor Bernales. Sólo se semeja al señor Bernales en que es gerente también. No gerente del Senado. Ni gerente de la Recaudadora. Gerente de la Salinera.

Gerente de la Salinera no más se llama el señor Montero y Tirado. Pero es que el señor Montero y Tirado no quiere usar sino el más modesto de sus títulos. Más que gerente de la Salinera parece gerente de la República. O, por lo menos, gerente del gobierno del señor Pardo.

Vemos un día que el gobierno del señor Pardo necesita quien le gestione un empréstito en New York. Y que manda a New York al señor Montero y Tirado. Vemos otro día que el gobierno del señor Pardo necesita quien le maneje la Compañía Peruana de Vapores. Y que manda a la Compañía Peruana de Vapores al señor Montero y Tirado. Vemos otro día que el gobierno del señor Pardo necesita quien auxilie al Ministerio de Hacienda para el abaratamiento de las subsistencias. Y que manda al Ministerio de Hacienda al señor Montero y Tirado.

Nuestro gran ministro bolchevique suele saludar así al señor Montero y Tirado cuando, puntual y solícito, aparece en su despacho:

–Señor Dictador de Subsistencias...

Y entonces el señor Montero y Tirado protesta risueñamente:

–¡Usted es el Dictador de Subsistencias! ¡Usted que es el Ministro del Pueblo! ¡Yo no soy sino el gerente de la Salinera!

Pero el señor Maúrtua, por contrariarlo, le replica:

–Es que yo no puedo ser dictador. ¡Yo soy socialista!

Y parado, alegre, humorista, con las manos en los bolsillos, se agacha para sonreírle desde las nubes al señor Montero y Tirado.

Nada turba al señor Montero y Tirado. Nada lo arredra. Nada lo saca de quicio. Al lado del señor Maúrtua, va convirtiéndose, sin embargo, en un gerente del Comité de Defensa de la Alimentación Popular. Y anda engolfado en mil empresas de abaratamiento que lo llevan de donde los pescadores a donde los harineros y a donde los carboneros y a donde los camaleros.

Hay quienes le dicen:

–¡Usted es el brazo del gobierno!

Mas él lo niega:

–¡No tanto!

Y por galantería le rebajan el piropo:

–¡Ud. es la mano del gobierno!

Mas su negativa se prolonga:

–¡No tanto!

Y entonces no le rebajan absolutamente nada.

También hay quienes le auguran:

–De repente el señor Pardo le va a hacer a usted Presidente de la República. ¡De repente señor Montero y Tirado!

Mas el señor Montero y Tirado tiene un argumento habitual contra este vaticinio:

–¡Presidente de la República, nunca! ¡Yo no quiero ser sino gerente!

Y hay por esto quienes piensan en la posibilidad de que se le cambie al Presidente de la República el título de presidente por el título de gerente.

Y finalmente hay quienes con demasía de razón y de acierto, están seguros de que las generaciones venideras agradecidas y fidelísimas le erigirán un monumento al señor Montero y Tirado.

Y de que pondrán su estatua sobre un plinto de diáfana y hialina sal huachana, de románticos y palurdos camotes y de frágil y humilde carbón de palo...

(En *El Tiempo*: Lima, 29–V–1918)

VOCES

*De puño y letra*

No tenemos que mandarle otra vez un repórter al señor Aspíllaga para que nos diga que es candidato. Ya el señor Aspíllaga nos lo ha declarado por escrito. Aunque haya sido por medio de una carta a sus partidarios de provincias.

Se ha dirigido a ellos de esta suerte:

–El partido civil presentará próximamente candidato a la Presidencia de la República.

Así, como quien no quiere la cosa.

Pero ha agregado enseguida:

–Para el caso de que yo merezca tan grande distinción espero contar con su ayuda.

Y luego muchas frases solícitas y amistosas, una firma de muy buena cotización y una rúbrica de hijodalgo estilo.

Con esta carta sobre la mesa nos hemos preguntado cómo hemos podido poner en duda alguna vez la formalización de la candidatura del señor Aspíllaga. ¡Cómo, Dios y Señor Nuestro!

No ha sido posible siquiera que el señor Aspíllaga recatase su candidatura hasta última hora. Ni que la escondiese hasta agosto dentro de su cartera. Ni que mientras tanto la confesase únicamente de palabra, que la palabra se la lleva el viento.

Parece que el señor Aspíllaga ha tenido prisa en proclamarse explícitamente candidato para tumbarnos de espaldas.

Parado en el quicio de su casa solariega, a la hora en que sale la gente de la misa de San Pedro todo en él nos cuenta que es candidato. Su saludo, su mirada, su sonrisa, su ademán, su talle, su flor y su chicago plomo. Todo, todo , todo. Y además, sus jóvenes sobrinos don Ramón, el mayorazgo, y don Ismael, el segundón, buenos amigos ambos de don Pedro de Ugarriza.

Ocurre tal vez que para el señor Aspíllaga el estado de candidato es el

más dichoso del mundo. Dulces serán para él las cuitas, las desazones, las inquietudes del candidato. Hasta en cada quebranto hallará acaso un sutil goce. Y quién sabe si en ser candidato no habrá para él una voluptuosidad desconocida, complicada y dulcísima.

Pensándolo nos acordamos de una frase del señor Maúrtua sobre el señor don Emilio Sayán y Palacios dirigida a la Corte Suprema:

–El señor Sayán y Palacios es un candidato orgánico a la diputación por Huacho.

Y es para hacernos esta pregunta:

–¿No será el señor Aspíllaga un candidato orgánico a la Presidencia de la República?

Pero no sabemos darnos una respuesta.

Solamente nos decimos que el señor Aspíllaga y el señor Sayán y Palacios se semejan un poco. Cuan gentilhombre es el señor Aspíllaga es gentilhombre el señor Sayán y Palacios. Y hasta es el señor Aspíllaga magro de carnes, grande de estatura, elegante de continente y pulcro de traje como el señor Sayán y Palacios. Si algo le falta al señor Aspíllaga para parecerse totalmente al señor Sayán y Palacios es muy poco: ser príncipe. Pero es que también algo le falta al señor Sayán y Palacios para parecerse totalmente al señor Aspíllaga: ser millonario. Y en estos tiempos prosaicos más que un príncipe vale un millonario.

(En *El Tiempo*: Lima, 31–V–1918)

## VOCES

*Salmo de David*

No crean ustedes que el señor Aspíllaga ha acometido así no más la empresa de aspirar otra vez a la Presidencia de la República. Tengan la seguridad de que la ha acometido en el nombre de Dios. En el nombre de Dios que hizo toda cosa como dice el verso y en el nombre de Dios Todopoderoso como dice el señor Criado y Tejada cuando el destino le depara el honor de presidir una sesión de la Cámara de Diputados.

El señor Aspíllaga no le pedirá la Presidencia de la República al pueblo sino después de pedírsela a Dios. Como buen conservador cree en el carácter divino de toda autoridad. Y piensa que si Dios quiere que él sea Presidente de la República no podrá evitarlo nadie. Ni el señor Leguía. Ni el señor Bernales. Ni el señor Durand. Ni el mismo señor Pardo.

Y es por esto que el señor Aspíllaga se pone muy bien con Dios. Es por esto que más que ganarse la voluntad de la tierra trata de ganarse la voluntad del cielo. Es por esto que se preocupa más que nunca de hacer gratas su persona, su ánima y su actuación a los ojos de Dios.

Tras del señor Aspíllaga penetramos anteayer, jueves de Corpus Christi, en la escuela normal de mujeres. Nos imaginamos que el señor Aspíllaga iba a tomarle el pulso a su popularidad entre las normalistas. Y nos imaginamos que las madres le regalarían una "pastilla" y las normalistas una estampa.

Pero dentro de la escuela reparamos en que había una procesión y que el señor Aspíllaga iba a tomar parte en ella. No había allí política. Allí no había sino religiosidad. El señor Aspíllaga no era en ese momento un político. No era un estadista. No era un millonario. Era únicamente un buen cristiano.

Caímos de rodillas piadosa y contritamente.

Y pasó delante de nosotros, entre música, unción e incienso, la procesión de Corpus Christi. Primero la cruz alta. Después el palio. Y, entre los

devotos caballeros que cargaban el palio, el señor Aspíllaga.

Alzamos los ojos para mirar al señor Aspíllaga.

Y, como amamos tanto los salmos de David, nos pareció que cantaba:

–¡Más cerca de Ti, Dios mío!

Y que lo cantaba en inglés:

–¡Nearer to Thee my God!

Como los náufragos del "Titanic".

*Ruido de espadas*

Ahora sí que se puede decir que el general Cáceres está con la espada desenvainada. Pero no contra el señor Pardo sino contra el enemigo. Porque para arremeter contra el señor Pardo no necesita desenvainar la espada.

Enamorado mira el partido constitucional a su héroe. Le alisa filialmente las barbas. Le acomoda el hongo. Y le da la mano para que no se tropiece.

Y abre la boca en las calles para exclamar:

–¡Oh, nuestro general!

Además nos despierta todas las mañanas un toque de clarín.

Y nos anuncian un día:

–¡Habla el general Pizarro!

Y otro día:

–¡Habla el general Canevaro!

Y es que todos nuestros viejos generales se han soliviantado con el programa guerrero de un coronel que probablemente se halla en mitad del camino de general.

Entusiasmados le gritan:

–¡Bravo, Ballesteros!

Y el público los corea así:

–¡Olé, Ballesteros!

Porque el coronel Ballesteros tiene apellido de torero fenómeno, de torero trágico, de torero emocionante. Su discurso no ha sido para nuestra ciudad un discurso. Ha sido un molinete belmontino. Tanto que al oírlo no han pensado las gentes que el coronel Ballesteros atina ni que el coronel Ballesteros acierta sino que el coronel Ballesteros "se arrima". Ballesteros no acierta sino que el coronel Ballesteros "se arrima".

No podemos menos que decirnos:

–¡Si tuviéramos un coronel Belmonte!

Mas no se lo repetimos a nadie para que no cunda nuestro sentimiento.

Mucha fue la fama de Ballesteros; pero mayor es la fama de Belmonte. Hasta nosotros llegó el nombre de Ballesteros; pero hasta nosotros ha llegado Belmonte en persona. Y delante de nosotros Belmonte ha parado los pies, ha estirado los brazos y se ha ceñido.

Por ende, si un coronel Ballesteros nos ha arrebatado tanto, apenas si podemos imaginarnos todo lo que nos arrebataría un coronel Belmonte.

Y no continuamos porque el ambiente no está para estas reflexiones.

Todo se ha vuelto arengas guerreras, estruendos marciales y músicas sonoras. Nuestros generales se han acordado de sus días de andanza y de combate. El partido constitucional ha carraspeado bélicamente. Y no hay quien ose contradecir la necesidad de que nos armemos.

Nosotros le echamos la culpa de este enardecimiento militar a nuestro gran nigromante y teosofista señor Corbacho:

–¡Usted no más ha sido el causante de este laberinto! ¡Usted que anda diciendo que la historia se repite!

Y hasta al señor Corbacho lo encontramos muy serio, muy grave, muy solemne, como si el enemigo que ha puesto al general Cáceres con la espada desenvainada estuviera ya golpeándonos la puerta.

Sólo uno de nuestro amigos se ha servido darnos un rato risueño con esta reflexión:

–Ya tenemos dos programas sintéticos. Uno el del señor Escardó y Salazar: ¡Rieles, rieles y adentro! ¡Programa de carrilano! Y otro el del coronel Ballesteros: ¡Cañones, cañones y cañones! ¡Programa de artillero!

Nosotros nos hemos puesto en una mano el programa de los rieles y en la otra mano el programa de los cañones.

Y las dos manos se nos han caído al suelo.

Posiblemente porque los dos programas pesan muchísimo.

(En *El Tiempo*: Lima, 1º –VI–1918)

VOCES

*Ahora que...*

Ahora que andamos nerviosos, ahora que la política ronda los techos, ahora que el General Cáceres desenvaina la espada y ahora que el Partido Constitucional lo guapea, quiere el señor Pardo que lo veamos entrar y salir del Panóptico. Quiere que lo veamos entrar con paso majestuoso. Y quiere, sobre todo, que lo veamos salir con el mismo paso. El sabe por qué lo quiere.

Y, naturalmente, hay murmullos en la ciudad.

El Panóptico es para los turistas un edificio penal. Pero para nosotros los peruanos es un edificio político. Político y penal. No tenemos sino que pasar delante de él, para pensar que un día hospedó al señor Leguía. Y otro día al señor Billinghurst. Y otro día al señor Ulloa. Y otro día al señor Durand. Y otro día a los señores Piérola. Y otro día al señor Bernales.

Un Presidente de la República que se mete dentro de su auto con un edecán para presentarse en el Panóptico tiene, pues, que inquietar un poco a las gentes.

Y que hacerlas preguntarse:

–¿Por qué visita el Panóptico el Presidente de la República?

Aunque no puedan responderse más que esto:

–Por nada. Porque es el Presidente de la República. Porque salga en los periódicos. Por nada.

Ni una palabra más les dice seguramente la cara con que el señor Pardo sale del Panóptico.

Y las gentes no pueden imaginarse que el señor Pardo vaya al Panóptico sólo por comprobar la disciplina de los talleres, el aseo de los pisos y la robustez de los muros.

Piensan que el señor Pardo entra al Panóptico para sentir, dentro de las ilustres celdas históricas, una voluptuosidad sutil.

Y para exclamar en la puerta de una celda:

–¡Aquí estuvo Leguía!

Y para exclamar en la puerta de otra celda:

–¡Aquí estuvo Durand!

Y para reírse las dos veces.

Acaso el señor Pardo adivina el pensamiento de las gentes. Acaso por eso va al Panóptico. Acaso por eso conmueve a la ciudad sonando pavorosamente los cerrojos. Acaso por eso agranda el miedo de esta hora de vagos desasosiegos y de marciales posturas. Y acaso por eso suelta la carcajada cuando el señor García y Lastres corre a Palacio a aconsejarle:

–Hay que servirse nuevamente del Panóptico para hacer pan integral...

*Seguimos sin quórum*

Esta quinta legislatura extraordinaria ha empezado a caerse de cansancio. Apenas si puede moverse. Y no encuentra quien le ofrezca el brazo para que acabe su camino buenamente.

Hay congreso; pero no hay quórum. Y, como el quórum es el congreso, resulta que no hay congreso.

Tanto para la Cámara del señor don José Carlos Bernales como para la Cámara del señor don Juan Pardo se pasan los días en blanco. Consuetudinariamente se quedan ambas cámaras en la lista. Y, por ende, los periódicos también.

Por las noches los repórteres no nos traen más.

–¿Ha habido sesión? –les preguntamos desde la máquina de escribir sobre la cual los hemos aguardado ansiosamente.

Y ellos nos responden:

–No ha habido sino lista.

Y la lista no nos sirve para un comentario, ni para una mataperrada, ni para un embuste. No nos sirve para nada. Sólo pasamos los ojos por la lista de la Cámara de Diputados para ver si el señor Manzanilla continúa figurando entre los inasistentes con aviso. Y para consternarnos de que se haya reducido a tan poca cosa la notoriedad cotidiana del señor Manzanilla. Siempre diputado. Siempre inasistente. Y siempre con aviso.

Arrugamos las dos listas una tras otra.

Y nos encaramos a los repórteres:

–¿Pero no iba a seguir el debate sobre el trigo en la Cámara de Diputados? ¿Y no iba a emocionar otra vez a la ciudad el señor Maúrtua? ¿Y no iba a pegarle otra vez un arañazo muy leve el señor Balta? ¿Y no iba

a hacer temblar la farola el señor Peña Murrieta?

Mas los repórteres no nos contestan sino con una palabra:

–Iba...

Y de aquí no pasan.

Ayer hemos tenido otro día en blanco para el diario de los debates, para la fama del señor Maúrtua, para el denuedo del señor Grau, para los refranes del señor Pérez y para las crónicas de la prensa metropolitana.

Únicamente para los diputados ha habido debate. Pero no debate público con barra, con conserjes y con taquígrafos. Debate privado en el despacho del ministro bolchevique. Y debate para unos cuantos.

Esta ha sido una travesura muy grande del señor Maúrtua.

Sabía que varios diputados iban a hablar sobre el trigo. Y ha querido que lo hiciesen en privado. Y a solas les ha tirado de la lengua. Y ellos han tenido que decirle sus discursos.

Y, mañana o pasado irá a la cámara a replicarles en público. Y a oír las ovaciones.

(En *El Tiempo*: Lima, 2-VI-1918)

VOCES

*Finalizando*

Ahora sí que se acaba el Congreso.

Parece que el señor Pardo se ha convencido por fin de que estas cámaras no le darán las leyes que necesita. Y no porque no quieran sino porque no pueden. Porque no hay quien ponga en ellas concierto, armonía y entusiasmo. Porque se caen de cansancio. Y porque se mueren de sueño.

Para nada le han servido al señor Pardo todas sus convocatorias. Para nada le han servido al Congreso. Para nada le han servido al país.

Mientras tanto le han granjeado al señor Pardo la queja de todos los diputados y senadores que, como el señor Pizarro, tienen en su comarca una hacienda acogedora y hospitalaria, un rebaño gordo y bien apacentado y un rústico corazón menesteroso de ternura.

Y, además, estas convocatorias han sido las que han turbado y confundido el grácil espíritu alado del señor Manzanilla, conspirando contra su sonrisa, marchitando su juventud y empañando su fama.

Estamos después de tantas legislaturas extraordinarias lo mismo que estábamos antes de ellas. No tenemos leyes, no tenemos reformas, no tenemos progresos. Apenas si tenemos iniciativas. Pero, por supuesto, no tenemos humor para estudiarlas.

Nos hallamos delante de un Congreso que ni construye ni destruye. No construye porque le falta fuerza para mover una mano. No destruye porque le sobra miedo para moverla también. Y así es como ni el Gobierno puede conseguir que construya ni la oposición puede conseguir que destruya. Encuentra el Congreso muy cómodo no hacerle caso ni al Gobierno ni a la oposición. Aunque, como es natural, continúa siendo gobiernista.

Esperábamos que la primera legislatura siquiera nos dejara con presupuesto. Pero la primera legislatura se pasó sus cuarenta y cinco sesiones preguntándose por cuál de los cuarenta proyectos que le había sometido el gobierno comenzaría. Y no hizo más la segunda legislatura. Y no hizo más

la tercera. Y no hizo más la cuarta. Y, si la gracia de Dios y la palabra del señor Maúrtua no lo evitan, tampoco hará más la quinta.

Desde hace ocho meses está funcionando el Congreso extraordinariamente sólo para que haya presupuesto. Y seguimos sin presupuesto hasta estos momentos. Ambas cámaras consumen sus horas echándose recíprocamente la culpa de que así ocurra.

Y el buen público metropolitano se aburre en la barra.

Allá hay uno que se estira; acá hay otro que bosteza.

Y nosotros, discurriendo por la galería de la Cámara de Diputados, alzamos los ojos a la farola para exclamar:

–¡Felizmente no habrá otra convocatoria!

Y nos parece que lo repite en la calle el señor Manzanilla.

Pero que lo repite como quien tiene por fin un respiro.

*Galantísimo suceso*

Acabamos de tener en nuestras manos un par de medias del señor don Manuel Bernardino Pérez. No, por supuesto, un par de medias del uso personal del señor Pérez. Eso no. El par de medias femeninas elegidas y compradas por el señor Pérez para hacerle el más recatado y discretísimo presente a Paquita Escribano.

Estas medias no viajan con Paquita Escribano como cree el señor Pérez confiado, venturoso y bueno. De puro limeñas no han querido marcharse de Lima así no más. De puro limeñas se han empeñado en ser conocidas por nosotros. Y de puro limeñas andan saliéndose de su caja todo el día para que sepa la gente que no son unas medias cualesquiera sino unas medias del señor Pérez. Porque estas medias no pueden haber dejado de comprender que el señor Pérez, diputado por Cajamarquilla, es un sustancioso personaje nacional.

Por ellas mismas nos hemos enterado del trabajo que se dio el señor Pérez para encontrarlas, para escogerlas y para regatearlas. Porque, aunque el señor Pérez es avezado en la compra de medias femeninas, hubo de preocuparse de que las medias que le obsequiara a la bonita tonadillera fueran el más glorioso y esclarecido de sus muchos aciertos. Y hubo de tantear previamente con cautela y finura muy grandes el gusto de Paquita en lo que a medias y colores atañe. Y hubo de averiguar un día que no serían de su antojo y agrado ni unas medias azules con "motitas" amarillas, ni unas medias "peruanas" con las "armas de la patria" en el empeine, ni unas

medias coloradas con "pintas" verdes y cabritillas, ni unas medias celestes con "redondelas" floreadas, ni otras medias más que pudo describirle con el más sustancioso colorido y con la más criolla diplomacia.

No son, pues, estas medias, que han venido furtivamente a nuestras manos y que han regresado luego a las de su muy donairosa dueña actual, unas medias vulgares. Son unas medias extraordinarias. No le han parecido a Paquita Escribano muy avenidas con la moda ni con la estética de sus costumbres. Pero, probablemente es porque los ojos de Paquita Escribano no saben descubrir la belleza que debe esconderse en unas medias en las que fraternizan dulcemente un verde muy vivo con un rosa muy pálido y madrigalesco.

Y, por eso, podemos explicarnos por qué Paquita Escribano, en lugar de mirarlas como una preciosa y rara prenda y hospedarlas cariñosamente en el más seguro de sus cofres, ha renunciado a su propiedad.

Buscamos con los ojos una razón. Buscamos en el cielo. Buscamos en la tierra. Buscamos y buscamos. Pero buscamos en balde.

Sólo sabemos que la víspera de su partida Paquita Escribano llamó a la característica de la compañía del Municipal y la dijo:

–Oye, chica, toma estas medias que me han regalado. ¡Son como para característica!

(En *El Tiempo*: Lima, 4–VI–1918)

VOCES

*A lo lejos...*

Hay un rumor interesante que salta y rebota de casa en casa.

No es sino que el señor don Augusto B. Leguía se ha embarcado ya en viaje a América. Que no es todavía que esté en viaje al Perú. Que es únicamente que está en viaje. Pero que basta para que haya conflagración en el comentario metropolitano y hervor en el ambiente político.

Que el señor Leguía viene quiere decir que vamos a tener espectáculo y ruido. Quiere decir que vamos a tener lucha. Quiere decir que vamos a tener jornada cívica. Quiere decir que vamos a tener otra vez a la muchedumbre en funciones. Y quiere decir otras cosas más graves.

Y naturalmente esto nos entusiasma a todos.

Aquello de que no hubiese conflicto, aquello de que saliese de una convención mansa, reunida bajo el auspicio del señor Pardo, un candidato nacional y único, aquello de que no sonase en las calles sino un partido, un grito y una aspiración, aquello de que no tuviésemos que poner los ojos en el ejército y aquello de que nos pasásemos monótonamente los días tomándole el pelo al señor Aspíllaga no más, no podía ser cosa que nos cayese en gracia. Ni podía ser cosa que les cayese en gracia a los mismos candidatos posibles. Ni podía ser cosa que le cayese en gracia al país. Apenas si le caería en gracia al señor Pardo. Si le caía.

Y, por eso, mirando a Londres, estábamos en el Perú como en las esperas de los teatros.

Había idénticas impaciencias.

Y gritos:

–¡Hasta qué hora!

Y bastonazos.

Pero esto de que el señor Leguía se ha embarcado nos ha hecho cambiar de postura. Nos ha puesto de pie. Y nos ha sacado de quicio.

Es muy trascendental y muy lacónico:

–El señor Leguía se ha embarcado.

Parece nada; pero es mucho.

Y es que sabemos lo que indicaría que el señor Leguía se hubiese embarcado efectivamente. Indicaría no que el señor Leguía se ha embarcado en un transatlántico sino que se ha embarcado en algo más. Y, sobre todo, que ya se ha embarcado.

Con el rumor en las pupilas hemos atajado en una esquina al señor Salazar y Oyarzábal y le hemos preguntado:

–¿Es cierto? ¿O no es cierto?

Mas el señor Salazar y Oyarzábal no ha sabido respondernos sino:

–Dicen que es cierto. Dicen no más, jóvenes amigos. Pero lo dicen demasiado.

Y luego con un ademán de dóminus vobíscum:

–¡Vox pópuli!

No hemos hallado, pues, quien nos confirme el rumor de la calle. Por nuestro camino cotidiano no ha pasado siquiera, como de costumbre, nuestro buen amigo el señor Alfredo Piedra, que nos habría hablado sin las eses y los latines del señor Salazar y Oyarzábal.

Pero el rumor es muy grande y muy sonoro.

Tan grande y tan sonoro que, sin duda alguna, si el señor Leguía no se ha embarcado está por lo menos con el pie en el estribo.

Y siempre sería bastante.

(En *El Tiempo*: Lima, 5–VI–1918)

VOCES

*Asamblea en ciernes*

Eso de la reorganización demócrata camina.

Irrespetuosamente nos atrevemos nosotros a pensar algunas veces que la gloria de la declaración de principios y de la entrada de Cocharcas es una gloria que se apaga, que se aleja y que se envejece. Una gloria que comienza a parecerse a la gloria de La Breña, a la gloria de la "huaripampeada" y a las demás glorias que todavía miramos colgadas de la panoplia del partido constitucional. Y que todavía hacen ruido cuando saca su espada el general Cáceres. Y que todavía dan miedo.

Pero es que nosotros somos nosotros. Unos buenos chicos en riña con los hombres de peso. Y el país es muy distinto. El país aún se emociona cuando se acuerda de la coalición. Aún se entusiasma cuando se acuerda de la estrategia del coronel Oré. Aún se enternece cuando se acuerda de la prócera cantinera del 95. Y aún suspira cuando se acuerda de que esos tiempos y esas hazañas se han acabado para siempre.

Y es que estos demócratas saben asombrar al país. Un día les dicen que su fama anda emohecida. Y al día siguiente hacen un veintinueve de mayo. No les importa que los metan al Panóptico. Quieren únicamente que se les admire.

Mucho se ha eclipsado con los años la bizarría de los demócratas. Ya no son, sin duda alguna, los mismos revolucionarios que antes. Pero les queda el aire. Ni más ni menos que como el doctor Durand. Y, ni más ni menos también, con el aire les basta.

Quien ve entrar al senado, por ejemplo, al señor Gazzani, sabe que el señor Gazzani no es ya un varón de terribles arrestos sino un varón sereno y prudente. Pero encuentra en el continente del señor Gazzani el aire de un demócrata legendario. Y pasa lo mismo con el señor Souza. Y con el señor don Pedro de Osma. Y con el señor don Manuel Ortiz de Zevallos. Y con el ilustre presidente del Senado señor don José Carlos Bernales. El único

demócrata que ha perdido hasta el aire es el señor Capelo.

Y, por todas estas muchas razones, la reorganización demócrata tiene eco, tiene trascendencia, tiene interés. El pueblo, a pesar de los taimados ataques del señor Maúrtua al señorío del pisco, grita aún de vez en cuando que es pierolista. Y pierolista quiere decir demócrata. Aunque demócrata no quiera decir pierolista.

Para que la reorganización demócrata camine y para que camine con suerte no puede haber, por esto, ningún auspicio más milagroso que la presencia del señor don Carlos de Piérola en su gobierno y dirección. Un partido demócrata con el nombre del señor Piérola en su bandera es para la gente un partido demócrata auténtico. Auténtico y pierolista, que es lo necesario.

Y así es como, bajo el auspicio del señor don Carlos de Piérola, tendremos en agosto asamblea demócrata. Teniendo asamblea demócrata tendremos partido demócrata. Y tendremos acaso ruido en las calles y vivas en las esquinas. Y tendremos, finalmente, lunch en la Alameda de los Descalzos. O pachamanca más bien.

Habrá algo que ya no había.

Y volveremos acaso a los románticos tiempos en que el doctor Baltazar Caravedo, gran folklorista hoy y joven estudiante entonces, era palmeado en el hombro por gente que le decía con sumo convencimiento y enamorado énfasis:

–¡Somos de la causa!

*Tercio emocionante*

El señor Fariña es un orador de mucha cuerda.

Por eso, desde que nosotros vimos al señor Fariña pararse a hablar contra la emisión, comprendimos que su discurso duraría luengas horas. Se lo conocimos en la cara. Aunque al señor Fariña no es fácil conocerle algo en la cara.

Y así no pudimos ayer asombrarnos de que el señor Fariña estirase su disertación como un alfeñique.

Sentados en cuclillas lo escuchábamos y cotejábamos sus palabras con los arrugados y jurídicos faldones de su chaqué.

Y abríamos la boca cuando el señor Fariña, que es muy religioso y muy católico, profetizaba terribles catástrofes para la república si la Cámara de Diputados aprobaba la emisión:

–¡Será el caos! ¡Será la ruina! ¡Será la miseria! ¡El hambre rugirá en los hogares! ¡El pueblo pecará! ¡Grandes muchedumbres saquearán las tiendas de los chinos! ¡No habrá "sencillo" para dar vuelta! ¡Tampoco habrá "duro" para recibirla! ¡El mar del Callao se vendrá hasta La Legua! ¡Los ricos tendrán que salir a espetaperros perseguidos por los pobres descamisados y famélicos! ¡Se marcharán al extranjero en los vapores de la Compañía Peruana de Vapores! ¡Pero los submarinos alemanes los echarán a pique! ¡Y ese será su castigo!

Nosotros nos sobábamos las manos de gusto murmurando:

–¡Ahora las palabras del señor Cornejo! ¡Mañana lloraréis como siervos lo que no habéis sabido impedir como ciudadanos! ¡Y una ovación tremenda!

Pero nos convencíamos enseguida de que el señor Fariña no quería acabar tan pronto. Le había dado fuerte con las profecías lúgubres. Su entonación era la entonación del Apocalipsis. Y su frase también. ¡El Diluvio! ¡La mar brava! ¡El Anticristo! ¡Babilonia, la inmunda! ¡La gran bestia!

Y el público de la barra, que no está para recordar a San Juan Evangelista, se sentía en la Cámara con el discurso agorero del señor Fariña como en el teatro con los dramas policiales.

Mas el señor Maúrtua, nuestro ministro bolchevique, no se entretenía como el público.

Y, dadas las ocho y media de la noche, le pidió permiso al señor Fariña para interrumpirlo de esta suerte:

–¡Todas las fantasías del señor Fariña se asientan sobre sus graciosas interpretaciones gramaticales!

Y el señor Fariña puso el grito en el cielo:

–¡Protesto señor presidente! ¡Protesto ante Dios y los hombres!

Y lo aplaudió el señor Balta con las dos manos.

Hizo el señor Maúrtua un ademán con una sola mano:

–Es aplauso del señor Balta...

(En *El Tiempo*: Lima, 6–VI–1918)

VOCES

*Tercera etapa*

Nos ratificamos en que el señor Fariña es un orador de mucha cuerda. Y no nos rectificamos en nada de lo que hemos dicho de él. Ni en lo de que es muy católico, por ejemplo.

Parece que el señor Fariña quiere que su discurso sobre la emisión pase a la historia. Que pase a la historia por largo. Y la república no se opone a este inocente anhelo del señor Fariña.

Se encoge de hombros y dice:

–Bueno; ¡que pase!

Y el señor Fariña piensa que la república lo aclama. Y que lo mira. Y que lo guapea. Y que lo alienta. Y que, más tarde, con la mano puesta sobre la historia, hablará así:

–En tal época el diputado Fariña pronunció un discurso que duró tantos días.

Y, claro, no hay, por eso, quien le corte el vuelo al señor Fariña que, si batiendo las alas no parece un águila caudal, parece por lo menos un pájaro marino. Pero no, por supuesto, un albatros ni un petrel de esos que presagian las tempestades, sino un pájaro pacífico y bueno. Un pájaro de las islas sin duda alguna.

Todas las gentes de la ciudad que acudieron ayer a la galería de la Cámara comprendieron desde el primer momento que el señor Fariña iba a seguir remontándose.

Y, naturalmente, se sentaron.

El señor Maúrtua, nuestro ministro bolchevique, puso sobre su carpeta un enorme paquete de cigarrillos pastosos, encendió uno y empezó a echar humo.

Y el señor Fariña se inició con una apología de los números:

–¿Por qué el señor Maúrtua se ríe de mis números? ¡El número es la verdad! ¡Es la verdad suma, la verdad máxima, la verdad altísima! ¡El número aparece, señores diputados, hasta en las tablas de Moisés! ¡Luego el número es de origen divino! ¿Cómo, pues, señor Maúrtua, gran hombre de ciencia, desdeña el número?

Y con estas y otras muy sazonadas razones continuó haciendo la apología del número. Una apología que, por pronunciarla el señor Fariña, era un panegírico. Un gran panegírico.

Hubo en la barra, en honor al número, sumas, restas y multiplicaciones y hubo en la Cámara diputados que comenzaron a jugar al "michi".

Y el señor Fariña pasó del número a la balanza.

–Ahora seguiré ocupándome de la balanza comercial. Entro en la segunda parte de mi disertación.

Circuló a la sordina este comentario:

–El discurso del señor Fariña es como "El Conde de Montecristo". Dura varios días y tiene muchas partes. Como "El Conde de Montecristo". Y como "Los Misterios de New York".

Y el señor Pardo suspendió la sesión y bajó corriendo desde su estrado para rogarle al señor Fariña:

–¡Deje tranquila a la balanza!

Y para agregarle un latincito:

–*Quousque tandem*, Fariña?

Pero el señor Fariña reanudó su discurso.

Y el público se aficionó de un estribillito:

–Sube la balanza.

Y luego de este otro:

–Baja la balanza.

Y finalmente de este:

–Sube y baja.

Todo su pensamiento lo colocaba el señor Fariña sobre la balanza. Y lo pasaba de un platillo a otro. Dale que dale. Más que un orador parlamentario era el señor Fariña, sin duda alguna, un inspector de pesas y medidas. El problema del cambio se llamaba para él el problema de la balanza. De la balanza comercial.

Y así llegó el final de la sesión.

Bajando y subiendo la balanza el señor Fariña.

Y echando humo el señor Maúrtua.
Humo de habano.

*Años y lentes*

Estamos muertos de pena.

Y no es porque nos hayan llegado al alma las profecías apocalípticas del señor Fariña, ni es porque los submarinos alemanes hayan aparecido en los mares de nuestro continente colónida, ni es porque el Sr. Balta haya perdido su sabia ecuanimidad de ingeniero y de matemático, ni es porque el señor don Jorge Prado se nos haya ido otra vez a los distritos rurales de su predilección y de sus andanzas.

Es porque el señor Balbuena se ha puesto lentes. Porque se los ha puesto de la noche a la mañana. Porque se los ha puesto sin darle ninguna disculpa a sus electores. Y porque se los ha puesto sin esperar que se los pusiera antes el señor Manzanilla de quien es discípulo muy amado.

Nos parece que mirar al señor Balbuena con lentes es como mirarlo sin juventud. Su juventud estaba en sus ojos y en su sonrisa.

Y el señor Balbuena, como el señor Manzanilla, se sonreía sobre todo con los ojos.

Conmovidos en el alma, se lo hemos dicho al señor Balbuena:

–Esos lentes lo envejecen. Esos lentes lo desnaturalizan. Esos lentes lo cambian.

El señor Balbuena nos ha replicado:

–¡Los uso en obediencia al dictamen de mi médico! ¡Como soy un hombre moderno me someto siempre a la palabra de la ciencia!

Y le hemos asegurado entonces:

–Esos lentes lo asemejan al señor Fariña.

Y naturalmente el señor Balbuena ha protestado:

–¡Perdón! ¡Yo no puedo semejarme al señor Fariña! ¡Aunque, por supuesto, el Sr. Fariña merece toda mi devoción y toda mi reverencia!

Pero nosotros hemos insistido:

–Esos lentes lo asemejan por lo menos al señor Parodi.

Y el señor Balbuena ha seguido protestando.

Nosotros, consternados, muy consternados, nos hemos despedido del señor Balbuena.

Y más tarde el señor Balbuena nos ha cogido de la mano para hacernos esta confidencia:

–¡Oigan ustedes! ¡Esos lentes me han sido ordenados por el doctor Flórez! ¡Y el doctor Flórez, además de ser oculista, es ministro liberal! ¡Y yo tengo que hacerle caso al ministro de mi partido! ¡Yo soy muy disciplinado!

(En *El Tiempo*: Lima, 7–VI–1918)

## VOCES

*Punto acápite*

El discurso del señor Fariña –discurso de abogado máximo– no tenía sino cuatro partes. No era, pues, tan largo como una película norteamericana. Ni era siquiera tan largo como "El Conde de Montecristo". Quienes le suponían parentesco y semejanza con los folletines cinematográficos eran, en cambio, gente asaz malhablada y vituperable.

Ayer llegó el señor Fariña a la cuarta y última parte de su discurso. Y esta cuarta y última parte no fue desmesurada. Fue, más bien, breve en demasía. Y el público le halló sabor a epílogo.

Pero, aunque el señor Fariña no habló sino de la patria, por la patria y para la patria, no escasearon, por supuesto, los comentarios traviesos.

Murmuraban en las galerías:

–Hoy es viernes de cinema. Y de película de moda.

–Parece que el señor Fariña se saca los argumentos del chaqué.

–Pero, indudablemente, se los saca de la cabeza.

–Y el señor Pérez se los saca en cambio del bolsillo, lo mismo que el pañuelo.

–Sólo que el señor Pérez no dice bolsillo sino faltriquera.

Ordenaba entonces la guardia:

–¡Chis!

Y el señor Fariña, después de haber conjurado a sus compañeros para que imitasen a los próceres de nuestra independencia, se dejaba caer en su sillón sobre los jurídicos faldones de su chaqué.

Y le tocó el turno al discurso del señor Maúrtua, nuestro ministro bolchevique, quien comenzó con un gesto afable:

–Me arrepiento de haber sido injusto con el señor Fariña en la noche de anteayer.

Se paró el señor Fariña, conmovido en el fondo de su alma buena y pía.

–Muchas gracias, eminente señor ministro.

Y siguió el señor Maúrtua:

–Yo, aparte de ser muy amigo del señor Fariña, soy enemigo de todo arranque brutal, soy enemigo de toda altisonancia atrabiliaria, soy enemigo de todo ademán ruidoso. Y, para decirlo en términos criollos, soy enemigo de toda huachafería. Por eso me arrepiento de haber estado descomedido con el señor Fariña.

El término criollo hizo saltar de gusto a la barra.

Y el señor Maúrtua, enredando displicentemente la cinta de sus quevedos, entró en materia:

–Todos los opinantes se avienen con la emisión. Ninguno la niega. Únicamente andan disconformes acerca de su volumen. El gobierno propuso cuarenta millones. El senado quiere treinta. El señor Fariña recomienda veinte. El señor Menéndez preconiza quince. Hay cifras para todos los gustos. Y no hay, mientras tanto, discrepancia sustancial alguna. Todo se reduce a una polémica de menor cuantía. Un regateo de millones más o millones menos.

Y a continuación una hora de crítica del problema. Una hora de crítica que no es para esta crónica. Una hora de crítica que es para el diario de los debates. Y para el tomo de lujo de los discursos parlamentarios del señor Maúrtua.

Pero no crítica fría y yerma sino crítica sazonada con su "puntito de ají", como dice el señor don Abelardo Gamarra

Tuvo momentos así:

–¿Por qué se cree que seguirán a esta emisión otras emisiones? ¡Ah! ¡Es que se prejuzga que reincidiremos! ¡Y este prejuicio no es cristiano!

Y un risueño párrafo sobre el hombre, sobre el pecado original y sobre el juicio de la Iglesia respecto de la naturaleza humana.

Todo para acabar con una mataperrada:

–¡Cómo goza el señor Fariña, católico de buena cepa!

Y para dar un gran golpe hilarante.

Risas arriba y risas abajo.

Y a renglón seguido la síntesis del discurso:

–¡Estamos adelante de una lucha de intereses! ¡Los intereses de los productores contra los intereses de los importadores! ¡Y opinantes que se abanderizan con unos y opinantes que se abanderizan con otros! ¡Para mí, socialista, ambos son intereses comerciales! ¡Ambos son intereses plutocráticos! ¡Veo de un lado a los productores! ¡Y veo de otro lado a los acaparadores! ¡Y yo no me pongo al lado de éstos ni de aquéllos! ¡Porque

yo, socialista, sólo puedo estar al lado del pueblo!

Una faena emocionante.

Y luego, cerrando la tarde, un interesante discurso del señor Menéndez.

Pero ni una palabra del señor Balta.

*Leader y candidato*

Muy viejo para Ministro y muy joven para Presidente de la República.

Esto es lo que ha dicho de sí mismo el señor Balta. Esto es lo que se le ha salido del corazón. Esto es lo que ha volado de sus labios en un arranque de sinceridad. Y esto es lo que ha resonado ruidosamente en el risueño comentario metropolitano.

Mirando pasar en su automóvil al señor Balta, la gente ha pensado primero:

–¡No tan viejo!

Y ha pensado luego:

–¡No tan joven!

Y el señor Balta, que es una alacena de socarronerías con fisonomía y fama de ilustre ingeniero, se ha sonreído gozoso dentro de su automóvil.

Muy joven y muy viejo.

La frase parece del señor Manzanilla. Por lo menos pertenece a la escuela de las frases del señor Manzanilla. Es del estilo de las frases del señor Manzanilla. Tiene la traza de las frases del señor Manzanilla. Yo no soy esto ni llego a ser aquello. Ni estoy muy cerca del poder ni estoy muy lejos de él. Avance y retroceso. Y una intención muy grande en medio.

Muy viejo para ministro.

Bueno.

Ya lo habíamos oído otra vez de labios del señor Balta. El país no ha dejado de creer al señor Balta candidato a un ministerio. Al ministerio de Hacienda o de Fomento. Y el señor Balta ha hecho todo lo posible desde hace algún tiempo para contrariar la creencia nacional.

Siempre que ha habido una crisis ha ido a Palacio. Se ha encerrado con el señor Pardo largamente. Y cuando ha salido los periodistas le han visto, naturalmente, cara de ministro.

Pero él, sin aguardar sus preguntas, se ha apresurado a declararles con risueña diplomacia:

–Yo no deseo ser Ministro.

Y esto lo ha repetido en la calle, en la Cámara y en los altos de "La Prensa" cuantas veces ha habido un ministerio vacante. Hasta cuando el ministerio vacante ha sido el Ministerio de Guerra. Y hasta cuando un ministro se ha ido para volver.

–Muy viejo para Ministro.

Y ahora la frase es compuesta:

–Muy viejo para Ministro y muy joven para Presidente de la República.

Ahora es, pues, cuando es una frase de peso. Antes no era sino un poco más que una chilindrina para las misceláneas cotidianas de la prensa. Y poco más que una chilindrina inofensiva y vaga.

El señor Balta nos anuncia, más o menos, que ya no puede ser candidato a un ministerio, pero que sí puede ser candidato a la Presidencia de la República. Y, por modestia, nos declara que a su juicio es muy joven para ir inmediatamente a la Presidencia de la República. Probablemente espera que el país le conteste que no. Y, si no el país entero, una fracción del país que se llame el partido liberal. Y, si no todo el partido liberal, una fracción del partido liberal que se llame como le dé la gana.

Y no puede ser de otro modo en estos tiempos en que hay quienes murmuran por las calles que el señor Balta no sólo se siente ya muy viejo para ministro sino muy viejo también para diputado. Y muy viejo también para ingeniero. Y muy viejo también para presidente de la Sociedad Geográfica. Y muy viejo también, sobre todo, para primer vice–presidente del partido liberal...

Aunque el señor Pérez le haya hecho esta ladina afirmación profética:

–¡Para Presidente de la República será usted siempre joven!

(En *El Tiempo*: Lima, 8–VI–1918)

VOCES

*Ganas no más*

Había ayer en la Cámara de Diputados mucha gana de acabar con la emisión, mucha gana de economizarse otro discurso del señor Fariña, mucha gana de no oír hablar más de la balanza comercial, mucha gana de comer temprana y regaladamente y mucha gana de ponerle de una vez punto final a la legislatura.

Cuando entramos a la Cámara, todos nos decían lo mismo:

–¡Hoy terminamos!

Y no aceptaban ningún pero.

–¡Hoy terminamos! ¡Hoy terminamos! ¡Hoy terminamos!

–¿Y si el señor Fariña se sube de nuevo sobre sus toneladas de números?

–¡Lo bajamos!

–¿Y si el señor Menéndez se sube sobre su escaño?

–¡Lo bajamos también!

–¿Y si el señor Pérez se sube de tono?

–¡Lo bajamos a tiros!

Naturalmente estas declaraciones nos asustaban. Nos sentíamos delante de una mayoría resuelta a todo. Resuelta a colgarse del chaqué del señor Fariña. Resuelta a romperle la balanza. Resuelta a dejarle sin pesas ni platillos.

Y enseguida la manera como comenzaba la sesión nos lo confirmaba.

Tenía la palabra el señor Barreda y Laos. Y era de creer que no la hubiese pedido por gusto. Sino que la hubiese pedido para pronunciar un discurso carolino que lo devolviese a sus buenos días universitarios.

Y el señor Barreda y Laos apenas si pronunció esas palabras:

–No hablo. Más tarde fundaré mi voto.

Hubo luego una larga pausa.

Y si el señor Secada, nuestro diputado bolchevique, no se pone de pie para pegarle tres o cuatro vueltas al proyecto, no hay quien prolongue ni

un minuto más el debate.

El señor Secada dijo cuatro palabras. Cuatro palabras suyas y valiosas. Pero cuatro palabras únicamente.

Y el señor Maúrtua dijo una palabra contestando al señor Secada.

Hubo entonces otra pausa.

Y el señor Pardo suspendió la sesión para reunir quórum.

–¡Hoy terminamos! –gritaban con más fuerza que nunca los diputados.

Y comenzó a funcionar el teléfono llamando a los ausentes.

–¿No hay quien quiera hablar?

Y nos respondieron:

–¡Si hay uno! ¡El señor Fariña!

Y casi nos caemos al suelo:

–¿Otra vez el señor Fariña?

Mas así era.

Minutos más tarde inició el señor Fariña otro discurso. Discurso de réplica al señor Maúrtua. Discurso de regreso al tema de la balanza. Discurso de amontonamiento de otras toneladas de números.

Y, en presencia de este arranque del señor Fariña, nuestro señor don Juan Pardo ordenó que se sirviese comida para los diputados en la Cámara.

–Aquí comemos! ¡Aquí dormimos!

Y el señor Fariña que, desde que nos ha recomendado que imitemos a nuestros próceres se siente todo un héroe, puso el grito en el cielo.

–¡Se me quiere rendir por el cansancio y por el hambre! ¡Pero no se me rendirá! ¡Yo seré más fuerte que el cansancio! ¡Yo seré más fuerte que el hambre! ¡Hablaré hasta las cuatro de la mañana del lunes! ¡Hablaré hasta que me caiga muerto! ¡Las generaciones venideras me levantarán un monumento!

Y, sonriéndose, el señor Pardo se dió por vencido.

Pero citó a la Cámara para hoy a las cuatro de la tarde.

Solamente para que el señor Fariña, católico fervoroso, no pueda guardar el día domingo como se lo manda nuestra Santa Madre Iglesia.

(En *El Tiempo*: Lima, 9–VI–1918)

VOCES

*El pecado mortal*

Este señor Pardo, presidente de la Cámara de Diputados, es un gran tentador. Por eso es nuestro señor Don Juan. Por eso es tan grande la fama que ha ganado ablandando corazones y conciencias. Sólo por eso.

Un católico fervoroso, un católico austero, un católico de buena cepa, el señor Fariña cayó ayer en una tentación del señor don Juan Pardo.

El señor Pardo le había dicho antenoche:

–Bueno. ¿No quiere usted callarse? Pues hablará usted mañana domingo.

Y la ciudad, buena cristiana, se había preguntado cómo iba a desobedecer el señor Fariña los divinos preceptos que le mandan santificar el domingo.

Hasta se había cambiado apuestas:

–No hablará el señor Fariña.

–Hablará.

Y en la tarde de ayer el señor Fariña apareció, como de costumbre, en su escaño de diputado por Chucuito, acomodó en su carpeta, sus papeles y sus guarismos y se sentó sobre los faldones de su chaqué en espera de que se reabriese la sesión.

Algunos diputados, hondamente sorprendidos, lo interpelaron:

–¿Pero usted no es católico entonces?

–¡Católico hasta la consumación de los siglos! ¡Católico aunque se venga el mundo abajo! ¡Católico siempre!

–¿Y así va usted a violar el mandamiento del descanso dominical?

–¡Únicamente por la patria! ¡Por la patria y para la patria!

–¡Ah, señor Fariña! ¡Primero es Dios!

Y quedó conturbado el señor Fariña.

Mas, enseguida, tan luego como el señor Pardo reabrió la sesión permanente, el señor Fariña se puso de pie para reanudar su discurso.

Otra vez se crispó su puño en el nombre de nuestros próceres. Otra vez

se enardeció sofísticamente su jurídico chaqué plomo. Otra vez atoró el debate con sus toneladas de números. Otra vez llamó en su auxilio a los manes de los fundadores de la Independencia.

Y la Cámara le descubrió el propósito de no pasar de la segunda etapa de su discurso.

Tímidamente aventuró el señor Fariña esta súplica:

–Acabaré mañana. Déjenme reposar.

Y le cayó encima una negativa unánime:

–¡No, señor! ¡Hoy habla usted hasta que acabe!

Pero el señor Larrañaga, que sin dejar de ser circunspecto suele cometer algunas travesuras, pidió la palabra.

Y le preguntaron a la sordina:

–¿Va usted a hablar mucho rato?

Y el señor Larrañaga respondió muy serio:

–Dos días.

Naturalmente el señor Fariña vio el cielo abierto.

Y, después de agregarle un corto capítulo más a su discurso, hizo una venia, abrió los brazos y se sentó desfalleciente.

Sólo que la respuesta del señor Larrañaga había sido una broma. Y el señor Larrañaga no habló sino unos cuantos minutos. Sobria, sonora y enérgicamente.

Hubo a continuación una pausa angustiosa para el señor Fariña.

Y el señor Pardo dio el punto por discutido.

Con un campanillazo muy fuerte.

Y con una mirada socarrona al señor Fariña que, alzando los ojos a la farola, se acordó de su pecado y exclamó arrepentido como las viejas:

–¡Castigo del cielo! ¡Castigo patente!

(En *El Tiempo*: Lima, 10–VI–1918)

VOCES

*En voz baja*

Nos dura y nos crece la gana de tener miedo.

Y es que nos hemos metido en la cabeza el convencimiento de que se conspira. Así, vagamente, de que se conspira. De que se conspira porque en estos instantes no se puede dejar de conspirar. De que se conspira no sabemos si para éste o para aquél. De que se conspira no más.

Lo interesante es que este convencimiento ha salido de Palacio. Primero que un convencimiento de la gente metropolitana ha sido un convencimiento del gobierno. Y un convencimiento que no ha querido quedarse escondido dentro de la vieja, noble y remendada casa donde se asentara el señorío de aquel Marqués de los Atavillos de quien suele recordársenos que, antes que gobernador de pueblos, fue apacentador de cerdos.

Todos los días se nos asegura:

–El gobierno sabe que se conspira.

Y suele ocurrírsenos responder cándidamente:

–¿Para qué?

Y poner una cara de asombro cuando se nos dice que para echarlo.

–¿Para echarlo como al gobierno del señor Billinghurst?

–O de otra manera.

Y risueñamente sentimos renacer los olvidados rumores criollos de los románticos tiempos en que nuestro ingenioso hidalgo, el señor don Augusto Durand, acostumbraba aparecer de pronto en una altura en traza de caudillo revolucionario.

Pasan, unos tras otros, rumores de la más legítima e histórica cepa peruana.

Y apenas si cogemos uno de sabor actual:

–El Presidente de la República ha llamado a Palacio al director del Panóptico.

Y nos parece un rumor típico. Pensamos, con él en las manos, que todos

los rumores de este linaje se semejan. Puestos en la máquina de escribir no valen nada. Son una tontería. Pero dichos con redomado acento, con aprensiva pronunciación y con cuitado guiño resultan terriblemente sensacionales. No está su elocuencia en lo que sus palabras cuentan sino en lo que sus palabras callan.. Representan una furtiva irrupción de la mirada criolla en los dominios del misterio. Tienen el mismo hálito trágico de los dramas de Maeterlink.

Abrumados por la fuerza del destino nacional nos cruzamos de brazos, agachamos la cabeza y nos decimos resignadamente:

–Bueno; se conspira.

Y nos sacude un escalofrío.

Pero enseguida nos da muy mala espina que sea la gente del gobierno la que alimente estas inquietudes. Y nos preguntamos si no será que se quiere poblar la atmósfera de pavores y de grimas para que lleguemos a los días de las elecciones con la idea de que hay una revolución tras de la puerta. Y para que el gobierno del señor Pardo nos maneje entonces a su guisa. Y para que nos ponga de media vuelta tan luego como crea que nos descantillamos. Y para que nos suene a media noche las rejas, los candados y los cerrojos de la penitenciaría.

Que en esta tierra de los Incas, conquistada por un apacentador de cerdos, todo es acontecedero.

Todo.

(En *El Tiempo*: Lima, 11–VI–1918)

VOCES

*Pardista a secas*

Una votación de la Cámara de Senadores hundió en el olvido al señor don Germán Arenas. Y una votación de la Cámara de Diputados lo ha sacado a flote. Prendido de la emisión ha reaparecido en público. La emisión ha sido para él, si queremos decirlo en términos suyos aunque huachafos, una áncora de salvación.

Por supuesto el señor Arenas no ha reaparecido de ministro sino de diputado por Huarás. Y en el momento en que la misma Cámara se había olvidado casi de que acababa de ser ministro. Pero, al fin y al cabo, ha reaparecido, que es lo que él anhelaba con toda el alma.

Y ha reaparecido de la única manera posible: con discurso.

Un discurso cuyo principal objeto ha sido el de hacerle a la Cámara de Diputados un recuerdo:

–Yo que he sido Ministro de Hacienda hasta hace muy poco...

Y luego el pretexto del recuerdo:

–... tengo que fundar mi voto sobre este proyecto que, como Ministro, he defendido.

Y, al margen del recuerdo, una exclamación de la gente olvidadiza y desmemoriada de la galería:

–¿Entonces este señor Arenas ha sido el antecesor del señor Maúrtua? ¡Pero este señor no es bolchevique! ¡Pero este señor es muy chico! ¡Pero este señor!...

Además ha tenido otro eco la reaparición del señor Arenas. Otro eco que no ha estado en la reaparición misma sino en una declaración que el señor Arenas ha traido aparejada:

–Sólo mi amistad con el señor Pardo pudo hacerme aceptar el Ministerio de Hacienda.

Hemos sabido, pues, por boca del propio señor Arenas, que cuando se encarga de un ministerio es por amistad con el Presidente de la República.

No es por acuerdo con la mayoría parlamentaria. Ni es por interés de su partido. Ni es por mandato de sus ideales políticos. Es por amistad con el Presidente de la República. Sólo por amistad.

El señor Arenas, para lo que ustedes gusten, no se siente civilista. Ni se siente bloquista. Ni se siente católico. Ni se siente diputado de la mayoría. Ni se siente siquiera diputado por Huaraz. No se siente sino pardista. Amigo del señor Pardo. Irá donde el señor Pardo lo lleve. El señor Pardo es su partido. El señor Pardo es su programa. El señor Pardo es su doctrina. Pardismo se llama para él todo lo que a su pensamiento sienta y a su corazón enamora.

Un sistema de uso personal del señor Arenas. Un sistema que todo lo simplifica. Un sistema que asegura y preserva contra quebraderos y preocupaciones.

Hay para abrir la boca como ante una invención tremenda. Y hay para hacerse muchas reflexiones.

Este que pasa, el doctor Maúrtua, Ministro de Hacienda, es socialista. Ese que se detiene, el señor Balbuena, diputado insigne y persona amena, es liberal. Aquél que se aleja, el señor don Víctor Andrés Belaúnde, joven maestro y orador sustancioso, es futurista. Pues bien, los tres tienen filiaciones muy complicadas. El señor Arenas, en cambio, tiene una filiación muy sencilla. Una filiación sin credos y sin principios embarazosos. El señor Arenas no es sino pardista. Además de pardista es otras cosas. Abogado por ejemplo. Y católico como el señor Fariña. Pero todo esto es accesorio. Lo sustantivo es que es pardista.

Casi una teoría nueva.

A lo mejor es que, para encontrarla, el señor Arenas no ha necesitado meditación ni estudio. No ha necesitado sino pararse y decirla. Y, después de decirla, admirarla. Y finalmente sentarse.

(En *El Tiempo*: Lima, 12–VI–1918)

VOCES

*Una estrella*

Miremos al cielo.

Despeguemos los ojos de la tierra parda, de la tierra desabrida, de la tierra hostil donde se consume y se sobrecoge nuestro corazón, punzado cotidianamente por el destino con la artera punta de una cañita de anticucho.

Es un gran negocio, señores, mirar al cielo.

Mirando al cielo la vida se ennoblece, el ánimo se ensancha y la cabeza se ilumina. Y, además, en el cielo puede encontrarse de repente un sol nuevecito y brillante. Mientras que en la tierra no se encuentra nunca un real.

Aries, por ejemplo, que se pasa las horas atisbando el infinito, es un hombre feliz y bueno. No le preocupa la emisión de billetes. Ignora todos los discursos parlamentarios del elocuentísimo señor don Víctor Criado y Tejada. Confunde al señor Fariña con un notario que usa los mismos chaqués y a quien se le caen las tiras del calzoncillo. Cree en el carácter vitalicio de la sonrisa del señor Manzanilla. No comparte el convencimiento teosófico del señor Corbacho de que "la historia se repite". Es amigo del artista Arias de Solís. No tiene la menor noticia del ex Ministro de Hacienda señor don Germán Arenas. Apenas si la tiene de Belmonte y del molinete. No se explica por qué el señor don Manuel Bernardino Pérez no lanza su candidatura a la Presidencia de la República. Se imagina que don Pedro de Ugarriza es millonario. Jamás lee el diario de los debates. Y anda tan prendado del cielo que no tiene tiempo para enamorarse de dama alguna, mestiza o extranjera.

Además, Aries escribe sobre lo que le da la gana. Como sus artículos no se ocupan sino de los astros no pueden granjearle ningún incidente personal. Y en cambio pueden asombrar a la humanidad con el anuncio de que ha aparecido en el cielo una estrella grandaza y bellísima que es,

seguramente, más estrella que una tonadillera.

Nosotros, pobres periodistas obligados a escribir todos los días sobre la política peruana, sobre el gobierno del señor Pardo, sobre la candidatura del señor Aspíllaga y sobre el discurso del coronel Ballesteros, envidiamos en sumo grado la suerte de Aries.

Y para parecernos a él de alguna manera nos subimos a la azotea. Levantamos los ojos al cielo. Y buscamos el astro que sus ojos zahoríes de astrónomo han descubierto.

Pero nos vence nuestra miopía.

De tanto mirar las cosas perecederas de la tierra no podemos ya mirar las cosas inmortales del cielo. Nuestros ojos habituados a la contemplación consuetudinaria de los escarpines del señor don Oscar Víctor Salomón no pueden llegar a la altura familiar a los ojos de Aries.

Y desfallecemos de pena.

Pero, poco a poco, renace en nuestra ánima ensombrecida un brote de optimismo y se nos ocurre que esta estrella que se ha clavado de la noche a la mañana en el cielo de Lima es una estrella que va a conducirnos, como la Estrella de Oriente de los reyes magos, a la bienaventuranza.

Y creemos en la estrella aunque continuamos sin verla.

Porque la fe en el cielo es lo único que nos queda.

(En *El Tiempo*: Lima, 13–VI–1918)

VOCES

*Finis, finis, finis*

Termina el congreso.

Y esta vez termina de veras. Termina definitivamente. Termina como tenía que terminar. Cierto que tras de la esquina, con música de quitasueños y de cornetas, nos aguarda otro congreso. Pero todavía nos faltan algunos días para llegar a la esquina. Y siquiera podemos acortar el paso para hacernos la ilusión de que alargamos el trecho.

Además, de aquí al 28 de julio acontecerán cosas que nos emocionarán. Probablemente en breve mudaremos de gabinete. Tal vez perderemos en la mudanza a nuestro ministro bolchevique. Acaso se animará a salir a las calles con bandas de músicos la candidatura del Sr. Aspíllaga. Y quien sabe si hasta Aries descubrirá otra estrella para darle compañía a la que ya tiene descubierta.

Por ahora debemos contentarnos con que se acabe el congreso.

Y con sentirnos a cubierto de que el señor Fariña nos repita su famoso discurso sobre la emisión sacándose del chaqué todos los argumentos que en él pueden habérsele quedado olvidados.

Por otra parte, contemplando la ventura que nos causa la conclusión del congreso, podemos medir toda la ventura que rebosa, por igual suceso, del risueño corazón del señor Manzanilla.

Estamos seguros de que, desde que hemos arribado a las últimas sesiones de la legislatura, los días han comenzado a ser más dulces y las noches más plácidas para el señor Manzanilla. Y la ciudad menos aburrida y monótona. Y el café menos amargo. Y los periódicos menos vulgares. Y el señor Pardo menos presidente de la república.

Y sabemos que gente malintencionada y mendaz le ha dado un susto con la convocatoria a congreso ordinario en la mano:

–¡Otra convocatoria, doctor!

Y sabemos, por ende, que el señor Manzanilla, muy pálido, ha tenido

que agarrarse de su bastón para sujetarse:

–¿Otra convocatoria? ¡Entonces llamarán a mi suplente! ¡Entonces no podré seguir saliendo en los periódicos entre los diputados que no asisten con aviso! ¡Entonces tendré que convocar a un mitin!

Y sabemos así mismo que el señor Manzanilla se ha resentido mucho con la gente malintencionada y mendaz de tan mala broma, pero que ha empezado, más tarde a recuperar su donaire, su buen humor y su sonrisa.

Y sabemos por último que ayer en la mañana, con una cara muy feliz, se ha parado el señor Manzanilla en la plazuela de San Carlos, confundido entre los mozos de la Universidad, para mirar el desfile de las damas de todo talle, gracia y linaje que han ido a celebrar la fiesta de San Antonio de Padua.

Y que, después de requebrar a las más de su gusto, ha exclamado:

–Hoy es trece de junio, ¿no es verdad? ¡Y es la fiesta de San Antonio de Padua! ¡Y San Antonio de Padua es un santo muy milagroso! Si no fuera milagroso no vendría a rezarle tanta gente.

Y tenemos averiguado, finalmente, que el señor Manzanilla, por habitual travesura de su espíritu, ha dicho también:

–¡Uno de estos días le pediré un milagro a este santo!

Pero que, inmediatamente, le han respondido que San Antonio no les hace milagros sino a las mujeres. A las mujeres jóvenes y bonitas. Y que no tienen novio.

(En *El Tiempo*: Lima, 14–VI–1918)

VOCES

*La historia en la mano*

Olvidándose de que nadie es profeta en su tierra, el señor Corbacho pretende serlo en la suya. Lo cual quiere decir, además, que el señor Corbacho no se olvida solamente de la sentencia popular sino que se olvida así mismo de que su tierra es esta tierra. Esta tierra del señor Pardo y de nosotros. Esta tierra del señor Pérez. Esta tierra de la chicha morada y de la calma chicha.

Pero es que el señor Corbacho, diputado e historiador famoso, tiene, positivamente, ojos de profeta. Allí donde nosotros no vemos nada, él ve muchísimo. La palma de la mano, que para nosotros no es sino la palma de la mano, para él es el porvenir. Y en el cielo, donde Aries apenas si puede descubrir un Sol, el señor Corbacho puede leer el Destino.

Y, naturalmente, no va a callarse lo que presiente y lo que adivina. Tiene que contarlo. Sobre todo cuando concierne y atañe a la salud de la república.

Sólo que los augurios del señor Corbacho son terribles y desconcertantes. Nos anuncian la guerra, la peste y la derrota. Nos dejan de una pieza. Nos hielan el corazón. Y nos ponen a punto de meternos bajo la cama como lo manda la tradición criolla.

El señor Corbacho no nos habla de las siete vacas gordas y de las siete espigas gordas que precederán a las siete vacas magras y a las siete espigas magras. Para él todas las vacas y todas las espigas son magras.

–¿Qué nos espera? –se pregunta.

Y enseguida se responde:

–¡Otro 79! ¡Y tal vez otro 79 sin otro "Huáscar", sin otro Morro, sin otra Breña y sin otro General Cáceres!

Tiembla, por supuesto, el auditorio.

Y, después de un rato de escalofrío y castañeteo, exclama:

–¡Pero este profeta lo mira todo negro! ¡Pero este profeta es muy

pesimista! ¡Pero este profeta no tiene confianza en Dios!

Y luego vuelve a caer en el susto.

Efectivamente las profecías del señor Corbacho son todas desoladoras y truculentas. No tienen la entonación del Apocalipsis como las profecías del señor Fariña. Pero tienen, de todas maneras, una entonación que eriza los pelos. No son profecías de apóstol bíblico. Son profecías de teosofista. No son profecías de hombre que ayuna en el desierto y predica en la montaña. Son profecías de hombre moderno que se consulta con la mesa de tres patas y que sondea los misterios astrales.

Mas siempre bastan para sacarlo a uno de quicio y para hacerlo pensar en la muerte.

–¡En la muerte heroica! –grita el señor Corbacho.

Y es que cree que aquí todos somos héroes. O que si no lo somos todavía tenemos que serlo muy pronto. Y esto es lo malo. Aquí, por no tener ganas de nada, no tenemos ganas de ser héroes. Admiramos a los héroes. Les cantamos un himno con letra del señor Federico Barreto y música del señor Ugarte. Pero no nos animamos a imitarlos.

De repente hay una voz marcial, como la del señor Corbacho o la del coronel Ballesteros, que nos sacude el alma. Y entonces somos capaces de subirnos sobre una mesa del Palais Concert para pedirles a las vienesas el Himno Nacional.

Pero de allí no pasamos.

Y acaso en lo mismo se quedan el coronel Ballesteros y el señor Corbacho.

Del señor Corbacho, ilustre amigo nuestro, nos consta, por ejemplo, que a estas horas en que nosotros, pobres periodistas, tenemos el pensamiento puesto en la patria y los dedos en la máquina de escribir, duerme muelle y regaladamente bajo el romántico y legendario techo de la Perricholi, rica y donairosa mestiza de la colonia y honra y prez de la historia peruana...

(En *El Tiempo*: Lima, 15–VI–1918)

VOCES

*Punto final*

Amanecemos, por fin, sin congreso.

Llegamos ayer al término de la quinta legislatura extraordinaria que ha sido, sin duda alguna, la legislatura más emocionante de esta luenga temporada parlamentaria. Probablemente no la llamarán en lo venidero sino la legislatura de los treinta millones. Pero será por lo difícil que es ponerle nombre a una legislatura peruana. Y porque la modestia del señor Fariña, y sobre todo su notable chaqué de notario, han impedido que el discurso del señor Fariña durase hasta ayer y atajase el triunfo de la emisión. En cuyo caso la legislatura habría sido no la legislatura de los treinta millones sino la legislatura del señor Fariña.

Rica en notas sonoras y pintorescas ha sido la legislatura. Nos ha parecido una legislatura con traza de muestrario nacional. Y es que ha habido en ella todo lo que en una sola legislatura podía caber.

Catilinarias dramáticas del señor don Miguel Grau, que ha blandido la divina espada con que el arcángel San Miguel tundió y humilló al diablo. Apóstrofes sacerdotales del señor don Mariano H. Cornejo, que ha librado a diario una batalla contra los molinos de viento y que ha salido a diario molido por los yangüeses. Donosos pensamientos del señor don Víctor M. Maúrtua, nuestro ministro bolchevique, que ha maldecido y renegado de toda "huachafería" entre el humo displicente de sus habanos. Toneladas de números del señor Fariña, convertido en el San Juan Evangelista de un Apocalipsis criollo. Profecías truculentas del señor Corbacho, historiador, teosofista y nigromante, que se ha puesto de pie de repente para asegurarnos que la historia se repite.

Todo esto hemos tenido en una sola legislatura. Todo esto hemos tenido en cuarenta y cinco días. Todo esto hemos tenido en dos cámaras apacibles y sencillas gobernadas por el señor don José Carlos Bernales y por el señor don Juan Pardo.

Naturalmente nos parece mucho.

Y lo decimos a gritos a la gente que pasa por la imprenta:

–¿Creen ustedes que va a haber otra legislatura en la que se concierten tantos acontecimientos, tantos discursos, tantas actitudes sensacionales?

Porque así somos nosotros en nuestros convencimientos.

Y este convencimiento que ahora gritamos es muy legítimo.

Estamos seguros, por ejemplo, de que no es una cosa vulgar que hayamos oído hablar en la Cámara al señor Maúrtua como ministro. Aunque hayan sido muchas las veces en que, hablando como ministro, nos haya parecido que hablaba como diputado, que hablaba como profesor de filosofía del derecho o que hablaba como leader de nuestro joven socialismo.

Y, así por el estilo, hallamos que muchas cosas han dado singular fisonomía a la legislatura que acaba de concluir entre el bostezo de unos, el sueño de otros y la lasitud de los demás.

Nada más que aquello de mirar al señor Manzanilla, apartado impertérritamente de su Cámara y andando en son de protesta por las calles, era bastante acaso para que la legislatura pasase a la historia.

Aunque el señor Corbacho, que toma en serio a la historia, proteste en su nombre

*Mansamente*

La clausura se produjo sin vigilia.

Esto quiere decir que se produjo sin ruido y sin trabajo. La Cámara de Senadores no tuvo quórum. Y la Cámara de Diputados apenas si lo tuvo. Por ende el cierre fue instantáneo.

El señor Pardo con la campanilla en la mano aceleró los últimos momentos de la Cámara de Diputados.

Y el público, discurriendo entre una Cámara y otra, se llamó a defraudado. Aguardaba que en el senado el ilustre señor Cornejo interpelara estruendosamente al señor Tudela y Varela. Y que en la Cámara de Diputados el señor don Manuel Bernardino Pérez enredara el presupuesto de la república. Y que se armase escándalo. Y que ardiese Troya. No contaba el público con que unos cuantos senadores se animasen a dejar sin quórum su Cámara.

En la Cámara de Diputados nos dijeron que no podía haber bulla porque no había Senado. Y en el Senado no nos dijeron ni una palabra. Allí todos

estaban dolidos de que el señor Cornejo, que se había preparado para pronunciar el más sonoro y grandilocuente de todos sus discursos de la temporada, se quedase con los crespos hechos.

No había ánimo para nada.

Y nosotros hubimos de consternarnos.

–¿Por qué no dice su discurso el señor Cornejo aunque sea sin quórum? –preguntamos.

Pero nadie estaba para respondernos.

Y no pudimos preguntar siquiera por qué el señor Cornejo no decía su discurso desde las esclarecidas gradas del monumento de Bolívar.

El Congreso se caía solo de cansancio.

(En *El Tiempo*: Lima, 16–VI–1918)

VOCES

*Gabinete nuevo*

El gabinete del señor Tudela y Varela ha resucitado el sábado.

Esto es lo que nos cuentan las gentes que lo quieren mal. Pero nos lo cuentan bajo su palabra de honor. Y todavía no hay quien nos lo niegue.

Parece, según lo que nos cuentan, que el discurso del señor Cornejo iba a golpear mortalmente al señor Tudela y Varela.

Y parece, según lo que nos cuentan también, que el señor Grau iba a acabar con los demás ministros. El Senado iba a quedar convertido en un cementerio ministerial. Aquí un ministro muerto. Allí otro ministro muerto. Y el señor Cornejo y el señor Grau echándoles tierra.

El señor Cornejo se había propuesto conmover al país, sacarlo de quicio, turbarlo revolucionariamente. Esperaba llevarlo de una vez al lado de los aliados.

Y estaba seguro de que sería tan grande su hazaña parlamentaria que no sería posible que se hablase de otra cosa hasta el congreso venidero. Se sentía en el momento más solemne de su vida. En el cenit decía él.

Y el señor Grau quería que la legislatura concluyese con una catilinaria suya.

El gabinete resultaba siempre sentenciado a muerte.

Por lo menos es lo que el señor Grau, con quien tenemos trato habitual y muy preciado, nos asegura:

–¡Tudela caía! ¡Y La Fuente caía! ¡Y Maúrtua caía!

–¿Maúrtua, por qué? –le interrumpimos.

–¡Porque caía todo el gabinete!

Aquí el señor Grau, amigo galantísimo, se detiene en busca de una frase que nos guste para reanudar su discurso.

Y bondadosamente cree encontrarla:

–¡Pero Maúrtua caía para levantarse! ¡Maúrtua reorganizaba después el gabinete!

Sólo que enseguida se acuerda de su denodado oposicionismo y agrega con toda su energía:

–Bueno. Maúrtua reorganizaba el gabinete. ¡Pero inmediatamente yo lo interpelaba! ¡Y lo traía abajo!

Y entonces nosotros lo contrariamos con una sonrisa:

–No, don Miguel. Usted no lo traía abajo. Usted no lo interpelaba siquiera. Porque el congreso se clausuraba el sábado...

Y, naturalmente, el señor Grau convenía en que teníamos razón.

Pero nos exigía, por su parte, que nos convenciéramos de que el gabinete del señor Tudela y Varela había vuelto a nacer.

Y nosotros, que antes que ser nosotros somos amigos del señor Grau, nos convencíamos de todo lo que él quería.

(En *El Tiempo*: Lima, 17–VI–1918)

VOCES

*Real Felipe*

Aquí tienen ustedes al señor don Felipe Pardo, mayorazgo de la familia que nos manda, echando pestes contra el señor Leguía. Ustedes no creían capaz al señor don Felipe Pardo de pronunciar una palabra descomedida. Ustedes no lo creían capaz de meterse en nuestros frangollos de mestizos tumultuosos. Ustedes no lo creían capaz de soliviantarse brusca y ruidosamente. Y, sin embargo, aquí lo tienen ustedes chillando contra el señor Leguía.

Y chillando muy fuerte.

Tan fuerte que nos hemos despertado asustadísimos y nos hemos levantado a carrera para saber lo que le ocurría al señor Pardo, seguros, desde el primer momento, de que era muy grave.

Aunque no era sino esto.

Una antigua carta del señor Leguía al señor don Rafael Grau, exhumada por las manos vengadoras del señor don Miguel Grau, decía del señor Pardo:

–Felipe Pardo pasó por aquí.

Ni más ni menos que como dicen los chicos:

–El hijo del rey pasó por aquí.

Y añadía luego la carta:

–Felipe Pardo pasó por aquí con Edwards el chileno.

Y más abajo:

–Pasó, pues, en pleno conchabamiento internacional.

Y finalmente:

–¡Yo no sé qué le pasa a esta familia de los Pardo!

Palabras terribles, sin duda alguna, pero, al fin y al cabo, palabras escritas por un ex–presidente proscrito. Palabras que, por ende, no debían haber turbado la serenísima majestad de un mayorazgo tan esclarecido y que mucho menos debían haberlo sacado de quicio.

Pero que, no obstante, nos han hecho oír la voz airada del señor don Felipe Pardo.

Y en son de desmentido belicoso:

–¡Esa carta del señor Leguía me molesta! ¡Pero no quiero dedicarle sino dos frases! ¡Su referencia es calumniosa! ¡Su crítica vulgar!

Dos frases y un énfasis tremendo:

–¡La referencia, calumniosa! ¡La crítica, vulgar!

Después de tomarles el peso a estas frases y a este énfasis, apenas si nos queda voltear los ojos para buscar al señor Leguía. Y acordarnos de que todavía no ha salido de Londres. Y lamentarnos de que esté tan lejos. Porque habría sido muy emocionante oír lo que el señor Leguía le contestaba al mayorazgo de la familia que nos manda. La misma familia de la que hace cinco años decía ya el señor Leguía:

–¡Yo no sé qué le pasa a esta familia de los Pardo!

Pero, más que todo, hay en la ciudad sorpresa. Sorpresa de que el señor don Felipe Pardo, tan distinguido, tan displicente y tan seco, haya lanzado de la noche a la mañana un grito altisonante. Sorpresa de que haya renunciado violenta y súbitamente a su elegante retraimiento. Sorpresa de que se haya tomado el trabajo de mandarle una carta a estos democráticos rotativos de plebeyas columnas donde se acomodan y conciertan el vulgar folletín consuetudinario, el infeliz aviso económico y la truculenta nota de policía...

(En *El Tiempo*: Lima, 18–VI–1918)

VOCES

*Ambiente dramático*

Lima está de salir corriendo.

Un chico de la Universidad se bate con todos los senadores Lanatta y con el diputado Mavila. El señor don Felipe Pardo, marqués y mayorazgo, arremete contra el señor don Augusto B. Leguía. El señor don Augusto Leguía y Swayne le responde a nombre de su padre. El señor don José de la Riva Agüero se pone terrible contra esta hoja del General La Fuente. El señor Corbacho no acaba de sacarse papeles del bolsillo. El señor Grau nos mata de miedo a gritos.

Y hasta el señor don Mariano H. Cornejo, nuestro ilustre senador por Puno, reta a duelo al señor Tudela y Varela, después de tundir con una saña de bolchevique a nuestro desventurado parlamento.

Sólo que, felizmente, este duelo del señor Cornejo con el señor Tudela y Varela no es sino duelo epistolar. Nada de sables. Nada de floretes. Nada de pistolas. Nada de padrinos. Duelo de cartas no más. Carta va. Carta viene. Una pluma de ave, romántica y legendaria, para el señor Cornejo. Y un estilógrafo para el señor Tudela y Varela.

Estamos por creer que jamás en esta mansa y desabrida tierra de mestizos hubo tanta riña y tanta batalla.

Y es que todo no es sino belicosidad.

El señor Cornejo que es el personaje mas pacífico de la república quiere la guerra. La guerra contra Alemania. La guerra mañana mismo. Y cuando el señor Cornejo quiere la guerra es, probablemente, porque el general Cáceres, por ejemplo quiere montar a caballo inmediatamente. Y porque el general Canevaro, quiere equipar por su cuenta un regimiento.

Haciéndose la guerra los unos y los otros, se preparan aquí los hombres, sin duda alguna, para hacer la guerra al enemigo. Y por eso es, tal vez, que se entretienen en tirarse tajos y echarse bala entre ellos. El período parece de revolución y de trocatinta. Pero no es sino de entrenamiento.

Y no hay modo de tener el ánima tranquila.

Cuando por un milagro del cielo comienza un minuto de sosiego el señor Corbacho nos repite su frase:

–¡La historia se repite!

Y, naturalmente, nos deja fríos. En vano queremos separar los ojos de la tierra y tocarlos en el cielo. En vano llamamos a Aries, que pasa por la acera de enfrente, para pedirle que nos diga dónde está su estrella. En vano Aries nos la señala con el dedo. En vano nos quedamos mirándola con la boca abierta.

En vano.

Por aquí no más tenemos un ruido de esgrima que nos paraliza el corazón y nos demuda el semblante.

Ni a la máquina de escribir nos dan ganas de acercarnos. Nos asusta la idea de que se nos escape una mala palabra y de que nos armen una polémica. Temblamos de pavor pensando en la posibilidad de perder nuestro tino. Y nos apocamos preguntándonos si no sería de morirse que una de estas mañanas también nosotros nos despertáramos agresivos y empezásemos por tirarle el café a la cara al criado que nos sirve el desayuno.

Porque en este mundo nadie está libre de una desgracia.

(En *El Tiempo*: Lima, 19–VI–1918)

VOCES

*Miedo también*

El dulce y sosegado pueblo de Chosica, donde tanta felicidad y tanta belleza tienen su asiento, no es bien mirado por el gobierno del señor Pardo. Chosica es para el gobierno del señor Pardo un lugar hostil y peligroso. Un lugar saturado de gérmenes sediciosos. Un lugar de permanentes conspiraciones. Un lugar de hoscas acechanzas.

Probablemente todo esto no es sino porque un día de mayo el doctor Durand, nuestro ingenioso caballero andante de otros tiempos, lanzó desde Chosica un denodado grito revolucionario que turbó la tranquilidad del primer gobierno del señor Pardo.

Tal vez proviene de ese día de mayo la ojeriza que el señor Pardo le guarda a Chosica.

Pero, por lo pronto, no queremos averiguarlo. Ni nos arriesgamos a pedirle su opinión sobre el particular al señor don Juan Durand. Nos basta con saber que esa ojeriza es muy grande. Y que es una ojeriza casi tan honda como la que el coronel don Ernesto Zapata les tiene a los literatos.

Por supuesto el señor Pardo no esconde ni emboza su sentimiento ni cree que haya motivo para que lo recate siquiera.

Y, por eso, lo menos que se le ocurre es ordenar que los gendarmes vigilen a Chosica más que a las carreteras por donde su automóvil corre raudamente todas las tardes.

Un habitual contertulio nuestro acaba, por ejemplo, de avisarnos:

–El gobierno ha mandado treinta gendarmes a Chosica.

Y se ha asombrado de que no le preguntemos más que esto:

–¿Treinta de a pie? ¿O treinta de a caballo?

Porque nuestro habitual contertulio aguardaba que le preguntásemos para que había mandado el gobierno a Chosica todos esos gendarmes. Para qué y por qué.

Y él tiene que decírnoslo:

–Es porque don Jorge Prado sigue andando por los pueblos. Y es porque el pueblo que más le gusta es Chosica.

Y entonces nosotros movemos la cabeza.

Nos parece muy natural que el pueblo que más le guste al señor don Jorge Prado sea Chosica. Y que se vaya a Chosica en busca de paz y contento. Chosica suele ser tambien el retiro del sabio maestro de la juventud nuestro señor don Javier Prado. En Chosica hay buena leche, templado clima y alegre tennis. ¿Por qué, pues, puede sorprender a nadie que el señor don Jorge Prado se pase en Chosica una que otra semana?

Sin duda alguna nuestro contertulio se equivoca.

Pero él insiste:

–Es que Jorge Prado es muy popular en Chosica. Chosica en masa votó por él en las elecciones. El gobierno lo recuerda. Y recuerda también que el doctor Balbuena, candidato suyo, no sacó en Chosica ni un voto.

Y todavía no nos convencemos.

Mas, poco a poco, vemos que es muy propio de este momento dramático de grimas, inquietudes y pavores cualquier síntoma de miedo. Y vemos que así mismo es muy propio del gobierno del señor Pardo el miedo a Chosica.

Y le preguntamos a nuestro contertulio:

–¿Y qué dirá de esto Jorge Prado?

Para que nuestro contertulio se sonría:

–Dirá, pues, una cosa...

Y después de una pausa:

–Dirá, pues, que treinta gendarmes son muy pocos. Que treinta gendarmes no valen la pena. Que sería bueno que fueran tres mil.

Y otra pausa que nos intriga:

–¿Tres mil? ¿Por qué?

Y entonces un grito entusiasta:

–Porque si fueran tres mil, ¡los convencería!

(En *El Tiempo*: Lima, 20–VI–1918)

VOCES

*La ciudad y las sierras*

Una ciudad que se pone trágica no es como para nosotros. Y tampoco es como para el señor Maúrtua. Pero el señor Maúrtua es mas venturoso que nosotros. El señor Maúrtua se marcha de la ciudad. Y se lleva al Ministro de Fomento señor Revilla. Se lo lleva de la mano. (Hay que decir bien claro que se lo lleva de la mano porque es probable que el público crea que se lo lleva en el bolsillo).

–¿Por qué nos deja el señor Maúrtua? ¿Por qué nos deja en estos momentos de guerra? –nos preguntan las gentes.

Y nosotros les respondemos:

–Por eso que ustedes dicen. Porque estos momentos son de guerra.

Y estamos en lo cierto.

El señor Maúrtua, como nosotros, se asusta de la bulla, de la conflagración y de la trocatinta que, de la noche a la mañana, se han metido en la ciudad. Y no es porque la lucha le disguste. La lucha le place en demasía. Pero no la lucha a balazos sino la lucha doctrinaria.

Nos saltan muchos contradictores:

–¿Y cómo dicen ustedes que el señor Maúrtua es socialista? Socialista quiere decir revolucionario. ¡Ahí tienen ustedes a los socialistas rusos!

Movemos la cabeza:

–Bueno. Socialista quiere decir revolucionario. Pero también quiere decir pacifista.

Y nos saltan mas contradictores:

–¡Socialista quiere decir, sobre todo, revolucionario! ¡Eso del pacifismo es para lo internacional! ¡Para lo nacional es la revolución!

Movemos la cabeza otra vez:

–Bueno. Pero no la revolución criolla. No la revolución de la montonera en la quebrada.

Y nos saltan más contradictores todavía:

–¡Pero siempre la revolución!

Y nos gritan terriblemente.

Entonces nos arredramos:

–Bueno. La revolución como ustedes quieran.

Y es que nos damos cuenta de que puede venírsenos una polémica encima. Y de que uno de nuestros contradictores puede ser muy gallo. Y de que el diablo puede tentarnos para que le tomemos el pelo. Y de que podemos acabar en ofensores. Y de que finalmente nos puede caer un par de padrinos. Y nosotros no queremos replicarle a nadie ni siquiera con la cabeza. No queremos controversia. Quien nos salga al paso con cara de contrincante tiene seguramente la razón. Aunque nos diga, por ejemplo, que somos unos brutos. Que sería, después de todo, lo mejor que podía ocurrirnos.

Pero, por supuesto, en la intimidad nos sacamos del alma, con mucho cuidado de no hacer ruido, nuestras convicciones.

Y esto es lo que nos pasa con la convicción de que el viaje del señor Maúrtua es el viaje de un ministro socialista. Y principalmente, el viaje de un hombre que no quiere respirar el ambiente agrio y turbulento de la ciudad. El viaje de un hombre que no está para oír ruido de sables a media noche. El viaje de un hombre que suspira por el aire puro de las sierras.

–Me marcho –nos dice el señor Maúrtua–. ¡Me marcho a las sierras!

Y nosotros nos acordamos de la novela de Eça de Queiroz para preguntarle:

–¿Se marcha usted a las sierras como Jacinto?

Y el señor Maúrtua nos responde con un suspiro muy largo:

–No, jóvenes amigos. Como Jacinto, no. ¡Me marcho con pasaje de ida y vuelta!

(En *El Tiempo*: Lima, 21–VI–1918)

VOCES

*Sigue el contagio*

Nos han parado en la calle para contarnos una noticia tremenda:

–Adivinen a qué extremo ha llegado esta turbulencia que conflagra a la ciudad. No lo adivinan por supuesto. Y es que ha llegado a un extremo máximo. Al extremo de apoderarse del ánima veterana, ladina y sosegada del señor don Manuel Bernardino Pérez. El señor Pérez anda hecho un león.

Naturalmente hemos estado a punto de caernos de sorpresa:

–¿Un león, el señor Pérez? ¿Un león, peor que el del Zoológico, todavía?

Y nos han dicho que sí.

Que este ambiente dramático de la ciudad ha mareado al señor Pérez y lo ha transformado repentinamente en un héroe castellano. Que el señor Pérez se ha contagiado de la belicosidad atmosférica. Y que el señor Pérez está buscando a quien mandarle sus padrinos. Dos padrinos tremendos. El señor don Pedro Larrañaga y el señor don Rodrigo Peña Murrieta por ejemplo.

Y nos han dado una prueba de que así era:

–Ustedes saben que el señor Pérez enseña literatura castellana en la Universidad. En el Parlamento habla en criollo. Pero en la Universidad enseña literatura castellana.

–Bueno.

–Discípulo del señor Pérez en la Universidad es ese terrible adolescente Morey que se ha batido con todos los senadores Lanatta y con el diputado Mavila. Discípulo del señor Pérez en la Universidad mientras crece para serlo también en el Parlamento.

–Bueno.

–Este terrible adolescente Morey tenía mucho miedo para reaparecer en las clases. No miedo a los muchachos, naturalmente, sino miedo a los

maestros. Y principalmente miedo al señor Pérez que le parecía el más severo y hosco de todos ellos aunque con tan amenos dicharachos matiza sus lecciones de retórica y poética y sus lecturas del Arcipreste de Hita.

–Bueno.

–Y este terrible adolescente Morey se presentó anteayer, encogido y medroso, en la clase del señor Pérez. Estaba seguro de que, por lo menos, el señor Pérez iba a pedirle paso. Paso sobre Cervantes. Paso sobre Calderón de la Barca. Paso sobre Espronceda. Paso sobre todo el mundo.

–Bueno.

–Pero lo aguardaba una grande sorpresa. El señor Pérez lo recibió con los brazos abiertos, lo estrechó contra su corazón y le sonrió paternal y obesamente. Y luego le dijo que era un muchacho muy guapo. Y que era como había sido él de chico. Y lo paseó por la clase mostrándolo como un gran estudiante, flor y espejo de todos los estudiantes que en San Marcos han sido.

Nos hemos asombrado.

Y nos hemos quedado sin habla.

No creíamos al señor Pérez capaz de celebrar de esta manera las hazañas de un discípulo suyo. Creíamos antes bien, como toda la gente, que las reprobaría. Y que miraría en el terrible adolescente Morey a un mozalbete osado y vituperable.

Pero, sin duda alguna, todo está cambiando en esta tierra.

Porque se necesita que haya cambiado mucho en esta tierra, para que el señor Pérez, que nunca se ha batido, que nunca ha empuñado un florete y que nunca ha sido padrino –ni siquiera de bautizo–, se haya convertido de la noche a la mañana en un panegirista del duelo.

A sable y a pistola.

(En *El Tiempo*: Lima, 22–VI–1918)

VOCES

*Paz y lluvia*

Sopla un airecito frío.

Parece que ha terminado la ofensiva y que, como pasa en los frentes europeos, hemos vuelto a la guerra de trincheras. Ha cesado el estrépito, se ha apagado la llama y han regresado a sus panoplias los sables. Y nos han dejado respirar, por fin, los duelos. Todos los duelos. Los duelos trágicos y los duelos epistolares. No hay floretazos ni hay cartas para los periódicos.

Y ahora es cuando nosotros andamos más descontentos que antes. Ahora es cuando extrañamos el miedo. Ahora es cuando pedimos ruido y turbulencia. Ahora es cuando reparamos en que si no hay bulla ni hay suceso estamos demás en el mundo los periodistas.

Nos echamos a la calle en pos de una emoción cualquiera.

Y en el umbral de la imprenta nos encontramos con el gran ciudadano señor don Juan Manuel Torres Balcázar que llega rezagado a abrazar al director de "El Tiempo".

Por supuesto le abrimos los brazos.

Y luego le decimos:

–¡Ahora es usted, seguramente, el que se bate! ¡Tiene usted cara de duelista! ¡Y cara de duelista que quiere tirarse a fondo!

Pero el señor Torres Balcázar nos responde:

–No, mis queridos periodistas. Yo no me bato. Yo no soy actualmente un político. Yo no soy sino un hombre con reumatismo. Miren ustedes cómo se me ha hinchado el pie con estas lluvias. ¡Estas malditas lluvias! ¡Probablemente son cosa del gobierno!

Y entonces comprendemos por qué el señor Torres Balcázar llega tan retrasado. Por culpa del reumatismo debe haber echado dos días en venir de su imprenta a la nuestra. No nos cabe la menor duda.

Un minuto después, a dos cuadras de la imprenta, desorientados e

indecisos, nos paramos al borde de la acera.

Y no hallamos nada capaz de hacernos entrar el cuerpo en calor.

Pasa un automóvil. Y es el del señor Químper, que no se preocupa sino de sus caballos. Pasa un pregón. Y es el de "Nuestra Época", que suena con un novedoso entusiasmo bolchevique. Pasa una victoria. Y además de ser una victoria de alquiler es una victoria vacía.

Felizmente, en la esquina del Palais Concert, nos tropezamos con el señor don Miguel Grau que viene a la imprenta.

Y, naturalmente, lo atajamos.

–¡Sin duda alguna va usted a publicar otra carta estrepitosa y explosiva! ¡Sin duda alguna!

Pero el señor Grau nos aleja de sí con las manos:

_¡Apártense de mí, amigos míos! ¡Apártense o síganme!

Y nos deja plantados en la esquina.

Una gota del cielo nos cae en la nariz. Y otra gota más grande. Y otra gota del tamaño de un grano de trigo. Y sentimos que la atmósfera se pone muy fría.

Para no acabar dando diente con diente regresamos a carrera a la imprenta. Pero por más que corremos no logramos alcanzar al señor Grau. El señor Grau se nos pierde de vista en un segundo. Mas, en cambio, entramos a la imprenta a punto en que el señor Torres Balcázar con su pie hinchado de reumatismo toca recién la mampara de la dirección. Y a punto en que se la abre el señor Grau, que está dentro desde hace mucho rato...

*Mantel largo*

Banquete parlamentario para el señor Maúrtua.

Hay gente que ha aguaitado por los cristales del Zoológico. Y que ha contado a los personajes del banquete. Y que se ha dicho que este no es un banquete al compañero ministro. Sino que es un banquete al compañero jefe. Tal como suena. Al compañero jefe. O al jefe compañero.

Y es que el suceso ha sido interesante.

Porque esto de grupo parlamentario con el señor Maúrtua a la cabeza quiere decir mucho. Quiere decir, por lo menos, que hay en el congreso treinta o treinta y cinco representantes con leader y bandera. Y quiere decir, por ende, que hay en el congreso un leader y una bandera de última hora. Un leader y una bandera que han aparecido durante las vacaciones. Como para entrar solemnemente en el Palacio Legislativo el 28 de Julio.

–¿Quiénes son los miembros de este grupo parlamentario? –hemos preguntado.

Y nos han respondido unánimemente:

–Son los diputados que no están afiliados a ningún partido. Los diputados que no se llaman civilistas, ni futuristas, ni constitucionales, ni liberales. Los diputados que se llaman independientes no más.

–¿Y han hecho su jefe al señor Maúrtua para que les dé programa?

–Claro. No puede haber sido, sin duda alguna, para darle programa al señor Maúrtua.

Hemos tenido así noticia del grupo parlamentario y de sus intenciones.

Treinta diputados amigos no tenían partido. Y deseaban ser grupo. Porque miraban que ser grupo era ser fuerza. Pero para ser grupo necesitaban un jefe. Un jefe de mucha talla. Y pusieron rápidamente los ojos en la talla del señor Maúrtua.

El señor Borda, áureo diputado y estudiante, hizo un breve y rotundo panegírico del señor Maúrtua:

–¡El señor Maúrtua es un gran hombre!

Y el grupo parlamentario rodeó al señor Maúrtua, nuestro ministro bolchevique, para comenzar a ser grupo.

Grupo auténtico.

Y después de rodear en privado al señor Maúrtua quiso rodearlo en público. En público y con música vienesa. Y con una copa de champaña en la diestra. Y con un brindis en los labios. Y con un voto en el corazón.

Por esto tuvimos anoche banquete en el Zoológico.

–Bautizo –decía la gente.

Y el señor Pérez rezongaba su crítica:

–Pero sin "capillos"...

(En *El Tiempo*: Lima, 23–VI–1918)

VOCES

*Mala corriente*

Una buena, ilustre y amorosa compañera nuestra, la Corriente de Humboldt, ha resuelto abandonarnos. Es por lo menos lo que un eminente marino británico nos dice. Y lo que la ciudad repite. Y lo que nuestro ex–cónsul en Cardiff señor Oscar Víctor Salomón, solidarizado con todos los británicos del mundo, cree a pie juntillas.

Y lo que debe sumergirnos en tremendas reflexiones.

Porque esta corriente de Humboldt vivía en paz, concierto y armonía con nosotros desde el principio de las edades. Desde que Dios hizo el Mundo. Desde que hubo mar y pescado en nuestro planeta. Y nadie había logrado nunca indisponernos con ella ni echar entre ella y nosotros la mala semilla. Eramos leales amigos. Excelentes amigos. Grandes y buenos amigos.

Natural es, por ende, que nos asombre que esta Corriente de Humboldt se retire de nuestra costa de la noche a la mañana. Que se retire sin dejarnos siquiera una tarjeta de despedida. Y que se retire furtivamente para que sea un almirante de Inglaterra quien nos grite:

–¡Alerta! ¡Que se quedan ustedes sin Corriente!

Tenemos que pensar que la Corriente se ha hartado de nosotros. Su paciencia para tolerarnos ha sido mucha. Pero tantas han sido nuestras demasías que se le ha acabado al fin y al cabo. Y no quiere seguir en trato ni en compañía con nosotros.

Nuestro pueblo, sentado sobre la cama, con el periódico en la mano y con la mitad del sueño aún en los ojos, razona de esta suerte:

–Bueno. Nos han cortado la corriente. Será porque no la hemos pagado. O porque le hemos puesto trampa al medidor.

Y tienen que sacudirlo:

–¡Pero si se trata de la Corriente de Humboldt!

Y nuestro pueblo se restrega entonces los ojos y se pregunta despere-

zándose:

–¿Y qué demonio se le ha metido a la Corriente de Humboldt?

Y luego exclama riéndose:

–¡Tenía que sernos infiel! ¡Para algo es femenina!

Mas, a pesar de todo, a nosotros nos da por ver en esta veleidad de la corriente un feo indicio. Un indicio conectado seguramente con el otro indicio que ha aparecido en el cielo. Pensamos que la Corriente se marcha hostigada de esta tierra para que se quede entregada a su propia suerte.

Y, sin embargo, nos empeñamos en ponerle a la gente una cara muy alegre.

Sólo que cuando la gente nos pregunta:

–¿Y ustedes qué piensan?

Nosotros, sin vacilar, le respondemos:

–Seguir la corriente...

(En *El Tiempo*: Lima, 24–VI–1918)

VOCES

*Ica de duelo*

Ica, la noble provincia de la viña próvida, del vino dionysiaco, de la teja dulcísima y del pisco famoso, la dorada provincia del señor Maúrtua y del señor Manzanilla, la hermosísima provincia del Caballero Carmelo tan elogiado y enaltecido por Valdelomar, se halla a estas horas bañada en llanto.

El templo del señor de Luren, bienamado patrón suyo, que había desparramado sobre su suelo tanta ventura y tanta belleza, se ha quemado. Un incendio ha consumido sus muros y ha devorado la santa imagen que Ica adoraba con todo el fervor puro e ingenuo de su corazón. Ica está por esto consternada.

Y el señor Maúrtua y el señor Manzanilla comparten desde aquí su consternación. El señor Maúrtua desde el Ministerio de Hacienda. Y el señor Manzanilla desde su estudio de abogado. El señor Maúrtua desde el Gobierno. Y el señor Manzanilla desde la calle de La Rifa. El señor Maúrtua desde las alturas. Y el señor Manzanilla desde su ventana.

–¡Pobre Ica! –exclama la ciudad.

Y luego levanta las manos al cielo para preguntar:

–¿Acaso Ica ha pecado?

Y el señor Cornejo, con el pensamiento puesto en el señor Eneas Quevedo, asegura con todo su énfasis de gran orador:

–¡Ica ha pecado, sin duda alguna ! ¡Ha pecado como Babilonia! ¡Ha pecado terriblemente! ¡Y el fuego, el fuego bíblico, el fuego devastador, el fuego inexorable ha sido su castigo!

Y el señor Corbacho no pierde esta ocasión de pronunciar una vez más su frase tremenda:

–¡La historia se repite!

Pero, por supuesto, la pronuncia esta vez en voz muy baja. Tan baja que apenas si se le oye. Tan baja que no parece ya la voz del señor Corbacho

sino la voz de sus papeles viejos.

Tan baja que no llega a los oídos del señor Cornejo que, después de tomar aliento un segundo, se yergue como en el Senado para hablar de esta manera:

–¡Ica ha pecado! ¿Pero quiénes han sido los pecadores? ¡Maúrtua no ha sido! ¡Manzanilla tampoco! ¡Han sido, seguramente. Picasso y Quevedo!

Y, después de tomar aliento otra vez, sube la voz denodadamente:

–¡Yo tengo entonces que vituperar a Picasso y a Quevedo! ¡Pero a Picasso no puedo vituperarlo! ¡Picasso se llama Alfredo y se apellida Picasso! ¡En cambio Quevedo! ¡Quevedo se llama Eneas! ¡Y se apellida Quevedo! Las generaciones venideras dirán: ¡Cornejo y Eneas! ¡Quevedo y Cornejo!

Nos sentimos en el prólogo de otro discurso del señor Cornejo. Pero no podemos quedarnos a escucharlo. Apresuradamente nos echamos en busca del señor Manzanilla. Y caminamos, caminamos, caminamos, sin encontrarlo. Caminamos en balde. Caminamos sin fortuna.

Y caminando llegamos a esta hora de la madrugada en que por no haber hallado en todo el día al señor Manzanilla, una gran preocupación nos turba y nos desasosiega. La de que el señor Manzanilla no quiere darnos cara. Porque como el momento es de luto para él, por primera vez en su vida no podría recibirnos con la sonrisa en sus labios...

(En *El Tiempo*: Lima, 25–VI–1918)

VOCES

*Patria chica*

Huarochirí, república.

De repente nos ha caído encima la noticia de que el distrito de Huarochirí no es ya distrito. De que ha pegado un salto tremendo. De que se ha proclamado república. República libre e independiente. Libre e independiente por la voluntad de los pueblos.

Momentáneamente nos hemos sonreído:

–¿Huarochirí, república? ¡No es posible!

Pero la noticia nos ha hecho sentir un peso:

–¡Huarochirí, república!

Y, sin embargo, nosotros hemos intentado mover la cabeza nuevamente:

–República, no. Provincia dirán ustedes. O departamento si quieren.

Y hemos agregado luego:

–¡Eso es, sin duda alguna! ¡Huarochirí se ha proclamado departamento! ¡Y Mateo Vera se ha hecho prefecto! ¡Mateo Vera es un prócer! Mateo Vera es el San Martín inflamado de Huarochirí!

Sólo que otra vez la noticia nos ha golpeado la cabeza:

–¡Huarochirí, república!

Y entonces no hemos querido porfiar más. Nos hemos dicho que bueno pues. Que Huarochirí es república. República chiquita. Pero república de todas maneras. Y república como el Perú, con Presidente. Y con bandera bicolor. Y con armas de la patria.

La ciudad no ha sabido qué hacerse con la noticia entre las manos.

Esto de que un distrito de la sierra, de la noche a la mañana, haya amanecido de república, la ha asombrado en demasía:

–¿Cómo, república? –le ha preguntado a los periódicos.

Y luego con una cara muy seria:

–Será república de mentiras.

Y enseguida con una cara muy traviesa.

–O será que el doctor Durand desea ensayar, bajo cuerda, el federalismo.

Y así, poco a poco, la ciudad ha acabado muriéndose de risa. Ha pronunciado en voz alta el nombre del señor Tello, presidente de Huarochirí. Y se ha dicho que ese señor Tello presidente debe ser un émulo del señor Tello diputado.

Un émulo, que probablemente se ha hecho este razonamiento:

–¿Hay un Tello diputado de Huarochirí? ¡Un Tello, sabio ilustre y meritísimo! ¡Pues habrá un Tello, presidente de Huarochirí! ¡Nada importa que no sea sabio también!

Y, sin perder un minuto, ha jurado en la plaza de armas del pueblo la independencia de la república de Huarochirí.

Aunque no haya sido sino para ser presidente una hora.

Presidente de la República.

(En *El Tiempo*: Lima, 26–VI–1918)

VOCES

*La fuerza es así*

Han pasado tres días terribles.

Tres días terribles para la república. Tres días terribles para el periodismo. Tres días terribles para nosotros. Tres días terribles, sobre todo, para el gobierno del señor Pardo.

El primer día un grupo de oficiales, enfadado contra "Nuestra Época", vino a esta imprenta en son de combate.

Y entonces el gobierno del señor Pardo ordenó:

–¡Sumaria investigación! ¡Arresto inmediato! ¡Orden general de censura!

Y clamó al cielo:

–¿Dónde estamos?

El segundo día los oficiales arrugaron el ceño, miraron de mal modo a Palacio y se encogieron de hombros.

Y entonces el gobierno del señor Pardo bajó la voz:

–Bueno. Arresto, no. Pero orden general, sí. Orden general de censura. Censura para "Nuestra Época" y censura para la agresión. Una mano de cal y otra de arena.

El tercer día los oficiales se juntaron en el Palais Concert, tomaron champaña, chocaron sus copas, sonaron sus espadas y se encaminaron en corporación a Palacio silbando una polka.

Y entonces el gobierno del señor Pardo se echó en sus hombros:

–Yo los acompañó a ustedes. Yo soy todo suyo. Suyo afectísimo.

Y ni una palabra de la sumaria investigación, ni una palabra del arresto, ni una palabra de la orden general.

Sólo una palabra de despedida para el coronel La Fuente caído digna y pundonorosamente. Pero una palabra a la sordina. Una palabra sin eco. Una palabra muy queda.

Total: una comedia gubernativa en tres jornadas. Una comedia con un

poco de drama. Y con final de tragedia muda.

Una comedia que ni siquiera es original. Que es muy vieja. Que es muy corriente. Que es muy conocida.

Y que –según la gente que se refocila con las misceláneas de la tradición– fue estrenada en París hace muchos años, en los tiempos de Napoleón el Grande, por una gaceta ilustre: "El Monitor", órgano de la monarquía. El primer día anunció esa gaceta la fuga de Napoleón de la isla de Elba. Y lo hizo con este rubro: "El usurpador se ha evadido". El segundo día anunció el desembarco de Bonaparte en Francia. Y lo hizo con este rubro: "Bonaparte ha pisado suelo francés". El tercer día anunció la entrada de Bonaparte a París. Y lo hizo con este rubro: "Nuestro querido emperador está entre nosotros".

Todo como mandado a hacer para que el señor Corbacho nos diga desde el fondo de sus archivos:

–La historia se repite...

(En *El Tiempo*: Lima, 28–VI–1918)

VOCES

*Cable hostil*

Estamos de malas.

Nuestros lejanos amigos los bolcheviques rusos andan de capa caída. Kaledines y los cosacos los persiguen, arrollan y machucan. La guardia roja se pone lívida. El gran duque Nicolás restaura el imperio. La república de Trotsky y Lenin está en el hipo de la muerte.

Tenemos ganas de buscar al señor Cornejo para que nos pronuncie un discurso en la federación de estudiantes sobre esta contrarrevolución de los cosacos.

Pero reparamos en que el señor Cornejo cree que la crisis del quórum no es sólo del Senado. Sino que es una crisis general. Tan general que no es posible en estos momentos que haya quórum para nada en el Perú.

–¡Sólo el Ejército tiene quórum ahora! –dice el señor Cornejo por las calles–. ¡Sólo el Ejército!

Aunque no se anima a aprovechar de ese quórum para un discurso.

Con la mano sobre los cablegramas nos quejamos al cielo de las victorias de los cosacos, de la ventura de Kaledines y de la resurrección del Imperio.

Y exclamamos:

–¡Esos cosacos!

No decimos una palabra más de nada. Nos ponemos a pensar únicamente, con el alma partida en mil pedazos, en nuestros lejanos amigos los bolcheviques de Rusia. Y en Trostky y Lenin. Y en el Instituto Smolny. Y en los soviets. Y en la guerra roja.

Y nos preguntamos cómo es que Dios consiente que una república tan bonita, tan original, tan nueva y tan rusa, y, sobre todo, tan de nuestro gusto, se venga abajo de la noche a la mañana.

La hora es, probablemente, de prueba para todos los bolcheviques del mundo. Acaso el único bolchevique feliz en la actualidad es el señor

Maúrtua. Y es porque el señor Maúrtua es ministro de hacienda del Perú. Y porque todavía no está convencida la gente de que es un bolchevique antes que Ministro de Hacienda. Bolchevique antes que diputado por Ica. Y hasta bolchevique antes que devoto del tradicional, milagroso y bienamado Señor de Luren.

Vemos en Rusia tendida y temblorosa nada menos que a la basílica pontifice de todos los bolcheviques y el corazón se nos sube a la garganta.

Y la gente nos conoce la consternación en la cara:

–¡Lean ustedes el cable! ¡Ustedes que son correligionarios de Trostky y de Lenin!

Y nosotros leemos el cable. Lo leemos por apartar los ojos de esta tierra. Lo leemos por ponerlos lo más lejos que sea posible. Pero, como leyéndolo nos encontramos con la quiebra bolchevique, tenemos que cerrarlos. Que así, poco a poco, por lo menos nos vendrá el sueño.

(En *El Tiempo*: Lima, 30–VI–1918)

VOCES

*Papel y tinta*

Hoy el señor don Antero Aspíllaga amanece con un periódico en la mano. Un periódico totalmente suyo. Un periódico destinado a echar a los vientos las noticias de su candidatura. Un periódico que será, además de órgano del señor Aspíllaga, el órgano de la hacienda de Cayaltí, el órgano del Stud Llano y el órgano de Don Pedro de Ugarriza.

Para formalizar su candidatura no necesitaba el señor Aspíllaga sino mucho papel. Papel adicto, papel leal, papel acucioso, papel fidelísimo, papel a domicilio. Y desde hoy tiene todo el papel que necesitaba.

Entusiasmados atajan los aspillaguistas a la gente que entra al Palais Concert para preguntarle:

–¿Qué le falta al señor Aspíllaga para ser presidente de la república?

Y, como la gente se sonríe no más, ellos mismos se dan la respuesta:

–¡No le falta nada!

Y, enloquecidos, exclaman:

–¡Plata, latifundio, azúcar, jardín, caballos de carrera, automóviles, imprenta, periódico!

Y el joven artista don Ramón Aspíllaga y Anderson, que pasa en estos momentos, se pone ruboroso por estos arrebatos del aspillaguísmo.

Hay gente que inquiere:

–Bueno. Pero este periódico, ¿cómo se llama? ¿Se llama órgano del señor Aspíllaga únicamente? ¿O se llama órgano del partido civil de una vez?

Y los aspillaguistas vacilan:

–Organo del señor Aspíllaga. Y órgano del partido civil. ¿No es el señor Aspíllaga presidente del partido civil?

Pero hay gente que insiste:

–Es que el señor Aspíllaga todavía no es candidato del partido civil. Es que el señor Tudela y Varela, por ejemplo, forma parte de la directiva del

partido civil. Es que el señor Villarán, además, forma parte también de la directiva del partido civil. Es que el partido civil no ha dicho hasta ahora una palabra del problema de la sucesión presidencial.

Y los aspillaguistas se encogen de hombros y contestan que eso no importa nada. El periódico es del señor Aspíllaga. El señor Aspíllaga es presidente del partido civil. El señor Aspíllaga es el candidato del señor Pardo. Y el señor Pardo es Presidente de la República.

El aspillaguismo es así de optimista.

Y la aparición de un periódico propio viene a fortalecer su optimismo. Un periódico es un vocero de la opinión pública. Un periódico es una gran cosa. Acabamos de ver cómo un periódico ha causado una conflagración tremenda y pavorosa. A pesar de que era un periódico chico. Y a pesar de que no era un periódico del señor Aspíllaga.

El momento es, pues, aspillaguista.

Un papel flamante lo proclama.

Y, como es cortés darle de algún modo la bienvenida, hay que decirle que sí con la cabeza.

Por el momento.

(En *El Tiempo*: Lima, 1º –VII–1918)

VOCES

*Invierno crudo*

Lluvia, neblina, gripe, barro.

Racso, investigador y estudioso, nos busca, mientras nosotros tiritamos bien arropados, la explicación de estos aguaceros máximos. Hay quien lo auxilia. Hay quien lo secunda. Hay quien le sonríe no más. Nuestro gentil y sabio amigo don José Antonio de Lavalle y García se olvida de que está con el pie en el estribo y se asocia a Racso para hablarnos de la Corriente de Humboldt que se aleja y de la Corriente del Niño que se acerca. Y, como a pesar de ser un eminente hombre de ciencia es también un poco poeta, le pide a Racso que alce los ojos al cielo y que mire la estrella de Aries.

Pero la gente ni quiere pensar en la corriente helada ni en la corriente fría. No quiere pensar en el invierno. No quiere pensar en los aguaceros. No quiere pensar en la nueva estrella. No quiere pensar en Aries.

Y tampoco quiere que nosotros, servidores suyos, pensemos en esas cosas. Ruidosamente penetra en esta casa para sacarnos de cavilaciones hurañas.

Penetra gritando:

–¿Dónde están ustedes metidos?

Y enseguida, en cuanto nos encuentra, nos rodea con sus preguntas:

–¿Qué saben ustedes de Aspíllaga? ¿Qué opinan ustedes de su periódico? ¿Qué han oído decir ustedes de la venida de Leguía?

Nosotros nos acordamos en ese momento de que somos periodistas. Periodistas de Lima. Periodistas políticos. Y periodistas de la oposición aunque periodistas muy tranquilos y pusilánimes.

Y, sin embargo, no podemos responder sino esto:

–No sabemos nada. No opinamos nada. No hemos oído decir nada.

Naturalmente la gente, se solivianta:

–¿Entonces están ustedes como Aspíllaga?

Y nosotros nos sorprendemos:

–¿Como el señor Aspíllaga?

Y es que del señor Aspíllaga no tenemos noticias. Lo suponíamos encerrado en sus habitaciones. Lo suponíamos muerto de frío. Lo suponíamos acatarrado. Lo suponíamos junto a la estufa. Lo suponíamos leyendo su periódico de principio a fin. Desde la cabeza hasta el pie de imprenta. Y por eso nos asombra la aseveración de que está como nosotros.

Otra vez la gente nos interroga:

–¿Y qué piensan ustedes de la presidencia del Senado? ¿Les parece que volverá a ser para Bernales?

Y nosotros contestamos lo primero que se nos ocurre:

–¡Por supuesto!

Pero la gente nos observa:

–¡Es que Aspíllaga no quiere!

Y nosotros le damos la respuesta más fácil que hallamos a la mano:

–¡Aunque Aspíllaga no quiera!

Sentimos que llueve. Abrimos la ventana para comprobarlo. Y el aguacero nos cae en la cara. Nos cae sañudamente. Y tenemos que cerrar la ventana.

Entonces somos nosotros los que interrogamos:

–¿Y estas lluvias? ¿Qué nos dicen ustedes de estas lluvias? ¿Han leído ustedes el artículo de Racso? ¿Han leído ustedes el artículo de Lavalle? ¿Han leído ustedes el artículo de Aries?

Y la gente nos mira con desprecio:

–¿Pero ustedes se preocupan también de las lluvias? ¿Pero ustedes se preocupan tambien de las corrientes marítimas? ¿Pero ustedes se preocupan tambien del cielo y las estrellas? ¿Ustedes que son periodistas?

Tanta es la compasión con que la gente nos dirige estas preguntas que no podemos menos que avergonzarnos de ser como somos.

Y, acordándonos con más fuerza que nunca de que somos periodistas de Lima, periodistas políticos, periodistas de la oposición, le damos la razón a la gente:

–¡De veras! ¡Nosotros no tenemos que ver con las lluvias!

Y, después de buscar desesperadamente un chisme cualquiera en alguno de los rincones de nuestra escueta fantasía, comenzamos a hablar de esta manera:

–Pues bien. Han de saber ustedes que Villarán...

Que es, más o menos, como nosotros debemos hablar siempre.

(En *El Tiempo*: Lima, 4–VII–1918)

## VOCES

### *Mala espina*

Andábamos seguros de que el señor don Juan Pardo volvería a ser elegido presidente de la Cámara de Diputados. Pensábamos que para eso era nuestro señor don Juan. Que para eso era hermano del señor Pardo que nos manda.

Pero de repente ha flaqueado nuestro convencimiento.

El pardismo no tiene confianza en la reelección del señor Pardo. Dice que él tiene. Pero lo dice sin bríos. Y muestra en su gesto y en su ademán un desasosiego que lo contradice. Su palabra dice que sí; pero el tono decaído de su voz dice que quién sabe.

Y no hay sino que oír a algún pardista comunicativo.

–¡Eso de la presidencia del Senado es muy interesante! ¡Muy interesante! –exclama la gente.

Y el pardista asiente por supuesto:

–Muy interesante.

Pero enseguida se le escapa una gota de su inquietud.

–¿Y de la presidencia de la Cámara de Diputados, qué se habla?

Y la gente se asombra:

–Nada. No se habla nada. ¿Qué se va a hablar de la presidencia de la Cámara de Diputados?

Y el pardista vuelve en si entonces:

–¡Claro! ¡Qué se va a hablar!

Y se marcha.

Poco a poco, naturalmente, la ciudad comienza a preocuparse de la presidencia de la Cámara de Diputados. Y comienza a creer que no será otra vez para el señor Pardo. Y comienza a asegurar que el donjuanismo político del señor Pardo tiene sus límites y tiene sus reveses como todos los donjuanismos.

Estas voces nos sacan de la imprenta y nos llevan a un corrillo

murmurador donde se tejen muchas conjeturas.

Y donde nos afirman:

–Deveras. El señor don Juan Pardo no será reelegido.

–¿Pero no es pardista la mayoría?

–Es pardista. Sólo que el pardismo de todos sus miembros no es igual. Y sólo que cuando vota secretamente puede ser menos pardista que de costumbre. Menos pardista o menos mayoría.

–¿Y se conspira contra la reelección del señor Pardo?

–Se conspira. Se conspira por varios motivos. Se conspira por travesura. Se conspira por interés. Y se conspira por gusto. Por gusto de conspirar contra el señor Pardo.

–¿Pero quién puede ser elegido presidente de la Cámara?

–Cualquier diputado eminente. Cualquier diputado pardista. Cualquier diputado pardista que no sea el señor Pardo.

–¿El señor Manzanilla?

–El señor Manzanilla no es pardista.

–¿El señor Solf y Muro?

–El señor Solf y Muro tampoco es pardista.

–¡Dennos ustedes un nombre entonces!

–¿Un nombre? El señor Tudela. Y otro nombre. El señor Maúrtua.

–¡Pero si el señor Tudela es ministro! ¡Pero si el señor Maúrtua es ministro también!

–Es que pueden dejar de serlo oportunamente.

Y nosotros miramos que puede ser verdad.

Sólo nos negamos a creer en la posibilidad de que el señor Maúrtua cambie el Ministerio de Hacienda por la presidencia de la Cámara. Sabemos que jamás sería del gusto del señor Maúrtua dirigir las sesiones de la Cámara, pasarles la mano a los diputados, poner en la lista de los inasistentes al señor Manzanilla y tocarle la campanilla a la barra. Porque el señor Maúrtua no es para esas cosas. Y porque el día de la primera sesión el señor Fariña, con más números que nunca sobre su carpeta, podría ponerse de pie solemnemente para decirle:

–Pido la palabra.

Y entonces el señor Maúrtua, privado del placer de interrumpirlo y picarlo, no sabría qué hacerse con la campanilla.

(En *El Tiempo*: Lima, 5–VII–1918)

VOCES

*Rato perdido*

Eso del quórum es general.

Los civilistas estaban citados por el señor Aspíllaga para la tarde de ayer. Para la tarde de ayer y en la casa de su periódico. Pero no pudieron reunirse por la falta de quórum. El quórum le sacó la lengua al señor Aspíllaga del modo mas temerario.

La gente del centro aguardaba en las esquinas que salieran los civilistas de la reunión. Y que saliera con ellos su candidato a la presidencia del senado. No esperaba la gente que los civilistas salieran solos. Y que salieran tan contados.

–¡Tampoco hay quórum para el partido civil! –se exclamaba en todas partes.

Y se repetía palmeando:

–¡Tampoco! ¡Tampoco! ¡Tampoco!

Y se traía a cuento al señor Cornejo con mucha travesura:

–¡Pero si el señor Cornejo no ha querido pronunciarle al partido civil ningún discurso!

Aquí, en nuestro cuarto, nosotros nos poníamos de pie para preguntarle a la gente que entraba:

–¿Quiere decir que no hay quórum para el señor Aspíllaga?

Y la gente nos respondía:

–¡No hay quórum para nadie!

Y saltaba con más gusto que si se hubiera sacado la suerte.

–¡No hay quórum! ¡No hay quórum!

Nosotros la deteníamos.

–Bueno. No hay quórum. Pero, que importa. Ya se sabe que el candidato del señor Aspíllaga a la presidencia del Senado es el señor Echenique. El quórum no tiene más objeto que proclamarlo.

Y entonces la gente nos razonaba así:

–Es que si no hay número ni siquiera para proclamarlo no habrá, sin duda alguna, número para elegirlo. Los números están en contra del señor Aspíllaga.

Y este era el pensamiento unánime de la ciudad.

La candidatura del señor Echenique a la presidencia del Senado había aparecido dando un tumbo muy feo. Había aparecido cayéndose de debilidad. Había aparecido enredándose consigo misma. Candidatura civilista se llamaba y los civilistas no le daban quórum.

Aunque el señor Echenique se apeaba apresuradamente de su automóvil para murmurar al oído de sus íntimos:

–Yo no me resiento. El quórum no era para mí. ¡Era para Aspíllaga!

(En *El Tiempo*: Lima, 6–VII–1918)

VOCES

*Un año y otro*

Dicen que la historia se repite.

El año pasado un candidato a la presidencia de la Cámara de Senadores era el señor Bernales y otro candidato era el señor Echenique. Corría vertiginosamente por las calles el automóvil del señor Bernales y corría más vertiginosamente todavía el del señor Echenique.

Y este año también un candidato es el señor Bernales y también otro candidato es el señor Echenique.

Todo es idéntico exteriormente.

Pero interiormente no.

La candidatura del señor Echenique no es este año la misma candidatura del año pasado. La candidatura del señor Bernales tampoco es este año la misma candidatura del año pasado.

El año pasado el señor Echenique era candidato de la oposición. Era candidato del civilismo pradista. Era candidato de nuestro señor y vecino el doctor Javier Prado. Su candidatura había salido a la calle de aquí no más. De la ilustre casona solariega de los señores Prado y Ugarteche. Este año el señor Echenique es candidato del señor Aspíllaga. Y aparentemente es, por ende, candidato del gobierno. Su candidatura ha salido de la casa de un periódico nuevo. Ha salido sin la aureola popular que rodea siempre a las oposiciones.

El año pasado el señor Bernales era el candidato del gobierno. Pero lo era sólo por la fuerza de las circunstancias. porque, en primer término, era candidato de su sagacidad, de su discreción y de su tacto. Este año el señor Bernales no es candidato del gobierno. Es aparentemente candidato de la oposición. De la oposición al otro candidato por lo menos. Aunque vuelve a ser en primer término candidato de su sagacidad, de su discreción y de su tacto.

Los candidatos son, pues, los mismos del año pasado. Pero las candi-

daturas no. En doce meses la política ha dado muchas vueltas. La representación del partido civil ha pasado de las sabias manos de maestro del señor Prado a las enguantadas manos de gentleman del señor Aspíllaga. Y el señor Echenique, pradista insigne, ha seguido la suerte de su partido. Los amigos del señor Prado son, como se sabe, buenos amigos del señor Aspíllaga también.

Para nosotros, los periodistas de la oposición, el espectáculo no tiene, por estos motivos el interés del año pasado. La oposición está sin candidato. No hay candidato de minoría y candidato de mayoría. La mayoría se ha desdoblado para presentar dos candidatos. Ni mas ni menos que cuando quiere ganar un accesit.

Aquí junto, en la ilustre casona solariega de los señores Prado y Ugarteche, no se amontona la gente como el año pasado. No se conciertan movimientos políticos. No entran y salen los prosélitos.

Y es que en la ilustre casona solariega de los señores Prado y Ugarteche, por hidalgas razones de amistad, hay neutralidad para el señor Aspíllaga.

Neutralidad benévola.

(En *El Tiempo*: Lima, 7–VII–1918)

VOCES

*Otra candidatura*

Lo del señor Tudela y Varela candidato parece cierto. Parece muy cierto. Pero no lo del señor Tudela y Varela candidato a la presidencia de la república. ¡Eso no! Únicamente lo del señor Tudela y Varela candidato a la presidencia de la Cámara de Diputados.

La posibilidad de que fracase la reelección del señor don Juan Pardo ha hecho pensar en la eleccion del señor Tudela y Varela. Y se ha comenzado a hablar de ella a la sordina. Muy a la sordina.

Naturalmente se trata de una candidatura que no debe traslucirse de ningún modo. Si se trasluciera sería en perjuicio y mengua de la candidatura del señor Pardo. Y la candidatura del señor Pardo tiene que ser hasta última hora la candidatura principal. Tiene que ser hasta última hora la candidatura del pardismo.

Para el señor Tudela y Varela esta suplementaria candidatura suya es muy grata por supuesto. Piensa, seguramente, que pasar de la presidencia del consejo de ministros a un escaño de diputado no es muy bonito. Y que en cambio pasar de la presidencia del consejo de ministros a la presidencia de la Cámara de Diputados es muy regalado y brillante.

–¡De presidencia en presidencia! –se repite tal vez el señor Tudela y Varela– ¡De presidencia en presidencia!

Y desde el fondo del alma le pide acaso al cielo que la reelección del señor Pardo se frustre totalmente.

¡Como es sabido sólo dos diputados eminentes, pueden ser elegidos presidentes de la Cámara de Diputados en lugar del señor Pardo sin que el gobierno se desasosiegue y la mayoría se desconcierte. Uno es el señor Maúrtua, Ministro de Hacienda. Otro es el señor Tudela y Varela, Ministro de Relaciones Exteriores.

Y bien.

El cargo de presidente de la Cámara de Diputados no es del gusto del

señor Maúrtua. El señor Maúrtua es un bolchevique. Y un bolchevique es un revolucionario. Al señor Maúrtua se le podría pedir que presidiese a los soviets el día en que el maximalismo se enseñorease aquí. Pero no se le puede pedir que presida la Cámara de Diputados. El señor Maúrtua es enemigo del reglamento de la Cámara. No sabe coger la campanilla. Y los timbres y los conserjes y los mecanógrafos lo ponen nervioso. Y cree que no debían preocuparse de buscar presidente para la Cámaraa. Cree que debían ascender no más al señor Ricardo R. Ríos de la oficialía mayor a la presidencia. O que debían nombrar presidente vitalicio al señor don Manuel Bernardino Pérez.

No queda, por eso, más candidato viable que el señor Tudela y Varela. Al señor Tudela y Varela sí le place la presidencia de la Cámara de Diputados. Es buen amigo del reglamento. Empuña muy bien la campanilla. Y no se molesta de vivir entre timbres, conserjes y mecanógrafos. Ni de oír los discursos del señor Fariña.

Y es así como la candidatura del señor Tudela y Varela avanza al mismo tiempo que la del señor Pardo. Es el revés de la candidatura del señor Pardo. Es la otra cara de la candidatura del señor Pardo. Y es, por tal motivo, una candidatura que no se deja ver.

Pero que se deja sentir.

(En *El Tiempo*: Lima, 8–VII–1918)

VOCES

*Tren de la sierra*

Una de estas tardes reaparecerá entre nosotros el doctor Durand. Llegará de Huánuco como llega siempre. Casi de sorpresa. Y en un tren rápido. Pero de todas maneras será recibido en el andén por sus principales amigos políticos. El señor Juan Durand. El señor Pinzás. El señor Balbuena. El señor Sayán y Palacios. El señor Flores.

La ciudad, anunciada del regreso del doctor Durand, repara en lo mucho que ha durado su ausencia.

Y se pregunta:

–¿Qué hacía en Huánuco el doctor Durand?

Y se repite la pregunta interminablemente para inquietarse y desasosegarse con ella:

–¿Qué hacía en Huánuco el doctor Durand?

Pero no es sino porque la ciudad cree que en Huánuco no hay nada que hacer. Y que donde no hay nada que hacer se cae en malos pensamientos. Y se acaba buscando la manera de hacer algo.

Y es que la ciudad no comprende aún que para el doctor Durand habrá en Huánuco, toda la vida, mucho que hacer. Mucho, mucho, mucho. Tanto que Huánuco lo traerá al Perú desde las mayores lejanías posibles.

Para el doctor Durand, Huánuco es milagroso. Huánuco es maravilloso. Huánuco es tónico. Huánuco es único. Huánuco es la Meca. Huánuco es la fuente de Castalia.

Mientras el doctor Durand estaba en Buenos Aires, renacía y medraba la candidatura del señor Aspíllaga. El automóvil del señor Aspíllaga rondaba los corazones. El señor Aspíllaga era el candidato del señor Pardo. El señor Aspíllaga recibía de manos del señor don Manuel C. Barrios la presidencia del partido civil.

Y desde que el doctor Durand está en Huánuco todo ha comenzado a descomponerse para el señor Aspíllaga. Todavía lo llaman candidato del

señor Pardo. Pero lo llaman candidato del señor Pardo porque saben que no lo llamarán así por mucho tiempo. Y está sin quórum en el partido civil. Sin quórum en la lista del Senado. Sin quórum absolutamente.

El doctor Durand miraba a Lima, desde Buenos Aires, con el ceño fruncido. Y desde Huánuco la mira con la cara risueña. Desde Buenos Aires su panorama era feo y desabrido. Desde Huánuco es optimista y amable. Y por eso ahora vuelve a Lima el doctor Durand. Quiere encontrar las cosas no cómo las veía desde Buenos Aires sino como las ve desde Huánuco. Y de veras las va a encontrar muy cambiadas. Notablemente cambiadas.

Va a encontrar al señor Aspíllaga con periódico pero sin quórum. Va a encontrar al señor Tudela y Varela con un pie en la presidencia del gabinete y otro pie en la presidencia de la Cámara de Diputados. Va a encontrar de mal semblante al donjuanismo del señor don Juan Pardo. Va a encontrar un Ministro de Guerra de ostensible interinidad. Va a encontrar al régimen alterado y remecido.

Y tal vez no va a encontrar al señor Balta.

Donde lo había dejado

(En *El Tiempo*: Lima, 9–VII–1918)

VOCES

*Elegía*

Hay que decirlo de una vez.

El señor Aspíllaga no puede seguirse llamando candidato a la Presidencia de la República. Virtualmente su candidatura se ha acabado ya. Aún se pasea en automóvil. Pero es una candidatura muerta. Una candidatura muerta aunque no haya salido todavía su defunción en los periódicos.

Desde que esta candidatura nació la gente comprendió que no duraría. Adivinó que su vida era muy precaria. Y dijo a gritos que era una candidatura para unos cuantos días. Los días necesarios para que el gobierno del partido civil pasara de los civilistas del señor Prado y Ugarteche a los civilistas del señor Pardo.

Y nosotros suspiramos de pena. No suspiramos por el Perú. No suspiramos por el señor Prado. No suspiramos por nosotros. Suspiramos por el señor Aspíllaga. Suspiramos desde el fondo del alma. Suspiramos con un desconsuelo muy hondo.

Nos miró la ciudad después de mirar al señor Aspíllaga. Y nos hizo un guiño. Un guiño que era una orden. La orden de que desde esta mala columna cotidiana le tomáramos todos los días el pelo al señor Aspíllaga.

Y nosotros, sin embargo, no le quisimos hacer caso a la ciudad. Vimos primero que el pelo se le caía solo al señor Aspíllaga. Vimos después que el señor Aspíllaga era un candidato de plazo muy corto. Vimos enseguida muchas cosas que teníamos vistas perfectamente. Que el señor Aspíllaga era un gentilhombre. Que el señor Aspíllaga era un gentleman. Que el señor Aspíllaga era muy buena persona.

Movimos, pues, la cabeza.

Y le gritamos a la ciudad:

–Aquí no estamos para molestar al señor Aspíllaga. Aquí no estamos para contribuir a que la gente lo moleste. Aquí no estamos sino para aconsejarle que no caiga en la tentación de empeñarse en ser Presidente de

la República.

Y cumplimos nuestra palabra.

No nos cabía en la cabeza que el señor Aspíllaga, poseedor de tantos dones, de tantos regalos, de tantos dineros y de tantos contentamientos aspirase a la Presidencia del Perú. Y se lo declarábamos constantemente. Y unas veces, le hablábamos de sus flores. Otras veces de sus caballos de carrera. Otras veces de sus automóviles. Otras veces de su ingenio. Otras veces de sus trajes. Otras veces de su azúcar. Por nada de esta vida nos animábamos a hablarle de su candidatura.

Pero, así como nosotros no le hacíamos caso a la ciudad que nos pedía que le tomásemos el pelo al señor Aspíllaga, el señor Aspíllaga no nos hacía caso a nosotros que le pedíamos que no volviese a aspirar a la Presidencia de la República.

Y mantenía su candidatura. La mantenía a todo evento. La mantenía a todo trance. La mantenía contra viento y marea.

Ahora nos encontramos con que la candidatura del señor Aspíllaga ha muerto. Y con que el señor Aspíllaga no lo sabe todavía. Porque no hay una alma franca que se lo haga saber.

Todos le preparan el ánimo para la mala noticia.

Y unos, muy eufemistas, le dicen:

–Su candidatura está en muy mal caballo.

Y otros, muy medrosos, le dicen:

–Su candidatura está enferma de gravedad.

Y otros, más valientes, le dicen:

–Su candidatura se está muriendo.

Mas no hay quién quiera anunciarle la verdad infausta pero irremediable.

Y nosotros, por eso, a trueque de que el señor Aspíllaga se enoje con nosotros, a trueque de que nos suponga adversarios suyos y a trueque de que se olvide de que hemos sido buenos y cordiales con él, nos arriesgamos a hablarle de esta manera:

–Oiga usted señor Aspíllaga. Usted no puede seguirse llamando candidato a la Presidencia de la República. Y no es porque usted no merezca ser Presidente del Perú. Es porque no hay posibilidad de que usted lo sea. Usted nos contestará que el partido civil es suyo. Pero nosotros le replicaremos que se fije en que el partido civil acaba de quedarse sin quórum. Usted nos dirá que el señor Pardo lo alienta! Pero nosotros le replicaremos que el señor Pardo está seguro de que el país no cree que ese

aliento sea sincero. Usted nos dirá que tiene un periódico propio. Pero nosotros le replicaremos que la imprenta de su periódico está frente a una agencia funeraria y que esa agencia funeraria le ha tomado afición a los periódicos de la vecindad. Y así, poco a poco, le probaremos, señor Aspíllaga, que usted no debe seguir de candidato. Y se lo probaremos, con alegría. Porque oponiéndonos a su candidatura defendemos su felicidad. ¡Su felicidad que es adversaria de su candidatura!

Y después de probarle así nos sentamos convencidos de que somos los mejores amigos del señor Aspíllaga.

(En *El Tiempo*: Lima, 10–VII–1918)

VOCES

*Momento de espera*

Vivimos con el alma puesta en el veintiocho de julio. El veintiocho de julio se habrá aclarado el panorama político. El señor Tudela y Varela será o no será presidente del consejo de ministros. El señor don Juan Pardo será o no será presidente de la Cámara de Diputados. El señor don José Carlos Bernales será o no será presidente de la Cámara de Senadores. De todas maneras la política habrá dado una vuelta muy grande. Vuelta de campana quien sabe.

El veintiocho de julio, por lo menos, se habrá convencido ya el señor Aspíllaga de que su candidatura no es posible. La presidencia del Senado se le habrá escapado de las manos. Y el partido civil se le habrá quedado sin quórum para siempre.

Y sabremos acaso lo que los liberales quieren o lo que los liberales piensan. Sabremos, sin duda alguna, algo de lo que ha urdido durante su estada en Huánuco el doctor Durand. Sabremos si el partido liberal le tiene o no le tiene buena voluntad al civilismo.

Pero, por ahora, todo anda oscuro y complicado.

–¿Y el doctor Durand? ¿El doctor Durand no ha llegado de Huánuco? ¿El doctor Durand no ha llegado de Huánuco en el último tren de la sierra? –nos preguntan.

Y hasta este instante no podemos contestar más que esto:

–Si; ha llegado.

Porque realmente del doctor Durand no se puede decir por el momento sino que ha llegado. Que ha llegado de Huánuco. Y que lo han recibido en la estación dos ministros del señor Pardo. El Ministro de Gobierno y el Ministro de Justicia.

No hay en general ningún hecho concreto, ninguna certidumbre, ninguna seguridad. No hay sino expectativas. Eso sí. Muchas expectativas. Expectativas para todos. expectativas buenas y malas.

Estamos, pues, en espera.

Parece que en el Perú estamos en espera siempre. Pero es en espera de algo muy distante y muy abstracto. Ahora, como suele ocurrirnos de vez en cuando, estamos en espera de algo inmediato y próximo. De algo que tiene fecha fija. Y que llegará con el congreso.

La curiosidad metropolitana se agita, naturalmente, en demasía. Nadie quiere aguardar sin moverse el veintiocho de julio. Todos se pasean de un lado a otro para ver si paseándose pescan un indicio del porvenir.

Y resuelven en interrogaciones su impaciencia.

Aquí, delante de la máquina de escribir, no tenemos a la mano sino interrogaciones.

–¿Y el grupo parlamentario? ¿Qué se dice del grupo parlamentario?

Pero nosotros también somos de los que interrogan:

–¡Hombre! ¡Efectivamente! ¿Y el grupo parlamentario? ¿Qué se dice del grupo parlamentario?

Y así, una tras otra, todas las interrogaciones que nos caen salen rebotadas.

Hasta que se aburran.

O hasta que nos avisen que la embajada británica está a la vista y salgamos corriendo a la calle para mirarle el semblante y comentarle el gesto.

(En *El Tiempo*: Lima, 11–VII–1918)

VOCES

*Busca que busca*

El problema en la presidencia del Senado permanece igual. Hay un candidato, el señor Bernales, que avanza firme el paso, zalamero el gesto y plácido el semblante. Y hay otro candidato que aparece y que desaparece. Otro candidato que un día es el señor Echenique, otro día el señor Chopitea, otro día el señor Miró Quesada y otro día el señor Carmona. Otro candidato que muda de nombre, de persona y de fisonomía cada cinco minutos.

Ingenuamente preguntamos nosotros acodados sobre nuestra máquina de escribir:

–¿Pero por qué no se reelige no más al señor Bernales? ¿Acaso el señor Bernales no ha presidido al Senado con sagacidad y comedimiento. ¿Acaso no lo ha presidido durante un año conflagrado y candente? ¿Acaso no lo ha presidido a gusto y sazón de la derecha y de la izquierda?

Y las gentes nos contestan guiñándonos un ojo con mucha malicia:

–Es que no se quiere que haya un sólo candidato. Se quiere que haya siquiera dos candidatos. Uno que sea el señor Bernales y otro que no sea el señor Bernales.

Y nos añaden:

–Para que el señor Bernales tenga contendor. Para que haya lucha y espectáculo. Para nada más.

Y nos vuelven a guiñar el ojo.

Pero el caso es que no se deja de buscarle opositor al señor Bernales. Ora es un partido, ora es un candidato, ora es un leader quien se agita en demanda de una candidatura más fuerte que la del señor Bernales. Corren los automóviles, suenan los teléfonos, se desvelan las gentes. Y hasta se habla como de un gran ideal, del ideal momentáneo de encontrar "gallo" para el señor Bernales.

Pasan los días en medio de estos trajines.

Y, mientras tanto, el señor Bernales mira vacía todas las mañanas la

candidatura del frente. Sabe que hay una candidatura contraria a la suya, pero no sabe más. Sabe que tiene adversario, pero no sabe su nombre. Sabe que combate, pero no sabe contra quién.

La lista del Senado anda de mano en mano.

Y, aunque es una lista larga, no sale todavía de ella un candidato sólido contra el señor Bernales.

Se piensa en el señor Miró Quesada. Y resulta que el señor Miró Quesada no quiere que piensen en él. Se piensa en el señor Echenique. Y resulta que el señor Echenique no tiene quórum ni en la directiva del partido civil. Se piensa en el señor Chopitea. Y resulta que el Sr. Chopitea está con la salud mala. Y con el pie en el estribo.

Se oye gritos desesperados:

–¡A ver un senador! ¡Un senador prestigioso! ¡Un senador que aspire a la presidencia del Senado! ¡Pero que no aspire a más! ¡Y que no tenga fuerza propia! ¡Y que no sea capaz de adquirirla! ¡Y que esté lejos de toda posibilidad de ser candidato a la Presidencia de la República.

Oyendo estos gritos, naturalmente, nos reímos. Y, como nosotros, se ríe el señor Bernales.

Y, como nosotros y el señor Bernales, se ríe la ciudad.

Sólo que a la ciudad se le ocurre un consejo:

–Habrá que poner un aviso en los periódicos. Uno de esos avisos que dicen en su primera línea: "Se necesita"...

(En *El Tiempo*: Lima, 12–VII–1918)

VOCES

*Palique no más*

El instante es del leguiísmo.

El cablegrama del señor Leguía, llegado a la embajada inglesa, anda todavía de mano en mano. Y la gente lo relee a cada rato no para ver lo que dice sino para ver lo que no dice. Lo que no dice que, a juicio de la gente, puede ser más que lo que dice.

Locos de entusiasmo los leguiístas se quitan el saco para gritar:

–¡Viva Londres! ¡De Londres nos ha venido Mr. Bunsen! ¡Y de Londres nos ha venido el mismo día un cablegrama del señor Leguía!

Y hay quienes por aburrirlos les preguntan:

–¿Un cablegrama del señor Leguía? ¿Y qué dice ese cablegrama?

Pero los leguiístas no responden sino:

–¡Dice que viene!

Y se van corriendo con el saco en la mano.

El señor Leguía, sin embargo, no dice en su cablegrama solamente que viene. Dice mucho más. Dice que no quiere que haya convención de los partidos. Dice que no hay tales partidos. Dice que no hay sino una oligarquía que todo lo guisa y acomoda.

Mas para los leguiístas no dice sino que viene. Que viene y que viene. Que viene muy pronto. Y que avisará oportunamente su partida.

Andando por el centro nos hemos tropezado con el señor Salazar y Oyarzábal que se ha echado a recorrer todos los girones de la ciudad como un generalísimo.

Y el señor Salazar y Oyarzábal, con más eses que nunca, nos ha gritado:

–¡Ya ven ustedes, jóvenes amigos! ¡No hay plazo que no se cumpla!

Y nos ha dejado sin saber qué responderle.

El cablegrama, mientras tanto, absorbe los comentarios. Para los gobiernistas aún no es un cablegrama definitivo. Para los leguiístas lo es. Para todos es un cablegrama trascendental.

Nosotros queremos saber más del cablegrama. Queremos saber únicamente lo que se piensa del cablegrama. Lo que piensan los jefes de partido. Lo que piensan los candidatos. Lo que piensa el Presidente de la República.

Y nos echamos a buscar al doctor Durand para reportearlo amistosamente. Pero lo buscamos sin fortuna.

Se nos dice en su casa:

–El doctor ha salido.

Y en la calle se nos dice:

–El doctor Durand está en una conferencia con el señor Aspíllaga.

Y a la vuelta de cada esquina se nos repite:

–¡El doctor Durand y el señor Aspíllaga, juntos!

Y entonces nos sentimos a punto de caernos al suelo.

–¿El doctor Durand ha venido a Huánuco para conferenciar con el señor Aspíllaga?

Nadie nos responde.

Hasta que un liberal nos explica que no ha habido conferencia. Que no ha habido sino que el señor Aspíllaga le hizo al doctor Durand una visita de saludo. Y que el doctor Durand le ha pagado la visita.

Mera cortesía social.

(En *El Tiempo*: Lima, 13–VII–1918)

VOCES

*Aniversario*

Mirando el calendario hemos advertido que desde hace dos años estamos en esta casa del General La Fuente comentando a nuestra guisa y antojo de periodistas de la oposición los acontecimientos de la política criolla.

Dos años nos separan del otro catorce de julio, en que nos sentamos a escribir en esta misma máquina en que escribimos ahora. Dos años de doce meses y trescientos sesenta y cinco días. Dos años de gobierno del señor don José Pardo. Dos años de guerra universal y de calma chicha doméstica. Dos años esencialmente peruanos, típicamente peruanos, sustantivamente peruanos.

Ese catorce de julio que se aleja sacudiéndonos el pañuelo no se parecía a este catorce de julio que llega sacudiéndonos el alma. Eramos entonces más jóvenes. Los años que tenemos encima nos pesaban menos. Había más candidez en nuestro corazón y más optimismo en nuestros labios. No habíamos tenido aún ninguna tangencia con la política ni con sus hombres. Estábamos todavía en la ingenua edad de los versos y del romanticismo. La máquina en que escribimos hasta ahora resplandecía de puro nueva y nos daba luz al espíritu y calor a la inteligencia.

Nos hemos pasado dos años enteros escribiendo esta columna cotidiana. Y escribimos esta columna cotidiana, no porque nos guste a nosotros escribirla sino porque al público le gusta leerla, aunque, por supuesto, no le importe que seamos nosotros quienes la escribamos. El público quiere que se le tome el pelo a los que están en el gobierno y a los que no están en el gobierno. Que se les tome el pelo a los que pasan por la calle y a los que se quedan en su casa. Que se le tome el pelo a todo el mundo. El público se encanta con que se recoja los chistes que se dicen en las esquinas y con que se inventen los chistes que debían decirse. El público ama la morisqueta, la zancadilla y el pellizco. El público se refocila con la

reticencia de las interlíneas y de los puntos suspensivos. Los periodistas no hemos nacido para ser como nos dé la gana a nosotros sino para ser como le dé la gana al público. Y resulta que el público ha resuelto que nosotros, los periodistas de esta columna, seamos festivos, que nosotros andemos siempre muy alegres y que nosotros estemos en todo momento con la risa en la boca. El público se opone a que nosotros seamos serios y graves. Se opone con todas sus fuerzas.

Catorce de julio.

Hoy es nuestro aniversario. Aniversario de Francia y aniversario nuestro. Tenemos en casa a un huésped ilustre. El baile del Club Nacional ha adormecido a la política.

Y siquiera en gracia al aniversario nos creemos autorizados para hurtarle a la gente nuestro comentario político.

A hurtadillas ponemos nuestro punto final.

(En *El Tiempo*: Lima, 14–VII–1918)

VOCES

*Carreras de gala*

Lima entera estuvo ayer en el Hipódromo de Santa Beatriz. Y con Lima entera estuvo Mr. Bunsen. Y con Mr. Bunsen estuvo el señor Pardo. La tarde era de gala. Era de gala y era de la embajada británica y para la embajada británica. Era una tarde del catorce de julio. Era una tarde de domingo grande. Tarde solemne.

Tarros, damas, autos, guardias de parada, marcha de banderas, batidores, cascos, lanzas, aplausos, muchedumbre, corso de carruajes, estruendo de bocinas, laberinto callejero.

La fiesta hípica muy animada y emocionante. Enormes apuestas. Ilustres caballos. Quórum de aficionados. Gran clásico argentino. Y una estupenda carrera de fondo. Miss Ketty, Peevish y Farruco. El leader del stud Llano. El leader del stud Oasis. Y el leader del stud Piura.

El señor Químper se corría una fija. La de Marcial en el clásico argentino. Una fija completa. Pero una fija que, como todas las fijas de la tierra, podía chocar con la voluntad aviesa y versátil del Destino.

Había, pues, un poco de ansiedad en el ánimo, el semblante, el gesto y la mirada del señor Químper.

Pero un poco de ansiedad que se apagó apenas aparecieron en el Hipódromo los primeros batidores. Y que se extinguió para siempre apenas sonó la marcha de banderas. Y que se convirtió en un contento inmensísimo apenas atronaron el aire las palmas del gentío.

Andábamos cerca del señor Químper y el señor Químper se abalanzó sobre nosotros para abrazarnos.

Y para darnos una orden:

–¡Corran a apostarle a Marcial todo el dinero del mundo!

Y para darnos luego una explicación:

–¿No ven ustedes que ha llegado el señor Pardo? ¡Cuando el señor Pardo viene a las carreras mis caballos ganan al galope!

Y efectivamente, Marcial ganó como el señor Químper esperaba. Al galope. El señor Pardo miró victoriosos una vez más los colores del stud del señor Químper, que es como quien dice el stud de la minoría. Y los miró aclamados por el público. Aclamados a gritos. Marcial era ovacionado por el Hipódromo en masa. Era el héroe de la tarde. Y, siendo Marcial el héroe de la tarde, la tarde íntegra era en cuerpo y alma para el señor Químper.

Vino enseguida la carrera de fondo.

El señor Aspíllaga recibía felicitaciones por adelantado. Miss Ketty era una fija como Marcial. Miss Ketty era un gran crack argentino como Marcial. Miss Ketty iba a ser vitoreada delirantemente como Marcial. Y Miss Ketty era del stud de la familia Aspíllaga.

Pero la suerte se le ha volteado al señor Aspíllaga hasta en las carreras. Y desde hace algún tiempo el señor Aspíllaga pierde en la cancha casi tanto como fuera de la cancha. Es por antonomasia uno de los principios del turf peruano. Pero el destino ha comenzado a molestarlo en su noble afición de gentil hombre.

Y Miss Ketty fracasó en la carrera de fondo. Fracasó delante de Mr. Bunsen. Fracasó delante de todo Lima. Fracasó delante del señor Pardo. Fracasó delante del señor Aspíllaga. Llegó última. Última como nunca.

El señor Pardo tuvo que sonreírse.

Y tuvo que felicitar al señor Checa, propietario de Farruco, el vencedor.

Y tuvo que murmurarle al oído al señor Aspíllaga:

–Lo mismo que en el Senado, don Ántero. ¡Lo mismo que en el Senado!

(En *El Tiempo*: Lima, 15–VII–1918)

VOCES

*Legisladores futuristas*

Silenciosamente ha sido llamado el partido nacional democrático a las funciones del gobierno. No ha sido llamado por el señor Pardo. Ni ha sido llamado para ocupar un ministerio. Ha sido llamado por el señor Maúrtua, nuestro gran ministro bolchevique, que es un buen amigo de la juventud. Y ha sido llamado para preparar las leyes represoras del acaparamiento y del hambre.

Quiere decir, pues, que, sin que nadie lo note, el futurismo ha obtenido una victoria. Tres de sus miembros más ilustres, el sèñor don José María de la Jara y Ureta, el señor Víctor Andrés Belaúnde y el señor Arana Santa María, que no habían podido ser legisladores por medio del sufragio criollo, han llegado a serlo por medio de un decreto del señor Maúrtua. Y han llegado a serlo sin jornadas cívicas, sin discursos, sin garrotazos, sin tiros, sin asambleas y sin escrutadoras.

El pueblo no había sabido hacerlos legisladores oportunamente. El pueblo siendo el pueblo. Y el señor Maúrtua ha sabido hacerlos legisladores cuando le ha venido en gana. El señor Maúrtua, siendo sólo el señor Maúrtua. Además de Ministro de Hacienda.

Probablemente el Sr. Maúrtua, que gusta de la camaradería y del trato de los hombres nuevos, les había preguntado a los futuristas:

–¿Y ustedes por qué no están en la Cámara de Diputados?

Y los futuristas le habían respondido únicamente:

–Porque así son las cosas.

Y el señor Maúrtua había pensado desde ese momento en reparar el error del pueblo. En otorgar título de legisladores a los futuristas principales. En ponerlos a legislar día y noche. No estaba en su mano nombrarlos diputados. Pero si estaba en su mano nombrarlos legisladores. Legisladores

de estilo clásico. Legisladores como Solón. Legisladores como Licurgo. Legisladores de esos que escriben las leyes y no legisladores de esos que las aprueban no más

Es que el señor Maúrtua, desde el Ministerio de Hacienda, quisiera componer y enmendar todo lo que está en la república descompuesto y malo. Y, sobre todo, quisiera que los hombres de buena voluntad y claro discernimiento le ayudaran a abaratar la alimentación popular con ligereza y eficacia.

Por eso un día en que advirtió que aquí necesitábamos un dictador de subsistencias, llamó a su despacho al señor Montero y Tirado y le dijo:

–Señor dictador de subsistencias.

Y otro día en que advirtió que aquí necesitábamos un dictador de comercio que organizase la venta de nuestras cosechas, que concertase a los productores y que regularizase los transportes, llamó a su despacho al señor Manuel Augusto Olaechea, abogado y maestro esclarecido, y le dijo:

–Señor dictador de comercio.

Y no le importó que el señor Montero y Tirado le contestara que era su deseo no ser sino gerente de la Salinera. Ni le importó que el señor Olaechea le contestara que era su deseo no ser sino abogado maestro.

El señor Maúrtua se puso en sus trece:

–¡Usted dictador de subsistencias! ¡Y usted dictador de comercio!

Y hoy les habla de la misma manera a los futuristas:

–¡Ustedes legisladores!

Ellos, naturalmente, le observan:

–Bueno. Nosotros hemos nacido para ser legisladores. Pero no para legislar desde el Ministerio de Hacienda sino para legislar desde la Cámara.

Y entonces el señor Maúrtua les replica:

–Miren ustedes. Los legisladores de la Cámara no legislan. Los legisladores de la Cámara hablan. Cuando no hablan votan. Y cuando votan son tan temibles como cuando hablan. Ustedes saben que no nos hacen falta discursos sino leyes. Y que las Cámaras no nos dan leyes sino discursos. Luego el lugar de los legisladores no es aquí el parlamento. El Parlamento no sirve para legislar. No sirve sino para votar. Y a veces, ¡ay, amigos míos!, para votar contra los ministros. ¡Si ustedes fueran diputados estarían acaso preparándome un voto de censura! ¡No serían ustedes

conmigo tan buenos como son ahora! ¡Me esperarían en la Cámara con discursos más largos que el del señor Fariña! ¡Serían ustedes unos basiliscos!

Hablando de esta manera el señor Maúrtua se pone elocuentísimo.

Y los futuristas se le suben a las rodillas para abrazarlo.

(En *El Tiempo*: Lima, 16–VII–1918)

VOCES

*A solas*

Mr. Bunsen se ha marchado.

La ciudad se ha quitado el frac. La política ha reaparecido en todas las esquinas. Los Diputados y los Senadores han comenzado a moverse con más prisa. Nos hemos vuelto a quedar a solas. Completamente a solas.

Apenas nos han dejado nuestros huéspedes nos hemos agrupado a comentar a gritos los sucesos domésticos.

Y hemos exclamado en primer término:

–¡A ver! ¿Qué dice el acta? ¡El acta del lance Bernales–Aspíllaga!

Y nos hemos enterado de que el acta es muy buena y cordial. Satisfactoria para el señor Bernales. Y satisfactoria para el señor Aspíllaga. Satisfactoria para el presidente del Senado. Y satisfactoria para el presidente del Club Nacional. Satisfactoria para un candidato. Y satisfactoria para otro candidato.

–Bueno.

Y enseguida nos hemos entregado al devaneo consuetudinario.

–¿Y qué hay de la presidencia del Senado?

–Hay que el señor Bernales es candidato. Hay que el señor Echenique es candidato también. Y hay que el señor Revilla es candidato a pesar de todo.

–¿A pesar de que la gente no quiere creer que es candidato?

–A pesar.

–¿Y qué hay de la presidencia de la Cámara de Diputados?

–Hay que el señor don Juan Pardo es candidato. Y hay que necesita dos tercios. Dos tercios que el señor Pardo no tiene seguros.

–¿Y qué hay de la candidatura del señor Aspíllaga?

–De la candidatura del señor Aspíllaga, ¡ay!, no hay nada.

Y luego nos hemos acordado de Mr. Bunsen.

–¿Y qué hay de la visita del embajador británico? ¿Qué hay de su viaje?

¿Qué hay de su partida?

–No hay sino que Mr. Bunsen ha pasado por aquí. Y que ha estrechado la mano del señor Pardo. Y que ha comido en Palacio. Y que ha ido a Matucana. Y que no ha querido llegar a Río Blanco. Y que nos ha dejado después.

Porque efectivamente es así. No hay más de Mr. Bunsen. No hay más de su venida. Mr. Bunsen había oído hablar en el extranjero de la tradicional belleza de la mujer limeña, de la grandiosidad de la civilización incaica, de la poesía de la leyenda virreinal. Y entre nosotros ha oído hablar de las mismas cosas. De la tradicional belleza de la mujer limeña, de la grandiosidad de la civilización incaica y de la poesía de la leyenda virreinal. Y, además, de la gran línea de la Oroya, "una de las más atrevidas obras de ingeniería del mundo".

Y nosotros nos hemos quedado en las mismas también.

Hasta que Dios quiera.

(En *El Tiempo*: Lima, 17–VII–1918)

VOCES

*Días contados*

Este gabinete del señor Tudela y Varela no tiene traza de durar mucho rato. Su fisonomía, su semblante y su gesto son de gabinete precario. La ciudad lo cree un gabinete que lleva su dimisión en el bolsillo.

Y, naturalmente, la proximidad de las sesiones ordinarias del Congreso hace suponer que ha llegado el momento de que el gabinete se saque esa dimisión del bolsillo y la ponga en manos del señor Pardo.

Constituye, para eso, una vieja costumbre nacional que el Presidente de la República reciba el veintiocho de julio con gabinete nuevo. Tal cual un mestizo cualquiera aguarda el veintiocho de julio para mudar de traje, el Presidente de la República aguarda el veintiocho de julio para mudar consejeros. Y no es siquiera por culpa del veintiocho de julio. Es por culpa del Congreso que llega con el veintiocho de julio para inaugurarse en medio del regocijo de los fuegos artificiales y de las iluminaciones patrióticas.

Además todos piensan que el gabinete del señor Tudela y Varela es un gabinete vacilante y débil. Todos lo sienten anémico y pálido. Todos opinan que no hay quien le de un centavo por su vida.

En vano se recuerda que este gabinete ha salido del Congreso hace muy poco tiempo. Que ha nacido de un acuerdo de los partidos civil y liberal o sea de los partidos dueños de la mayorías parlamentarias. Y que la situación de las fuerzas políticas del Congreso no se ha modificado hasta ahora.

Todos mueven la cabeza.

Y exclaman unánimemente:

–¡Este gabinete se va!

Y tanto lo repiten que acaso los propios ministros concluyen convenciéndose de que se van sin remedio.

Surge a renglón seguido una pregunta:

–¿Y quién sucederá al señor Tudela y Varela? ¿Quién reorganizará el gabinete?

No se oye la respuesta.

Pero las miradas buscan al señor Maúrtua.

El ministro bolchevique se ha ido convirtiendo, poco a poco, en la única columna fuerte del gobierno. Un día le preguntan si quiere ser presidente de la Cámara de Diputados. Otro día le preguntan si quiere ser presidente del consejo de ministros. Otro día le preguntan, si quiere ser presidente de un grupo parlamentario. El título de presidente lo ronda día y noche. Aunque el señor Maúrtua, de tarde en tarde, lo aleja de sí con las manos y se marcha al Barranco a pedirle consejo al mar.

Asoma, pues, la probabilidad de un gabinete presidido por el señor Maúrtua. Es por lo menos lo que la gente dice por todas partes. Es lo que se respira en la atmósfera de los corrillos cotidianos. Es lo que se percibe aquí y allá. Es lo que se recoge de las conversaciones callejeras.

Y es tal vez lo único que no desea el señor Maúrtua.

Porque el señor Maúrtua, de puro inquieto, idealista y bolchevique no sabe nunca lo que desea.

En esta tierra no hay quien lo sepa.

(En *El Tiempo*: Lima, 18–VII–1918)

VOCES

*Nuestros carlistas*

En el comentario de la calle y en la información de la prensa suenan muchas fuerzas políticas. Unas se llaman partidos y otras no se llaman partidos. Unas son las fuerzas que nos gobiernan y otras son las fuerzas que no nos gobiernan. Entre las fuerzas que nos gobiernan suenan las del señor Durand, la del señor Aspíllaga, la del señor Bernales y la del señor Maúrtua que es la más joven de todas. Entre las fuerzas que no nos gobiernan suenan la del señor Leguía, la del señor Prado y Ugarteche y la del general Cáceres.

Pero hay una fuerza más. Una fuerza olvidada. Una fuerza que por eso, trata de volver a la notoriedad. Una fuerza que se mueve en la sombra, que parece que viviera en un mundo aparte, que sostiene una polémica consigo misma sobre su declaración de principios y que hasta publica un periódico que sale todas las semanas, unas semanas impreso y otras semanas manuscrito.

Esta fuerza política es el pierolismo. Oficialmente se llama partido demócrata. Pero la gente sabe que eso de partido demócrata no es sino la etiqueta. Y que el contenido es el pierolismo.

Y el pierolismo, como pierolismo, es muy interesante.

El apóstol ha desaparecido. Pero el proselitismo dura todavía. Ha amenguado mucho, mucho, mucho; pero dura siempre. Todos los años se encamina, en peregrinación, a la tumba del apóstol. Todos los días repite como oraciones sus manifiestos y sus discursos. Y profesa la doctrina de que en imitarlo está la suma perfección y el máximo acierto.

Más que partido político el pierolismo semeja, pues, una secta religiosa. Su declaración de principios no es para él una declaración de principios sino un evangelio y un catecismo. Su ilustre caudillo no ha sido un caudillo sino un profeta. Su significación no es la de una idea en lucha con otra idea sino la del bien en lucha con el mal.

El público piensa que los pierolistas son nuestras carlistas. Así como en

España los carlistas viven al margen de la guerra entre liberales y conservadores, entre monarquistas y republicanos, entre derechas e izquierdas, en el Perú los pierolistas viven al margen de la guerra entre los bandos que se pelean el poder. Así como en España los carlistas tienen dos o tres diputados, en el Perú los pierolistas los tienen también. Y así como en España los carlistas no quieren ser sino carlistas, en el Perú los pierolistas no quieren ser sino pierolistas.

Actualmente el pierolismo está a punto de quedarse a firme con el mote de carlismo. Su cabeza visible es un noble hermano del gran caudillo. Y este noble hermano del gran caudillo se llama Don Carlos.

Y todo en el pierolismo es dinástico. Todo, todo, todo. Hasta su preocupación actual es una preocupación de carácter dinástico. Pues parece que, además de Don Carlos, hay otro príncipe del pierolismo que se considera el príncipe heredero. Otro príncipe que no es, por supuesto, el señor don Emilio Sayán y Palacios...

(En *El Tiempo*: Lima, 20–VII–1918)

VOCES

*El ilustre discípulo*

Tenemos una noticia para todos los que no la necesitan. Una noticia que no se relaciona con la presidencia del Senado, ni con la presidencia de la Cámara de Diputados, ni con el gabinete del señor Tudela y Varela, ni con la candidatura del señor Aspíllaga. Una noticia de secundaria jerarquía. Pero muy sazonada y alegre:

–El señor Balbuena se ha quitado el bigote.

Probablemente son muy pocos los que no lo saben porque el señor Balbuena circula activamente por las calles de Lima. Su automóvil lo tiene constantemente a la vista de la ciudad. Tanto que ya no le importa al señor Balbuena que los periodistas le olviden. Y seguramente está convencido de que un automóvil vale más que un periodista. De lo cual también están convencidos, sin duda alguna, todos los periodistas de la tierra.

Pero, aunque no sea indispensable, nosotros queremos cumplir con dar la noticia.

–El señor Balbuena se ha quitado el bigote.

Y es que deseamos que el público nos pida una explicación:

–Bueno. ¿Y con qué motivo se lo ha quitado?

Porque entonces nos gustaría encerrarnos en el más grave e inquietante silencio y soliviantar la curiosidad metropolitana con una sonrisa misteriosa.

Y repetir no más la noticia:

–El señor Balbuena se ha quitado el bigote.

Y esperar que el público se contestase a sí mismo:

–Bueno. Será porque se lo ha aconsejado Mr. Bunsen. Será porque el doctor Durand ha regresado a Lima. O será porque Carlos Moreno ha traído a María Barrientos.

Sólo que nosotros no podemos callar nuestras sospechas.

Y ahora mismo, aunque el público no nos pregunte nada, vamos a contarle que ocurre que el señor Balbuena ha comenzado a atenuar sus parecidos y similitudes con el señor Manzanilla. Por eso un día lo hemos

visto ponerse quevedos amarillos. Unos quevedos amarillos que jamás se habría puesto el señor Manzanilla aunque se lo hubiese ordenado el Señor de Luren. Y por eso lo vemos hoy quitarse el bigote. Un bigote que jamás se habría quitado el señor Manzanilla.

Por supuesto no creemos que el señor Balbuena haya dejado de amar al señor Manzanilla, ni que haya dejado de admirarle, ni que haya dejado de pensar en él con predilección y ternura. Pero si creemos que el señor Balbuena se haya dicho que un maestro, sobre todo un maestro tan famoso, no tiene derecho para abandonar a sus discípulos y para encerrarse hoscamente en su estudio de abogado. Y que no hay ingratitud en el discípulo que renuncia a ser el discípulo del maestro que ha renunciado antes a ser su maestro.

Y es que precisamente no hace mucho que hemos oído al señor Balbuena unas palabras delatoras y elocuentes. Unas palabras que han sido el origen de esta opinión nuestra. Unas palabras que nosotros hemos acotado calumniosamente en presencia del señor Balbuena para sacarlo de quicio. Unas palabras que vamos a entregar al público inmediatamente para que las cate y las paladee.

Fue en el Ministerio de Hacienda.

Junto con el señor Balbuena, muy señor y amigo de todos los periodistas metropolitanos, comparecimos ante el señor Maúrtua para que nuestro gran ministro bolchevique reparase en que el señor Balbuena se había afeitado de una manera trascendental.

El señor Maúrtua nos dijo mostrándonos al señor Balbuena:

–Miren ustedes a Balbuena. ¡Mírenlo qué jovencito!

Y el señor Balbuena se pasó una mano por la boca:

–Señor, me he quitado el bigote.

Para que el señor Maúrtua lo interpelara:

–¿Y por qué, Balbuena?

Y para responderle entonces:

–Por parecerme a usted.

Y para que el señor Maúrtua, agradecido, le abrazara:

–Muchas gracias, Balbuena.

Que fue cuando nosotros hicimos la acotación taimada:

–¡Pero eso es, señor Balbuena, lo mismo que le ha dicho usted al Ministro de Gobierno! ¡Delante de nosotros!

(En *El Tiempo*: Lima, 21–VII–1918)

VOCES

*No hay crisis*

Ocurre que este Gabinete no se va. Mejor dicho, no se va tan pronto como la gente sospechaba. No se va con el tradicional motivo de la apertura del Congreso.

Este gabinete se queda a pasar el veintiocho de julio en Palacio. El señor Tudela y Varela se siente muy a gusto en la presidencia del Consejo. Y más a gusto todavía en el Ministerio de Relaciones Exteriores, aunque el señor Cornejo no aguarde sino que el Senado tenga quórum para retarlo a singular combate.

Y lo mismo que el señor Tudela y Varela, se sienten muy a gusto en sus respectivos ministerios los demás ministros. El sagaz y liberal Ministro de Gobierno, señor Sayán y Palacios. El ocasional y precario Ministro de Guerra, señor Cateriano. El jocundo y risueño Ministro de Justicia, señor Flores. El incoloro y provinciano Ministro de Fomento, señor Revilla. Y el altísimo y maximalista Ministro de Hacienda, doctor Maúrtua.

De tarde en tarde, el Ministro de Hacienda, nuestro ministro bolchevique, después de conferenciar con doscientas personas y de reunir veinte comisiones, exclama exhausto y debilitado, que ya tiene ganas de marcharse del Gobierno.

Y bosteza con un pesimismo muy grande.

Pero, sin embargo, todas las mañanas llega al ministerio con un afán de trabajo que tiene enflaquecidos al joven escritor Marco Antonio, su esclarecido secretario, y al famoso director de Hacienda, señor Heráclides Pérez.

Y llama a su despacho a los comités encargados de trabajar por la ventura y el progreso peruanos. Comité de Defensa de la Alimentación Popular, Comité de comercio y transportes nacionales, Comité de jurisconsultos futuristas.

No aparecen, pues, síntomas de dimisión inminente en ninguno de los

ministros. El 28 de julio se aproxima a pasos largos. Pero los ministros no saben siquiera que la gente cree que deben renunciar antes de que el 28 de julio llegue.

Aunque el público piensa, a todo trance, que el Gabinete del señor Tudela y Varela no puede durar más, resulta que durará por lo menos hasta después del 28 de julio. Probablemente porque quiere ir al Te Deum de la Catedral con el señor Pardo.

A menos que nuestro señor don Juan Pardo no sea reelegido presidente de la Cámara de Diputados.

(En *El Tiempo*: Lima, 22–VII–1918)

VOCES

*Un desistimiento*

Los caballos de los señores Aspíllaga perdían todos los domingos. Perdían si la tarde era solemne y perdían si no lo era. Perdían si la embajada inglesa presenciaba las carreras y perdían si no las presenciaba. Perdían a cada rato.

El público pensaba que los caballos de los señores Aspíllaga estaban tan desventurados como la candidatura de don Ántero a la Presidencia de la República. Y naturalmente, se dolía de que así fuera. Porque los caballos de los señores Aspíllaga son unos caballos muy ilustres y famosos. Y, sobre todo, porque el señor don Ántero Aspíllaga, gentleman y gentilhombre incuestionable, es el gran señor del turf peruano.

Opacas, brumosas y frías transcurrían las tardes dominicales para los señores Aspíllaga. Sus caballos eran vencidos unas veces por un cuerpo, otras veces por una cabeza y otras veces únicamente por una crin. Pero eran vencidos siempre.

Y anteayer domingo, cuando parecía que la fortuna había vuelto a ser una buena amiga de los señores Aspíllaga, un fallo de los comisarios del Jockey Club tuvo a bien causarles un nuevo desabrimiento.

Febrero, hermano de Miss Ketty, derrotó a Peevish entre las aclamaciones del gentío. Pero el señor Químper, dueño de Viewpoint, se quejó a los comisarios contra Febrero. Y les juró que Febrero había triunfado merced a las malas artes de su jockey.

Protestó el señor don Baldomero Aspíllaga poniendo el grito en el cielo.

Y el señor Químper, burlón y travieso, lo mismo en el hipódromo que en la Cámara de Diputados, insistió con todas sus fuerzas:

–¡Ha sido un triunfo fraudulento!

Y planteó una demanda de nulidad en forma. Una demanda de nulidad sostenida con toda su dialéctica de abogado y todo su fervor de turfista. Una demanda de nulidad que originó la descalificación de Febrero.

Sonrió el público.

Y pronunció este comentario:

–Bueno. Quiere decir que cuando los señores Aspíllaga no pierden las carreras en la pista las pierden en el tribunal del Jockey Club.

El señor Químper nos buscó para recordarnos:

–Peevish es del stud del señor Leguía.

Y el señor don Baldomero Aspíllaga salió del hipódromo para mandar una carta a los periódicos.

–Los caballos de stud Llano no correrán más en el hipódromo de Santa Beatriz.

Y con esta añadidura:

–A menos que renuncien los comisarios que nos han agraviado descalificando a Febrero.

Una carta, naturalmente, que ha hecho exclamar al público:

–¡Pero este es un desistimiento!

Y que nos ha hecho exclamar a nosotros:

–¡El primer desistimiento!

Porque estamos seguros de que uno de estos días el señor Aspíllaga, así como ha retirado de una cancha sus caballos, retirará de la otra cancha su candidatura.

Principio quieren las cosas.

Principio no más.

(En *El Tiempo*: Lima, 23–VII–1918)

VOCES

*¡28 de Julio!*

Esta vez no escribimos nuestra crónica en la ciudad iluminada, embanderada y jubilosa, ni entre la tarabilla de la nochebuena, ni con una estrofa del Himno Nacional en los labios, ni con una copa de champaña en la diestra. La escribimos en la sierra agreste, hirsuta y gélida, a no sabemos cuantos miles de pies de altura, durante los precarios momentos de una "pascana".

Estamos así, de viajeros, de peregrinos y de caminantes, porque desde hacía mucho tiempo nuestra ánima andaba menesterosa de soledad, nuestros ojos necesitados de panoramas múltiples y nuestro corazón deseoso de sentirse un poquito más bohemio, más trashumante y vagabundo que de costumbre.

Y porque una de estas mañanas habíamos salido a la calle con nuestra maleta en una mano y con nuestro gabán en la otra y le habíamos dicho a la gente:

–Nos marchamos.

Y, sobre todo, porque la gente, muy asombrada, nos había interrogado de esta suerte:

–¿Se marchan ustedes? ¿Se marchan en vísperas del veintiocho de julio? ¿No quieren pasar en Lima las fiestas patrias?

Y, ahora, lejos de la ciudad, de su alborozo, de sus retretas, de sus anticuchos, de sus picarones, de sus vasos de chicha, de su Palais Concert, de sus quitasueños, de sus cadenetas y de sus fuegos artificiales, necesitamos pensar en la ciudad, pensar en el mensaje del señor Pardo, pensar en la inauguración del Congreso, pensar en la cabeza roja y pelada del señor Teófilo Menacho, pensar en la cabeza híspida y cana del señor Bendezú, pensar en las medias crudas del señor Pérez y pensar en el prendedor de huairuros del señor Luis A. Carrillo.

Ni siquiera desde la altura riscosa y fría podemos hablarle a la ciudad

de lo que nos interesa a nosotros sino de lo que interesa a ella. No podemos hablarle, por ejemplo, de que en estas sierras el cielo es muy azul, el sol muy dorado, el aire muy puro, la Luna muy blanca, las almas muy sencillas, los días muy apacibles y las noches muy sosegadas.

No podemos.

Tenemos que hablarle de lo que en esta ciudad sucede, en la ciudad se hace y en la ciudad se cuece.

Y ésta es probablemente la venganza de la ciudad. Nosotros creemos habernos apartado de ella. Y en realidad seguimos en ella lo mismo que antes. Para ella vivimos. Para ella trabajamos. Para ella nos detenemos en un pueblo del camino y pedimos unas cuartillas y un lápiz.

Para ella le preguntamos al mozo que nos alcanza las cuartillas y el lápiz.

–Bueno. ¿Y tú qué opinas de la candidatura del señor Aspíllaga?

Una interrogación que nos sirve para enterarnos de que los mozos del hotel de la sierra no se han formado concepto alguno sobre la candidatura del señor Aspíllaga, a pesar de que un mozo de hotel es un ciudadano y a pesar de que un ciudadano es un elector.

Y una interrogación que se desdobla luego en muchas interrogaciones:

–¿Y tú qué opinas de la sonrisa del señor Manzanilla? ¿Y tú qué opinas de los quevedos y los escarpines del señor José Carlos Bernales?

Todo lo cual nos vale para descubrir que la fama de la sonrisa del señor Manzanilla, de la estatura del señor Maúrtua y de los quevedos y los escarpines del señor Bernales no ha ascendido a estos ingenuos lugares.

Del señor Manzanilla se sabe aquí que es un diputado eminente, pero no se sabe ni una palabra de su sonrisa. Del señor Maúrtua se sabe que es Ministro de Hacienda, pero no se sabe que su talla física se apareja y se compagina con su talla intelectual. Del señor José Carlos Bernales se sabe que es candidato a la Presidencia de la República y que es muy excelente y gentil persona, pero no se sabe que usa quevedos y escarpines.

Mas no podemos demorarnos mucho averiguando lo que se sabe y lo que no se sabe de los hombres en las serranías que atravesamos.

Y tenemos que volver los ojos hacia la ciudad lontana sin que se nos ocurra una frase que decirle.

Hasta que, con el alma llena de veintiocho de julio, nos ponemos de pie y pronunciamos las siguientes palabras:

–¡Ciudad de Pizarro y Santa Rosa! ¡Nosotros, leales y buenos servidores tuyos, nos arrepentimos de haberte abandonado en estos días de

holganza y festividades! ¡Debíamos habernos refocilado con tu noche buena. Habernos nutrido con tus tamales, habernos embriagado con tu regocijo y tu chicha morada, haber gustado tus ricas viandas, habernos deslumbrado con tus fuegos, haber cantado el Himno Nacional en tu Palais Concert y haber estado contigo en el Congreso a la hora del mensaje en que el señor Pardo nos dará cuenta y razón de lo mucho que este gobierno se ha desvelado por la ventura de la patria! ¡Oh, ciudad amada y distante! ¡Caballeros en una escoba volveremos ahora mismo a tu seno!

Pero nos interrumpe una campana que alborota el andén y nos corta el discurso.

Es el tren que nos reclama, ciudad del alma, ciudad de Pizarro y Santa Rosa, ciudad de la nochebuena.

(En *El Tiempo*: Lima, 28–VII–1918)

VOCES

*Otra vez*

Henos aquí, nuevamente, sentados delante de un teclado complaciente y norteamericano que quiere ser cómplice de toda tomadura de pelo; henos aquí, nuevamente, rodeados de los rumores y de las murmuraciones de una ciudad maliciosa, neurasténica y temeraria que aguarda la tomadura de pelo para soltar su carcajada; henos aquí, nuevamente, restituidos a la acérrima obligación de escribir una columna cotidiana que debe ser retozo de nuestro espíritu bolchevique y que suele ser tan sólo su negligente y desvaído desperezamiento.

Acabamos de llegar en un tren de la sierra igual a esos trenes de la sierra en que acostumbra llegar también el doctor don Augusto Durand, unas veces para gobierno de su proselitismo, otras veces para desazón de la república y otras veces para cualquiera cosa menos trascendental.

Y llenos de orgullo pensamos que somos capaces de semejarnos al doctor Durand, nuestro ingenioso caballero andante, siquiera en aquello de llegar en un tren de la sierra sin ruido y sin sonoridad.

Venimos de unas sierras altísimas y hospitalarias que han sabido devolver a nuestra ánima la blancura de otros años y a nuestro corazón el optimismo que en él habían amenguado, mellado y amortecido los hostiles acaecimientos y los malos hombres.

Hemos salido hace muy pocas horas de un abigarrado ambiente de tibias bufandas de vicuña, de obesas cajas de manjarblanco de Tarma, de montoneros y bizarros ponchos, de gordos ramos de violetas de Surco, de campesinas sartas de granadillas de San Bartolomé, de grandes sombreros de scout y de vagos sedimentos de soroche.

Y apenas hemos puesto el pie en el andén de la estación nos han tendido los brazos las gentes de la ciudad para decirnos:

–¡Vengan ustedes a oír al señor Manzanilla!

Y nos han respondido cuando nosotros les hemos preguntado si el señor

Manzanilla hablaba otra vez en la Cámara:

–No habla todavía; pero ya pide la palabra.

Y entonces nos han hecho exclamar cansados por el viaje y mareados por el andén:

–¡Muy interesante es que el señor Manzanilla pida ya la palabra!

Más tarde, en el jirón de la Unión, se nos ha ocurrido una interrogación:

–¿Y el señor Aspíllaga sigue de candidato a la Presidencia de la República?

Pero a la gente de la ciudad no se le ha ocurrido sino una sonrisa.

Y únicamente después de mucho rato se le ha ocurrido una lisura:

–¿Ustedes se acuerdan todavía de que el señor Aspíllaga es candidato a la Presidencia de la República? ¡Cómo se conoce que ustedes vienen de la sierra!

Una lisura que nos ha servido a nosotros de motivo para pronunciar ardorosamente el elogio de la sierra, para alabar sus muchas excelencias, gracias y encantos; para contar cómo son de altas sus cumbres, de generoso su clima, de abundante su ganado, de blanca su leche y de diáfano su cielo; y para gritar que en la ciudad no tenemos otro antojo que el de volver a alejarnos de ella.

Aunque después el corazón –corazón metropolitano–, nos haya traicionado de improviso:

–Bueno. Vamos, pues, a la Cámara. ¿No dicen ustedes que va a hablar el señor Manzanilla?

(En *El Tiempo*: Lima, 15–VIII–1918)

VOCES

*Armisticio*

Creíamos por muchos y muy grandes motivos haber llegado a la ciudad en un momento de profundo fervor parlamentario. Creíamos haber llegado a la ciudad para asistir instantáneamente a la caída del ministerio presidido por el señor Tudela y Varela. Creíamos haber llegado a la ciudad en el mismo punto y sazón en que el señor Manzanilla se ponía de pie para pronunciar un discurso.

Y no ha sido como creíamos.

Anteayer no hubo quórum. Y ayer hubo fiesta. Anteayer no pudo ser lo que esperábamos por una razón. Ayer no pudo ser por otra razón. Anteayer porque no hubo. Ayer porque hubo. El quórum y el calendario se nos han querido mostrar conchabados con el gobierno para interrumpir discretamente las interpelaciones de la Cámara de Diputados cuyo eco nos ha traído desde la sierra en el primer tren que hemos tenido a la mano.

Ayer hubo fiesta. Y hubo despedida de María Barrientos. Pero no hubo, como a nosotros nos hubiera gustado, debate parlamentario y jarana política. Y para piropear al señor Manzanilla diremos que nosotros hubiéramos cambiado la despedida de María Barrientos por un donairoso discurso suyo.

Nos hemos pasado, pues, dos días en blanco.

Dos días en blanco para nosotros y dos días en turbio para el gobierno.

Y dos días que nos han valido para escuchar en todas partes el anuncio pertinaz y sistemático de la dimisión, y para saber que todo el mundo le mira al señor Tudela y Varela cara de condenado a muerte.

Andando por la calle hemos divisado de repente el automóvil del Ministro de Hacienda y lo hemos detenido con los dos brazos. La portezuela se ha abierto para que nuestra humilde mano mecanógrafa estrechara la ilustre mano bolchevique del señor Maúrtua. Y el señor Maúrtua nos ha acogido con sus risueñas exclamaciones de siempre:

–¡Jóvenes aún y de virtud modelo!

Pero nosotros hemos querido contrariarlo:

–¿Por qué no se ha ido usted a las sierras a sembrar trigo? ¿Por qué no se ha ido usted solo o llevando de la mano al señor Revilla? ¿Por qué no se ha ido usted a abrir el surco y a derramar en él la semilla? ¿Por qué no se ha ido usted a asegurar el pan de la república para lo venidero?

Y el señor Maúrtua, oyendo hablar del trigo, no ha podido dejar de entusiasmarse:

–¿Y ustedes vienen de la sierra? ¿Ustedes vienen de sembrar trigo? ¿Por qué no me han llevado ustedes entonces?

No hemos sabido qué responderle.

Y el señor Maúrtua ha continuado su camino después de pedirle al chauffeur con los ojos que lo llevara de una vez a la sierra.

Pedido inútil naturalmente.

(En *El Tiempo*: Lima, 16–VIII–1918)

VOCES

*Tarde mansa*

Ayer hubo quórum en la Cámara de Diputados. Pero no hubo gana de que hubiera lo que el público aguardaba. Que no era sino un poco de bulla, un poco de trepidación y un poco de trocatinta. Un poco no más.

El público quería drama y la Cámara quería zarzuela. El público pedía y la Cámara negaba. El público juntaba las manos y la Cámara movía la cabeza.

Y todo el sentimiento de la Cámara se había condensado en un proyecto de los señores Ingunza Delgado y Roig Rivera. Un proyecto destinado a la más risueña resonancia callejera. Un proyecto que sólo podía haber sido suscrito por el señor Ingunza Delgado y el señor Roig Rivera en comandita.

Un proyecto que decía más o menos:

–Impóngase un impuesto a los solteros mayores de veinticinco años.

Y que hizo pensar al señor Borda en una adición:

–¡Impuesto progresivo!

Sonrió la Cámara. Sonrieron las galerías. Sonrieron los periodistas. Sonrieron los taquígrafos. Sonrió la farola. Y sonrieron, sobre todo, el señor don Manuel Bernardino Pérez y el señor don Emilio Sayán Palacios, célibes contumaces.

El ambiente se puso regocijado.

Y nosotros, desde la tribuna de los periodistas, murmuramos con un convencimiento infinito:

–¡Después de esto no puede haber tragedia!

Abajo, en sus escaños, nos lo confirmaron los señores Ingunza Delgado y Roig Rivera que, agarrados de las manos, se entregaban en brazos de la celebridad y de la gloria.

Y naturalmente terminó la sesión sosegada y amena.

Aparecieron en la sala los ministros y aparecieron con semblante de ministros seguros. El señor Maúrtua, nuestro ilustre ministro bolchevique,

más que Ministro de Hacienda semejaba un puntal. Y probablemente era lo que semejaba.

Habló el presidente de la Cámara:

–Continúan las interpelaciones.

Y se paró el señor Maúrtua:

–Bueno. Nos habíamos quedado en que el señor Químper pensaba que el Ministerio de Hacienda no se había manejado con el debido celo. ¿No es cierto, señores?

Asintió anhelante el público:

–Eso es.

Y prosiguió el señor Maúrtua:

–Bueno. El juicio del señor Químper como juicio de parlamentario, está muy bien. Yo me lo explico. Yo lo apruebo. Yo lo haría mío si yo no fuera ahora Ministro de Hacienda.

El público no tuvo más remedio que abrir la boca.

Y prosiguió el señor Maúrtua:

–Yo, señores, juzgaba a los ministros lo mismo que el señor Químper cuando estaba en mi banco de diputado. Lo mismo que el señor Químper. Exactamente lo mismo. Creía siempre que los ministros no hacían todo lo que podían.

El público dejó que se le escapara su sorpresa:

–¡Oh!

Y el señor Maúrtua se ciñó en un recorte final:

–Y es muy natural que así sea. Es muy bueno que así sea. Es muy provechoso que así sea. Los representantes deben exigirles a los ministros más de lo que pueden hacer para que los ministros hagan todo lo que pueden hacer.

Luego el señor Maúrtua absolvió las interpelaciones.

Y concluyó así:

–Tengo seguridad de haberme comportado con la mayor actividad y la mejor intención posibles. Pero en cambio no tengo seguridad de haberme comportado con el talento y la capacidad con que otro Ministro de Hacienda se habría podido comportar. Y si la Cámara acusa de eso mi gestion, de poca eficiencia, yo me confieso culpable, señores diputados.

Aquí sonó, naturalmente, un aplauso.

Y el señor Químper dijo en su discurso de contestación:

–Yo no acuso al señor Maúrtua. Yo no acuso sino al gobierno.

Para que el señor Maúrtua, cruzando los brazos sobre el pecho,

replicase:

–Yo soy, señor Químper, un miembro del gobierno. Yo comparto pues las responsabilidades del gobierno. Yo soy tan pecador como el gobierno.

La sesión acabó con una gran sonrisa.

(En *El Tiempo*: Lima, 17–VIII–1918)

VOCES

*Permanente ya*

El comentario público amaneció ayer enredado en el proyecto de impuestos a los solteros presentado en su Cámara por los señores Ingunza Delgado y Roig Rivera. Olvidáronse las gentes de que se hallaba pendiente el debate del nuevo proyecto de emisión. Olvidáronse las gentes de que el señor Químper podía aun meterle un cabe al señor Tudela. Olvidáronse las gentes de que los señores Tudela y Maúrtua tenían que seguir concurriendo todavía a la Cámara de Diputados. Para las gentes no había más acontecimiento que la iniciativa de los señores Ingunza Delgado y Roig Rivera.

No parecía sino que lo de la emisión se hubiese concluido. Nadie se ocupaba del convenio con los yanquis ni de las demandas de los bancos. Todos hablaban de la amenaza que surgía contra el celibato. Los señores Ingunza Delgado y Roig Rivera andaban en lenguas.

Así llegamos a la sesión de la Cámara de Diputados.

Las miradas buscaron desde el primer momento en sus hasta ayer modestos escaños a los señores Ingunza Delgado y Roig Rivera para atisbarles el semblante, conocerles la traza y medirles el continente. Después de las miradas los buscaron las sonrisas. Y después de las sonrisas los buscaron los guiños.

Travieso y acucioso el señor Parodi descendió del estrado de la mesa para preguntarle al señor Ingunza Delgado si era cierto que iba a fundar su proyecto.

Y el señor Ingunza Delgado se sintió a punto de tener que meterse bajo su escaño.

Únicamente cuando comenzaron los pedidos se acordó la barra de que la sesión no era para discutir el impuesto a los solteros sino para discutir el problema del cambio.

Y la Cámara declaró a carpetazos que, además, la sesión era permanente.

Empezó mas tarde el debate: preguntas y respuestas, preguntas y

respuestas, preguntas y respuestas.

Hasta que de repente se paró el señor Manzanilla con unos bríos elocuentes en medio de la ansiedad de las galerías.

Pero simplemente para decir:

–Pido que se lea ese memorándum de los bancos aludido por el señor Maúrtua.

Y para callarse después de que el memorándum fue leído.

Porque es lo que declara a cada rato entre grandes sonrisas:

–Yo no pienso intervenir en esta discusión. Pero estoy obligado a seguirla muy de cerca porque puede ser que necesite intervenir...

*La extrema izquierda*

Los diputados de la minoría han cambiado de sitio. Antes estaban sentados a la derecha del señor don Juan Pardo. Estaban sentados a la derecha aunque eran la izquierda. Y aunque la gente los llamaba los diputados de la izquierda.

Ahora están sentados a la izquierda del señor Pardo. Son la izquierda y se sientan en la izquierda. En la extrema izquierda. Que más que por izquierda les gusta, probablemente, por extrema.

Y no quieren ya que se les diga diputados independientes, ni diputados de la minoría, ni siquiera diputados de la oposición. Todos esos calificativos les parecen muy vagos. Y quieren que se les diga diputados de la extrema izquierda.

Nosotros, por habernos pasado algunos días de andanza por la sierra, no teníamos noticia de esto. Pensábamos que los diputados independientes continuaban titulándose diputados independientes. Y cuando reaparecimos en los pasillos de la Cámara les dijimos como de costumbre:

–¡Señores diputados independientes!

Y entonces el señor Químper nos contradijo:

–¡Independientes, no! ¡Ahora no somos independientes! ¡Ahora somos izquierdistas! ¡Completamente izquierdistas! ¿No ven ustedes que independientes son todos los diputados? ¿No ven ustedes que hay en la Cámara un "grupo independiente?" ¿No ven ustedes que la mayoría se ha desdoblado en muchas minorías?

Y sólo el señor Secada, abrazándonos temerariamente, nos murmuró al oído:

–¡Antes que izquierdista yo soy, por supuesto, bolchevique!

¡Bolcheviqué siempre!

Hay izquierda y hay extrema izquierda. En la extrema izquierda está, la minoría arremetedora y denodada. Está la minoría de la minoría. Está el señor Secada. Está el señor Químper. Está el señor Ruiz Bravo. Está el señor Salazar y Oyarzábal. Está el señor Morán. Está el señor Enrique Castro. Están todos los oposicionistas ardorosos e intransigentes. Y en la izquierda están los demás. Y si la extrema izquierda no crece, la izquierda puede crecer. Sobre todo desde hoy que el señor Pardo llega al cuarto y último año de su mandato.

(En *El Tiempo*: Lima, 18–VIII–1918)

VOCES

*Sin discursos*

La exhumación del proceso de las diputaciones de Lima ha sacudido a la ciudad. El recuerdo de los sonoros días cívicos del sufragio y de los sombrosos días funambulescos del escrutinio ha renacido en todos los espíritus. Y se ha visto la inminencia de que las puertas de la Cámara del señor don Juan Pardo se abran para dos nuevos diputados. Dos diputados jóvenes. Dos diputados esclarecidos. Dos diputados simpáticos.

Los senadores pradistas no han querido que le quede la menor esperanza al señor Balbuena. Podría decirse que han tenido empeño en descontarlo, en eliminarlo, en descartarlo. Han hecho que el público mire claramente que el proceso resucita convertido en una victoria del señor don Jorge Prado.

No ha podido haber más énfasis en sus declaraciones:

–¡Este proceso no sirve! ¡Este proceso no vale! ¡Este proceso ha caducado! ¡Echémosle tierra encima! ¡El señor Balbuena lo repudia! ¡Prefiere que el pueblo de Lima lo elija de nuevo!

El público ha resuelto rápidamente:

–¡Ajá! ¡Entonces este proceso servirá para que Miró Quesada y Prado se incorporen enseguida a la Cámara!

Y esta impresión es natural.

Lo que se ha sostenido siempre no es que el proceso sea malo ni que el proceso sea incurable. Lo que se ha sostenido es que la Cámara de Diputados no debía ponerle el punto final que no le pudo poner la escrutadora. Y lo que se ha sostenido, por ende, es que no había que sustraerlo a los ojos de la Suprema.

Los senadores pardistas no han cambiado, pues, de criterio. Quienes han cambiado totalmente de criterio son, sin duda alguna, los senadores liberales. Para ellos el proceso de Lima que antes era válido ahora no lo es. Y no lo es solamente porque han pasado varios meses desde el día en que

aseveraban lo contrario. El proceso de Lima, según los liberales, ha sido variado por el tiempo. No se sabe si a consecuencia del frío o de la lluvia.

El público piensa naturalmente:

–Esto quiere decir que no habrá lucha. Los liberales se han declarado vencidos de antemano. Han retirado del tapete la candidatura del señor Balbuena.

Y es que el público no puede pensar de otra manera.

Después de la votación del sábado tenía que verles otra vez a los señores Prado y Miró Quesada traza, gesto, y título de diputados por Lima. Y tenía que cumplimentarlos. Y tenía que aplaudirlos. Y tenía que disponerse a aguardar el momento de su entrada a la Cámara y de su juramento a los pies del señor don Juan Pardo.

El señor Prado, por supuesto, no se inquieta. Sabe que es uno de los diputados electos por Lima. Guarda en su bolsillo el escrutinio de la junta escrutadora que así lo proclama. Y se atiene a lo que se falle en justicia.

El señor Miró Quesada, sabe también que es otro de los diputados electos por Lima. Pero como es muy impaciente y nervioso se exaspera de que aun no se le deje ocupar su escaño de diputado.

Y el señor Balbuena, espiritual y alegre siempre, asegura:

–Yo quiero que se renueve la elección. ¡Pero nada más que porque soy un enamorado de la lucha cívica!

Unicamente hay un personaje que regaña, que gruñe y que amenaza. Un personaje que no se contenta con que se salte sobre su parecer. Un personaje que se indigna de que no sea su dictamen el que prevalezca y mande.

Este personaje es el señor don Manuel Bernardino Pérez que anda soliviantado por las calles gritándoles a las gentes:

–¿No soy el leader de la mayoría de la Cámara de Diputados? ¡Pues entonces tengo el proceso de Lima en la mano!

Y lo que el señor Pérez tiene en la mano, cuando así habla, no es sino una palta.

(En *El Tiempo*: Lima, 19–VIII–1918)

VOCES

*Mayo viene*

El tercer aniversario del señor Pardo nos ha hecho sentir que se aproxima la fecha de la elección de su sucesor. Nos ha hecho sentir que estamos a muy pocos meses de distancia de las mesas receptoras de sufragios. Nos ha hecho sentir que nos vamos acercando a los días democráticos de la jornada cívica y del tumulto zambo.

Y nos ha hecho preguntarnos:

–¿Por qué no asoma todavía la candidatura que el señor Pardo apadrinará, protegerá y recomendará al amor y al voto de los pueblos del Perú?

Una pregunta que no es, por supuesto, una pregunta nuestra sino una pregunta de todo el mundo.

Y que tiene la siguiente explicación en el comentario público:

–Hasta ahora sabemos que hay una candidatura a la presidencia de la república: la del señor Leguía. Candidatura de la oposición. Candidatura del regionalismo. Candidatura de combate. Candidatura que aparece en la arena con la espada desenvainada. Y ni siquiera entrevemos la candidatura que el señor Pardo le pondrá al frente. Únicamente estamos enterados de que la candidatura del señor Pardo saldrá de una convención de los partidos. Y de que habrá papeles que la llamarán candidatura nacional.

Desde hace algún tiempo oímos sonar muchos nombres de candidatos posibles. Según las gentes, candidato posible es, por ejemplo: el señor don Manuel Vicente Villarán. Candidato posible es así mismo el señor don Augusto Durand. Candidato posible es también el señor don José Carlos Bernales. Candidato posible es por otra parte el señor don Francisco Tudela y Varela. Candidato posible era, finalmente, el señor don Ántero Aspíllaga.

Pero ocurre que todas estas candidaturas no son candidaturas a la Presidencia de la República. Son únicamente candidaturas a la candidatura de la convención. Y, por ende, candidaturas a la candidatura amparada por

el señor Pardo.

Abordemos al señor Villarán. Y veremos que el señor Villarán nos dice que no tiene noticia de la posibilidad de su candidatura. Abordemos al señor Durand. Y veremos que el señor Durand se quita de encima nuestras preguntas con las dos manos. Abordemos al señor Bernales. Y veremos que el señor Bernales nos responde que él, por ahora, no es sino un ciudadano. Abordemos al señor Tudela y Verela: Y veremos que el señor Tudela y Varela se sorprende que la gente le atribuya traza de candidato.

Sólo el señor Aspíllaga, con toda su franqueza de gentilhombre sin tacha, no sabrá engañarnos.

Y nos hablará como candidato. Como candidato de sus muchos y muy solícitos amigos. Como candidato del partido civil. Como candidato de un periódico rotativo. Como candidato seguro de su calidad de candidato.

Pero, mientras tanto, todos haremos señas a hurtadillas del señor Aspíllaga.

(En *El Tiempo*: Lima, 20–VIII–1918)

VOCES

*Nuestros diputados*

Esto del problema del cambio, esto de que el señor don José Matías Manzanilla habla y esto de que el señor Villarán le contesta, pasará muy pronto. El público quiere política. Pero no política con letrero de economía y finanzas sino política con letrero de política. Política monda y lironda. Política clara y neta. Política sin subterfugio y sin embozo. Política como la que asoma con el proceso de Lima. Y como la que asoma con la convención de los partidos.

El proceso de Lima tiene pendientes del senado todas las miradas de la ciudad. Más es la gente que camina detrás del señor Ferro, senador por el Madre de Dios, que la gente que aplaude desde las galerías de la Cámara al señor Manzanilla, diputado por Ica, aunque la gente que aplaude al señor Manzanilla es, por supuesto, muchísima. Y vibraría, conmovería y resonaría más que un estrepitoso voto de censura al presidente del gabinete la entrada repentina de los señores don Jorge Prado y don Luis Miró Quesada a la Cámara del señor don Juan Pardo.

El señor don Jorge Prado es quien mejor lo sabe.

El hálito popular llega otra vez a sus umbrales como en aquellos bizarros y marciales días en que su candidatura salió a las calles, irrumpió en los cabildos, arengó desde sus balcones, se paseó en hombros de las muchedumbres, desasosegó a los gendarmes, ganó en los sufragios y en los escrutinios y vencedora y prócer, no pudo ser detenida sino en las puertas del palacio legislativo por las redes y marañas del gobierno hostil.

Quiere la gente acompañarlo de una vez a la Cámara de Diputados para que ocupe, al lado del señor Miró Quesada, su escaño de diputado por Lima.

Y por eso, viene a su ilustre casona del General La Fuente a decirle:

–¡Vamos ahora mismo!

Pero el señor Prado, cauto y sosegado le responde:

–Todavía no.

Aunque, como es natural, bullan en él secretamente los grandes arrestos de tumultuario que fueron siempre distintivo simpático y famoso de su ánima batalladora y denodada.

Mientras tanto, el señor Miró Quesada, alcalde y señor de la ciudad y de sus pavimentos, corre en automóvil por las calles de Lima dando rienda suelta a su impaciencia. Le pregunta al cielo cómo es posible que hasta ahora no valga todo lo que debía valer el acta que proclama su victoria en las elecciones de Lima. Y se halla a punto de convocar al pueblo para ir a su cabeza a la Cámara de Diputados a exigir que se le abran las puertas que el destino se obstina en cerrarle contumaz y perverso.

El público lo mira en alianza con el señor Prado y avalora toda la elocuencia de este hecho. Piensa que hoy sí es invencible el señor Miró Quesada. Que hoy sí tiene en las manos la llave de la Cámara de Diputados. Que hoy sí ha asegurado la consagración de su título.

Para que la diputación por Lima entrara en la Cámara no era indispensable sino que hubiera armonía entre ella.

Y no importa que el gobierno se incomode de que así acontezca porque ya no es tiempo de que nos echemos a temblar cuando se incomode el gobierno.

(En *El Tiempo*: Lima, 21–VIII–1918)

VOCES

*Convencionalmente*

El proyecto de la convención de los partidos sigue su camino. El partido liberal ha comenzado a darle viada para que marche de prisa. Lo ha recogido de manos del señor Pardo. Lo ha puesto en manos del doctor don Augusto Durand. Y se ha echado a la calle a llamar a los partidos para que lo apadrinen, favorezcan y protejan.

Sabemos, pues, por lo pronto, que uno de los partidos de la convención será el partido liberal. Podemos estar seguros de que otro será el partido civil. Pero todavía no pasamos de allí. El partido constitucional, que debía completar el tresillo, anda callado y reservadísimo.

Y la gente arde de impaciencia:

–Bueno. ¡Pero la convención debe ser de todos los partidos!

–Indudablemente.

–¡Y para todos los partidos!

–Por supuesto.

–¡Y tiene que concurrir a ella el partido nacional democrático!

–El partido nacional democrático. ¡Claro!

–¡Y el partido demócrata!

–El partido demócrata. ¡También!

–¡Y los ex ministros y los ex representantes a congreso!

–Los ex ministros y los ex representantes a congreso.

–¡Entonces no puede ser una convención a gusto del señor Pardo! ¡No puede ser de ninguna manera!

–¿Y por qué no puede ser?

–Porque no saldrá de ella el candidato que el señor Pardo quiera y apañe. No saldrá de ella, por ningún motivo, el señor Tudela y Varela. No saldrá de ella, por ningún motivo, el señor Aspíllaga. No saldrá de ella, por ningún motivo, un candidato que se titule al mismo tiempo candidato del señor Pardo.

Naturalmente estos convencimientos hacen que la gente ansíe que la convención llegue cuanto antes.

Y es que sería muy interesante que la convención recomendada, iniciada y amañada por el señor Pardo, resultase el más grave, sonoro y desolador fracaso del señor Pardo. Es que sería más interesante aún que el candidato surgido de la convención le desagradase al señor Pardo más que el candidato surgido contra la convención.

Habría para morirse de risa si la convención fuera la primera derrota de la voluntad del señor Pardo en las elecciones presidenciales.

Cazurros y sagaces, los liberales comprenden que la convención será un buen negocio para ellos aunque no lo sea para el señor Pardo. Fían tal vez en que andando los días el señor Pardo se convenza de que la candidatura del doctor Durand es la candidatura de más bizarro continente que puede salirle al encuentro a la candidatura del señor Leguía. Y, asidos del mensaje del señor Pardo, empujan a los partidos hacia la antesala de la convención, asegurándoles que la convención será provechosa para todos.

Y únicamente los desasosiega el partido constitucional porque lo sienten tan reacio y receloso que no pueden menos que murmurar de él con un refrán en los labios:

–No sabe el diablo por diablo...

(En *El Tiempo*: Lima, 22–VIII–1918)

VOCES

*Revolución caliente*

Eso de que no hay que fiarse del agua mansa es el evangelio.

Ancón era famoso por su mar apacible. Ancón era famoso por su mar bueno. Ancón era famoso por su mar sosegado. Y había razón para que así aconteciera. En el mar de Ancón todos hemos hecho siempre el muerto a pierna suelta sin miedo a la menor malaventura ni al menor desabrimiento.

Y ahora ven usted lo que es Ancón.

Estábamos pensando tranquilamente en "El Señor del Taxímetro", en la pena de que el señor Manzanilla se hubiese quedado sin réplica del señor Maúrtua, en la posibilidad de que las puertas de la Cámara de Diputados se abriesen de repente para los insignes señores don Jorge Prado y don Luis Miró Quesada, cuando nos cayó ayer la noticia sensacional:

–¡Ancón se ha levantado!

Tuvimos primeramente un gesto incrédulo:

–¿Ancón? ¿Ancón en armas? ¡No es posible, señores! ¡Ustedes no saben lo que hablan!

Y soltamos una carcajada.

Para seguir de broma:

–¡Se habrá levantado Huarochirí! ¡Se habrá levantado San Mateo! ¡Se habrá levantado Cocharcas! ¡Pero Ancón de ninguna manera!

Y soltamos otra carcajada.

Pero, enseguida, nos aventaron todos los periódicos encima.

Y, después de los periódicos, la ciudad entera nos dijo que unos zapadores que vivían de veraneo perpetuo en Ancón se habían cansado de serle fieles al señor Pardo. Y que esos zapadores habían levantado súbitamente sus picos y sus palas. Y que a la cabeza de ello se había erguido el mayor don Armando Patiño Zamudio. Y que el mayor Patiño Zamudio había repetido, caballero en un brioso caballo, la arenga legendaria de Córdoba:

–¡Adelante, paso de vencedores!

Con la garganta anudada preguntamos:

–¿Entonces los revolucionarios estan aquí no más?

Y nos respondieron para hacernos morir de susto:

–¡Aquí no más! ¡Casi en la esquina!

Todos los chicos alegres de la ciudad se echaron a las calles para gritar como si se tratara de un chiste:

–¡Está la cosa que arde!

Y se multiplicaron los anuncios.

Un anuncio dijo Arequipa; otro anuncio dijo el Cuzco; otro anuncio dijo el Cerro de Pasco; otro anuncio dijo Huacho; otro anuncio dijo Cañete; otro anuncio dijo Mala.

Apenas si se nos vino a la boca una interrogación:

–¿Todos son zapadores?

Pero, felizmente, no hubo quien nos contestara.

A media noche sonaron otras preguntas:

–¿Y el manifiesto del mayor Patiño? ¿Quién tiene el manifiesto del mayor Patiño? ¿No lo ha leído nadie todavía? ¿O no sabe nadie que circula impreso por la ciudad?

Y estas preguntas nos sonaron en el corazón como disparos.

Sobre la máquina de escribir nos caímos privados.

*El pan nuestro*

Estamos a punto de quedarnos sin pan.

No hemos reparado debidamente en este riesgo porque otros acontecimientos nos han entretenido la mirada, nos han ocupado el pensamiento y nos han distraído el ánima.

Hemos vivido un día para el problema del cambio y otro día para el proceso de Lima; un día para esperar curiosamente el discurso del señor Manzanilla y otro día para comentar una vez más el inmortal chaqué de notario del señor Fariña; un día para saber que el gobierno quería enredar el ovillo de los dictámenes del Senado sobre las diputaciones por Lima y otro día para enterarnos de que había sido tentado el blando y amoroso corazón del señor Picasso, miembro de una comisión dictaminadora; un día para ver al partido liberal echándose a cuestas el peso de la convención de los partidos y otro día para convencernos de que el señor Manzanilla no había tumbado siquiera el primer artículo del proyecto de emisión.

No hemos tenido, pues, un segundo libre para mirar a los panaderos, para informarnos de que se aprestaban a apagar sus hornos y a clausurar sus puertas y para reparar en que nos amenazaban con dejarnos sin pan de la noche a la mañana.

Y, sin embargo, el problema del pan es el problema sumo.

El señor Maúrtua, nuestro ministro bolchevique, se ha pasado los días recordándonoslo con noble entonación de apóstol socialista:

–¡Acompáñenme ustedes a pensar en el pan! ¡Acompáñeneme ustedes a pensar en el pan de cada día! ¡Acompáñenme ustedes a pensar en el pan de todos ustedes! Un estadista tiene que preocuparse, sobre todas las cosas, del pan de su pueblo.

Y a nosotros apenas si se nos ha ocurrido corear de esta suerte al señor Maúrtua:

–¡El pan está muy chico! ¡Hay que echarles una multa a los panaderos!

Y el señor Maúrtua ha seguido hablándonos evangélicamente:

–¡Pensar en el pan es pensar muy alto! ¡Pensar en el pan es pensar muy bello! ¡Pensar en el pan es pensar en la harina blanca y generosa! ¡Es pensar en el grano candeal y óptimo! ¡Es pensar en la espiga gentil y esbelta! ¡Es pensar en la era rubia y en el trigal poético! ¡Es pensar en Jesús que les enseñó a los hombres a rezar por el pan de cada día!

Pero nosotros nos hemos sorprendido entonces:

–¿Para esto tenemos un ministro como el señor Maúrtua? ¿Para esto tenemos un ministro tan grande? ¿Para esto tenemos un ministro tan famoso? ¿Para que nos hable del pan y la harina?

Y el señor Maúrtua ha exclamado en balde:

–¡Yo quiero ser para ustedes como Jesús para sus discípulos! ¡Yo quiero multiplicar el pan y los peces!

Todos nos hemos sonreído.

Y el señor Maúrtua, abrumado por el resentimiento, ha tenido que acabar rogándonos:

–Bueno. No piensen ustedes en el pan. Piensen ustedes en lo que les parezca. ¡Pero déjenme ustedes pensar no sólo en el pan que comerán ustedes sino en el pan que comerán sus hijos y los hijos de sus hijos! Yo deseo que mi pueblo tenga pan para siempre. Y para eso necesito que tenga mucho trigo. Yo mismo voy a subir a las sierras a sembrarlo. Mientras el Perú se cubre de mieses nuestros barcos nos traerán trigo y harina de otras naciones. Habrá blancas y grandes hogazas para todo mi pueblo.

Y nosotros hemos movido la cabeza:

–¡No, señor Maúrtua! ¡Para eso no es usted Ministro de Hacienda!

Y el señor Pardo ha movido la cabeza como nosotros.

Por eso, ahora que estamos a punto de quedarnos sin pan, le toca al señor Maúrtua ponerse delante de nosotros, con las manos en el bolsillo, para preguntarnos si queremos dejarlo partir a las sierras a sembrar trigo.

Aunque nosotros seamos capaces de responderle:

–Preferimos que le replique usted al señor Manzanilla...

(En *El Tiempo*: Lima, 23–VIII–1918)

VOCES

*Segundo día*

Ayer madrugamos.

Nos despertamos oprimidos por una pesadilla muy fea, con el manifiesto del mayor Patiño Zamudio en una mano. Pasamos los ojos por encima de sus epígrafes. Y, muertos de susto, lo escondimos apresuradamente entre las sábanas.

Momentos después, en la calle, inquirimos:

–¿Qué se sabe de los pobres zapadores? ¿Han sido amarrados todos? ¿O se ha escapado uno siquiera?

Y estuvimos a punto de caernos al suelo de sorpresa cuando nos contestaron:

–¿Amarrados los zapadores? ¡Pero si están haciendo de las suyas todavía!

Movimos la cabeza negativamente:

–¡Esa es, sin duda alguna, una mentira de la oposición! ¡Una mentira de la oposición desalmada y vituperable!

Y entonces nos sonrieron:

–Es la pura verdad. Parece una mentira. Pero es la pura verdad.

Y luego nos agregaron:

–Además el gobierno exige que hoy mismo se suspendan las garantías individuales.

Aquí nos pusimos a un milímetro de la locura.

–¿Y qué tienen que ver las garantías individuales con los zapadores? ¿Para vencer a una compañía de zapadores necesita el gobierno perseguir a quienes no son zapadores ni por la psicología ni por el traje? ¿Un gobierno temerario y valiente?

Hubimos de callarnos.

Así era.

El gobierno daba diente con diente. No porque se hubiesen alzado los

militares en Ancón. No porque los militares de Ancón se llamasen únicamente la vanguardia del ejército insurrecto. No porque el mayor Patiño Zamudio le hubiese hablado a la república desde las columnas de una proclama escrita a marchas forzadas. Daba diente con diente porque tenía frío. Frío de la mala noche.

Y el frío le hacía pedir permiso para suspender las garantías individuales.

El frío no más.

*En el Congreso*

Tuvimos que verlo para creerlo.

Fue necesario que el señor Pérez pidiese sesión de Congreso, fue necesario que la Cámara la acordase, fue necesario que el Congreso se reuniese y fue necesario que el señor Pardo, desde el estrado de la Presidencia, tocase un campanillazo, para que nosotros nos convenciéramos de que no nos habían engañado.

El senador secretario leyó la moción; pero no leyó sino una firma, la del señor Pérez, para no estarse leyendo firmas toda la tarde.

Y los señores Secada, leader bolchevique, y Salazar y Oyarzábal, leader leguiísta, se echaron al ruedo para tirarle, adornándose y arrimándose, unos cuantos capotazos.

Después, silencio; silencio profundo; silencio de muerte.

El aire se llevó unas pocas palabras del señor Balbuena, defensor en otros tiempos del derecho de rebeldía, que se puso de pie para gritar con una entonación muy solemne que el congreso no podía asistir cruzado de brazos a la lisura de los zapadores de Ancón.

Y gran silencio.

Apenas si nos fue dado, merced al señor Secada, que la votación se practicara nominalmente.

El primer voto el del señor Miró Quesada:

–Este proyecto tiene un lado bueno y un lado malo. Contemplemos el lado bueno: antes que el gobierno viole las garantías individuales preferible es que el Congreso las suspenda. Contemplemos el lado malo: el congreso no debe darle al gobierno un arma que el gobierno no le solicita. Pero, como hay que decidirse por el sí o por el no, me decido por el sí.

Más tarde el voto del señor Corbacho:

–No, señor presidente; no, en nombre de la historia.

Y un argumento travieso:

–Yo creo que el Congreso no tiene para qué suspender las garantías individuales porque, desde que el señor Pardo es presidente, están suspendidas.

Y un documento histórico.

Luego el voto rotundo del señor Málaga Santolalla:

–Ni hoy ni mañana, ni bajo éste ni bajo otro gobierno, ni ante una revolución de sierra ni ante una revolucion de playa, ni a la luz del día ni a la luz de la noche, votaré yo una ley de suspensión de las garantías individuales.

Y, enseguida, un voto notable y ruidoso.

El señor Manzanilla, el ilustre leader iqueño que tanto tiempo nos había hecho aguardar su arremetida contra la emisión, se paró para exclamar enérgicamente:

–Voto por el no.

Hizo una pausa para que se sucedieran, frenéticas y estruendosas, las ovaciones.

Y fundó su voto con un discurso brillante.

Un discurso que volvió loca a la gente de las galerías.

Y que hasta la hizo olvidarse de que el señor Villarán, catedrático de derecho constitucional y varón esclarecido y admirable, había dicho a la sordina:

–Sí.

Y que la hizo olvidarse también de que a la hora de la votación nadie había podido encontrar al señor Cornejo en ninguna parte.

Ni siquiera en el Ateneo.

(En *El Tiempo*: Lima, 24–VIII–1918)

## VOCES

### *Revolución en San Carlos*

La revolución, señores, ha llegado a la ciudad.

No ha llegado a caballo como en los legendarios días de la entrada de Cocharcas. No ha llegado en un tren de Huacho ni en un tren de la sierra. No ha llegado en un automóvil ni ha llegado en una piragua. Ha llegado sola, sabe Dios por qué caminos, a alborotar los claustros universitarios. Probablemente estaba segura de que los corazones turbulentos y bizarros de los estudiantes no le negarían hospedaje. Y de que en ellos tendría hogar amoroso y caliente.

Esta vez la revolución ha aparecido sin manifiesto, sin pólvora y sin detonaciones. Pero no ha aparecido sin programa. Antes bien ha aparecido con mucho programa. Programa de adhesión a los principios. Programa de castigo para los maestros de palmeta. Y programa de glorificación para los hombres ilustres y buenos.

Las ametralladoras han tenido que presenciarla absortas e inválidas, aunque, sin duda alguna, ha sido el primer eco de la ley de suspensión de las garantías individuales.

Y aunque ha sido provocada por el señor don Manuel Bernardino Pérez, símbolo, esencia y personificación del Parlamento peruano, gran señor del pardismo, catedrático de la Facultad de Letras, lector voluptuoso del Arcipreste de Hita, tenorio cerebral de tiples y bailarinas de género chico y zurcidor asiduo de los más sustanciosos y criollos refranes.

Paso a paso, con lentitud de pontón huachano, según Félix del Valle, penetraba ayer en el patio de la Facultad de Letras el señor Pérez.

Y los estudiantes, que son unos diablos, se acordaron de que el señor Pérez era el autor de la ley de suspensión de las garantías individuales. Pensaron que había que hacer de él la primera víctima de su propia ley. Y decidieron poner en práctica, sin ninguna tardanza, su osado pensamiento.

Rodearon al señor Pérez bulliciosa y hostilmente; le dijeron muchas

lisuras; le gritaron que era muy feo; le silbaron con ensañamiento y temeridad; y le amenazaron con mantearlo como a Sancho Panza.

Esto de la manteadura puso como loco al señor Pérez.

Afortunadamente se presentó en esos momentos el señor Manzanilla, joven, alegre, risueño y victorioso.

Y la juventud, que se halla siempre más cerca del amor que del odio, más cerca del aplauso que del silbido, más cerca del regocijo que del mal humor, abandonó al señor Pérez para recibir al señor Manzanilla.

Pero no, por supuesto, para recibirlo con mal semblante, con descomedido gesto, ni con grito hostil, sino para recibirlo con aclamaciones sonoras y pasionales.

El señor Manzanilla, una vez en su estrado de maestro, expresó todo su agradecimiento:

–El aplauso de mis discípulos me enorgullece como maestro y como hombre público.

Y empezó la clase.

Pero los estudiantes vinieron entonces en cuenta de que se les había escapado el señor Pérez y corrieron a buscarlo en la sala de la Facultad de Letras.

Y se renovó el tumulto estruendosamente:

–¡Muera el señor Pérez! ¡Muera el señor Pérez! ¡Muera el señor Pérez!

Clamó indignado el señor Pérez:

–¡Aquí no hay garantías!

Y le replicaron:

–¡No hay garantías! ¡No hay garantías para nadie! ¡Las garantías individuales están en suspenso!

El señor Pérez no tuvo más remedio que refugiarse en el decanato y llamar en su auxilio, por medio de una tarjeta, al señor Manzanilla.

Y, si el señor Manzanilla no le quita de encima a los universitarios, hubiera tenido que acabar formulando un recurso de hábeas corpus.

(En *El Tiempo*: Lima, 25–VIII–1918)

VOCES

*Oyón humea*

La revolución está pasando días muy negros.

Pero no crean ustedes, señores, que es que el coronel Edgardo Arenas, prefecto del departamento, haya comenzado a hacerle morder el polvo. Eso, como ustedes saben, no ha podido ser hasta ahora. El coronel Arenas es un militar de un valor temerario y de un denuedo sumo; pero generalmente prefiere emplearlos, más que en defender la seguridad del gobierno, en cuidar la serenidad del camposanto. No es posible, pues, que persiga y aprese al sargento mayor Patiño Zamudio con la misma facilidad, por ejemplo, con que persiguió y apresó a Norka Rouskaya.

La revolución está pasando días muy negros porque ha penetrado en una cuenca carbonífera. En la más rica, en la más grande y en la más fabulosa cuenca carbonífera del territorio peruano. En la cuenca carbonífera que les mandará a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos la milagrosa hulla que alimentará sus venturosas cocinas.

Sólo que estos días negros no son como los demás días negros de la vida. Son negros, pero no son inclementes. Son negros, pero no son crueles. Son negros por puro gusto de ser negros.

Por esto la ciudad, señalando en el mapa la cuenca de Oyón, exclama risueñamente:

–¡No se dirá que la revuelta tiene poco carbón!

Y se halla en lo cierto.

El mayor Patiño Zamudio ha querido probablemente que le faltase todo menos combustible. Para él, como para el resto del mundo, el combustible es el calor que reconforta y abriga. El combustible es la brasa que cocina. El combustible es la llama que alumbra.

Siempre se ha hablado, además, de la tea revolucionaria.

El mayor Patiño Zamudio empuña hoy esa tea. La encendió en Ancón en la pira en que quemó su obediencia al señor Pardo. Escribió con ella el

terrible manifiesto que nos trajo luego a Lima, en tren expreso, el correo de las brujas. Y enardeció luego con ella las ánimas tranquilas y apacibles de las gentes de Huacho. Pero hasta entonces la tea no era peligrosa. Pasaba echando chispas no más. Únicamente ahora esa tea puede producir un incendio.

El coronel Arenas tiene perfecta y sólida razón para gritarnos desde una rama del árbol más alto y fatal de la plácida campiña huachana:

–¡Cómo quieren ustedes que la revolución no prenda en una región carbonífera!

No podremos dejar de responderle:

–¡Claro!

El coronel Arenas puede asegurarnos que si la revolución prende no es por su culpa.

Y, según el gran ciudadano don Juan Manuel Torres Balcázar, puede hacer más aún. Puede llamar en su auxilio al cuerpo general de bomberos. O puede cabalgarse en su bucéfalo y volver a Lima, a paso marcial, mientras Oyón, humea...

*Sin balas*

La lucha no está en las alturas ni está en los campos: la lucha esta en la ciudad.

No son los soldados del mayor Patiño Zamudio ni son los soldados del coronel Arenas los que pelean. Los soldados del mayor Patiño Zamudio y los soldados del coronel Arenas marchan con el fusil al hombro. Arman sus tiendas de campaña. Ocupan posiciones estratégicas. Y se miran con largavista. Pero no se disparan. Hay ruido de galopes, pero no hay ruido de balas.

Los que pelean son otros.

Pelean delante de nosotros; pelean sin miramientos ni contemporizaciones; pelean sañuda y encarnizadamente; pelean a brazo partido; pelean como malos enemigos.

Los liberales son los de este lado y los civilistas son los del otro. Los liberales tienen el poder y los civilistas lo necesitan. Los liberales se hallan detrás del señor Pardo apoyándolo y los civilistas se hallan delante del señor Pardo conminándolo.

Naturalmente, todo lo que pasa es que los civilistas quieren sustituir a los liberales; pero no sustituirlos a medias sino sustituirlos totalmente.

Y quieren algo más sin duda alguna.

Según la gente, puede ser que los civilistas quieran, por ejemplo, hacer sentir que en estos momentos el gobierno no es suyo. Y para hacer sentir que el gobierno no es suyo tienen que exhibirse de esta manera: reclamándolo. Reclamándolo a gritos.

Y puede ser acaso que los civilistas quieran que en estos momentos se les vea en son de protesta, que se les vea resentidos con el señor Pardo y que se les vea asegurando que los únicos que mandan son los liberales.

Cosas de los civilistas.

El señor Pardo, que probablemente les adivina el pensamiento a los civilistas, debe sonreírse de que hayan esperado estos momentos para pedirle participación principal y sustantiva en la administración pública. Y para pedírsela con entonación de derecho. De derecho y de queja.

Ayer la noticia cundió por todas partes:

–El señor Miró Quesada, presidente del Senado, ha ido a Palacio. Ha ido a Palacio a hablar con el señor Pardo. Y le ha hablado muy sereno, muy mesurado, muy ecuánime y muy comedido. Pero al mismo tiempo, muy grave y muy serio.

Y el público, abriendo los ojos, preguntó enseguida:

–¿Y después habrá ido a Palacio el doctor Durand?

No dijo más porque era bastante con esto.

Bastante para que nosotros nos ratificáramos en nuestro convencimiento:

–Aquí es donde se combate...

(En *El Tiempo*: Lima, 26–VIII–1918)

VOCES

*Gritos en la calle*

El gobierno es popular.

Sólo que no se imaginen ustedes que esto le sirva para reunir al pueblo en la Plaza de Armas a reprobar la insurrección del mayor Patiño Zamudio. No se imaginen tampoco que esto le sirva para echar una muchedumbre cualquiera contra la prensa oposicionista. No se imaginen finalmente que esto le sirva por lo menos para rodear de ovaciones y de aplausos al Presidente de la República.

La adhesión del pueblo al gobierno es como la adhesión del ejército. Es una adhesión que deja que la llamen adhesión en los periódicos. Pero es una adhesión que se niega a ser más que una adhesión. Una adhesión que en el pueblo no sirve para aclamar espontáneamente al señor Pardo. Y una adhesión que en el ejército no sirve para disparar contra los revolucionarios.

Pero, sin embargo, el gobierno es popular.

Anoche la ciudad lo comentaba animadamente después de haber visto desfilar, entre dos luces, por las calles del centro a un grupo de gentes de alquiler. Un grupo de esos que se emplean en los coros electorales. Un grupo de esos que tienen interesante utilidad en nuestro zarzuelismo político.

Se había convocado al pueblo a un mitin; pero el pueblo no había ido probablemente porque habían acudido unos cuantos modestos ciudadanos que le tienen mucha afición a los mítines. Y que no pierden oportunidad de demostrarlo.

La gente oyó las voces:

–¡Viva el gobierno! ¡Muera la revolución!

Y se asomó rápidamente a las ventanas.

Pero cuando miró a la calle las voces estaban ya muy lejos.

Habían pasado de puntillas.

*Paso acelerado*

El proceso de Lima, eternamente trascendental y sonoro, apareció ayer en la mesa del Senado.

Apareció en hombros de tres dictámenes. Dictamen de la comisión electoral. Dictamen de la comisión de legislación. Dictamen de la comisión de constitución. Tres dictámenes que piden la intervención de la Suprema.

El público que estaba con el oído atento a todos los disparos, exclamó con sorpresa:

–¡Cómo! ¿También el proceso? ¿Además de la rebelión de los zapadores? ¿Además del manifiesto del mayor Patiño Zamudio? ¿Además de las protestas universitarias? ¿Además de la lucha entre civilistas y liberales? ¿Es posible que se junten tantas cosas en un solo minuto de la vida nacional?

Y corrió al Senado.

Pero el proceso de Lima no quiso sino dar su primer paso. Se presentó en la mesa del Senado. Ocupó su puesto en la orden del día. Y se quedó allí. El señor Sousa habló cuatro palabras. El señor Samanez solicitó que se publicaran los dictámenes. Y el señor Matos solicitó que se publicaran los dictámenes y los antecedentes. Dos pedidos que la Cámara no podía desechar de ninguna manera.

El público salió, pues, de la Cámara de Senadores con una sensación de intermedio.

Y se echó en busca del señor don Jorge Prado, grande e ilustre vecino del General La Fuente, para hablarle de esta manera:

–Bueno. Quiere decir que después de un año de ardides y enredos le van a ser abiertas las puertas de la Cámara de Diputados. Quiere decir que le van a ser abiertas nada menos que por la Corte Suprema. Y quiere decir que le van a ser abiertas en un momento de inquietante suspensión de las garantías individuales y de noble agitación de la juventud universitaria. ¡Va usted a entrar en la Cámara de Diputados bajo un palio de emoción!

El señor Prado, sintió que renacían en él todos los bríos tumultuarios de sus días de candidato de la juventud y del pueblo.

Y estuvo a punto de pronunciar una arenga.

Mas se reportó rápidamente, hizo un ademán risueño, preguntó cómo había sido lo del Senado y finalmente volvió los ojos, hacia la Corte Suprema comisionada por el destino para darle credenciales de diputado

por Lima e inmunidad de representante de la nación.

Y el público, más tarde, andando, andando, andando, se encontró con el señor Balbuena y lo detuvo para preguntarle:

–¿Todavía aspira usted, jocundo leader liberal, a la diputación por Lima? ¿Después de haber apadrinado en el Congreso la suspensión de las garantías individuales? ¿Las garantías individuales que sólo en Lima valen algo?

Y el señor Balbuena se escurrió en la defensa:

–Todavía aspiro a la diputación por Lima. ¡Pero, temeroso de haber perdido la simpatía del pueblo limeño por eso de la suspensión de las garantías, quiero que la elección se haga de nuevo!...

(En *El Tiempo*: Lima, 27–VIII–1918)

VOCES

*Mayoría enorme*

Gran suceso el de ayer.

El proceso de Lima se abrió paso en el Senado aprovechando de las confusiones, algazaras y nerviosidades del momento político. Arrolló a la oposición empeñada en anularlo, amortajarlo y sepultarlo. Y franqueó el primer umbral de la Corte Suprema.

Hubo poca oratoria.

Los liberales fueron al debate con desgano. Pensaron probablemente que no era tiempo de pronunciar discursos elocuentes sino de perseguir al mayor Patiño Zamudio. Y bostezaban con aburrimiento.

Y para probar las excelencias del sometimiento del proceso a la Corte Suprema se dieron la mano los grandes oradores del Senado. El "divino calvo" de nuestro flamenquísimo político señor Villarán. Y el apostólico senador de la capa magna señor Cornejo.

El público, ansioso de espectáculo, preguntó entusiasmado:

–¿Y por qué el pensamiento del señor Villarán no es distinto del pensamiento del señor Cornejo?

Y enseguida exclamó con vehemencia:

–¡A ver! ¡Que opine el señor Cornejo lo contrario del señor Villarán! ¡O que opine el señor Villarán lo contrario del señor Cornejo!

Pero no fue posible, por supuesto, darle gusto al público. El señor Villarán y el señor Cornejo hablaron de consuno. El concepto del señor Villarán era el concepto del señor Cornejo. El concepto del señor Cornejo era el concepto del señor Villarán. Las ilustres firmas de ambos senadores amparaban un mismo dictamen. Y otra ilustre firma las reforzaba, la del señor Osores, político de famosas empresas, de sagaces palabras y de grandes silencios.

El debate llegó rápidamente a su término.

Y con la votación vino el triunfo para los defensores del sometimiento

del proceso de Lima a Lima. Vino sin estruendos y sin conmociones. Vino como un acontecimiento natural y lógico.

La gente quiso salir a las calles gritando:

–¡Vivan los diputados por Lima! ¡Viva Miró Quesada! ¡Viva Prado!

Mas le recordaron a tiempo:

–¡Cuidado! Estos gritos pueden parecer subversivos.

Se asombró la gente entonces:

–¿Gritos subversivos, por qué? El proceso de Lima no tiene nada que ver con la rebelión de los zapadores.

Y le replicaron:

–Bueno, gritos subversivos no; pero gritos contra el gobierno sí.

Y le agregaron a guisa de explicación:

–¿No se fijan ustedes en que el querer del gobierno es el querer de los liberales? ¿Y en qué ahora ha venido el querer de los civilistas? ¡Voto civilista se llama este voto del Senado!

No pudo haber, por esto, vítores ni aclamaciones en las calles ni en las plazas.

Apenas si pudo haber comentarios.

Comentarios que, invariablemente, dijeron:

–Derrota del gobierno.

(En *El Tiempo*: Lima, 28–VIII–1918)

VOCES

*Partido catedrático*

El gobierno es el partido liberal; el partido liberal es el gobierno.

Inoportuna es, pues, la demanda del civilismo de que se le devuelva su señorío de otros tiempos en el Palacio gubernativo. El señor Pardo ve que, mientras el partido liberal busca los hilos de la conspiración y abre sus fuegos contra el mayor Patiño Zamudio, el civilismo del senado se confabula para incorporar en la Cámara de Diputados a los señores Luis Miró Quesada y Jorge Prado. Y ve además el señor Pardo que, mientras el civilismo no tiene más noticia de Oyón que la que le dieron en el colegio, el partido liberal conoce palmo a palmo Oyón y sus vericuetos.

Un gobierno civilista sería en estos momentos un gobierno sin práctica, sin capacidad y sin suficiencia para hacerle frente a la revolución. Un gobierno liberal, en cambio, es un gobierno aleccionado por la experiencia sobre la revolución y sus achaques.

Naturalmente el civilismo no se conforma con esto. Y se empeña en dejarle sentir su descontento al señor Pardo. Aprovecha toda buena oportunidad de hostilizar sigilosamente al gobierno. Lo obliga a defenderse de sus pellizcos astutos al mismo tiempo que de las acometidas súbitas de la revolución. Trata de desasosegar al señor Pardo más que el mayor Patiño Zamudio, más que el capitán Canta y más que el doctor Humberto Negrón. Y se esfuerza en convencer al gobierno de que más vale maña que fuerza.

Pero los liberales se encogen de hombros. Piensan que nada importa que los civilistas los derroten en el Senado si ellos derrotan a los civilistas en el Palacio de Gobierno. Y gritan que el voto de los civilistas del Senado afianza su hegemonía en la administración pública.

Y la culpa de su suerte la tiene el civilismo. El civilismo no manda hoy porque el civilismo nunca ha sido rebelde, porque el civilismo nunca ha corrido a caballo por las quebradas, porque el civilismo nunca ha solivian-

tado los cuarteles, porque el civilismo nunca ha andado de conspirador ni de faccioso.

El partido liberal, en tanto, es un partido tradicionalmente revolucionario. Nació con la carabina al brazo y con la cartuchera bien provista. Desde su infancia aprendió a trepar los cerros y a tirarles galgas a los gendarmes. Muy raros fueron los momentos en que estuvo sosegado y tranquilo. Se alternaban en su vida cuatro períodos: el de la conspiración, el de la montonera, el del escondite y el de la amnistía.

Es un partido, por lo tanto, que se sabe de memoria el mapa de las sierras peruanas. No hay desfiladero que no haya explorado, no hay quebrada que no haya recorrido, no hay desabrimiento que no haya conocido. Profesional de la revolución le llamará la historia.

Y nuestro ingenioso caballero andante, el doctor Durand, es, por supuesto, el grande y sumo técnico del partido liberal.

Por eso hoy lo miramos dirigir la persecución del mayor Patiño Zamudio, serenar los nervios del gobierno, señalarle al país el camino de Ihuari, concertar las medidas de la represión, de la vigilancia y del castigo.

Y el público dice que, después de haberse ejercitado en hacer la revolución en la quebrada, comienza el doctor Durand a ejercitarse en deshacerla desde la ciudad.

(En *El Tiempo*: Lima, 29–VIII–1918)

*JOSÉ MATÍAS MANZANILLA intentando resucitar con su oratoria al partido civil, en el apunte de Alcántara Latorre.*

*El parlamentario ABELARDO GAMARRA, en expresivo apunte de Ibarra.*

VOCES

*El anillo de hierro*

Todos los días la ciudad lee ávidamente los comunicados oficiales. Los lee en la cama apenas abre los ojos y se sacude el sueño. Los lee antes de tomar el desayuno. Los lee extrayéndoles el zumo y atisbándoles la interlínea.

Y los comunicados oficiales le dicen un día:

–La facción del mayor Patiño Zamudio está rodeada por las tropas del orden. Se ha metido en un callejón sin salida. El gobierno la tiene encerrada dentro de un anillo de hierro.

Y le dicen lo mismo al día siguiente:

–El mayor Patiño Zamudio ha sido cogido dentro de un anillo de hierro. El gobierno le ha cortado todas las retiradas. Dentro de pocos momentos la revolución habrá concluido.

Y le dicen lo mismo al otro día:

–El anillo de hierro ha comenzado a estrecharse. Las tropas del orden no cesan en acercarse al mayor Patiño Zamudio.

Los comunicados oficiales no varían de contenido. Diariamente anuncian el avecinamiento de la aprehensión del mayor Patiño Zamudio. Y ni siquiera varían de contenido. El "leit motiv" de los comunicados oficiales es "el anillo de hierro".

Y la ciudad, que no se conforma con la monotonía, comienza a indignarse contra los comunicados oficiales.

–¡Basta de anillos de hierro! ¡Venga una noticia emocionante y sustanciosa! ¡Venga de una vez algo truculento! ¡Cómo es posible que el coronel Arenas no nos haya traído todavía al mayor Patiño Zamudio para conocerlo personalmente!

Y no es esto solo.

Es también que la ciudad coge entre las manos los periódicos, les toma el pulso a sus informaciones, analiza los acontecimientos, pone los ojos en

las sierras de Sayán y Oyón y atrapa y se guarda en el bolsillo los rumores que pasan como un soplo helado.

Y razona de esta guisa:

–El gobierno asegura que los revolucionarios huyen perseguidos. Pero he aquí que los revolucionarios se han establecido en Yauringa, en la "trinchera de Leoncio Prado", armados de carabinas, galgas y palos de escoba. Y bien. Un ejército que acampa no es un ejército que huye. Además, un ejército que huye es un ejército capaz de avanzar una legua por minuto. Y este ejército que, según el gobierno, huye, no ha avanzado en cinco días sino de Sayán a Yauringa. Luego este ejército no huye: este ejército espera. Y espera en una trinchera gloriosa.

El gobierno insiste en sus comunicados oficiales:

–¡El mayor Patiño Zamudio corre perseguido por el coronel Arenas!

Y la ciudad, a pesar de la suspensión de las garantías individuales, se atreve a mover la cabeza:

–¿Pero, si corre, cómo es que no ha pasado aún de Yauringa? ¿Cómo es que el coronel Arenas, que corre tras él, no le ha alcanzado aún? O el mayor Patiño Zamudio no corre o el coronel Arenas no tiene ganas de seguirlo.

Y, a continuación, la atmósfera se puebla de preguntas:

–¿Y por qué se ha hecho volver a Supe al vapor "Urubamba"? ¿Por qué se ha asustado en alta mar a los apacibles pasajeros de una nave mercante? ¿Por qué se ha turbado la normalidad y el orden de su viaje? ¿Por qué ha salido la Escolta?

Y no hay quien se atreva a contestar.

Todo el mundo se pone el dedo en la boca. Mira a hurtadillas. Se aprieta el pecho para que no se le escape el corazón. Y aguza el oído para oír los disparos del ejército que persigue, asedia y confunde, según los comunicados oficiales, al mayor Patiño Zamudio.

Y los disparos no suenan.

(En *El Tiempo*: Lima, 30–VIII–1918)

VOCES

*Escenario de drama*

Santa Rosa de Lima, reina y señora de la ciudad, no quiso que cometiéramos ayer ninguna malacrianza, ninguna travesura, ninguna mataperrada. En obsequio a su fiesta no sesionaron las cámaras, no se abrieron las puertas de la Universidad, no hubo mitin de los estudiantes, y no pronunció el Sr. Cornejo el extraordinario discurso destinado a tumbar al ministerio en el nombre de la juventud tundida y maltrecha.

Si la fiesta de nuestra dulce y buena santa no hubiera brillado al amanecer en el calendario habríamos tenido ayer un día tremendo. El Parlamento habría vibrado trémulo y conmovido. Los estudiantes habrían recorrido las calles aclamando al señor Leguía y al señor Prado. El señor don Antonio Miró Quesada habría dirigido otra vez entre sonrisa y sonrisa, un voto del civilismo en la Cámara de Senadores. Los gendarmes y la policía habrían salido a la calle sonando sus sables y cargando sus rifles. Y los granujas habrían consagrado el alboroto pregonando a grito herido las ediciones extraordinarias de los periódicos.

Pero Santa Rosa no podía consentir que el día de su fiesta fuera un día de convulsión para su tierra. Amaneció sonriéndonos desde los campanarios. Y pidiéndonos amor desde los altares.

El gobierno pensó que el día era de armisticio. Armisticio oportuno. Armisticio milagroso. Armisticio salvador.

Y la ciudad hubo de contentarse con glosar la sableadura de los universitarios poniendo el grito en las nubes.

–¿Quiere decir que este fuerte y valeroso gobierno del señor Pardo descarga sobre los chicos de la universidad los golpes que no puede descargar sobre los soldados del mayor Patiño Zamudio? ¿Quiere decir que le pega a la juventud porque no puede pegarle a la revolución? ¿Quiere decir que ha desenvainado trágicamente el sable? ¿Quiere decir que de veras se han acabado las garantías individuales?

El clamor de los periódicos repercutió de labio en labio.

Y las gentes, para vengar la sableadura, se pusieron a soltar preguntas inquietantes:

–¿Todavía no se acerca el coronel Arenas al mayor Patiño Zamudio? ¿Todavía no se dispara? ¿Todavía no le apunta? ¿Todavía no le grita que le perdona la vida? ¿Todavía no le da fuego al gobierno el fusil que tiene en la mano desde hace tanto rato?

Y el criollismo fluye su arranque:

–¿Qué es de la vida de las balas?

El ambiente, a pesar de Santa Rosa, era sulfuroso y tropical.

Y, aunque no salían a las calles, los estudiantes se entretenían en ensayar a la sordina un grito entusiasta:

–¡Viva el doctor Prado! ¡Viva el Maestro de la Juventud!

Un grito destinado a sacar de quicio al gobierno en este momento en que mira flamear la bandera del mayor Patiño Zamudio en una cumbre histórica que tiene el nombre de un héroe. Héroe, Prado y Coronel al mismo tiempo.

(En *El Tiempo*: Lima, 31–VIII–1918)

VOCES

*Fin de mes*

El mes de agosto que ha sido al mismo tiempo el mes de Santa Rosa de Lima y el mes del mayor Patiño Zamudio, concluyó ayer sonora, brava y bulliciosamente.

La juventud universitaria amaneció con el apóstrofe en los labios y con el ideal en el corazón. Se desperezó muy temprano. Preguntó por teléfono al Palacio de Gobierno si había renunciado el gabinete. Y salió a la calle resuelta a devolver al país las garantías individuales suspendidas de consuno por el gobierno y el congreso para vengarse en la ciudad de la revolución que arde en las sierras.

Muy temprano tuvimos reunida en asamblea solemne, en la Universidad de San Marcos, una muchedumbre entusiasta y bizarra. Y acaso por primera vez tuvimos una asamblea sin discrepancias y sin divisiones. Acaso por primera vez tuvimos una asamblea unánime en el sentimiento, en el propósito y en la aspiración.

Todos los estudiantes calificaron con la misma entereza el ultraje de la policía, reclamaron con el mismo ímpetu el restablecimiento de las garantías individuales y aclamaron con el mismo fervor al ilustre y sabio maestro de la juventud doctor don Javier Prado. Y luego, lanzados en la empresa de reconquistar para la república el señorío absoluto de la constitución, vinieron a esta calle del General La Fuente en busca de la palabra tónica, eminente y afectuosa del doctor Prado.

El gran patio de la muy famosa casa de los señores Prado y Ugarteche recobró los atributos de su antigua y noble popularidad; se llenó de vítores al Maestro de la Juventud y recogió dentro de sus muros esclarecidos todos los anhelos de bien, de purificación y de mejoramiento que palpitan hoy en el Perú.

El doctor Prado recibió a los universitarios con los brazos abiertos. Los universitarios le recordaron que ellos eran sus discípulos y que él era su

pastor muy amado. Y él les habló con la austeridad, altura y cariño del maestro, del pensador y del amigo. La protesta del doctor Prado se unió a la protesta de la juventud, a la protesta del periodismo y a la protesta de la nación para reprobar la sableadura del miércoles.

Pero la manifestación no concluyó aquí.

La juventud universitaria exclamó:

–¡Ya hemos vituperado el atropello! ¡Ya nos hemos exhibido solidarizados contra los sablazos! ¡Ya hemos oído a nuestro rector! ¡Pero todavía no hemos restablecido las garantías individuales! ¡Vamos a restablecerlas! ¡Vamos al Palacio de Gobierno!

Y se encaminaron al Palacio de Gobierno. Mas no para mirarle la fachada, ni para llamar al señor Pardo a un balcón, ni para quejarse dolorosamente de la sableadura. Eso de ninguna manera. Se encaminaron al Palacio de Gobierno para entrar en él.

Naturalmente, en la puerta del Palacio de Gobierno los atajaron. Los atajaron sin decirles una palabra. Los atajaron sin escucharles siquiera. La guardia no había sido puesta allí, como es lógico, para enterarse de que la juventud deseaba restituirnos a todos, enseguida, el goce de las garantías individuales.

Y los estudiantes, después de gritar su cólera contra los hombres de Palacio, siguieron su camino.

Sólo que, poco a poco, se fueron acordando de que no habían salido a la calle únicamente para mostrar su ardimiento doctrinario sino también para mostrar su enojo justiciero.

Y arremetieron contra la plancha del doctor Pérez; visitaron las imprentas; vitorearon hasta enloquecer al señor Leguía y al señor Prado; clamaron contra el gobierno y sus sablazos, y se dieron cita para reunirse en la tarde en las puertas del Parlamento.

Poseídos por el sano optimismo de la juventud, no sospechaban que el gobierno se dijese en esos momentos mirándolos desfilar por la ciudad:

–Bueno. La mañana será de ustedes; pero la tarde no.

*La tarde*

Las sesiones de las cámaras eran una esperanza para la ciudad pero eran un peligro para el gobierno. Las cámaras iban a deliberar delante de una gallarda barra de universitarios. Los desmanes de la policía no podían dejar de ser rotundamente reprobados por ningún representante. La responsabi-

lidad gubernamental no tenía atenuantes. Y la inminencia de un discurso grandilocuente del señor Cornejo estaba comprada.

La defensa del gobierno no reposaba, pues, en la adhesión de las mayorías. Para la adhesión de las mayorías hay un límite siempre. Las mayorías no son mayorías en todas las ocasiones. La defensa del gobierno reposaba ayer en la inasistencia de sus amigos a las cámaras. No había más remedio que frustrar el quórum.

Y el quórum fue frustrado.

No hubo sesión en la Cámara de Diputados ni en la Cámara de Senadores. Los diputados y los senadores pardistas no quisieron mirarle las caras a los estudiantes. Y se quedaron en sus casas leyendo el diario de los debates.

Una gran muchedumbre, que aguardaba las sesiones en la Plaza de la Inquisición, se consideró defraudada. Quiso silbar hasta los huairuros del señor Menacho que con nadie se meten. Y estuvo a punto de declararse mancomunada con el manifiesto del mayor Patiño Zamudio y con el gorro frigio del doctor Negrón.

Agitado y mal contento, el insigne tribuno señor Cornejo se paseó por la sala de sesiones del Senado, echó una ojeada a la Plazuela de la Inquisición y subió a la presidencia para preguntarle al señor Miró Quesada:

–¿Usted también cree que el Senado necesita quórum para oírme?

Y el señor Miró Quesada le sonrió no más.

La ciudad le volvió entonces la espalda al Parlamento y puso los ojos, junto con el corazón, en el mapa de las lejanas sierras donde el mayor Patiño Zamudio agita la bandera revolucionaria sobre el anillo de hierro del señor Pardo.

Mientras que los comunicados oficiales se entretienen en prepararnos el ánimo para una noticia final.

Una noticia que no viene nunca.

(En *El Tiempo*: Lima, 1º –IX–1918)

## VOCES

*Domingo primero*

Ha trascurrido un día inocuo.

Un día sin ruido universitario, un día sin ediciones extraordinarias de los periódicos. Un día sin comunicados oficiales sobre la revolución. Un día sin emoción, sin bulla, sin color, sin fuego y sin alma.

Un día que, si no hubiera sido el primer día del mes de setiembre y si no se hubiera interpuesto entre el público y el parlamento, habría carecido de toda importancia.

Pero siquiera ha habido eso de que ha comenzado en este día, saludándonos gravemente desde el calendario, el mes de setiembre, que es, acaso, un mes destinado a resonar en la historia patria.

Y la ciudad ha exclamado con la entonación más inocente del mundo:

–¡Caramba! ¡Ya estamos en otro mes! ¡Qué pronto se pasa el tiempo!

Y se ha acordado en seguida de que el nuevo mes nos sorprende con una revolución en casa. Con un manifiesto del mayor Patiño Zamudio sobre la mesa de noche, con la vida del ministerio en un hilo, con los universitarios en medio de la calle, con las garantías individuales en suspenso y con el doctor Negrón de gorro frigio.

Un montón de acaecimientos fabulosos.

El primer día de setiembre no ha tenido, pues, sucesos; pero sí ha tenido comentarios. Los ecos del mes de agosto han sobrado para ocuparlo. Y si no ha habido acción en el tablado, ha habido, en cambio, mucho movimiento en la tramoya. No se ha visto nada, pero se ha sentido mucho.

Se ha sentido, por ejemplo, muchas vueltas al rededor del quórum parlamentario. Unos dicen que ya se puede dar quórum. Otros dicen que todavía no. Unos dicen que ha pasado la hora de la censura. Otros dicen que puede volver.

Los liberales han estado toda la noche sacando la cuenta, con los dedos, de los votos firmes del gobierno en el Senado.

Y se han mostrado indecisos.

Han pensado unas veces que no les conviene un voto que traiga abajo al gabinete. Y han pensado otras veces lo contrario. Un voto que dejase al señor Pardo sin ministros sería para el señor Pardo un voto del civilismo. Y el señor Pardo tal vez no se lo perdonaría al civilismo y entonces el gabinete venidero sería integramente liberal.

Cavilando, cavilando, cavilando, los liberales han concluido por olvidarse del mayor Patiño Zamudio. El mayor Patiño Zamudio ha dejado de ser momentáneamente su enemigo. Anoche su único enemigo ha sido el civilismo. Y ni siquiera todo el civilismo. El civilismo del Senado no más.

Así ha amanecido la política.

El toro suelto, y el partido liberal con la capa al brazo, la plaza repleta, el público anhelante y nosotros conformes con que sea lo que Dios quiera.

(En *El Tiempo*: Lima, 2–IX–1918)

VOCES

*Seguimos sin quórum*

La espera nos está matando. Nos hemos pasado cuatro días aguardando la repercusión de los sablazos del jueves en las cámaras legislativas. Y las cámaras legislativas no han podido reunirse hasta ahora. Un día porque hemos tenido que celebrar a Santa Rosa. Otro día porque el gobierno ha frustrado el quórum. Otro día porque ha sido domingo. Y otro día porque el gobierno ha frustrado el quórum nuevamente.

Cuatro días de desvelo, de ansiedad y de tensión nerviosa nos parecen terribles para cualquiera. Para nosotros, más débiles que cualquiera, nos parecen mortales. Tan mortales que no querríamos la Presidencia de la República nada más que por no exponernos a no poder derrotar en doce días a una compañía de zapadores rebeldes.

Ayer amanecimos convencidos de que íbamos a asistir, por fin, a un gran debate parlamentario sobre la sableadura. Y era porque en sueños habíamos pensado que el gobierno no podía evitar indefinidamente el funcionamiento de las cámaras. El calendario y sus amigos le habían dado más de tres días para buscar una solución. Y encontrar una solución era, probablemente, más fácil que encontrar al mayor Patiño Zamudio.

Las horas de la mañana y de la tarde se nos antojaron muy largas. Sobre todo desde el momento en que nos trajeron la noticia de que los universitarios se habían reunido en una gran asamblea para acordar su concurrencia a las sesiones de las cámaras. Y desde el momento en que supimos que el señor Cornejo se había confirmado en el propósito de conmover a la república con su palabra elocuente y maravillosa.

Pero de repente las gentes bien informadas empezaron a asegurarnos:

–Hoy no habrá quórum tampoco.

Movimos nosotros la cabeza:

–¡Imposible! ¡Hoy habrá quórum! ¡El gobierno no puede demorar tanto en decidirse!

Y vino en nuestra ayuda el periódico de la tarde que anunciaba la renuncia del Ministro de Gobierno.

Porfiamos enérgicamente:

–¡Para qué se va a frustrar el quórum! ¡Para qué, si el señor Sayán y Palacios, según el periódico, ha tirado ya la cartera! ¡Y si, posiblemente, la renuncia del señor Sayán y Palacios causará la renuncia del gabinete! ¿No han visto ustedes, por ventura, la firma del señor Tudela y Varela al pie de una moción de censura al Ministro de Gobierno de 1911? ¿No saben ustedes, además, que el señor Tudela y Varela es catedrático de esta universidad, sableada y ofendida, que recorre las calles pidiendo el restablecimiento de las garantías individuales?

Y nos replicaron entonces:

–Pues bien, señores periodistas, por eso mismo no habrá quórum.

Muy pronto miramos que estaban en lo cierto.

El gobierno mandó a la Plaza de la Inquisición tropas casi tan numerosas como las que asedian al mayor Patiño. Les cerró todas las bocacalles a los universitarios. Tomó grandes y ruidosas disposiciones militares. Pero no dejó que las cámaras sesionasen.

Tanto en la Cámara de Diputados como en la de Senadores, la atmósfera fue exactamente idéntica. Se sintió claramente que el gobierno maniobraba en la ciudad más que en las sierras. Y que su táctica en la ciudad, como en las sierras, era la misma: no presentar batalla...

*Junín glorioso*

El anillo de hierro va quedando en rídiculo.

Era, según los comunicados oficiales, un anillo que tenía encerrado el mayor Patiño Zamudio. Era un anillo Hindenburg.

Y ahora resulta que los revolucionarios han aparecido en las pampas de Junín, resueltos, seguramente, a nutrirse con el abundante ganado que en ellas se refocila, guarda y apacienta.

Ayer no más ha habido que enviar apresuradamente, en busca del mayor Patiño Zamudio, un convoy con tropas, caballos y municiones. Se ha conmovido a la ciudad con la salida de otra expedición armada hasta los dientes. Y ha resonado en el tren una gran proclama del señor Pardo. Una proclama comparable sólo a la inmortal proclama de Bolívar que aprendimos de memoria en el kindergarten.

Rodeado de las autoridades militares, el señor Pardo les ha hablado así

a los soldados:

–¡Son ustedes, soldados del Regimiento Número 1, los herederos del ilustre nombre de "Húsares de Junín"! ¡Y van ustedes a luchar y vencer por el orden público en las mismas históricas pampas donde los primeros Húsares de Junín lucharon y vencieron por la independencia de la república!

Alguien ha pronunciado entonces una murmuración a la sordina:

–Bueno; pero en esas pampas hace ahora mucho frío.

Y el señor Pardo ha tenido que malograr el estilo épico de su arenga con esta frase prosaica:

–No importa que haga frío. Yo les mandaré a ustedes chompas y frazadas.

Después ha partido el tren sonando agudamente su pito.

(En *El Tiempo*: Lima, 3–IX–1918)

## VOCES

### *Fin de maniobras*

Ha vuelto la calma. Ha vuelto bruscamente. Ha vuelto a tiempo para evitarnos que nos muriéramos de fatiga, de insomnio, de escalofrío y de zozobra. Con el último comunicado oficial sobre el pecho hemos podido, por fin, echarnos a dormir a pierna suelta después de trece días de vigilia y desasosiego.

Hoy amanecemos en medio de una tranquilidad cristiana y de una fraternidad conmovedora y dulcísima. No parece que acabáramos de salir de una revolución. El alba nos sonríe plácidamente.

Y es, probablemente, porque ha habido revolución, pero no ha habido combate. El mayor Patiño Zamudio no ha quemado más cartucho que el de su manifiesto y el coronel Arenas no ha quemado ni siquiera un cartucho de esta clase. La única sangre que se ha derramado ha sido la sangre de la juventud universitaria. Y la juventud universitaria, resuelta a derramar toda su sangre por la patria, lo ha olvidado ya.

Todo ha concluido sin detonaciones.

–Maniobras del ejército– ha dicho el prefecto interino de Lima comandante Gómez.

Y nosotros, extenuados por la mala noche, hemos repetido su frase bostezando:

–¡Maniobras del ejército!

Y hemos pensado que si el mayor Patiño Zamudio no ha hecho más que obligar al ejército a un momento de sport no merece que lo traten mal los periódicos. Es un militar socarrón que ha querido que el Ejército Peruano salga de sus cuarteles en esta época en que los grandes ejércitos del mundo pelean denodadamente. Y que ha demostrado así muchas aptitudes para reemplazar al coronel Cateriano en el Ministerio de Guerra. Grande y temeraria es la injusticia de quienes le han puesto con centinela de vista, de quienes lo llaman sedicioso y de quienes se preparan para juzgarlo y

condenarlo.

Aquí no ha pasado nada.

El ejército ha maniobrado. Se ha movido aceleradamente. Ha oído una proclama del señor Pardo. Ha marchado y ha contramarchado. Ha improvisado un anillo de hierro. Se ha comido el rancho del enemigo. Después ha recibido los parlamentarios del mayor Patiño Zamudio. Y no ha firmado un tratado de paz en Pucará porque los tratados de paz no son cosa de militares sino de diplomáticos.

Esta revolución ha sido acaso la primera revolución peruana que no nos ha dejado luto. Su historia ha empezado y ha concluido sin defunciones. Lo cual ha representado tal vez una galantería con los periodistas que así no han tenido que escribir esta vez ninguna nota necrológica.

Y, por esto, es que no tenemos por qué andar apenados.

El congreso reunido ayer serenamente nos ha devuelto las garantías individuales para que podamos reanudar los corrillos de las esquinas, regresar a la barra de las cámaras, gritar lo que se nos antoje y soltar todas las carcajadas que la holganza de nuestro espíritu necesite.

Hay que pronunciar palabras bíblicas:

–¡Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

Hombres de buena voluntad somos aquí todos...

(En *El Tiempo*: Lima, 4–IX–1918)

VOCES

*Principios y estatutos*

El grupo parlamentario de la Cámara de Diputados acaba de pedirnos a todos los peruanos que lo tomemos en serio. En su nombre nos ha hablado la voz suave, aterciopelada y serenísima del señor Fuchs. Y no nos ha hablado desde la tribuna de la Cámara de Diputados sino desde las columnas de los periódicos. Probablemente para que sus declaraciones sonasen a todos los vientos y no se quedasen en el diario de los debates.

Acontece, pues, que el grupo parlamentario no quiere ser un grupo sin organización y sin programa. No se contenta con un acuerdo privado: suscribe un acuerdo público; firma estatutos y principios; comisiona al señor Fuchs para que los mande a la prensa; resuelve celebrar una sesión quincenal; reglamenta sus reuniones y sus procedimientos; y proclama todos los ideales necesarios para que la república lo admire.

Componen el grupo dieciséis diputados. Dieciséis diputados unidos, según sus estatutos, por el vínculo de la doctrina y unidos, según toda la gente, por otro vínculo más. Vínculo político naturalmente. Las doctrinas son siempre muy sugestivas; pero sólo las doctrinas no pueden juntar, atar y amalgamar en un grupo parlamentario al señor Benavides, al señor Borda, al señor Vivanco, al señor Vignati, al señor Urbina, al señor Cox.

El rótulo doctrinario del grupo no es, como se comprende, sino un rótulo. Se trata de dieciséis diputados que quieren constituir una fuerza política. Y para constituirla alzan varias banderas. La bandera de los armamentos. La bandera de la vitalidad. La bandera de las reformas tributarias. La bandera de la protección a la raza indígena. Todas las banderas posibles.

El público pronuncia su comentario:

–Bueno. Pero, ¿quién es el leader de este grupo?

Y el grupo le responde con sus estatutos en la mano:

–Este grupo no tiene un leader permanente. Cada uno de sus miembros

es su leader durante veinticuatro horas.

El público se sonríe:

–Bueno. Eso es en los estatutos. Pero ¿cómo es en la intimidad? ¿Quién lo encabeza? ¿Quién lo inspira? ¿Quién lo dirige? ¿Es, tal vez, el señor Benavides?

Y el grupo vuelve a responder con los estatutos:

–No; la firma del señor Benavides aparece en primer lugar porque en el grupo parlamentario todo está sujeto al orden alfabético.

El público entonces se calla.

Y recuerda que al principio se aseguró, en voz alta, que este grupo parlamentario se llamaba maurtuismo y que luego se aseguró, en voz baja, que se llamaba benavidismo. Parecía maurtuismo porque vibraba en los labios de sus organizadores la alabanza al talento del señor Maúrtua. Parecía maurtuismo porque nacía a raíz de la entrada del señor Maúrtua en el ministerio. Parecía maurtuismo porque se ponía bajo el auspicio, el consejo y la gracia del señor Maúrtua. Y parecía, al mismo tiempo, benavidismo porque sus miembros eran principalmente amigos del señor Benavides.

El público salta del recuerdo a la calle y busca con los ojos al gran ministro bolchevique para ver si efectivamente tiene fisonomía de jefe de grupo.

Y lo encuentra tan bolchevique, tan despreocupado, tan distante de la maniobra política y del enredo cotidiano, que exclama lleno de convicción mirando al grupo parlamentario:

–Maurtuista no es sino la doctrina...

(En *El Tiempo*: Lima, 5–IX–1918)

*LEGUÍA corteja a la Candidatura Presidencial mientras el Presidente Pardo lo atisba receloso desde el cuadro, según la pluma de Málaga Grenet.*

*El diputado PEDRO LARRAÑAGA en la difícil tarea de unificar el partido civil, según la divertida pluma de Alcántara Latorre.*

## VOCES

### *Civilistas y liberales*

Se ha apagado el postrer eco del levantamiento del mayor Patiño. Pero la guerra civil continúa. Y es que una cosa era la revolución –esa revolución proclamada por los zapadores de la vanguardia con el gorro frigio de la libertad en la mano– y otra cosa es la guerra civil. Las batallas de la guerra civil se libran en las salas del Palacio de Gobierno, en las salas del Congreso, en las salas de los periódicos, sin ruido, sin manifiestos, sin marchas forzadas y sin comunicados oficiales.

Peleaban en la revolución los zapadores de la vanguardia contra los hombres del régimen. Pelean en la guerra civil los hombres del régimen contra los hombres del régimen. Sólo que no pelean a tiros, ni pelean a puñadas, ni pelean a cabezazos: pelean sin herirse ni golpearse. Andan en los mismos forcejeos que esos chicos de la escuela sentados con solidaridad aparente en la misma banca y empeñados con clandestina belicosidad en disputarse el sitio y mermarse su anchura.

Y esta guerra civil es muy trascendental. No se trata de un resentimiento transitorio entre los partidos del gobierno. Se trata de un conflicto sustancial entre sus aspiraciones y derechos. Los civilistas miran que se aproxima la elección de Presidente de la República en momentos en que los liberales predominan en el Palacio de Gobierno y en el corazón del señor Pardo. Y los liberales se refocilan con la idea de cobrarles algún día a los civilistas sus agravios y sus desdenes.

Para los periodistas políticos el espectáculo es delicioso. Es un espectáculo sin las emociones del de la revolución; pero es, en cambio, un espectáculo sin peligros. La revolución trae aparejada la suspensión de las garantías individuales. La guerra civil deja intactas todas las garantías. Durante la revolución no puede uno celebrar una proeza de los revoltosos por simpática que sea. El entusiasmo tiene que ser siempre gobiernista. Un entusiasmo antigobiernista representa una mancomunidad con la

revolución. Durante la guerra civil puede uno entusiasmarse como le venga en gana. Puede aclamar ora a un bando ora al otro. Puede gritar desaforadamente su pensamiento. El comentario periodístico no está obligado a ser neutral.

Ahora, por ejemplo, los periodistas políticos nos sentimos a nuestras anchas. Ahí, en la acera del frente, está la guerra civil entreteniéndonos con sus episodios y sus anécdotas. Aquí, en la otra acera, estamos nosotros glosándola a nuestro gusto y sazón. Los civilistas nos hablan pestes de los liberales. Los liberales nos hablan pestes de los civilistas. Y nosotros les llevamos a los liberales la murmuración de los civilistas para llevarles después a los civilistas la murmuración de los liberales. Que es la manera de que nos vuelvan a hablar pestes los unos de los otros.

Y para mayor ventura nuestra la guerra es terrible.

Hoy el proceso de Lima tiene frente a frente a los civilistas y a los liberales. Los civilistas quieren que los diputados electos se incorporen a su Cámara. Los liberales, convencidos de que no pueden incorporar a su candidato, quieren que no se incorpore a nadie. Los civilistas, soliviantados, dicen que el señor don Luis Miró Quesada debe ocupar su escaño y que para eso es civilista. Los liberales contestan que no: que para que el señor Miró Quesada ocupe su escaño es indispensable que ocupe también el suyo el señor don Jorge Prado. Y los civilistas, más soliviantados entonces, replican que claro, que naturalmente, que justo. Y que el Sr. Prado, si bien no es civilista como el señor Miró Quesada, es hermano del señor don Javier Prado, uno de los grandes pontífices del civilismo.

El combate final va a ser en la Cámara de Diputados.

Y su éxito parece tan averiguado que, mientras los civilistas se esfuerzan por precipitarlo, los liberales ponen todo su afán en eludirlo.

Que es lo mismo que le reprochaban al mayor Patiño Zamudio cuando, insurrecto y trashumante, andaba en armas por las serranías...

(En *El Tiempo*: Lima, 8–IX–1918)

## VOCES

### *Corren los días*

Cuatro años se van volando.

Parece que ayer no más se hubiera reunido, bajo el auspicio patriarcal del general Cáceres, la convencion que patrocinaba esa vez al señor Pardo a la presidencia de la república. Y ya estamos en los preludios de otra convención patrocinada, apadrinada y recomendada por el señor Pardo. Y ya se aproxima apresuradamente el fin del gobierno del señor Pardo. Y ya ha habido una revolución enderezada a precipitar este fin.

Los políticos, los partidos y los círculos tienen puestos todos sus sentidos en el problema de la sucesión presidencial. Hacen cálculos sobre su solución probable. Y toman las medidas preliminares para la lucha.

Y el señor Pardo no se preocupa menos que los demás de la próxima elección. Mira de soslayo la amenaza de la venida del señor Leguía. Y les pide a los ciudadanos, sean o no sus amigos, que se junten en una convención para designar un candidato único y nacional.

La convención es una fórmula maravillosa para el señor Pardo. Si no fuera por la convención, tendría el señor Pardo que decidirse desde ahora por uno de los postulantes que lo rodean. Y habrían ido apartándose de su lado, poco a poco, los postulantes descontentos. El candidato oficial iría a las elecciones, por consiguiente, sin las fuerzas necesarias para resistir y vencer las jornadas cívicas de la tumultuosa democracia.

Gracias a la convención el señor Pardo no necesita favorecer a un candidato a costa de tal enojo y de cual resentimiento. El señor Pardo remite a la convención los anhelos y las expectativas de sus amigos. Y ningún pretendiente sale disgustado del gabinete presidencial.

Para todos, las palabras del señor Pardo son, seguramente, las mismas:

–Trabaje usted. Trabaje usted no más.

El proyecto de la convención camina, pues, empujado por todos los pretendientes alentados por estas palabras del señor Pardo. El señor Pardo

ha hecho de todos colaboradores igualmente activos y eficaces. Todos sostienen la conveniencia de la convención. Todos preconizan la conciliación y la armonía. Todos se oponen a que el sucesor del señor Pardo salga de las mesas receptoras de sufragios. Todos aseveran, con el señor Pardo, que la elección debe hacerse en una asamblea de gentes de la capital y no en los comicios populares de la república.

Los liberales y los civilistas, que tanto divergen cotidianamente, se muestran de acuerdo sobre la convención. Los demócratas organizando sus filas se organizan, sin duda alguna, para la convención. Los futuristas aceptan también la convención, aunque la quieren muy amplia, muy solemne y muy buena. Y los constitucionales no sueltan prenda. Se acuerdan probablemente de que en la convención pasada salieron vencidos. Y comentando el fervor con que el señor Pardo elogia la convención, dicen que cada uno habla de la feria como le va en ella...

(En *El Tiempo*: Lima, 9–IX–1918)

## VOCES

*Forfait se llama...*

Hemos estado a punto de poner un aviso preguntando por la suerte de la candidatura del señor Aspíllaga. Pero nos ha sujetado la mucha estimación que le profesamos al señor Aspíllaga por sus merecimientos y virtudes de gentleman, de caballero y de político. Gentes malignas, además, habrían mirado malevolencia en nuestra curiosidad. Y la ciudad entera no nos habría creído, por nada de este mundo, que realmente no queríamos sino conocer el estado, paradero y dirección de la candidatura del señor Aspíllaga.

Pero, en verdad, ya es hora de preguntar qué es de la candidatura del señor Aspíllaga. Se ha apagado, soplada por el aire frío de la cordillera, la tea revolucionaria. El mayor Patiño Zamudio ha entregado hidalgamente su espada de militar. Han concluido las jornadas universitarias, las aclamaciones al maestro de la juventud doctor Pardo y Ugarteche y las mataperradas contra el señor don Manuel Bernardino Pérez. Hemos vuelto a gozar de las garantías individuales que la constitución nos acuerda. Y, sin embargo de que ha pasado todo, absolutamente todo, definitivamente todo, no ha comenzado a sonar de nuevo, siquiera como un síntoma inequívoco de tranquilidad y calma chicha, la candidatura del señor Aspíllaga a la Presidencia de la República.

El público tiene de sobra para estar alarmado.

Y para exclamar:

–¿Cómo es esto? ¿Por qué no vuelve en sí la candidatura del señor Aspíllaga? ¿Este silencio es la muerte o es un síncope no más?

Y nosotros, aunque somos buenos y humildes admiradores del señor Aspíllaga, no podemos dejar de convenir, con el público, en que es indispensable que su candidatura le proporcione tema y comentario al humorismo criollo mientras llega la convención y sale de ella otra candidatura adornada de los atributos de candidatura nacional y resuelta a

recorrer las calles sobre un carro alegórico en medio de una apoteosis de quitasueños, gorros frigios, cadenetas, gallardetes y escarapelas.

Pensamos, sinceramente, que esto es muy natural.

Todos necesitamos aquí que no nos falte una candidatura explícita como la del señor Aspíllaga, mientras la convención nos trae una candidatura nacional que puede ser, si Dios no dispone otra cosa, la del señor Aspíllaga. Todos necesitamos aquí que haya siempre un candidato que circule por las calles, que entre a Palacio, que llame a las puertas de las casas y que mande cartas a provincias. Todos necesitamos aquí que la miscelánea política de la prensa se sazone todos los días con las anécdotas de una candidatura abnegadamente dispuesta a brindarse a cualquier tomadura de pelo.

Lógico es, pues, que nos sorprendamos de que la candidatura del señor Aspíllaga haya desaparecido entre la bulla de la revolución y de sus ecos.

Y que nos echemos a las calles en busca del señor Aspíllaga para pedirle que continúe siendo candidato a la Presidencia de la República hasta que lo reemplacen en tan eminente y prestigioso rol.

El señor Aspíllaga, con su gran bondad ingénita, sabrá atendernos, sabrá oirnos, sabrá contentarnos y sabrá, sobre todo, desmentirnos el cazurro rumor circulante de que su candidatura se ha borrado de la lista de candidaturas inscritas para la lucha. Que es lo que en las carreras, amo y señor de las cuales es el señor Aspíllaga, se denomina *forfait*...

(En *El Tiempo*: Lima, 10–IX–1918)

VOCES

*Margen de ideal*

Busquemos a los futuristas.

Aunque los futuristas no estén con el gobierno ni con la revolución, aunque no apoyen ni combatan la política gubernamental, aunque no sean amigos del señor Pardo ni del señor Leguía, aunque no vayan a Palacio ni conspiren en sus estudios de abogados, aunque no patrocinen ni reprueben la convención de los partidos y aunque no sean panegiristas ni adversarios del ejército y de sus fusiles, hay que averiguar cuál es su pensamiento, dónde se sitúa su intención y por qué senderos camina su ideal.

Para mucha gente el partido nacional democrático es en la actualidad un partido inocuo. Es un partido cuya voluntad no influirá en la solución del problema presidencial. Los proyectos del señor Pardo no tienen en él ni un auxiliar ni un estorbo. Los proyectos de la oposición tampoco. Carece de poder tanto para quitarnos como para darnos un Presidente de la República. Se halla alejado de toda posibilidad de amanecer un día de estos en el gobierno. No puede hacer el bien ni puede hacer el mal.

Pero, sin duda alguna, la gente que abriga tales convencimientos anda un poco equivocada. Aprecia por las apariencias la posición del partido nacional democrático frente a las próximas elecciones. Los futuristas son futuristas, pero no tanto.

Mírese que tal vez el partido nacional democrático ocupará un puesto en la convención preconizada por el señor Pardo. Mírese que entonces el partido nacional democrático será una entidad tan importante como los demás partidos. Mírese que el partido nacional democrático decidirá acaso con los votos de sus partidarios la elección de candidato. Mírese muchas cosas más que aparecen igualmente claras.

Ustedes moverán la cabeza risueñamente para decirnos:

–Bueno. Pero es que los futuristas no tendrán asiento en la convención si a los organizadores de la convención no les conviene que lo tengan. Los

futuristas no entrarán a la convención si no van a estar en ella muy quietecitos.

Persistiremos en nuestra opinión. Y les replicaremos a ustedes con un montón de argumentos. ¿Quién les garantiza a ustedes que los organizadores de la convención no hagan un mal cálculo? ¿Quién les garantiza que no se equivoquen? ¿Quién les garantiza que no pisen en falso? Pónganse ustedes en el caso de que los constitucionales no quisieran ir a la convención. ¿No creen ustedes que habría que rogarles a los futuristas su concurrencia?

Estamos en lo cierto, seguramente.

Y, por eso, nos parece que no debemos continuar olvidándonos de los futuristas. Debemos preguntar qué es de su vida, averiguar su propósito, seguirle la pista a su idealidad y pedirles a gritos que se pronuncien, de una vez, sobre la convención de los partidos.

Bien está que los futuristas no quieran ya aventarle al país ningún manifiesto. Bien está que ni aun le hayan refutado el suyo al mayor Patiño. Bien está que no hayan mandado todavía al parlamento las leyes que les encargó el insigne ministro bolchevique. Bien está que se tiren a la bartola sin que nadie se los reproche porque para algo son jóvenes. Pero no está bien, no puede estar bien, no estará bien nunca que los periodistas no los llevemos y traigamos en nuestras misceláneas políticas y que ellos no se entreguen en cuerpo y alma a la murmuración y a la travesura.

Y no está bien, sobre todo, que el señor Belaúnde nos salga de vez en cuando con aspavientos de brusca aversión a la política:

–¡Oh, la política! ¡Proterva, amigos míos, proterva!

(En *El Tiempo*: Lima, 11–IX–1918)

VOCES

*Besamanos y besamanos*

Estamos todavía en pleno besamanos. El país no se cansa de felicitar al señor Pardo por el restablecimiento del orden público. Restablecimiento del orden público se llama, como es sabido, la capitulación de los zapadores de la vanguardia en las alturas frías e hirsutas de Pucará.

Pasan los días, se extingue el eco del movimiento subversivo, vuelven a su sitio las cosas y las almas y hasta comienzan a caer sobre el gorro frigio del ejército de salvación las sombras del olvido; pero las cumplimentaciones no se acaban. Parece más bien que se multiplican. Hay mucha gente que necesita mostrar la alegría que tiene de que el señor Pardo continúe gobernándonos.

El besamanos es interminable.

El Ejército y la Marina, por supuesto, no podían faltar a él. Tenían que expresarle al señor Pardo su satisfacción de mirarle en Palacio vencedor y glorioso. Era indispensable que censurasen a los militares y a los marinos que habían empuñado las armas contra este gobierno.

Y, por eso, ayer, a la hora de la cita, se llenaron de oficiales, espadas y charreteras los salones de Palacio.

Pero el público ni siquiera se detuvo delante de los balcones presidenciales para mirar al señor Pardo rodeado del amor del Ejército y la Marina. El público pasó de largo por la calle. Y es, sin duda alguna, porque el público se ha puesto muy escéptico. El público cree que en el Perú las felicitaciones no quieren decir nada.

Y nosotros creemos lo mismo que el público.

Efectivamente, en el Perú las felicitaciones no quieren decir nada. Aquí se felicita a todo el mundo. Se felicita a un duelista después de haber felicitado al otro duelista. Se felicita a un polemista después de haber felicitado al otro polemista. Se felicita públicamente al que gana y se felicita clandestinamente al que pierde. Al que pierde se le felicita por la

buena intención y al que gana se le felicita por la buena suerte.

Los peruanos vivimos siempre felicitándonos.

Nos felicitamos por el año nuevo, nos felicitamos por el carnaval, nos felicitamos por el 28 de Julio, nos felicitamos por la Pascua de Navidad, nos felicitamos por mil motivos. Y no es que la felicidad nos favorezca. Es que a fuerza de felicitarnos nos hacemos a veces la ilusión de que somos felices. Nos felicitamos, pues, por un hondo interés recíproco. Hoy por ti, mañana por mí, como dice la filosofía criolla.

Un besamanos significa muy poco. Por grande, por solemne, por efusivo que sea, no preocupa la atención de nadie. El público no se detiene nunca en los renglones de la crónica palatina que lo reseñan. Un besamanos no es sino un besamanos.

Y seguramente el primero que lo entiende así en estos momentos es el señor Pardo. El señor Pardo comprende mejor que el público lo que vale un besamanos. No es capaz de engañarse sobre lo que representa un besamanos más en la historia de un Presidente de la República.

No puede ser de otra manera.

La experiencia del poder, la memoria de los sucesos, la enseñanza de los años, los desabrimientos del gobierno, la contemplación de las miserias de esta democracia lamentable y mestiza, tienen que haber vertido mucho pesimismo y mucha amargura y mucho desconsuelo en el espíritu del señor Pardo.

Y tal vez el señor Pardo, en un momento de dolorosa y brillante clarividencia, siente que este besamanos no constituye un homenaje a su persona y a sus méritos.

Porque, en verdad, señores, si al destino se le hubiera antojado, el besamanos habría podido ser para el mayor Patiño Zamudio.

(En *El Tiempo*: Lima, 12-IX-1918)

VOCES

*Candidato siempre*

Inquietos y nerviosos, preguntábamos el martes, desde esta columna cotidiana, por la suerte de la candidatura del señor Aspíllaga. ¿Dónde se había metido? ¿Había muerto acaso asustada por los disparos al aire del ejército de salvación? ¿Se había retirado de la aviesa y umbrosa cancha electoral? Con estas interrogaciones en los labios buscábamos por todas partes la silenciosa y sagaz limousine que carga y transporta los elegantes y donosos ensueños del señor Aspíllaga.

Y el mismo día en que así se desbordaba nuestra curiosidad la candidatura del señor Aspíllaga reaparecía en las calles. El señor Aspíllaga iba a Palacio a conferenciar con el señor Pardo. Los repórteres lo rodeaban en la puerta de la secretaría presidencial. El periódico del señor Echecopar se preparaba para hacernos una morisqueta. La voz de don Pedro de Ugarriza resonaba en todos los ámbitos del jirón de la Unión. Y corría de boca en boca el anuncio de que se amañaba en la sombra una asamblea civilista destinada a proclamar la conveniencia de que el señor Aspíllaga suceda al señor Pardo en el gobierno de la nación.

Ahora, pues, tenemos otra vez al señor Aspíllaga de candidato a la Presidencia de la República. El señor Aspíllaga no ha querido ser candidato solamente antes del manifiesto del mayor Patiño Zamudio. Ha querido que, apagados los estruendos de la subversión, volviese a erguirse su figura en el horizonte de la política nacional. Y que volviese a erguirse sin miedo a las balas ni a las conspiraciones.

El suceso nos alegra naturalmente. No era posible que nos faltase en el escenario de la política criolla un candidato a la presidencia resuelto y franco como el señor Aspíllaga. Era urgente que mirásemos entrar y salir de Palacio a un ciudadano abnegadamente dispuesto a alimentar el chiste callejero y la crónica festiva.

Y es que comenzábamos a perecer de aburrimiento. Toda la vida

peruana giraba alrededor del restablecimiento del orden público. No había más espectáculo para nuestros ojos que el del besamanos interminable. El tema de la revolución de los zapadores duraba porfiadamente. Y, aunque habíamos regresado a la normalidad, respirábamos todavía la atmósfera de la capitulación.

Hoy, en cambio, nos sentimos restituidos a los días regulares y ordinarios interrumpidos por el grito sonoro del mayor Patiño Zamudio. Nos encontramos con que, lo mismo que el gobierno del señor Pardo, subsiste la candidatura del señor Aspíllaga. Y con que el país sigue igual, totalmente igual, absolutamente igual, definitivamente igual. Que es, después de todo, lo mejor que podía ocurrirle.

Pero una cosa muy grave nos acontece.

Y es que el martes pedíamos ansiosamente la resurrección de la candidatura del señor Aspíllaga. Y hoy que la vemos circular nuevamente por las calles comienza a asaltarnos la tentación de pedir su retiro. Volvemos a acordarnos de que un gentleman tan perfecto y un ciudadano tan distinguido como el señor Aspíllaga no debe exponerse por ningún motivo a los groseros azares de nuestra democracia.

Sólo que ahora nosotros mismos, paradójicos y contradictorios, le aconsejaremos al señor Aspíllaga que no nos haga caso. Porque si nos quedamos otra vez sin su candidatura, nosotros también seremos los primeros en reclamarla a gritos. Y en recorrer las calles como locos averiguando su paradero...

(En *El Tiempo*: Lima, 13–IX–1918)

VOCES

*Era así...*

Ahora se ve que el grupo parlamentario no era un grupo maurtuista. Ahora se ve que maurtuista en el grupo parlamentario no era sino la etiqueta. Ahora se ve que todo podía ser el grupo parlamentario menos un grupo bolchevique. Muy pocos son los bolcheviques de esta tierra. Y esos pocos bolcheviques no están en la Cámara de Diputados.

Oigan ustedes al señor Borda, miembro eminente del grupo parlamentario. El señor Borda es un admirador inteligente y sincero del señor Maúrtua. Es el panegirista fervoroso de su talento, de su capacidad y de su sabiduría. Es su más apasionado discípulo. Y es, además, el que puso bajo el noble auspicio y la ilustre dirección del señor Maúrtua al grupo parlamentario.

Háblenle ustedes hoy al señor Borda del señor Maúrtua como jefe del grupo parlamentario.

El señor Borda exclamará inmediatamente:

–¡Maúrtua no es el jefe del grupo parlamentario! ¡Y no por culpa del grupo parlamentario sino porque Maúrtua no sirve para eso! ¡Maúrtua, el gran Maúrtua, no sirve para nada!

Y entonces a ustedes se les caerá el alma de asombro:

–¿Pero el grupo parlamentario no era un grupo maurtuista? ¿No era la primera manifestación de un movimiento maurtuista? ¡No era un síntoma de que aparecía silenciosamente un nuevo proselitismo?

El señor Borda, perspicaz, alegre y sonoro, se reirá de ustedes.

Y hará muy bien.

Desde el momento en que nos aseguraron que el señor Maúrtua era el leader del grupo parlamentario nosotros pensamos que no podía ser cierto. No lo dijimos en voz alta porque somos muy tímidos. Lo dimos a comprender con la mirada tan sólo.

El señor Maúrtua es idealista y soñador a pesar de que los acontecimien-

tos amenguan gradualmente el fuego de su optimismo. Pero el señor Maúrtua no es hombre de enamorar a los diputados, no es hombre de juntarlos, no es hombre de disciplinarlos, no es hombre de ponerse a la cabeza de ellos. Es demasiado bohemio y demasiado bolchevique para consagrar sus energías a la organización de un grupo parlamentario. No tiene habilidad para el cabe ni para la zancadilla. Jamás será un estratega de la política criolla.

El grupo parlamentario lo sabía perfectamente. Pero cayó en un momento de romanticismo. Puso el alma, con gran fervor patriótico en la elevación doctrinaria del señor Maúrtua. Y, dominado por este arrebato, quiso proclamar su maurtuismo.

Pero, poco a poco, le ha ido pasando la sentimentalidad. Poco a poco ha ido sintiendo que el señor Maúrtua no podía ser su leader. Poco a poco ha ido convenciéndose de que por muy cerca que creyera tener al señor Maúrtua lo tendría siempre muy lejos. Y el grupo parlamentario ha vuelto a ser un grupo de gente práctica, avizora y eficaz.

Y seguramente el señor Maúrtua se ha olvidado ya de que un día hubo en el Perú quienes miraron en él a su leader.

Leader de grupo parlamentario nada menos.

(En *El Tiempo*: Lima, 14-IX-1918)

VOCES

*Porvenir oscuro*

No damos dos centavos por la proyectada convención de los partidos.

El señor Pardo la ha recomendado a la consideración de los ciudadanos desde los majestuosos acápites de su mensaje al Congreso. El partido liberal la ha patrocinado con entusiasta ardimiento y la ha alabado con unciosa devoción. Todos los amigos del gobierno le han concedido su amparo.

Pero el destino, el destino avieso, el destino misterioso, el destino hosco, le ha puesto un montón de piedras en el camino.

El partido civil, después de mirar a la Convención con un desgano muy grande, ha advertido los muchos riesgos que encierra para su futuro. El partido liberal, padrino solícito de la Convención, ha comenzado muy pronto a dejarla de la mano secretamente. El partido constitucional, autor de la Convención que llevó al Palacio de Gobierno al señor Pardo, ha dado a entender que ya no le gustan las convenciones.

Y el propio señor Pardo ha sentido la posibilidad de que una convención organizada en estas condiciones le proporcione el disgusto de soltarle en cancha un candidato tan ingrato para él como el señor Leguía.

El público ha exclamado motivadamente:

–¡Así no puede haber convención!

Y no se ha equivocado.

Si los partidos que concurrieron a la convención pasada y si el presidente de la república salido de ella desconfían y recelan de una nueva convención no es sensato aguardar que se realice. Sobre todo cuando, al mismo tiempo, reaparece en el horizonte político, resurgido de entre escombros y cenizas, el partido demócrata. Y cuando se pone de pie para tenderle la mano con efusión filial otro partido jovencito del cual nos habíamos olvidado: el partido futurista.

Además los civilistas acaban de tener un gesto muy elocuente.

Olvidándose de tal pleito y de cual enojo se dirigen a los liberales para acudir, cogidos de las manos y agrupados bajo una sola bandera, a las elecciones presidenciales. No quieren que los liberales se vayan por un sendero distinto del suyo. Los invitan a la reconciliación y al conchabamiento. Y les recuerdan que la unión es la fuerza.

Piden alianza con una entonación muy sagaz y persuasiva. La piden con la misma entonación con que podrían pedir "pita". Y, aunque la pidan con el propósito de ser los mayores usufructuarios del negocio, el hecho es que la piden.

Y el hecho es también que la piden sin pronunciar una palabra sobre la convención.

No parece sino que los civilistas se encogieran de hombros y confesaran paladinamente:

–¡Qué convención ni qué convención! ¡Mejor que una mala convención es una buena alianza!

Es, por lo menos, lo que el público entiende.

Aunque de repente le haya caído encima un cablegrama de Londres que avisa esto:

–Me embarco a principios del mes entrante.

Algo que puede inyectarle un poco de vida a la convención de los partidos; pero que no basta para que rectifiquemos nuestra declaración de que no damos ni dos centavos por ella...

(En *El Tiempo*: Lima, 15–IX–1918)

VOCES

*Una tragedia*

No necesitamos hacerles a ustedes la más ligera pintura del señor Criado y Tejada. Pocos diputados son tan universalmente conocidos como el señor Criado y Tejada en todas las modalidades exteriores e interiores de su psicología, de su doctrina, de su figura y de su traje. Alegres escritores y atrevidos caricaturistas han popularizado al señor Criado y Tejada con la más eficaz de las persistencias y el más donairoso de los aciertos. Podría decirse que la gente tiene en la retina y en la conciencia el retrato del señor Criado y Tejada quien, indudablemente, vive agradecido a tan merecido y altísimo honor.

Notorio es, por ejemplo, que el señor Criado y Tejada más que aficiones de parlamentario tiene aficiones de militar. La vida de los grandes soldados le cautiva y le seduce. Mil veces lo ha sorprendido el sueño con la biografía de Alejandro el Grande o de Napoleón Bonaparte entre las manos fervorosas y pasionales. Su espíritu es un espíritu épico que ama la gloria, la disciplina, la batalla y los penachos.

Probablemente estas inclinaciones orgánicas situaron al señor Criado y Tejada en el partido constitucional en los lejanos tiempos de su marcial hegemonía. El señor Criado y Tejada no podía ser civilista. No podía ser demócrata. No podía ser sino constitucional. Únicamente el partido de La Breña era capaz de entusiasmarle.

Una sola cosa tiene, por esto, que sorprendernos en el señor Criado y Tejada: que no sea coronel. Una cosa que estamos seguros de que lo apesadumbra y lo aflige íntimamente. Una cosa que tal vez es el motivo de su silencioso alejamiento de las legendarias filas del cacerismo, donde seguramente existe más de un coronel que no posee el fuego bélico, el ardor heroico ni la aptitud táctica del señor Criado y Tejada.

Consecuente con sus convicciones y con sus sentimientos, el señor Criado y Tejada tiene el gran empeño de militarizarnos. Su ideal es que el Perú se levante con un toque de clarín y se acueste con otro toque de clarín. Para llegar a esa meta quiere que se enseñe a marchar a todo el mundo. Y si no ha presentado en la Cámara un proyecto disponiendo que el Presidente de la República sea forzosamente un mariscal ha sido por no enojar al señor Pardo, dueño y señor de sus más rendidas admiraciones y respetos.

No se pasa una legislatura sin que el señor Criado y Tejada formule alguna estupenda iniciativa militar y no se pasa tampoco una legislatura sin que pronuncie algún sonoro discurso guerrero. El país entero recuerda el famoso discurso en que, recomendando el ascenso del capitán Murga Cisneros, hizo la más pintoresca descripción de la batalla del Marne. En ese día célebre fue tan patético el verbo y tan sañudo el ademán del señor Criado y Tejada que sentíase en la Cámara el rudo estruendo de los cañones de 42 y el desagradable olor de los gases asfixiantes.

Esta legislatura no podía pasarse en blanco para el militarismo del señor Criado y Tejada. Era indispensable que el señor Criado y Tejada la conmoviese con una gran arenga. No era suficiente que el señor Criado y Tejada hubiese puesto el grito en el cielo contra la subversión del mayor Patiño Zamudio.

El señor Criado y Tejada que no podía dejar de advertirlo presentó, por estos motivos, en la sesión de anteayer un proyecto tremendo. Los empleados del telégrafo nacional debían ser militarizados. Había que asimilar al director de telégrafos a la clase de coronel, al jefe de líneas a la clase de teniente coronel, a los jefes subalternos a la clase de sargentos mayores. Los telegrafistas se llamarían en adelante militares. Y cuando se sublevasen les caería encima el código de justicia militar.

Pero la Cámara de Diputados, olvidándose hasta de que el señor Criado y Tejada es su primer vicepresidente, recibió con mala cara el proyecto militarizador.

Y unánimemente, con un gran carpetazo violento y descomedido, declaró que ni siquiera lo admitía a debate.

Pálido y desmelenado, el señor Criado y Tejada estuvo a punto de abrirse en cruz para pedir justicia al cielo. ¿Cómo era posible que la Cámara no permitiese por lo menos que se discutiese su iniciativa? ¿Cómo era posible que la tirase al canasto casi sin leerla? ¿Cómo era posible que no tuviese la bondad de entregarla al eterno estudio de las comisiones? El

señor Criado y Tejada quiso ponerse de pie. Pero tan reciamente había repercutido en su corazón el carpetazo de la Cámara que no pudo hacerlo y cayó exánime sobre su carpeta.

Fue una tragedia.

Una tragedia sin palabras.

(En *El Tiempo*: Lima, 16–IX–1918)

VOCES

*El civilismo*

Bajo el gentil gobierno del señor Aspíllaga, el partido civil se empeña en concentrarse. Cree que ha llegado la hora de que se acaben los cismas, de que se abracen los disidentes, de que se junten los dispersos, de que se olvide el pasado y de que, en una palabra, se agrupen todos los civilistas de la república. Y pregona en voz alta su ideal de que un mismo techo, una misma bandera y una misma ambición concierten y armonicen el sentimiento del civilismo.

El proyecto no es nuevo naturalmente. Desde el día en que la primera escisión amenguó su poderío, el civilismo notó la necesidad de volver a ser uno. Todos los grupos civilistas convinieron en que no estaba bien que el civilismo anduviese dividido.

Pero la unificación fracasó siempre. Fracasó, fracasó, fracasó invariablemente. Hubo esperanzas de feliz éxito cuando se puso la jefatura del partido en las manos prudentes, sabias y sagaces del señor don Javier Prado, personaje respetado y querido por todas las facciones del partido civil. Pero vino enseguida el conflicto entre el gobierno y el señor Prado y los civilistas volvieron a fraccionarse. Unos se llamaron pradistas. Y otros se llamaron pardistas.

Ahora los civilistas creen que la unificación se hará. Dicen que antes la unificación era un problema porque se pretendía que comprendiese al civilismo leguiísta. Pero que, poco a poco, el civilismo leguiísta ha dejado de ser civilismo para ser leguiísta únicamente y, por añadidura, se ha asociado a muchos enemigos del civilismo.

Además, hoy la unificación no sólo no será con el civilismo leguiísta. Sino contra el civilismo leguiísta. Los civilistas adictos al señor Leguía no sólo han perdido su título de civilistas. Según los demás civilistas han adquirido, en cambio, título de vituperables apóstatas.

Precisamente el próximo regreso del señor Leguía al Perú incita y

apresura a los civilistas a reorganizarse y entonarse. El nombre del señor Leguía es para los civilistas una palabra agorera. Y el señor Leguía es el enemigo supremo.

Así, pues, vamos a asistir no a una unificación estimulada por el anhelo del triunfo común sino a una unificación estimulada por el miedo al peligro común. Los civilistas se reconcilian, más que para seguir en el poder, para evitar que el poder vuelva al señor Leguía.

Pero se reconcilian siempre.

(En *El Tiempo*: Lima, 17–IX–1918)

VOCES

*Asamblea vecina*

El domingo se pondrá chaqué y tarro el partido liberal. Así lo ha acordado, entre sorbo y sorbo de chocolate, su junta directiva. Así lo ha dicho luego en grandes avisos su rotativo. Así nos lo había anticipado en una esquina, zalamero y solícito, el señor Pinzás.

El público espera esta asamblea liberal con la mirada muy atenta. Y hay muchas razones para que ocurra. No sólo es que esta asamblea va a presentarnos vestido de parada al partido liberal y no, como antaño, en momentos de conspiración y desventura sino en momentos de poderío y hegemonía. No sólo es que esta asamblea va a indicarnos el pensamiento del doctor Durand y de su proselitismo acerca del problema de la sucesión presidencial. Es, principalmente, que esta asamblea va a hacernos conocer a distintos y novísimos adherentes del liberalismo.

Muchos que eran liberales han dejado de serlo durante los tres años de apogeo del partido liberal; pero muchos que no eran liberales han comenzado a serlo durante esos mismos tres años de apogeo. Un partido gana en popularidad cuando está en las barricadas de la oposición. Pero, igualmente, gana en personal figurativo y en ropaje social cuando está en las alturas del poder. La jornada cívica, el mitin revolucionario y la montonera andina son antiestéticos. Los ama únicamente el pueblo descamisado y tumultuoso.

El gobierno le ha quitado al doctor Durand y al partido liberal mucha aureola callejera; pero ha mejorado su "élite" representativa y directriz.

Y, además, acontece que en estos años el doctor Durand ha perfeccionado sus facultades de sugestión. Es ahora más sagaz, más persuasivo y más insinuante que en sus bizarros tiempos de cabecilla jacobino. Se ha aclimatado dentro de la diplomacia y la galantería. Y algunos de sus amigos, el señor Pinzás principalmente, lo secundan con eficacia en su labor de capacitación y conquista.

El señor Pinzás no era acaso un buen auxiliar del doctor Durand para las

andanzas azarosas y truculentas de la revolución –varón demasiado estudioso, demasiado sereno y demasiado gordo, no podía avenirse con la vida del vivac y la correría lo mismo que con la vida del parlamento, y el periodismo–. Pero, en cambio, es actualmente, un precioso auxiliar del doctor Durand para sus empresas tranquilas e incruentas de la ciudad y de palacio.

Nos parece, verbigracia, que el señor Pinzás ha tenido participación sustancial en una de las más valiosas adquisiciones recientes del liberalismo: la de nuestro ilustre amigo el doctor don Sebastián Lorente y Patrón.

Movido probablemente por las inspiraciones de sus lecturas cotidianas, el señor Pinzás pensaba tal vez que en un partido no debía faltar un médico alienista. Pensaba tal vez que en un partido era indispensable un profesional capaz de curar cualquier locura y de prevenir cualquier desequilibrio. Pensaba tal vez que en un partido peruano esta necesidad había de ser forzosamente mayor que en ningún partido de la tierra. Y, así mismo, pensaba tal vez que el doctor Lorente y Patrón, ávido de especulación científica, no podría desperdiciar la coyuntura de averiguar para qué podría servirle un alienista a un partido nacional.

Y ahora, sin duda alguna, el señor Pinzás sonríe contento, mientras el doctor Lorente y Patrón se prepara a distribuir sus horas y sus energías entre el manicomio de la Magdalena y el partido liberal.

(En *El Tiempo*: Lima, 18–IX–1918)

VOCES

*Registro abierto*

Hay muchedumbre de candidatos a la Presidencia de la República. El único convicto y confeso es el señor Aspíllaga. Pero son muchos los que son candidatos sin decirlo, sin quererlo y sin negarlo. Al margen del nombre del señor Aspíllaga aparecen todos los días nombres nuevos. Unos para borrarse solos y otros para no borrarse así no más. Un nombre que no se borra por ningún motivo y que se mantiene firme al lado del nombre del señor Aspíllaga es el del señor Durand. Y parece escrito de puño y letra del señor Durand.

Esta abundancia de candidaturas momentáneas y furtivas proviene únicamente de que la gente no tiene confianza en la suerte final de la candidatura del señor Aspíllaga. El señor Aspíllaga se encuentra rodeado por mucha gente que aprecia demasiado sus merecimientos y excelencias pero que no cree en su triunfo. Y que, gobernada por esta incredulidad, busca mentalmente otra candidatura. El partido civil, por ejemplo, es oficialmente aspillaguista, pero tiene la seguridad de que no va a serlo por mucho tiempo.

El señor Aspíllaga, dueño de un espíritu eternamente joven y optimista, no toma en consideración esto.

Piensa, probablemente, así:

–Hay hombres de poca fe que dudan del buen éxito de mi candidatura. Pero esos hombres de poca fe me estiman y me acompañan. Son los que buscan una candidatura que sustituya a la mía; pero son, en tanto, los que sostienen mi candidatura. Los días se les pasan buscándome reemplazo; pero se les pasan sin encontrarlo.

Y, desde el interior muelle y aristocrático de su limousine, saluda a la gente.

La gente le contesta con ojos amorosos. Pero enseguida continúa barajando los nombres de los candidatos posibles. Y pasa del nombre del

señor Durand –nombre de tradición revolucionaria– al nombre del señor Miró Quesada –nombre de silenciosa captación–. Y pasa del nombre del señor Villarán –nombre de aureola catedraticia–, al nombre del señor Bentín –nombre en olor a santidad. Y pasa de otro nombre a nombre más. Es como si la gente leyera la nómina de todos los personajes ilustres de la república.

El partido nacional democrático es acaso el único que tiene en los labios un solo nombre: el nombre del señor don Manuel Vicente Villarán. Y es que el partido nacional democrático, como buen partido de jóvenes cultos, no puede pensar sino en una candidatura de mérito intelectual. Y que, al mismo tiempo, tenga fisonomía de candidatura.

Pero el partido nacional democrático es uno.

Y nada más que uno.

Y uno que no se sabe si va a tener o no asiento en la convención de los partidos patrocinada por el señor Pardo.

Además de que no se sabe siquiera si va a haber o no va a haber Convención.

(En *El Tiempo*: Lima, 19–IX–1918)

VOCES

*El joven Perú*

Muy bonita nos parece la circular del partido nacional democrático. Muy bonita, muy bonita, muy bonita. Y es natural, señores, que así sea. Pocas veces se juntan en un documento político tan honesta y sana doctrina, tan fervoroso y puro idealismo, tan castizo y donairoso lenguaje, tan pulcra y atildada ortografía, tan aseado y limpio propósito y tan sustanciosa y ponderada reflexión.

Estamos habituados a que los partidos nos hablen a la criolla, sin respeto a la gramática y en un estilo de editorial provinciano plagado de lugares comunes y sazonado con vulgarísimos refranes. Y una circular escrita por la grave pluma de un comentador en reales escritos y pintor de nobles paisajes obligadamente tiene que sabernos a gloria, a néctar y a manjar blanco.

Además el partido futurista, por ser un partido mozo, es el que más entusiasma nuestra ánima "palomilla" de jovenes escritores y de buenos muchachos. La señera elocuencia, el gallardo pensamiento y la ilustre erudición de tales y cuales políticos del futurismo nos han contado siempre entre sus más espontáneos panegiristas y admiradores. Muchas veces hemos rabiado contra el destino felón y hosco por su tesonería en cerrarles la puerta del Parlamento al señor La Jara y Ureta y al señor Belaúnde.

Por mil motivos, pues, hemos devorado con los ojos los acápites de la circular futurista. Por mil motivos nos ha enamorado su anhelo de que suceda al gobierno del señor Pardo un gobierno grande y sólido que nos libre de todo mal. Por mil motivos hemos sonreído con su esperanza y hemos llorado con su queja.

Todos los peruanos queremos eso que quieren los futuristas. Todos, absolutamente todos. No le negamos esa aspiración a nadie. Creemos que la siente lo mismo el señor Pardo que el señor Aspíllaga, lo mismo el señor Durand que el señor Bernales, lo mismo el señor Miró Quesada que el señor Villarán.

Los partidos deben sacrificar su interés ante el interés de la república.

La ventura y la tranquilidad nacionales son lo primero. Hay que pensar en el porvenir. Hay que mirar sus nubecillas y sus incertidumbres. Hay que prevenirse cautamente contra los peligros. Muy bien.

Un partido político que nos grita que no pide nada para sí y que todo lo pide para la nación es un partido que no puede dejar de enternecernos y de hacer que de emoción se nos salten las lágrimas a borbotones.

Pero esta sencilla ingenuidad tiene que acabarse al poco rato.

Y poco a poco, recordamos que el partido nacional democrático ama demasiado la salud del país, pero que no la ama más que todos los peruanos. Ahora, por ejemplo lo alarma terriblemente la posibilidad de que el país caiga en la peor anarquía, de que venga un gobierno débil y anónimo y de que se repitan los pronunciamientos de cuartel. Pero no es esto solo lo que le alarma. Lo que le alarma principalmente es que, minuto a minuto, se va opacando la posibilidad de que los partidos se reúnan en una convención para elegir candidato nacional a la Presidencia de la República.

El futurismo siente la inminencia de que la lucha electoral se haga sin convenciones ni alianzas. Ve que los civilistas quieren conchabarse con los liberales para ir juntos a las elecciones. Comprende que puede quedarse al margen de la contienda, lejos del mando del gobierno y lejos del bando de la oposición. Y, como no se contenta con seguir de espectador, se intranquiliza y se exaspera.

No puede conformarse el futurismo con la desventura pública. ¡Evidentemente! Pero tampoco puede conformarse con que, después de haber amañado el proyecto de una alianza con el partido demócrata, después de haberse engreído con la expectativa de pronunciar en la convención un voto decisivo y después de haber pensado en la candidatura del señor Villarán, se pretenda resolver el problema de la sucesión presidencial sin darles puesto en la batalla.

Y es por eso que la circular nos parece muy bonita, muy digna del partido nacional democrático, muy honrosa para la grave y doctoral juventud asociada bajo la presidencia del señor don José de la Riva Agüero y muy generosa y bellamente inspirada; pero muy poco eficaz para provocar el concierto nacional que los futuristas desean.

Porque se descubre a primera vista para qué lo desean.

(En *El Tiempo*: Lima, 20–IX–1918)

VOCES

*Otra asamblea*

Estamos a un paso de la asamblea demócrata. Los miembros del comité y de las delegaciones del partido demócrata han acordado que la asamblea se realice el domingo veintinueve. Lo que puede ser que represente un homenaje particular de los demócratas al día veintinueve.

Tenemos, pues, al mismo tiempo, a los liberales en el umbral de una asamblea trascendental, a los demócratas en la antesala de otra asamblea exhumadora, a los nacionales democráticos en atrenzo de predicadores de la concordia universal y a los civilistas con el de la candidatura del señor Aspíllaga en hombros. Los constitucionales son los únicos que parecen inactivos. Y, seguramente, lo parecen no más.

El público se entusiasma y grita:

–¡Esto se pone emocionante! ¡Candidatura del señor Aspíllaga! ¡Candidatura del señor Durand! ¡Manifiesto de los futuristas! ¡Asamblea de los liberales! ¡Asamblea de los demócratas! ¡Unificación de los civilistas! ¡Viaje del señor Leguía! ¡Silencio de los constitucionales!

Y piensa que no va a tener tiempo para asistir a todos los espectáculos en perspectiva y que no va a tener tiempo, especialmente, para glosarlos y comentarlos.

Ahora toda la atención ciudadana se concentra alrededor del partido demócrata. Los demócratas preocupan a todas las gentes. Atraen sus miradas y reinan en sus conversaciones.

Es, naturalmente, porque se cree que dentro del partido demócrata hay una conflagración sorda que va a resolverse en la asamblea. Según las voces callejeras los demócratas viejos no andan muy bien avenidos con los demócratas jóvenes. Los demócratas viejos desean que la presidencia del partido sea para el señor don Carlos de Piérola. Los demócratas jóvenes no se oponen a este deseo, pero desean, por su parte, que la jefatura del partido sea para el señor don Isaías de Piérola. Y los demócratas viejos, que,

avisados y cautos comprenden la intención de este anhelo, proponen que la jefatura siga vacante. Piensan que es muy riesgoso tocar asuntos dinásticos. ¡Viva el partido! pero, por lo menos mientras haya dos herederos, ¡viva sin jefe!

El leader de los demócratas jóvenes es un demócrata viejo: don Francisco de Rivero. Un demócrata que, por orgánica y recalcitrante rebeldía, ha gustado siempre de colocarse al lado de la juventud. Y que en estos momentos protesta a voz en cuello de que la asamblea no sea lo que a su juicio, debe ser.

Pero no sabe tanto el diablo por diablo. Los demócratas viejos, aprovechándose de que el señor Rivero no es sino uno, acaban de prevenirse contra cualquiera actitud turbulenta de los demócratas jóvenes. Como la asamblea es suya la han reunido en privado anticipadamente. Y la han hecho acordar en privado lo que debe acordar el domingo veintinueve en público.

Y han arreglado todo de tal manera que cuantos esperan que la asamblea resulte sensacional y decisiva, que son innumerables, vivan engañados.

Habrá asamblea el veintinueve. Pero no para designar jefe del partido. Tampoco para designar candidato a la Presidencia de la República. Habrá asamblea para que el actual comité directivo continúe gobernando la acción del partido según su leal, honesto y autorizado saber y entender. Habrá asamblea, en una palabra, para que se sepa oficialmente que el partido demócrata está reorganizado. Y para que se vea que, además, está apto para intervenir eficazmente en las próximas elecciones presidenciales.

Murmuran regañones, los demócratas jóvenes:

–¡La asamblea no puede hacer lo que le dé la gana!

Y el señor Otano, gestor conspicuo de la reorganización, les responde paternalmente:

–¡Pero, hijos de mi alma! ¡Si para eso es asamblea!

(En *El Tiempo*: Lima, 21–IX–1918)

VOCES

*Días oscuros*

Según el calendario, cuya autoridad es suma, hoy debíamos entrar en la primavera. Pero parece que en esta ocasión el calendario no es circunspecto. Amanecemos con la seguridad de que en vez de un día de primavera, vamos a tener solamente un día de asamblea liberal.

Estas nieblas pertinaces, estos aires helados, estos cielos plomos y estas lluvias intermitentes nos dicen que la primavera anda muy lejos. No podemos pues creer que hoy entraremos en ella. Y hemos de convenir, más bien, en que lo que principia no es la estación de los amores sino la estación de las elecciones. No es la estación de las flores y de los trinos sino la estación de los gritos y de los cierra puertas. No es la estación alabada por los versos de los poetas y festejada por los himnos de los estudiantes sino la estación inmortalizada por los ásperos gritos de los truhanes y de los matones de la zambocracia.

Aunque el calendario no lo anuncia la estación electoral ha llegado indudablemente.

El señor don José Carlos Bernales, ilustre y amoroso padrino de toda conciliación y de todo concierto, congregó en la mañana de ayer en su domicilio a muchos senadores y diputados para poner en marcha el proyecto de la convención.

Y asistiremos esta tarde a la primera solemne asamblea política de la estación. Y vendrán, una tras otra, las demás asambleas. Vendrá quién sabe, después de todas ellas, la asamblea grande encargada de la suprema misión de elegir candidato a la presidencia de la república. Y vendrán finalmente muchas asambleas callejeras, asambleas populares, asambleas tumultuosas. Asambleas gobernadas por la majestad criolla del pisco.

Y es que ya es tiempo de que nos preocupemos intensamente de la sucesión presidencial. El mes de octubre, que es el mes del Señor de los Milagros, se irá en un suspiro. Y el mes de noviembre, que es el mes de

todos los santos, de la romería al Cementerio y del general Cáceres, nos traerá enseguida muchas emociones, muchas inquietudes y muchas sorpresas. Aparecerá en el Callao o en la frontera el señor Leguía. El señor Pardo cambiará de gabinete. Y el señor Aspíllaga será el candidato del régimen o será un candidato de la historia antigua.

Los liberales, por ejemplo, se reunen hoy en el Restaurant del Zoológico, donde quedan todavía guirnaldas de la fiesta italiana, para encaminar sus pasos acerca del problema de la sucesión. Necesitan verse juntos, solidarios y resueltos. Y quieren que les saquen un retrato en grupo.

Hospitalario y festivo el Zoológico los aguarda. La ciudad ansía saber qué semblante tendrá una asamblea liberal convocada desde el gobierno y no, como en otros tiempos, desde los campamentos de la revolución. El doctor Durand, asistido por el señor Pinzás, se siente virtualidad de candidato. Y el doctor Sebastián Lorente y Patrón, con sus recién venidas credenciales de delegado liberal en el bolsillo, no sabe bien si va a oficiar de alienista o de político.

Y todos nos decimos que puede ser que haya espectáculo extraordinario, que puede ser que haya espectáculo fuera de programa, que puede ser no más.

Pero que, de todas maneras, habrá siempre mucho público en las galerías porque no en balde ésta es la inauguración de la temporada.

(En *El Tiempo*: Lima, 22-IX-1918)

VOCES

*En camino*

Ahora sí vamos a oír hablar todos los días del proyecto de la convención. Antes de ayer el proyecto de la convención no era sino un proyecto del señor Pardo. Pero desde el mediodía del sábado ha pasado a ser un proyecto de todos los parlamentarios de buena voluntad reunidos bajo el auspicio del señor don José Carlos Bernales. El señor Bernales, gobernado por las peculiaridades de su temperamento conciliador, se ha echado a cuestas la misión de juntar en una asamblea nacional a los partidos que están en el poder y a los partidos que no están en el poder. Y ya sabemos cuán tesonero, persuasivo y sagaz es el señor Bernales cuando predica la paz y la concordia.

El proyecto de la convención comenzaba a morirse de frío. No había quién lo abrigara ni quién lo protegiera. Había uno que otro partido que se aproximaba a él para dirigirle por cortesía una frase cariñosa. Pero no había un partido que lo recogiera del suelo y lo albergara en su tienda.

Y era que el partido civil y el partido liberal, los partidos del gobierno, no querían que el proyecto de la convención se pusiese en marcha. Deseaban que se lo llevase el viento. Y se conchababan íntimamente para no darle la mano.

Naturalmente no creían discreto herirlo y golpearlo. Esto de ninguna manera. Su interés consistía en frustrar la convención, pero sin que pareciera que ellos la frustraban, sin que pareciera que eran sus enemigos y sin que pareciera que la miraban con poca simpatía y tibio fervor.

El señor Bernales, por eso, ha dado un golpe ruidoso. Ha levantado el proyecto de la convención, que tiritaba caído, y ha llamado a un grupo de senadores y diputados de filiación surtida para que lo ayuden a empujarlo. Y ha organizado una comisión parlamentaria que llamará a las puertas de los partidos y de las agrupaciones para pedirles que concurran a una asamblea nacional.

El momento es, pues, emocionante.

El partido nacional democrático, empeñado en procurar la armonía de los ciudadanos, es el primer panegirista de la convención; y el partido demócrata, resurgido con un afán muy grande de lucha, también aprueba la convención siempre que se compadezca con la doctrina de don Nicolás de Piérola.

Pero los demás partidos andan reacios.

El partido constitucional guarda muy mal recuerdo de la convención que le cupo alentar, preparar y dirigir. Mira enojadamente el Palacio de Gobierno. Y piensa que gracias a una convención se halla el señor Pardo en la Presidencia de la República.

Y los partidos del gobierno se miran las caras. Cada uno de ellos tiene su candidato propio. El partido civil al señor don Antero Aspíllaga. El partido liberal al señor don Augusto Durand. Y ni al señor Aspíllaga ni al señor Durand les gusta la idea de una convención de todos los partidos. Ambos saben que la convención le evitaría al señor Pardo el embarazoso compromiso de decidir. Y ambos apetecen que el señor Pardo decida.

Aunque en la tarde de ayer, congregado solemnemente en el Restaurante del Zoológico, el partido liberal haya declarado que la idea de la convención le place mucho.

(En *El Tiempo*: Lima, 23–IX–1918)

VOCES

*Médicos de cabecera*

Estábamos seguros de que el ingreso del doctor Lauro Curletti y del doctor Sebastián Lorente y Patrón en el partido liberal tenía que ser estimado en toda su trascendencia por la asamblea del Zoológico. Estábamos seguros de que el doctor Curletti y el doctor Lorente y Patrón serían sentados a la diestra del doctor Durand en la mesa directiva del partido liberal. Estábamos seguros de que el doctor Durand los acogería con los brazos abiertos.

Y estábamos en lo justo.

El doctor Curletti y el doctor Lorente y Patrón son desde el domingo secretarios del partido liberal. El partido liberal los ha recibido solícita y amorosamente en su seno. Y los ha colocado entre sus personajes predilectos.

Es que ambos esclarecidos médicos son, sin duda alguna, una inyección de sangre lozana, de energía renovadora y de ideal tónico para el partido liberal. Ninguno de los dos ha acometido nunca la empresa criolla de armar una montonera en las alturas serranas. Pero ninguno de los dos ha sido alguna vez flaco y medroso para la lucha noble y para el ímpetu bizarro.

Mucho aman uno y otro su profesión. Pero más apego y gusto le tienen a la política sana, honesta y doctrinaria. Más que la medicina los entusiasma la sociología. Y, en vez de expedir recetas curativas para las dolencias corporales, quisieran expedir recetas curativas para los malestares de la patria.

Hace un año tuvieron el raro antojo de acaudillar al pueblo en las elecciones municipales. Los vimos en trato y concomitancia con las muchedumbres mestizas. Publicaron avisos, contrataron victorias, organizaron asambleas, tocaron a las puertas de los ciudadanos y amañaron comicios.

Nosotros, buenos y leales amigos suyos, pero gente un poco escéptica

ya, nos reímos de su empeño:

–¡Pero, hombres de Dios! ¿Para qué se meten ustedes en estas cosas? ¿No son ustedes acaso hombres de espíritu distinguido y pulcro? ¿Cómo es posible, luego, que los atraiga y complazca la jornada cívica?

Y ellos casi nos comen:

–¡Ustedes se equivocan! ¡Nosotros no somos hombres de espirítu distinguido y pulcro como ustedes dicen! ¡Y ustedes, ustedes que así nos tientan, son unos burgueses miserables!

Pero en el pecado llevaron la penitencia. Dirigieron y orientaron al pueblo hasta la víspera de las elecciones. El día de las elecciones hallaron al pueblo dormido, dormido a pierna suelta, dormido como un lirón. Y, naturalmente, perdieron las elecciones.

Ahora su inquietud, su desvelo y su entusiasmo, los han llevado al partido liberal. Prudente y sagaz el doctor Curletti, grave y socarrón el doctor Lorente, han vuelto los dos a la actividad política en momentos de gran agitación para nuestra democracia. Y le han hecho sentir inmediatamente a la ciudad la inminencia de que el partido liberal entra otra vez en la vida del mitin ciudadano y de la jornada cívica.

Y nosotros, que estamos unidos a ellos no sólo por el vínculo de la amistad sino también por el vínculo del socialismo –pues bolcheviques nos hemos llamado siempre ellos y nosotros–, los hemos buscado otra vez para interrogarles como en los días de la contienda municipal:

–¡Pero, hombres de Dios! ¿Para que se meten ustedes en estas cosas?

Y ellos, impenitentes y optimistas, se han indignado de nuevo:

–¡Nosotros no podemos despreocuparnos de la suerte de la república! ¡Nosotros queremos orientar al pueblo! ¡Nosotros tenemos que defenderlo, como el señor Cornejo a los universitarios, con nuestra palabra y con nuestro pecho! ¡Nosotros no podemos negarle nuestro esfuerzo al bien!

¡Ilusos siempre!

(En *El Tiempo*: Lima, 24–IX–1918)

VOCES

*Jornada inminente*

Los demócratas siguen excitados. Creen que no vale la pena reorganizarse, después de cuatro años de letargo, para ir a una asamblea serena y protocolaria y para firmar un pacto con algún candidato o cruzarse de brazos ante las elecciones presidenciales. Y quieren a porfía que haya ruido, bulla, tumulto y viva Piérola en las calles de la ciudad.

Graves, ponderados y conspicuos varones de la junta directiva se afanan por que la reorganización se opere tranquila y silenciosamente. Desean que la asamblea del domingo no sea sino un acto decorativo. Piensan que el partido demócrata, debilitado por el sueño, tiene que moverse con mucha cautela y muy grande discreción.

Pero los demócratas no se avienen bien con tan prudentísimo empeño.

Y se preguntan en las esquinas:

–¿Somos o no somos demócratas?

Y se responden con su grito tradicional:

–¡Viva Piérola!

Y parece que no va a ser fácil tranquilizarlos. El doctor Sebastián Lorente y Patrón dice que el caso es grave. Los demócratas, según el eminente facultativo, han sido siempre unos agitados. Su agitación ha sido, sin duda alguna, una agitación patriótica. Pero de todas maneras ha sido una agitación bien caracterizada. Y, sobre todo, colectiva.

Además mucho tiempo se han pasado los demócratas lejos de todo entusiasmo callejero y de todo ardimiento cívico. El famoso recibimiento a don Isaías de Piérola en 1913 y el voto de honor a don Carlos de Piérola en 1915 fueron las últimas vibraciones de la popularidad pierolista. Y uno y otro sucesos se hallan muy distantes.

El pierolismo tiene, pues, una nostalgia muy profunda de procesión cívica y de comicio plebiscitario. Y, por eso, no logra prevalecer el criterio de los viejos demócratas representativos que apetecen una asamblea sin

estruendo y sin cohetes.

A unos pasos de la imprenta, en este mismo jirón y en esta misma acera, abre todos los días sus puertas una casa política que recoge, organiza y disciplina el proselitismo de don Isaías de Piérola. Se amontonan en esa casa las adhesiones del pierolismo de los barrios obreros. Los chalacos ofrecen una de sus clásicas irrupciones estrepitosas en las plazuelas metropolitanas. Y en las legendarias calles de Abajo del Puente, la gente de pelo ensortijado, como dijo un día el doctor La Jara y Ureta, siente que comienza a hervirle en sus venas la sangre tropical y pierolista.

Estamos, por consiguiente, empezando a dudar que la asamblea demócrata del domingo sea, como se anunciaba, una asamblea sin importancia. Porque, aunque en homenaje a la concordia demócrata se solucionen las discrepancias actuales, habrá siempre en la ciudad vítores y banderas.

Ya se habla, en la casa política del pierolismo dinástico, de una cita en la Alameda de los Descalzos, teatro, hogar, campamento y escenario de todas las grandes jornadas demócratas.

(En *El Tiempo*: Lima, 25–IX–1918)

VOCES

*Partido militante*

No piensen ustedes que la actividad del partido nacional democrático se reduce al manifiesto del otro día. Ese manifiesto no es sino su primer síntoma. El partido nacional democrático se halla entregado de veras al trajín callejero y a la plática domiciliaria. No busca sólo el concierto de los ciudadanos por medio de los documentos literarios. Lo busca, principalmente, por medio de la labor personal de sus dirigentes.

El futurismo llama a las puertas de todos los hombres de sano corazón y claro discernimiento. Manda recados, pide entrevistas, agita teléfonos y procura confidencias. Realiza poco a poco, una encuesta sobre el tema de la convención de los partidos.

Aunque idealistas y románticos, los políticos del futurismo comprenden que con circulares y discursos no se hace política. Y que necesitan hacerla como la hacen todos los partidos criollos. Con poco vuelo intelectual y con mucho esfuerzo práctico. Poca literatura y mucha mecánica.

Y se mueven sin descanso.

Una de sus preocupaciones del momento es la reorganización demócrata. El partido nacional democrático se asusta hondamente con la posibilidad de que el partido demócrata se divida, se conflagre y se debilite. Y se afana por que se pongan de acuerdo los demócratas que quieren que haya jefatura con los demócratas que no quieren que la haya.

Los futuristas, como descendientes, afines o simples amigos de los demócratas, se tutean con todos ellos. Comparten sus nostalgías de ruido popular y de exaltación pierolista. Y se hallan en aptitud de darles consejos sin cortedad y sin ceremonia.

Y, así, van en la mañana a la casa del señor don Carlos de Piérola y van en la tarde a la casa del señor don Isaías de Piérola. A uno y otro les hablan en nombre del mismo viejo vínculo de la devoción al gran caudillo del 95. Y les ponderan la necesidad de que el partido demócrata no menoscabe su

fuerza por una discrepancia sobre un capítulo de sus estatutos.

Pero, naturalmente, no son muy imparciales en esta gestión. Simpatizan más con don Isaías de Piérola y sus partidarios que con los demócratas antiguos, representativos y graves. La juventud los solidariza con don Isaías de Piérola. Sienten que con él tienen más confianza y más intimidad. Y desean con toda el alma que los demócratas se avengan; pero que se avengan de modo que triunfe don Isaías de Piérola.

El público mira atentamente el ajetreo de los futuristas. Observa sus operaciones. Apunta tal o cual visita del señor don José de la Riva Agüero. Constata satisfecho la inminencia de un discurso del señor don José María de la Jara y Ureta. Y escudriña el inquieto pensamiento del señor Víctor Andrés Belaúnde. Y, después de hacer como que repara en la inocencia momentánea de los pasos del futurismo, se pregunta:

–¿Pero, cómo aseguran que el futurismo opera por cuenta de la candidatura del señor Villarán? ¡Si todo lo que realiza hasta ahora es en servicio de la concordia demócrata! ¡Una labor sentimental de mediación de familia!

Y los futuristas que oyen la pregunta se encantan con ella sin preocuparse de su intención:

–¡Es que así somos nosotros! ¡No queremos sino la felicidad de la patria!

Y se entusiasman tanto que no se fijan siquiera en que entonces el público se sonríe.

(En *El Tiempo*: Lima, 26–IX–1918)

VOCES

*Aires de primavera*

Todo no es preocupación prosaica en la Cámara de Diputados. Muchas veces se filtra por los cristales de la farola un lírico y pasional rayo de luz. Y la política huye entonces de la sala de sesiones y se esconde en sus penumbrosas galerías laterales. Y pasa por las ánimas, rejuveneciéndolas e iluminándolas, una onda de inquietud romántica. Y suenan risas de felicidad ingenua y sencilla. Y se asoma el buen humor a todos los labios y a todas las palabras. Son estas las veces en que la Cámara de Diputados renueva sus timbres y su título de cámara joven.

Actualmente, por ejemplo, mientras en la ciudad no se habla sino de temas políticos, en la Cámara de Diputados no se habla sino de temas sentimentales. Mientras en la ciudad no se piensa sino en la convención de los partidos, en la asamblea demócrata y en el pierolismo dinástico, en la Cámara de Diputados no se piensa sino en el matrimonio y sus problemas anexos. El proyecto de impuesto a los solteros y el proyecto de divorcio, aparte del advenimiento literario de la primavera, son quien sabe los principales estímulos de este erotismo legislativo.

No parece sino que en la Cámara de Diputados se hubiese enseñoreado repentinamente la primavera. Porque, en verdad, se respira ahí el ambiente, preñado de amartelamiento idílico y de poesía huachafa, de la vituperable comedia "Amores y Amoríos". Se descubre, no sólo en la plática privada sino hasta en el debate público, ritmo de marcha nupcial. Y se siente un pertinaz efluvio de epitalamio.

Aseguran los diputados que los responsables de esta rara y novísima atmósfera parlamentaria son los señores don Emilio Sayán y Palacios y don Manuel Bernardino Pérez. Ambos eran insignes y recalcitrantes solterones. Ambos acaudillaban las huestes de la galantería. Ambos tenían bien ganada notoriedad de donjuanes. Y ambos se han casado de la noche a la mañana pese a sus convicciones famosas e intransigentes.

El señor Carrillo, galán sistemático y criollísimo, nos habla así:

–El señor don Emilio Sayán y Palacios y el señor don Manuel Bernardino Pérez eran los leaders de la soltería en la Cámara de Diputados. Uno y otro tenían contextura y fisonomía de "ases" del celibato. Y, sin embargo, ya han visto ustedes cómo han sido vencidos por la captación dulce y sagaz del amor sacramental de la boda católica y del ramillete de azahares. ¿Qué puede esperarse entonces de nosotros, pobres discípulos e imitadores suyos?

Y, en tanto que el señor Carrillo prorrumpe en estas lamentaciones, las miradas y los guiños y las murmuraciones de la Cámara se concentran alrededor del señor don Juan Pardo, flor y espejo de galantes caballeros. Y enseguida asedian al señor don Juan de Dios Salazar y Oyarzábal, célibe no menos ilustre y obstinado. Y caen luego, sobre el señor don Manuel Químper, que aunque conserva todavía continente y modales de chiquillo, figura de hecho y de derecho en el escalafón de los solterones.

Las preguntas se vuelven unánimes:

–¿Se casará también el señor Pardo? ¿Se casará también el señor Salazar y Oyarzábal? ¿Se casará también el señor Químper?

Y el señor Salazar y Oyarzábal, acaso porque el matrimonio es eficaz para robustecer la importancia de un político, pronuncia su confidencia:

–Yo estoy de novio.

Y enseguida, regando eses en el camino con la frase, con la mirada y con los bigotes, se escapa de la Cámara muy de prisa, sin oír al señor Morán que, echando los cimientos de un chiste, asegura a la sordina:

–Salazar va en busca de la "viuda"...

Como ustedes saben, el señor Salazar y Oyarzábal es un gran rocamborista.

(En *El Tiempo*: Lima, 27–IX–1918)

VOCES

*El sí civilista*

El señor Bernales ha sonreído ayer plácidamente. Aguardaba la respuesta del partido civil a su encuesta sobre la convención. Y el partido civil, reunido bajo el auspicio del señor Aspíllaga, ha acordado contestarle que irá a la convención. Que era, naturalmente, lo que tenía que contestar.

El sí era obligado.

El partido civil no había contraído hasta ayer ningún compromiso en pro de la convención. Los demás partidos, con excepción del partido constitucional, han soltado prenda anticipadamente. El partido liberal, en un voto solemne, ha dicho que la convención merece todos sus afectos. El partido nacional democrático se ha declarado colaborador de todas las convenciones habidas y por haber. Y el partido demócrata ha vuelto varias veces los ojos hacia una carta del señor don Pedro de Osma, autor inicial del proyecto de una nueva convención.

¿Qué iba a hacer, pues, el partido civil?

Probablemente al partido civil no le conviene la convención. En la convención no van a servirle mucho sus influencias y sus prestigios de partido capitalista y aristocrático. No va a ser el único partido preponderante. Va a ser un partido numéricamente igual a los demás.

Estamos seguros de que en otros tiempos, en los buenos tiempos de su hegemonía y de su unidad, el partido civil se habría negado a concurrir a una convención de tantos partidos. Habría transigido con una coalición segura y definida; pero no habría transigido jamás con una convención indecisa y riesgosa.

Y, ahora mismo, el partido civil le habría hecho huesillo a la convención si se hubiera sentido con fuerzas para resolver por su cuenta el problema de la sucesión presidencial. Eso de someterse a la veleidosa voluntad de tres o cuatro partidos no puede gustarle ni un poquito.

Pero el acierto del partido civil ha consistido siempre en su ductilidad

y en su perspicacia. El partido civil no se abre paso luchando contra las circunstancias sino acomodándose dentro de las circunstancias. Sabe que las circunstancias son más poderosas que los hombres y que los partidos. Y no se rebela nunca contra ellas.

Hoy, por ejemplo, no sólo ocurre que la convención ha sido recomendada por el señor Pardo. Y no sólo ocurre que ya cuenta con empresario. Y no sólo ocurre que este empresario es el señor Bernales. Y no sólo ocurre que el señor Bernales tiene muy buena mano.

Ocurre que hoy ninguno de los partidos es capaz de aventurarse solo,en el camino electoral. Ninguno de los partidos quiere dar un paso ni lanzar un grito aisladamente. Todos necesitan agarrarse de las manos para perderle el miedo a las elecciones. Hay hambre de solidaridad y de agrupamiento.

Y es que se presiente que el enemigo es común.

*Atisbando el horizonte*

Padecemos una equivocación cuando miramos en el señor don Manuel Vicente Villarán al candidato de transacción del partido nacional democrático. El señor Villarán es, sin duda alguna, el candidato del partido nacional democrático. Pero no es su candidato de transacción. Es su candidato de combate.

El partido nacional democrático, como partido joven, romántico y enamoradizo, admira y quiere a varios ilustres personajes. Pero admira y quiere sobre todo, a dos: al señor Maúrtua y al señor Villarán. El señor Maúrtua y el señor Villarán son los dos mejores amigos y más amados maestros del futurismo. Son los dos amores de sus amores. Son, como se dice en criollo, sus dos "camotes".

Uno de ellos tenía que ser, forzosamente, el candidato del futurismo a la Presidencia de la República. El candidato predilecto, el candidato genuino, el candidato representativo. Sólo que la elección no era difícil. No podía recaer de ninguna suerte en el señor Maúrtua. El señor Maúrtua es un estadista de mentalidad y preparación extraordinarias. Pero no posee contextura peruana de presidenciable. Es demasiado bolchevique. Tiene geniales y frecuentes arranques de "palomilla". Y profesa ideales socialistas que asustan a la burguesía criolla aunque, probablemente, la burguesía criolla no llegue a entenderlos ni estimarlos. Para que el señor Maúrtua fuera presidente del Perú sería necesario que se operase un cambio

sustancial en la conciencia pública.

Luego el candidato de los futuristas no podía ser sino el señor Villarán. La candidatura del señor Villarán, "camote" máximo de los futuristas, como el señor Maúrtua, representa para el partido nacional democrático un homenaje al mérito intelectual y a la ciencia universitaria. La bandera de esta candidatura constituye, en manos del partido nacional democrático, la bandera de su idealismo.

Pero los ideales son los ideales.

El partido nacional democrático no puede hacer por la candidatura del señor Villarán sino lo que está en sus fuerzas. No puede avanzar hasta el sacrificio y la heroicidad. Recomendando la candidatura del señor Villarán satisface su sinceridad sentimental. Y dándole su primer voto en la convención cumplirá su deber amistoso. Pero no puede ir más allá. No puede, no puede, no puede. Después del primer voto del partido nacional democrático tendrá que amoldar sus anhelos líricos dentro de la realidad dura y amarga. Buscará entonces una candidatura de conciliación.

Y bien.

Se conviene universalmente en que la juventud no es previsora. Pero esta juventud futurista no se parece a todas las juventudes. Es una juventud que sabe refrenar a tiempo su locura, que sabe medir prudentemente su ideal y que sabe gobernar con cautela su pasión. Es una juventud que ha adquirido muy pronto la gravedad de la madurez.

Por eso en este caso es previsora. Y en vez de pensar únicamente en la lucha piensa ya en la transacción. Está en sus labios la candidatura del señor Villarán y está, al mismo tiempo, en su mente otra candidatura. Si ganamos con el señor Villarán, magnífico; pero si no ganamos con el señor Villarán, qué vamos a hacer. No nos vamos a morir de pena. Tenemos que ver el modo de ganar con otro.

Y desde ahora le tenemos echado el ojo al otro.

No es profesor de derecho constitucional como el señor Villarán. No es abogado de campanillas como el señor Villarán. No es orador de sustanciosa palabra como el señor Villarán. Pero es, acaso, más viable que el señor Villarán. El señor Pardo tiene puestas en él todas sus complacencias de pariente. El partido civil lo considera casi suyo. El partido demócrata lo mira como a un afín. Y se llama don Felipe de Osma y Pardo.

(En *El Tiempo*: Lima, 28-IX-1918)

VOCES

*Domingo veintinueve*

El día es del partido demócrata.

No se reunirá la asamblea organizada por los demócratas viejos del señor don Carlos de Piérola; pero sí se reunirá el comicio organizado por los demócratas jóvenes del señor don Isaías de Piérola. No habrá ceremonia oficial; pero sí habrá bulla callejera. Tendremos viva Piérola en la Alameda de los Descalzos y en la Plaza de la Exposición como en los más ilustres días del pierolismo.

Los demócratas representativos, varones de suma prudencia y de grande cautela, no quieren que la asamblea se celebre en medio de gritos que la asusten. Desean ver pasar bajo sus balcones a los partidarios del Sr. don Isaías de Piérola. Y se proponen tomar dentro de dos o tres días un acuerdo muy sereno y ecuánime que acredite su ponderación y sagacidad. Venga primero el comicio. Después vendrá la asamblea.

La finalidad de todo esto es que no haya cisma. El partido demócrata debe volver a la lucha política. Pero debe volver unido y vigoroso. Un comicio y una asamblea simultáneos podrían traer rozamientos y encontrones que no son propios de una reorganización.

Y la reorganización demócrata tiene en estos momentos mucha entraña.

Acaba de llegarnos, como un síntoma, una declaración del señor Osores que dice así:

–Aquí, señores, no hay sino dos partidos: el constitucional y el demócrata. ¡Dos partidos históricos! ¡Dos partidos tradicionales! ¡Dos partidos populares! ¡Dos partidos que representan dos apellidos gloriosos :Piérola y Cáceres!

Y que termina con este grito:

–¡Viva don Isaías de Piérola!

Tenemos, pues, que andar muy atentos. El señor Osores es un político que siempre calla. Y, por eso, cuando habla, el país pesa sus palabras y

escudriña su contenido. Ahora, indudablemente, el señor Osores más que en ninguna otra ocasión no puede hablar a humo de paja. Habla porque conviene que hable. Habla porque se necesita que hable. Habla porque la hora está como mandada hacer para que hable.

Además pasa por la calle un rumor:

–No sólo se prepara una convención. También se prepara una coalición. A aquellos a quienes no les gusta la palabra convención les gusta la palabra coalición. Todo no es sino cuestión de términos.

Y esto, en el instante en que los demócratas se preparan para reunirse en los Descalzos, es muy grave, muy grave.

Muy grave, señores.

(En *El Tiempo*: Lima, 29–IX–1918)

VOCES

*Primera jornada*

Reapareció ayer en el escenario nacional el partido demócrata. Y reapareció, como en sus legendarios días, con el grito de viva Piérola en los labios, en las banderas, en los sombreros y en el corazón. Hubo sonoro hervor popular en la Alameda de los Descalzos. Tocaron las bandas criollas el himno de la patria. Y el señor Isaías de Piérola montó a caballo para atravesar la ciudad, con bizarro aire de caudillo, a la cabeza de las muchedumbres.

Vimos, pues, claramente que habíamos entrado de lleno en el proceso electoral. Hasta ayer los únicos síntomas de la proximidad del mes de mayo eran los preparativos de la convención de los partidos. No pasábamos como quien dice, del prólogo. Conferencias, reportajes, manifiestos, tertulias, trajines, entradas y salidas.

Pero ayer fue otra cosa.

El grito de viva Piérola, que tantas veces sacudió al país, que tantas veces sacó de quicio a los ciudadanos, que tantas veces tuvo son de clarinada revolucionaria y que tantas veces significó una protesta, una aspiración y una esperanza, volvió a ser el grito de la multitud.

El señor Pardo lo oyó bajo los balcones de Palacio.

Tal vez se preguntó antes de asomarse:

–¿Otra vez un Piérola es candidato a la Presidencia de la República?

Mas probablemente se respondió enseguida que no y salió entonces a contemplar con tranquilidad y contentamiento el desfile.

Y la ciudad entera apenas concluyó la jornada, vertió su legítima y honda curiosidad en este comentario:

–Bueno. Todo está muy bien. Que el partido demócrata se reorganice. Que el señor don Isaías de Piérola sea su jefe. Que renueve sus históricas citas en la Alameda de los Descalzos. Y que ponga frenética a la gente de pelo ensortijado. Pero dentro de un instante eso no será nada nuevo.

Necesitamos saber qué va a hacer ahora el partido demócrata. ¿Va a sumarse a los partidos de la convención? ¿Va a entenderse con el señor Leguía? ¿Va a probarnos que los piropos del señor Osores tienen su porqué? ¿Va a encarar el problema de las elecciones cogido de las manos con el partido nacional democrático?

Nosotros compartimos, por supuesto, la ansiedad metropolitana; pero, sin embargo, no quisimos dejarnos poseer por ella.

Saturados de pierolismo recorrimos las calles para recoger avara y golosamente los ecos del último viva Piérola de la tarde.

Y sólo nos detuvimos cuando, desde una ventana de la casa del señor don José Carlos Bernales, nuestro gran ministro bolchevique señor Maúrtua, alborozado y jocundo, nos llamó para interrogarnos:

–¿No han visto ustedes pasar al pueblo? Y si lo han visto pasar, ¿no han vibrado con su pasión y con su entusiasmo? ¿Y no se han convencido de que todo este noble y romántico pueblo que viva a Piérola es socialista como yo?

Tuvimos que esconder la mirada tras de un barrote de la ventana.

(En *El Tiempo*: Lima, 30–IX–1918)

VOCES

*La aritmética legal*

El debate del presupuesto pierde, poco a poco, su solemnidad.

Antes, como lo ha recordado con apenada voz el señor Salazar y Oyarzábal, el presupuesto era el eje de grandes batallas parlamentarias. Los miembros de la minoría lo criticaban globalmente en largos discursos altisonantes. Y los ministros de Estado y los miembros de la mayoría lo defendían colectivamente. Pasados los cinco primeros días venía la guillotina. La guillotina provocaba clamores, carpetazos y muecas. Algún orador oposicionista, resuelto heroicamente a hablar una semana entera, aseguraba a grito herido que la mayoría lo amordazaba. Y todavía no se acababa el espectáculo. Terminado el examen general del presupuesto se entraba en el examen parcial de sus pliegos y partidas. Se sucedían las sumas, las restas, las multiplicaciones, los incidentes, las controversias y los desbordes retóricos.

Ahora todo esto ha cambiado mucho. El debate del presupuesto no saca ya a la gente de sus casillas. No solivianta la pasión de las oposiciones. No pone en cuitas a los ministros. No abruma a los taquígrafos. No arrebata a los periodistas. Es, más bien, un debate que hace bostezar al gobierno, al parlamento, a la prensa y al pueblo.

El Ministro de Hacienda manda a la cámara su proyecto. La comisión de presupuesto lo compone y lo retoca. Y comienza una tertulia lánguida y fría entre el ministro de hacienda y los representantes. Esa cifra no es exacta. Esta cifra es preferible. Aquella cifra es imprudente.

El debate actual tiene tales características. Apenas si lo anima la presencia del señor Maúrtua en el Ministerio de Hacienda. El señor Maúrtua ha puesto en su proyecto algunas señales de su espíritu renovador y reformista. Y ha ido a la cámara a sostenerlo con la palabra sagaz y elegante y el pensamiento sustancioso y altísimo de todos sus discursos parlamentarios.

El señor Morán, por ser probablemente el más joven de los diputados de la minoría, ha acometido con entusiasmo la empresa de agitar y calentar el debate. Ha hecho uso de la palabra muchas veces. Y se ha empeñado en que la discusión del presupuesto tenga el tono grave y ruidoso de otros tiempos.

Pero es en vano.

El señor Salazar y Oyarzábal, impresionado por el apasionamiento fervoroso del señor Morán, ha acudido en su auxilio.

Y ha exclamado:

–¡Oh, los antiguos debates del presupuesto! ¡Cuán distintos eran señores diputados!

Todo inútilmente.

El debate se desenvuelve sin estruendo y sin emoción, como si también en él se hubiese enseñoreado el desgano, la pereza y el escepticismo que a todos se nos va metiendo en el alma.

(En *El Tiempo*: Lima, 1º –X–1918)

VOCES

*Mes de los milagros*

Este mes de octubre es un mes preñado de sorpresas. Durante este mes tiene que llegarnos la noticia de que el señor Leguía ha salido de Londres y durante este mes tenemos que asistir al desenlace de las gestiones en pro de la convención. Y alrededor de ambos acontecimientos tienen que producirse muchas cosas inesperadas y emocionantes.

El instante es, por eso, de gran expectativa.

Creía la gente que nos íbamos aproximando, poco a poco, a una simplificación del problema presidencial. Pero andaban engañadas. Y hemos entrado en el mes de octubre sin que se haya retirado de la cancha una sola pretensión ni una sola esperanza. Ahí está siempre, asomada a los balcones de la casa del civilismo, la candidatura del señor Aspíllaga. Ahí está siempre, con cara de malas intenciones, el partido del doctor Durand y de la asamblea del Zoológico. Ahí está siempre, buscando adhesiones verbales, el manifiesto del partido nacional democrático. Ahí está siempre enrareciéndole el aire a la convención, la habilidad silenciosa y sagaz del señor Osores. Ahí está siempre, dando sus puntadas en la sombra el señor Antonio Miró Quesada. Ahí está siempre, en hombros de sus merecimientos universitarios, la posibilidad de la candidatura del señor Villarán.

Y ahí está, recién llegado y bien venido, el partido demócrata, con el señor don Isaías de Piérola montado a caballo todavía.

Nada se ha aclarado, pues, en estos días. Todo se ha complicado y enredado más si se quiere. Y no se encuentra por ninguna parte una palabra que oriente a los que han menester de orientación.

Don Isaías de Piérola, requerido por nosotros, no nos dice sino esto:

–Yo no he rechazado ni rechazo la idea de la convención; pero tampoco he comprometido ni comprometo a los demócratas a favorecerla y servirla.

Y, como nosotros no nos conformamos con tan poco, nos interpela risueñamente:

–Miren ustedes. Si yo dijera, por ejemplo, que no creo que la convención se realice, ¿no pensarían muchas gentes que mi suposición no era una suposición sino un deseo?

Y anticipándose a nuestro sí nos agrega:

–Por eso no lo digo...

Y, aunque no es un político que huye de los periodistas sino un político que va a las imprentas a buscarlos, se le pinta en el semblante el deseo de que no le molestemos más con nuestras preguntas.

Otra vez, por consiguiente, después de haber abordado a don Isaías, nos vemos en medio de la calle, despistados e inquietos, sin más certidumbre en el corazón que la certidumbre de que este es el mes de los milagros.

Hay que esperar uno siquiera de la misericordia del cielo.

(En *El Tiempo*: Lima, 2–X–1918)

VOCES

*Compás de espera*

Una carta del señor don José Carlos Bernales ha salido en busca del general Cáceres. No la ha llevado en su pico una bíblica paloma mensajera. Pero de todas maneras le parece a las gentes que más que una carta ha sido una rama de olivo.

El general Cáceres se había encerrado en el silencio más severo. Oía hablar de la convención de los partidos con la misma mudez con que oyó pronunciar su nombre en los días de la revolución. Y ponía una cara muy seria a los que se acercaban a él para preguntarle algo.

El público se entretenía, sin embargo en una apuesta:

–Aceptará la convención.

–No la aceptará.

–Debe aceptarla.

–No debe aceptarla.

–Hará lo que le pida la república.

–Hará lo que le dé la gana.

Y el público trataba entonces de leer la verdad en el semblante del señor Osores. Pero fracasaba naturalmente. En el semblante del leader de los constitucionales no se puede nunca leer nada.

Ahora la espera es, por eso, sensacional.

El señor Bernales, a nombre de la comisión parlamentaria, le había mandado al genral Cáceres la misma esquela que a los demás jefes de partido:

–Queremos decirle dos palabras sobre la convención.

Y el general Cáceres le había respondido:

–Bueno, pero díganmelas por escrito.

Y el señor Bernales le ha puesto lo que desea en una carta muy solícita. Una carta que, después de ser enviada al general Cáceres, ha sido enviada a los periódicos. Una carta que le toca al general Cáceres la fibra del amor

a la patria.

El general Cáceres tiene, pues, que salir de su silencio. Y, con el general Cáceres, el señor Osores. Y, con el señor Osores, el partido constitucional. Y, con el partido constitucional, todos los partidos. El debate se va a hacer general. Nadie se va a quedar callado. La convención va a ser discutida en voz alta y en la Plaza de Armas. No hay remedio.

Pero, a pesar de que el momento es grave, aparece de pronto en las conversaciones una preocupación risueña.

La de que puede ser que la contestación del general Cáceres comience así:

–Mi señor don José Carlos...

(En *El Tiempo*: Lima, 3–X–1918)

VOCES

*Gesto de combate*

El señor Aspíllaga ha dejado fríos a los partidarios, panegiristas y organizadores de la convención de los partidos. Andaban empeñados todos ellos en no hablar de la convención sino con palabras de amor, de cordialidad y de ternura. Y de repente el señor Aspíllaga ha permitido que se le escapase un grito de su sinceridad.

No es, por supuesto, que el señor Aspíllaga haya recibido con mala cara la idea de la convención. Eso no es. El señor Aspíllaga, gentilhombre irreprochable, no es capaz de recibir con mala cara a una persona y mucho menos a una idea. Y la idea de la convención la ha recibido con la mayor de las cortesías. Se ha portado ante ella como un gentleman. Le ha abierto personalmente las puertas de su casa y de su corazón. Y se ha puesto a sus órdenes.

Es que, en el discurso de la tertulia, al pasarles lista a los candidatos invitados a la asamblea, ha pronunciado un voto enérgico:

–¡Leguía, no!

Y ha fundado, enseguida, su voto:

–El leguiísmo no es un partido. Nadie le conoce programa, doctrina ni organización de partido. Y la convención debe ser para los partidos tan sólo.

Un tiro de frente.

Los partidarios, panegiristas y organizadores de la convención han sentido que el alma se les caía al suelo. Está bien, a su juicio, que la convención sea contra el señor Leguía. Está bien que cada uno vaya a ella para cerrarle al señor Leguía el camino de la presidencia. Pero no está bien decirlo desde ahora. Se necesita discreción, diplomacia, sagacidad y prudencia.

Hasta antes de ayer los partidos y los políticos habían empleado un lenguaje dulce y afable. No habían querido negarle a nadie un puesto en la

convención. Y hasta le habían preparado asiento en la convención al señor Leguía.

El partido nacional democrático se había expresado de esta suerte:

–Venga un candidato nacional cualquiera que él sea. No formulamos, por nuestra parte, tachas previas.

Y el señor Bernales había añadido:

–Hagamos la convención, señores; hagámosla en servicio de la patria; hagámosla con todos los partidos y con todas las agrupaciones, sin exclusión alguna.

Natural es, pues, que haya causado sorpresa general la prisa con que el señor Aspíllaga ha tarjado con su lápiz el nombre del leguiísmo de la nómina de agrupaciones y el nombre del señor Leguía de la nómina de candidatos.

Pero natural es también que los leguiístas avisados y burlones hayan exclamado con mucha travesura:

–¿Al señor Aspíllaga no le parece bien que concurramos a la convención? ¡Pues a nosotros tampoco nos parece bien! ¡Estamos de acuerdo con el señor Aspíllaga!

Al señor Osores le ha hecho tanta gracia este comentario que va a tomar hoy el tren de Ancón para poder reírse a solas.

A solas con el general Cáceres.

(En *El Tiempo*: Lima, 4–X–1918)

VOCES

*Palabras sintomáticas*

El señor Pinzás no es hablador ni ligero. Más bien es asaz discreto y redomado. No lo creemos capaz de hacer una declaración baldía e innecesaria. Menos aún lo creemos capaz de hacerla a humo de paja. Sabemos perfectamente que no es orador sino político. Y que admira más al señor Osores que al señor Cornejo.

Además, el señor Pinzás es uno de los personajes más influyentes del partido liberal. El doctor Durand lo ama mucho más que don Quijote a su escudero.

El señor Balbuena pasa todos los días por las calles remolcándolo alegremente hacia la Cámara, el teatro o el ambigú. Y el doctor Lorente Patrón, novísimo secretario del partido liberal, cuida de su salud solícita y sabiamente. El señor Pinzás es en las tertulias semanales del partido el liberal que comenta con más autoridad la política y que se come más bizcochos a la hora del chocolate.

Por consiguiente, son de mucha importancia las siguientes palabras pronunciadas anteayer por el señor Pinzás en la Cámara de Diputados:

–Soy partidario de la convención; pero no soy partidario del señor Aspíllaga. Iré a la convención; pero no iré para votar por el señor Aspíllaga. Iré a votar por quien me dé la gana.

El señor Aspíllaga debe tomarle el peso a esta declaración del señor Pinzás. Debe penetrar en su entraña. Debe aplicarle el microscopio. Es una declaración muy grave. El señor Pinzás no puede haberla pronunciado ingenuamente.

Repare el señor Aspíllaga, por cuya suerte nos tomamos los mayores y más acuciosos desvelos, en que el señor Pinzás no tenía por qué manifestar si era o no partidario suyo. Para asegurar que la convención le parecía buena no tenía por qué agregar también que la candidatura del señor Aspíllaga no le parecía buena. Ni que negaría su voto.

Y fíjese finalmente el señor Aspíllaga en que es muy natural que los liberales no lo desengañen oficialmente sobre su colaboración. Nada se lo exige. Ninguna prisa se lo impone. Lo que les conviene no es decirle de una vez al señor Aspíllaga que no lo acompañan. Lo que les conviene es dárselo a entender.

El señor Pinzás ha estado muy explícito.

–Iré a la convención: pero no es para votar por el señor Aspíllaga.

Y si el señor Pinzás, confesor y favorito de los señores Durand, no piensa votar por el señor Aspíllaga, no es fácil que los liberales de menor jerarquía piensen lo contrario.

No es fácil, señor Aspíllaga.

(En *El Tiempo*: Lima, 5–X–1918)

VOCES

*En las mismas*

No hemos avanzado mucho con pensar en una convención de los partidos, encargarla al patriotismo de los políticos y recomendarla al amor de todos los hombres de buena voluntad de la tierra. El proyecto de la convención, después de caminar tanto y tanto, resulta otra vez en su punto de partida. Y el problema presidencial, aunque las elecciones se hallan ahora muy cercanas, permanece en el estado oscurro y azaroso de hace seis meses.

Sigue el señor Aspíllaga de candidato a la Presidencia de la República. Sigue el doctor Durand quitándole el hombro a la candidatura del señor Aspíllaga. Sigue hablándose de la necesidad de una convención como la de la vez pasada. Y sigue el señor Leguía, emocionante y simbólico, con el pie en el estribo.

Y no es que la idea de la convención no le parezca admisible a las gentes llamadas a resolver su suerte. No es eso. Es que las gentes aprueban la convención; pero todas la quieren de distinta manera.

El señor Aspíllaga, por ejemplo, quiere que sea únicamente una convención de partidos. Y niega la entrada en ella al señor Leguía. Y no considera partido político al partido leguiísta. Y se resiste a que se le ofrezca asiento especial al comercio, a la industria y al trabajo.

El señor Durand, que también quiere la convención, no dice todavía cómo la quiere. Apenas se tiene noticia de que formula a la sordina una cuestión previa: la de que no debe volverse a conceder derecho propio para formar parte de la convención a los ex-ministros y a los representantes a congreso. El señor Durand exige como condición sustantiva la de que ningún partido tenga más delegados que otro. Se opone a que se reconozca valor a la tradición de cada grupo. Cree que debe haber estricta igualdad numérica.

El partido nacional democrático, de consuno con el señor Bernales,

quiere que la convención represente un concierto de todas las facciones, de todos los matices y de todos los pareceres. No quiere convención partidarista. Quiere convención nacional.

El señor don Isaías de Piérola no declara aún si quiere o no quiere la convención. Pero declara que no podrá quererla sino en el caso de que represente una verdadera fórmula de conciliación. Y de que no apañe ni favorezca interés alguno. Y de que no meta la mano en su organización el gobierno. Y de que se invite a ella al leguiísmo.

El partido constitucional, cimiento, base y cabeza de la convención de 1915, tampoco contesta ahora si quiere o no quiere una nueva convención. Va a contestar por escrito, que es también como va a contestar el leguiísmo. Y va a contestar después de un largo rato de espera para que se vea que ha pensado mucho su contestación. Aunque el país le lea en los ojos a su cauto leader, el señor Osores, que ya la tiene pensada.

Las opiniones son, pues, muy distintas.

Hasta el presente momento no se nota discrepancia sobre la oportunidad y conveniencia de la convención en sí misma; pero en cambio, se nota tremenda y sustancial discrepancia sobre los alcances y modalidades de la convención. Y esto es lo grave. Y, por esto, la idea de la convención se ha atracado en el camino.

Sólo el futurismo logra moverla un poquito cuando grita en las esquinas con voz estentórea para que le oiga el gobierno:

–¡O convención de todos los grupos o revolución de Leguía!

(En *El Tiempo*: Lima, 6–X–1918)

VOCES

*Días electorales*

Comienzan las elecciones. Hoy y mañana son días de sufragio estudiantil. Vendrán luego los días del sufragio comunal. Y llegaremos después a los días del sufragio político. Estamos en un período totalmente eleccionario.

Esta vez los universitarios no van a elegir delegados ante la federación. Podemos estar seguros, por consiguiente, de que no van a pegarse de puñadas ni van a publicar cartas abiertas en los periódicos. Van a elegir maestro de la juventud. Y van a elegirlo tranquila y serenamente. Porque, según parece no van a elegirlo sino a reelegirlo. Una elección trae aparejadas siempre muchas dificultades. Una reelección, en cambio, es casi siempre muy sencilla. Para algo representa solamente el reconocimiento de una elección buena.

La hora del sufragio, por primera vez quien sabe, ha sonado en la universidad sin diapasón de lucha. Los universitarios no han tenido problema electoral. Y no han tenido, por ende, que pensar en una convención de los partidos, ni en una asamblea nacional, ni en una concentración de las fuerzas de la derecha contra las fuerzas de la izquierda.

Hay que envidiarlos.

Seguramente el Perú sería muy feliz si la hora del sufragio sonase para él de la misma manera. No estaríamos ahora buscándole reemplazo al señor Pardo. Lo reelegiríamos presidente con todo el entusiasmo con que la juventud va a reelegir al señor Javier Prado. Y se enteraría la humanidad de que estábamos tan contentos de nuestro mandatario como la juventud de su pastor ilustre, sabio y eminentísimo.

Y, probablemente, sin embargo, los universitarios no saben alegrarse de su suerte. Probablemente, aunque aman mucho y muy merecidamente al señor Prado, no quisieran reelegirlo sin oposición y sin tropiezo. Probablemente se duelen en su intimidad de que no haya discrepancia y de que no haya combate. Y probablemente lamentan que no amanezca para

la universidad un día de jornada cívica y de hervor democráticio.

Sólo por esto es, acaso, que algunos universitarios andan por ahí pensando en otro candidato. Otro candidato que, naturalmente, es un afamado profesor de San Carlos. Y que, por una casualidad no más, es también candidato a Presidente de la República.

Pero esto no pasa de ser una novelería. No pasa de ser una travesura de los estudiantes ansiosos de batalla. El nombre del señor Prado está ya inscrito en casi todos los votos y en casi todos los corazones de la Universidad. Y esta tarde misma volverá a ser aclamado con el fervor de siempre.

Tal vez el señor Pardo se desagrade de esta devoción de la juventud al señor Prado. Pero la juventud, no sabemos por qué, suele olvidarse del señor Pardo cuando piensa en los maestros que son. Y hasta cuando piensa en los maestros que han sido...

(En *El Tiempo*: Lima, 7–X–1918)

VOCES

*Voto sensacional*

Parecía que el señor don Javier Prado iba a ser reelegido maestro de la juventud. Parecía porque los estudiantes quieren y admiran mucho y muy justamente al señor Prado. Parecía porque los estudiantes no habían mostrado hasta antes de ayer ninguna preocupación electoral. Parecía porque los estudiantes habían amanecido ayer con el nombre del señor Prado en los labios.

Pero no era como parecía. Conforme ayer lo recordábamos, a los estudiantes no les gusta la unanimidad en la opinión ni en el sufragio. Los estudiantes aman la lucha. Andan siempre buscando la emoción del combate. Y se hallan eternamente dispuestos a la travesura y a la broma.

Y, por eso, había que esperar una sorpresa. Los estudiantes no necesitaban probarle otra vez al señor Prado su adhesión. Habiendo hecho de él hace un año el primer maestro de la juventud del Perú, le tenían tributado el más alto honor y el más rendido homenaje. El señor Prado sabía bien que entre los estudiantes hallaban buena estimación sus merecimientos, sus virtudes y excelencias. Se suponía, en cambio, que la juventud universitaria tuviese un gesto atrevido, temerario y resonante.

Fue así como en la mañana de ayer se enseñoreó de pronto en el corazón de los estudiantes una aspiración ardorosa: la de no emitir un voto universitario sino un voto político. Declaraban los estudiantes, casi unánimemente, que no podían olvidarse de la proximidad de las elecciones presidenciales. Aseguraban que no podían desvincularse del sentimiento popular. Y añadían que, antes bien, les tocaba gobernarlo y presidirlo. Tenían que notificarle al señor Pardo su pensamiento político.

Y sin que hubiera conchabamiento, sin que hubiera protocolo, sin que hubiera contacto siquiera, los estudiantes pronunciaron a la vez una misma palabra:

–¡Leguía!

Temblaron algunos estudiantes amigos del gobierno:

–¡Pero si Leguía no es catedrático! ¡Pero si Leguía no es doctor siquiera!

La mayoría de los universitarios se enardeció con la objeción y gritaron a voz en cuello:

–¡Leguía! ¡Viva Leguía!

Momentos después, en medio de la grita y el pavor del gobierno, se supo en la ciudad que el señor Leguía, símbolo máximo de la reacción contra el pardismo, era el nuevo maestro de la juventud.

Y, como los estudiantes apetecían, hubo tremenda sensación en todas partes.

Asistimos indudablemente a una mataperrada genial.

*Semana festiva*

El premio "Presidente de la República" ha sido ganado anteayer por el señor Aspíllaga. No ha sido propiamente el señor Aspíllaga quien lo ha ganado. Ha sido su hermano Baldomero. Y, por supuesto, tampoco ha sido propiamente don Baldomero quien lo ha ganado. El héroe de la hazaña ha sido "Febrero" uno de los más insignes caballos del Stud Llano. Pero, de todas maneras, para el público la victoria es del señor don Ántero Aspíllaga. Y, es, por ende, de su candidatura.

El suceso no ha podido quedarse encerrado dentro del mundo del turf. Ha repercutido en todas las calles, en todas las casas y en todas las esquinas. No ha cabido en las crónicas hípicas ni en las revistas sociales. Ha penetrado en los dominios del comentario político.

Ha sido anunciado entre grandes admiraciones:

–¡El señor Aspíllaga ha ganado el premio "Presidente de la República"!

Y le ha parecido a la ciudad un síntoma feliz para la candidatura del señor Aspíllaga.

"Febrero" merece, sin duda alguna, ser declarado el mejor servidor y el más eficaz paladín de la candidatura del señor Aspíllaga. Unánimes se hallan las gentes en pensar y decir que "Febrero" ha hecho por la popularidad de la candidatura del señor Aspíllaga mucho más que el periódico aparecido para sostenerla, mucho más que don Pedro de Ugarriza nacido para amarla y mucho más que nosotros, escritores solícitos y buenos, poseídos por el empeño de hablar de ella diariamente con comedimiento y cortesía. Nadie como "Febrero", hasta este momento, ha

sabido atraer la atención nacional sobre la candidatura del señor Aspíllaga con tanta intensidad y tanta excelencia.

El señor Aspíllaga, varón justísimo, piensa seguramente lo mismo que nosotros. "Febrero" debe valer a su juicio, como a nuestro juicio, más que muchos personajes peruanos. Porque "Febrero", aparte de tener la inteligencia necesaria para comprender la importancia del premio "Presidente de la República", posee la virtud preciosa de la lealtad, tan vulgar entre los caballos y tan rara entre los hombres.

Además ningún éxito puede contentar el ánima del señor Aspíllaga como un éxito de esta naturaleza. El señor Aspíllaga, antes que político, es gentleman. Su calidad sustantiva es su calidad de gentilhombre elegante, millonario y espléndido. Un triunfo en las carreras representa para su espíritu distinguido y británico más que un triunfo en los sufragios populares.

Y hoy, más que nunca, la gloria de "Febrero" tiene que poner resplandeciente y feliz la candidatura del señor Aspíllaga. El domingo sólo ha sido para el señor Aspíllaga el primer día de una semana venturosa y dulcísima. El público no ha tenido sino que leer el programa de agasajos en la embajada uruguaya para advertirlo y comentarlo. En ese programa, que es un programa oficial, no figura sino una fiesta particular. Y esa fiesta particular es una matinée del señor Aspíllaga.

El partido liberal ha formulado una observación:

–También figura un banquete del doctor Durand.

Y el público ha replicado:

–¡Pero no es lo mismo! ¡El doctor Durand es el plenipotenciario del Perú en el Uruguay!

Y ha añadido:

–¡El señor Aspíllaga, mientras tanto, va a atender como futuro presidente del Perú al señor Brum futuro presidente del Uruguay!

La semana es, pues, del señor Aspíllaga.

Nada importa que ruede por las calles un chiste perverso:

–¡Aspíllaga ha ganado con "Febrero"! ¡Pero la pierde en mayo!

Y quién sabe mucho antes.

(En *El Tiempo*: Lima, 8–X–1918)

VOCES

*Una tregua*

Demorará todavía un poco en llegar de Ancón la opinión del general Cáceres sobre el problema electoral. El general Cáceres ha sido siempre más militar que político. Y en esta ocasión, ya que se anda asegurando que su declaración va a ser el principio de una gran ofensiva, necesita previamente tomar sus posiciones y organizar sus reservas y sus aprovisionamientos.

Además ocurre también que desde ayer tenemos huéspedes en casa. Huéspedes muy ilustres y gratos. Y, mientras nos honren con su visita, estamos obligados a vivir únicamente para ser corteses, gentiles y solícitos con ellos. En obsequio suyo se ha abierto ya un paréntesis en el debate sobre la asamblea de los partidos. Un paréntesis emocionante porque ha quedado con la palabra el general Cáceres.

Pero no debemos impacientarnos. Los días se pasan volando. Y durante estos días no nos faltarán entretenimientos que nos distraigan el ánimo. La elección de maestro de la juventud tiene que preocuparnos seguramente mucho rato.

Y, por otra parte, esta larga espera le hace "réclame" anticipada a la actitud del general Cáceres. El general Cáceres hablará así en medio de una gran expectación. La carta del señor don José Carlos Bernales habrá sido leída ya en todos los pueblos de la república. Y habrá creado en ellos el mismo convencimiento que aquí sobre la influencia decisiva de la contestación del general Cáceres.

Por supuesto las miradas públicas no dejan de asediar al señor Osores. Y las voces de la curiosidad callejera no dejan de interrogarse. En balde naturalmente porque el famoso leader de los constitucionales se muestra hoy más hermético que nunca.

Amable y zalamero les sonríe a las gentes, pero, prudentísimo y cauto, no les suelta prenda por nada de esta vida.

–Quien espera lo más espera lo menos– les dice acogiéndose a la autoridad de los adagios.

Y no le importa que a su alrededor la ansiedad ciudadana estalle en mil preguntas:

–¿Y es cierto que están en contacto los constitucionales con los demócratas? ¿Y es cierto que ya ha dado usted las primeras puntadas de una gran coalición? ¿Y es cierto que el señor Aspíllaga lo ha invitado a usted a una inteligencia? ¿Y es cierto eso que se murmura y aquello que se presiente?

El señor Osores tiene siempre una respuesta para cada pregunta. Y cuando lo aburren las preguntas, lo que no es fácil por ser mucha su habilidad para contestarlas sagazmente, toma el tren de Ancón en la estación más próxima.

Porque el clima de Ancón le asienta demasiado a su salud esclarecida y fecunda.

(En *El Tiempo*: Lima, 9–X–1918)

VOCES

*Juventud, torbellino*

El momento es de la juventud. Nos visita una embajada uruguaya que tiene en sus títulos estudiantiles su más gentil blasón. La federación de estudiantes va a saludarla mañana con el himno de José Gálvez. El señor don Víctor Andrés Belaunde ensaya una estrofa de amor y de ideal. Se aproximan, una tras otra, la fiesta de la raza y la fiesta de la primavera. La musa de los adolescentes incuba ritmos y rimas para los próximos juegos florales. Y se aclama en los claustros universitarios al nuevo maestro de la juventud señor Dn. Augusto B. Leguía. Los estudiantes campean en todos los sectores de la actualidad peruana. Con motivo de la llegada del señor Brum de ellos es la actualidad social. Con motivo de la fiesta de la primavera de ellos es la actualidad literaria. Hoy todos los sucesos tienen entonación de oda estudiantil.

Y la nota universitaria más resonante es, por supuesto, la nota política. Esa repentina aclamación del señor Leguía tiene hasta ahora perplejas a las gentes. Es un acontecimeinto emocionante, magno y estruendoso que nadie habría sido capaz de predecir.

El gobierno y sus amigos aseguran que la juventud está perdida.

Y le preguntan dramáticamente al país:

–¡Cómo! ¿Esta juventud no se ha contentado con vivar a la revolución en las calles? ¿No se ha contentado con volver chichirimico la plancha del señor Manuel Bernardino Pérez? ¿No se ha contentado con sacarle la lengua al gobierno en las puertas de Palacio? ¿No se ha contentado con tantas demasías y atrevimientos?

Y, después de lanzar estas exclamaciones, suspiran con una pena muy honda para hacer creer que se duelen sinceramente de que la juventud ande descarriada.

Pero, naturalmente, el público, en vez de conmoverse, se sonríe.

Sabe que el pardismo no llora por la juventud ni por la universidad ni

por la patria. Sabe que llora por cinismo. Que no le aflige que la juventud haya hecho de un político su maestro y su guía. Que únicamente le aflige que ese político haya sido el señor Leguía.

Grita el público que no hay entonces razón para tanto plañido y tanto lamento.

Y agrega:

–La juventud es así. Sólo en el Perú se quiere ver a la juventud grave y mesurada. Sólo en el Perú se le niega a la juventud el derecho de ser audaz y de ser espontánea. Sólo en el Perú se pretende ponerle límites a los arranques de su espíritu y a las efusiones de su sentimiento. Sólo en el Perú se ignora que la juventud ha sido, es y será siempre, en todas partes del mundo, revolucionaria y combativa. Y sólo en el Perú no se quiere comprender que si la juventud no fuera capaz de todo denuedo, de todo ímpetu y aún de toda locura, no valdría la pena que hubiese juventud.

Y, finalmente, pronuncia el público una observación risueña:

–Esta elección del señor Leguía no ha sido seguramente un golpe más fuerte para los futuristas que para el señor Pardo. A pesar de que el escrutinio de la elección ha tenido la osadía de considerar un voto del señor Pardo al lado de los trescientos y tantos votos del señor Leguía! ¡Y es que los futuristas deben haberse preguntado qué porvenir puede aguardarle a la candidatura presidencial del señor Villarán en los sufragios populares después de la derrota que ha sufrido su candidatura de maestro de la juventud en los sufragios universitarios! ¡En los sufragios de la gente que le conoce, que lo respeta y que lo admira!

(En *El Tiempo*: Lima, 10–X–1918)

VOCES

*El pan de cada día*

Creen las gentes que el comité de defensa de la alimentación popular ha dejado de existir. Creen que el señor Maúrtua, vencido por el escepticismo del ambiente, lo ha disuelto sin ceremonia y sin etiqueta. Creen, por lo menos, que ha suspendido hasta nuevo aviso su funcionamiento.

Pero no están en lo cierto.

El comité de alimentación subsiste. Y se reúne todos los días. Ocurre tan sólo que, convencido de que el público es asaz malévolo y burlón, no quiere que su labor tenga notoriedad y ruido. Huye de la publicidad y de la exhibición. Pero, a puerta cerrada, delibera, trabaja y se agiliza cotidianamente, bajo la presidencia del gran ministro bolchevique.

Y le sobra razón para recatarse y esconderse.

Cuando sus gestiones eran relatadas por los cronistas, cuando sus iniciativas eran alabadas en los editoriales y cuando sus órdenes andaban de boca en boca, el comité de alimentación era perseguido inclementemente por las travesuras del buen humor limeño. Se aseveraba que en vez de abaratar los artículos los encarecía. Se le echaba la culpa de que el pescado hubiese desaparecido, de que el pan se hubiese achicado y hasta de que la carne estuviese flaca y desmedrada. Y se hablaba risueñamente de un mitin para pedirle al gobierno, como primera medida contra el encarecimiento, la supresión del comité desventurado.

El comité era víctima de las más temerarias y acérrimas crueldades. Y, más que el comité, el señor Maúrtua. El señor Maúrtua era llevado y traído en los chistes y en las mentiras de la murmuración criolla. El comentario callejero lo abrumaba con sus chinitas. No parecía sino que las gentes se habían imaginado que el talento y la ciencia podían bastarle al señor Maúrtua para repetir los bíblicos milagros de la multiplicación de los panes y de los peces y de la pesca copiosa.

Otro Ministro de Hacienda se habría soliviantado. Se habría abatido

profunda e inconsolablemente. Y se habría dicho que la ingratitud humana era muy grande!

Mas el señor Maúrtua es siempre un personaje muy original. Así, por ejemplo, en lugar de enfadarse contra las gentes se reía con ellas. Celebraba sus mataperradas y sus bromas. Y les tomaba el pelo a sus colaboradores del comité de alimentación. Y le tomaba el pelo al gobierno. Y se tomaba el pelo a sí mismo. Las más ingeniosas, audaces y terribles críticas que sonaban en la ciudad eran las suyas.

Sólo que siempre –como no era natural que, desvelándose como se desvelaba, luchando como luchaba y afanándose como se afanaba continuara motejado, pellizcado y confundido–, el comité comprendió, poco a poco, la necesidad de sustraerse a las miradas y a las conversaciones de las gentes. Y tuvo que rogarle al periodismo que respetara su voluntad.

Y desde ese momento actúa privadamente.

No cesa de ocuparse de la alimentación del pueblo; pero no quiere que nadie lo sepa. Y acaso ahora se esfuerza más que nunca. Y, sobre todo, más meritoriamente que nunca. Porque sin que nadie lo vea, sin que nadie lo alabe y sin que nadie lo aplauda, importa trigo, protege a los molinos, vigila las panaderías, vende carbón de palo, piensa en la leche y averigua por qué los más sabrosos y gratos peces escasean y encarecen taimadamente.

Abnegados, solícitos, acuciosos, ejemplares, el alcalde señor Miró Quesada y el director de Beneficencia señor Pérez Araníbar acuden puntualísimamente a las citas del señor Maúrtua. Se resignan a cuidar de la alimentacion de la ciudad sin que la ciudad se lo agradezca. Se oponen a que la ciudad se entere siquiera de su esfuerzo.

Y apenas si sonríen amargamente cuando el señor Maúrtua, incorregiblemente mataperro y maligno, se pone delante de ellos con las manos en los bolsillos y les habla así:

–Pensaba conversar mañana con ustedes sobre el encarecimiento de las legumbres. Pero me he arrepentido. ¡Son ustedes capaces de encarecerlas más todavía!

Y les agrega:

–¡Este comité es tan salado que apostaría que en Buenos Aires se han puesto las subsistencias por las nubes desde que ha llegado Montero! ¡Y eso que Montero no puede establecer allá los puestos de la Salinera!

(En *El Tiempo*: Lima, 11–X–1918)

# ÍNDICE ONOMÁSTICO


ALEJANDRO, el Grande: 297.
ARANA y SANTA MARÍA, Carlos: 210.
ARENAS, Germán: 7, 11, 21, 22, 26, 57, 58, 65, 76, 77, 78, 79, 147, 148, 149, 255, 256, 266, 268, 277.
ARIAS DE SOLÍS, Herminio: 149.
ARIES (Seudónimo de Segundo Lorenzini): 149, 150, 151, 153, 163, 185, 186.
ARISTÓTELES: 103.
ASPÍLLAGA, Ántero: 8, 9, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 26, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 36, 37, 40, 41, 52, 59, 60, 66, 67, 70, 71, 79, 82, 83, 86, 87, 91, 92, 101, 102, 106, 117, 118, 119, 120, 128, 150, 151, 183, 184, 185, 186, 189, 190, 191, 192, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 205, 209, 213, 217, 219, 223, 224, 226, 229, 240, 241, 244, 285, 286, 291, 292, 300, 304, 306, 308, 311, 313, 322, 331, 335, 336, 337, 338, 339, 344, 345, 347.
ASPÍLLAGA, Baldomero: 9, 12, 14, 52, 223, 224, 344.
ASPÍLLAGA, Ismael: 117, 223, 224.
ASPÍLLAGA, Ramón: 9, 14, 52, 87, 117, 183, 223, 224.
BALBUENA, Gerardo: 84, 85, 89, 105, 135, 148, 165, 195, 219, 220, 238, 239, 251, 260, 337.
BALTA, José: 87, 108, 109, 113, 123, 132, 135, 139, 140, 196.
BALLESTEROS, Enrique: 120, 121, 150, 154.
BALLÓN FARFÁN, Monseñor: 50.
BARREDA Y LAOS, Felipe: 29, 141.
BARRETO, Federico: 154.
BARRIENTOS, María: 219, 230.
BARRIOS, Manuel Camilo: 17, 195.
BARZO, Carlos del: 74.
BELAÚNDE, Víctor Andrés: 79, 148, 210, 288, 319, 348.
BELMONTE, Juan: 110, 120, 121, 149.
BENAVIDES, Miguel: 27, 279, 280.
BENDEZÚ, Juan: 225.
BENTÍN, Ricardo: 104.
BERNALES, José Carlos: 15, 25, 27, 28, 29, 36, 53, 59, 60, 61, 65, 67, 79, 80, 86, 87, 88, 91, 97, 103, 104, 115, 119, 122, 123, 130, 155, 186, 191, 200, 202, 203, 213, 217, 226, 240, 241, 306, 310, 312, 322, 323, 328, 333, 334, 336, 339, 346.
BILLINGHURST, Guillermo: 60, 122, 145.
BOLÍVAR, Simón: 157.
BONAPARTE, Napoleón: 180, 297.
BORDA, Carlos: 27, 28, 29, 113, 114, 172, 232, 279, 293.
BRUM, Baltasar: 345.
BUDHA: 26.
BUNSEN: 204, 208, 209, 213, 214, 219.
CAILLAUX, José: 103.
CÁCERES, Andrés A.: 56, 120, 121, 122, 130, 153, 162, 217, 283, 311, 325, 333, 334, 336, 346.
CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro: 169.
CANEVARO, César: 120, 162.
CARAVEDO, Baltazar: 40, 54, 72, 102, 110, 111, 131.
CARMONA, Nicanor: 202.
CARRILLO, Luis A.: 78, 225, 321.
CASTILLO, Daniel: 114.
CAPELO, Joaquín: 131.
CASTRO, Enrique: 237.
CASTRO, Juan Domingo: 94.
CATERIANO, Andrés: 221, 277.
CERVANTES, Miguel de: 169.
CISNEROS, Abel G.: 46.
CISNEROS, Luis Fernán: 107.
CONCHA, Carlos: 41, 49, 50, 51.
CORBACHO, Jorge: 121, 149, 153, 154, 155, 156, 162, 163, 175, 180, 251.
CÓRDOBA, José María: 246.
CORNEJO, Mariano H.: 25, 26, 79, 103, 132, 155, 156, 157, 158, 162, 175, 176, 181, 189, 221, 252, 261, 267, 271, 274, 315, 337.
CORREA Y VEYÁN, Guillermo: 46, 47.
COX, Cecilio: 279.
CRIADO Y TEJADA, Víctor L.: 119, 149, 297, 298, 299.

CURLETTI, Lauro Ángel: 314, 315.
CYRANO DE BERGERAC: 99.
CHECA, Miguel A.: 209.
CHOPITEA, José Ignacio: 19, 202, 203.
DAVID: 119, 120.
DIEZ CANSECO, Juan M.: 65.
DOMINGO, Marcelino: 25, 26.
DURAND, Augusto: 56, 73, 74, 76, 82, 83, 85, 86, 91, 106, 111, 119, 122, 123, 130, 145, 164, 178, 195, 196, 200, 205, 219, 228, 240, 241, 244, 245, 257, 264, 302, 303, 304, 305, 306, 308, 311, 313, 314, 337, 338, 339, 345.
DURAND, Juan: 15, 73, 164, 195, 217.
EÇA DE QUEIROZ, José María: 22, 68, 167.
ECHECOPAR, Enrique: 16, 17, 19.
ECHENIQUE, Miguel: 19, 189, 190, 191, 192, 202, 203, 213.
EDWARDS, Agustín: 160.
ESCALANTE, José Ángel: 93.
ESCARDÓ Y SALAZAR, Enrique: 27, 28, 58, 61, 62, 69, 108, 121.
ESCRIBANO, Paquita: 41, 58, 99, 100, 126, 127.
ESPRONCEDA, José de: 169.
FARIÑA, Francisco: 131, 132, 133, 134, 135, 137, 138, 141, 142, 143, 144, 148, 149, 154, 155, 188, 194, 212, 247.
FERRO, Orestes: 40, 242.
FLORES, Benjamín: 221.
FLÓREZ, Ricardo L.: 136.
FUCHS, Fernando: 108, 279.
GÁLVEZ, José: 348.
GAMARRA, Abelardo: 26, 113, 138.
GAMARRA, Manuel Jesús: 79.
GARCÍA BEDOYA, José Manuel: 21.
GARCÍA Y LASTRES, Nicanor: 93, 123.
GAZZANI, J. Fernando: 130.
GIBSON, Percy: 49.
GÓMEZ: 277.
GRAU, Miguel: 29, 30, 36, 40, 41, 88, 97, 98, 124, 155, 158, 159, 160, 162, 171.
GRAU, Rafael: 30, 160.
HERODES, el tetrarca: 29.
HINDENBURG, Pablo von: 61, 97.
HITA, Arcipreste de: 169, 252.
HUMBOLDT, Alejandro de: 173, 174, 185.
INGUNZA DELGADO, Miguel: 113, 232, 235.
JARA Y URETA, José María de la: 210, 306, 317, 319.
JESÚS: 26, 103.
KALEDIN, Alejandro: 181.
LA FUENTE, César A. de: 111, 158, 179.
LANATTA (Senadores): 162, 168.
LANFRANCO, Leoncio: 46.
LARCO HERRERA, Víctor: 87.
LARRAGÁN, Eliseo: 58.
LARRAÑAGA, Pedro E.: 144, 168.
LAVALLE Y GARCÍA, José Antonio de: 185.
LEGUÍA, Augusto B.: 10, 11, 33, 34, 40, 41, 60, 67, 83, 85, 112, 119, 122, 123, 128, 129, 161, 162, 185, 204, 217, 240, 245, 267, 270, 283, 287, 295, 300, 301, 308, 311, 328, 331, 335, 336, 339, 340, 343, 344, 348, 349.
LEGUÍA Y SWAYNE, Augusto: 162.
LEMOS, Conde de: (ver Valdelomar, Abraham)
LENIN, Vladimir Ilitch: 181, 182.
LICURGO: 211.
LOHENGRIN: 43, 99.
LORENTE Y PATRÓN, Sebastián: 54, 72, 79, 303, 311, 314, 315, 316, 337.
LORENZINI, Segundo: v. Aries.
LUNA, Ezequiel: 28, 29, 113, 114.
LLOYD GEORGE, David: 11, 25.
MAETERLINK, Mauricio: 146.
MAHOMA: 26.
MÁLAGA SANTOLALLA, Fermín: 252.
MANZANILLA, José Matías: 18, 19, 41, 77, 79, 80, 81, 84, 89, 90, 107, 123, 125, 126, 135, 139, 149, 151, 152, 156, 175, 176, 188, 219, 220, 226, 228, 229, 230, 236, 242, 246, 247, 249, 252, 254.
MATOS, José O.: 259.
MATTA: 46, 47.
MAURA, Antonio: 25.
MAÚRTUA, Víctor M.: 15, 21, 45, 46, 55, 68, 69, 75, 76, 77, 83, 85, 87, 88, 89, 90, 97, 98, 103, 106, 108, 116, 118, 123, 124, 126, 131, 132, 133, 134, 135, 137, 138, 142, 147, 148, 155, 156, 159, 166, 167,

171, 172, 175, 176, 182, 188, 193, 194, 210, 211, 212, 216, 217, 220, 221, 226, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 246, 248, 249, 280, 293, 294, 323, 324, 329, 350, 351.
MAVILA, Óscar: 162, 168.
MENACHO, Téofilo: 79, 113, 225, 271.
MENÉNDEZ, Julio C.: 138, 139, 141.
MIRÓ QUESADA, Antonio: 267.
MIRÓ QUESADA, Aurelio: 331.
MIRÓ QUESADA, Luis: 202, 203, 238, 239, 242, 243, 246, 251, 257, 262, 263, 271, 282, 305, 306, 351.
MIRÓ QUESADA, Óscar: 185, 186.
MOISÉS: 134.
MONTERO Y TIRADO, Manuel: 115, 116, 211, 351.
MORÁN, Miguel A.: 237, 321, 330.
MORENO, Carlos: 219.
MOREY: 168, 169.
MUÑOZ, Ezequiel: 46.
MURGA CISNEROS: 298.
NEGRÓN, Humberto: 263, 271, 272.
OLAECHEA, Manuel Augusto: 211.
ORÉ, Felipe Santiago: 110, 130.
ORTIZ DE ZEVALLOS, Manuel: 130.
OSMA Y PARDO, Felipe: 324.
OSMA, Pedro de: 53, 130, 322.
OSORES, Arturo: 261, 325, 326, 328, 331, 333, 334, 336, 337, 340, 346, 347.
OTANO: 309.
PACHECO, Alves: 22.
PARDO, familia: 160, 161.
PARDO, Felipe: 160, 161.
PARDO, José: 3, 4, 9, 12, 14, 16, 18, 19, 20, 21, 22, 28, 29, 30, 31, 33, 34, 38, 40, 41, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 52, 53, 57, 58, 59, 60, 62, 64, 66, 67, 69, 70, 74, 77, 78, 79, 80, 82, 83, 91, 92, 93, 99, 100, 111, 115, 116, 119, 120, 122, 123, 125, 128, 139, 145, 146, 147, 148, 150, 151, 153, 164, 165, 179, 184, 196, 197, 198, 200, 206, 208, 209, 210, 215, 222, 225, 227, 237, 240, 244, 245, 246, 252, 255, 256, 257, 258, 263, 271, 273, 275, 276, 278, 283, 284, 287, 289, 290, 291, 292, 295, 306, 312, 313, 323, 324, 327, 341, 342, 343, 349.
PARDO, Juan: 14, 15, 25, 27, 28, 29, 36, 61, 78, 80, 93, 107, 108, 109, 114, 123, 134, 142, 143, 144, 155, 156, 187, 188, 193, 194, 196, 200, 213, 222, 236, 238, 239, 251, 321.
PARODI, Santiago: 135, 235.
PATIÑO ZAMUDIO, Armando: 246, 247, 250, 251, 255, 256, 258, 259, 261, 263, 264, 265, 266, 267, 268, 269, 271, 272, 273, 274, 275, 277, 278, 281, 282, 285, 288, 290, 291, 292, 298.
PEÑA MURRIETA, Rodrigo: 38, 39, 79, 124, 168.
PÉREZ ARANÍBAR, Augusto: 23, 351.
PÉREZ FIGUEROLA, Arturo: 28.
PÉREZ, Heráclides: 221.
PÉREZ, Manuel Bernardino: 11, 13, 17, 23, 24, 36, 54, 57, 58, 61, 62, 77, 78, 79, 93, 99, 100, 113, 124, 126, 137, 140, 141, 149, 153, 156, 168, 169, 194, 232, 239, 251, 253, 254, 270, 285, 320, 321, 348.
PERRICHOLI, La: v. Villegas, Micaela.
PIEDRA, Alfredo: 11, 42, 129.
PIÉROLA, Carlos de: 131, 218, 308, 316, 318, 325.
PIÉROLA, Isaías de: 308, 316, 317, 318, 319, 325, 327, 328, 331, 340.
PIÉROLA, Nicolas de: 217, 313, 316, 325, 327.
PIÉROLA, señores: 122.
PICASSO, Alfredo: 176, 247.
PINZÁS, Teobaldo: 61, 113, 195, 302, 303, 311, 337, 338.
PIZARRO, Francisco: 145, 226, 227.
PIZARRO, Pablo: 29, 30, 125.
PIZARRO, José M.: 120.
PRADO Y UGARTECHE, Javier: 12, 13, 16, 17, 18, 19, 20, 41, 43, 44, 53, 111, 165, 191, 192, 197, 217, 238, 239, 267, 268, 269, 270, 282, 285, 300, 341, 342, 343.
PRADO, Jorge: 95, 96, 135, 165, 238, 242, 243, 246, 259, 261, 263, 282.
PRADO, Leoncio: 266, 268.
PRADO Y UGARTECHE, señores: 191, 192, 269.
QUEVEDO, Eneas: 175, 176.

QUIJOTE, Don: 337.
QUÍMPER, Manuel: 21, 79, 94, 105, 106, 171, 208, 209, 222, 233, 234, 235, 236, 237, 321.
RACSO: v. Miró Quesada, Óscar.
RASPUTÍN: 50.
RECIO DE AGÜERO, Pedro: 62.
RESTREPO: 15.
REVILLA, Clemente: 166, 213, 221, 231.
RÍOS, Ricardo R.: 78, 93, 194.
RIVA AGÜERO, José de la: 79, 162, 307, 319.
RIVERO, Francisco de: 309.
ROIG RIVERA, José M.: 232, 235.
ROMANOV, Nicolás: 181.
ROUSKAYA, Norka: 50, 255.
RUIZ BRAVO, Pedro: 106, 237.
SALAZAR Y OYARZÁBAL, Juan de Dios: 40, 85, 94, 106, 129, 204, 237, 251, 321, 329, 330.
SALOMÓN, Alberto: 43, 44.
SALOMÓN, Óscar Víctor: 5, 6, 44, 69, 103, 150, 173.
SAMANEZ: 259.
SAN AGUSTÍN: 26.
SAN ANTONIO, de Padua: 152.
SAN BLAS: 50, 51.
SAN JUAN EVANGELISTA: 103, 132, 155.
SAN MARTÍN, José de: 177.
SAN MIGUEL, Arcángel: 155.
SAN PABLO: 39.
SANTA ROSA: 226, 227, 267, 268, 269, 274.
SÁNCHEZ DÍAZ, José: 79, 113.
SANCHO PANZA: 23, 254.
SANTOS: 47.
SAYÁN Y PALACIOS, Emilio: 113, 118, 221, 320, 321.
SAYÁN Y PALACIOS, Samuel: 6, 7, 22, 24, 195, 218, 232, 275.
SECADA, Alberto: 7, 21, 24, 26, 36, 55, 78, 79, 93, 105, 106, 108, 109, 141, 142, 236, 237, 251.
SEGUÍN, Alberto: 49.
SOLF Y MURO, Alfredo: 19, 188.
SOLÓN: 211.
SOUSA, Ernesto: 68, 69, 98, 108, 130, 259.
SPENCER, Herbert: 26.
TELL, Guillermo: 103.
TELLO, Julio C.: 79, 178.
TORRES BALCÁZAR, Juan Manuel: 84, 93, 94, 107, 170, 171, 256.
TROTSKY, León: 181, 182.
TUDELA Y VARELA, Francisco: 11, 26, 28, 32, 33, 41, 52, 53, 57, 64, 65, 70, 71, 86, 156, 158, 159, 162, 183, 188, 193, 194, 196, 200, 215, 219, 221, 222, 230, 235, 240, 241, 244, 275.
TUNANTE, El: v. Gamarra, Abelardo.
UCEDA, Carlos: 113.
URBINA, Manuel: 279.
UGARRIZA, Pedro de: 31, 52, 60, 66, 87, 95, 117, 149, 183, 291, 344.
UGARTE, José Benigno: 154.
ULLOA, Luis: 55, 122.
VALDELOMAR, Abraham: 12, 62, 77, 79, 175.
VERA, Mateo: 74, 75, 110, 177.
VALLE, Félix del: 100, 253.
VIGNATI, Federico: 279.
VILLANUEVA, Rafael: 17, 111.
VILLAGARCÍA, Enrique: 89, 90.
VILLARÁN, Manuel Vicente: 184, 186, 240, 241, 242, 252, 251, 305, 306, 307, 319, 323, 324, 331, 349.
VILLEGAS, Micaela: 154.
VIVANCO, Alejandro: 279.
WAGNER, Ricardo: 43.
WILSON, Woodrow: 25.
YO'KAANÁN: 29.
ZAPATA, Ernesto: 164.

# ÍNDICE


| | Págs. |
|---|---|
| Nota Editorial | VII |

*VOCES*

| | |
|---|---|
| Pistas y pistos | 3 |
| La Punta, alegre... | 6 |
| Otra vez | 8 |
| Leguía viene | 10 |
| Ruta conocida | 12 |
| Donjuanismo político | 14 |
| Esta tarde... | 16 |
| Tinglado civilista | 18 |
| Trueque desventurado | 21 |
| Episodio posible | 23 |
| Más congreso todavía | 25 |
| Mayoría de tres: dos | 27 |
| Otoño trágico | 29 |
| Muy sereno, muy tranquilo | 31 |
| En el prólogo | 33 |
| Oración y bizcocho | 36 |
| Un gran penitente | 38 |
| Lo mismo que ayer | 40 |
| Pobres, pero magníficos | 43 |
| Ternas regionalistas | 46 |
| Mancomunados y solidarios | 49 |
| Parece | 52 |

Bolcheviques, aquí ..... 54
Malandanzas tristes ..... 57
Noticia inocente ..... 59
Rieles y adentro ..... 61
Estamos de crisis ..... 64
El Sr. candidato gentleman ..... 66
Falta uno ..... 68
El candidato postal ..... 70
Viaje conmemorativo ..... 73
El ministro bolchevique ..... 75
Regreso triste ..... 77
Congreso a pasto ..... 79
Mayo pleno ..... 82
Desvíos de la fama ..... 84
En terna ..... 86
El escaño del leader ..... 89
Hacia la convención ..... 91
Miscelánea criolla ..... 93
Raid sonoro ..... 95
Palabras y cigarrillos ..... 97
Coplas y caramelos ..... 99
Único y rico ..... 101
El ilustre Senado ..... 103
Todos en su sitio ..... 105
Don Juan, ingeniero ..... 107
Estamos conspirando ..... 110
Sones marciales ..... 113
Sal y buenaventura ..... 115
De puño y letra ..... 117
Salmo de David ..... 119
Ruido de espadas ..... 120
Ahora que... ..... 122
Seguimos sin quórum ..... 123
Finalizando ..... 125
Galantísimo suceso ..... 126
A lo lejos... ..... 128
Asamblea en ciernes ..... 130
Tercio emocionante ..... 131

Tercera etapa ..... 133
Años y lentes ..... 135
Punto acápite ..... 137
Leader y candidato ..... 139
Ganas no más ..... 141
El pecado mortal ..... 143
En voz baja ..... 145
Pardista a secas ..... 147
Una estrella ..... 149
Finis, finis, finis ..... 151
La historia en la mano ..... 153
Punto final ..... 155
Mansamente ..... 156
Gabinete nuevo ..... 158
Real Felipe ..... 160
Ambiente dramático ..... 162
Miedo también ..... 164
La ciudad y las sierras ..... 166
Sigue el contagio ..... 168
Paz y lluvia ..... 170
Mantel largo ..... 171
Mala corriente ..... 173
Ica de duelo ..... 175
Patria chica ..... 177
La fuerza es así ..... 179
Cable hostil ..... 181
Papel y tinta ..... 183
Invierno crudo ..... 185
Mala espina ..... 187
Rato perdido ..... 189
Un año y otro ..... 191
Otra candidatura ..... 193
Tren de la sierra ..... 195
Elegía ..... 197
Momento de espera ..... 200
Busca que busca ..... 202
Palique no más ..... 204
Aniversario ..... 206

Carreras de gala ..... 208
Legisladores futuristas ..... 210
A solas ..... 213
Días contados ..... 215
Nuestros carlistas ..... 217
El ilustre discípulo ..... 219
No hay crisis ..... 221
Un desistimiento ..... 223
¡28 de Julio! ..... 225
Otra vez ..... 228
Armisticio ..... 230
Tarde mansa ..... 232
Permanente ya ..... 235
La extrema izquierda ..... 236
Sin discursos ..... 238
Mayo viene ..... 240
Nuestros diputados ..... 242
Convencionalmente ..... 244
Revolución caliente ..... 246
El pan nuestro ..... 247
Segundo día ..... 250
En el Congreso ..... 251
Revolución en San Carlos ..... 253
Oyón humea ..... 255
Sin balas ..... 256
Gritos en la calle ..... 258
Paso acelerado ..... 259
Mayoría enorme ..... 261
Partido catedrático ..... 263
El anillo de hierro ..... 265
Escenario de drama ..... 267
Fin de mes ..... 269
La tarde ..... 270
Domingo primero ..... 272
Seguimos sin quórum ..... 274
Junín glorioso ..... 275
Plan de maniobras ..... 277
Principios y estatutos ..... 279

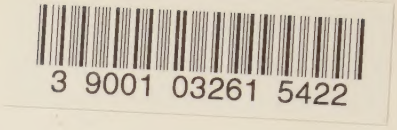
Civilistas y liberales ..... 281
Corren los días ..... 283
Forfait se llama ..... 285
Margen de ideal ..... 287
Besamanos y besamanos ..... 289
Candidato siempre ..... 291
Era así... ..... 293
Porvenir oscuro ..... 295
Una tragedia ..... 297
El civilismo ..... 300
Asamblea vecina ..... 302
Registro abierto ..... 304
El joven Perú ..... 306
Otra asamblea ..... 308
Días oscuros ..... 310
En camino ..... 312
Médicos de cabecera ..... 314
Jornada inminente ..... 316
Partido militante ..... 318
Aires de primavera ..... 320
El sí civilista ..... 322
Atisbando el horizonte ..... 323
Domingo veintinueve ..... 325
Primera jornada ..... 327
La aritmética legal ..... 329
Mes de los milagros ..... 331
Compás de espera ..... 333
Gesto de combate ..... 335
Palabras sintomáticas ..... 337
En las mismas ..... 339
Días electorales ..... 341
Voto sensacional ..... 343
Semana festiva ..... 344
Una tregua ..... 346
Juventud, torbellino ..... 348
El pan de cada día ..... 350

ÍNDICE ONOMÁSTICO ..... 353

Este Tomo 7 de ESCRITOS JUVENILES (Voces IV) de José Carlos Mariátegui se terminó de imprimir el 15 de febrero de 1994, por encargo de la Empresa Editora Amauta S.A., en los talleres de la Editorial Gráfica Labor S.A., sita en la Calle Uno Nº 146, Ate, Distrito de Vitarte, Lima, con Registro Industrial Nº 15–14457–G. L.T. 9812121. R.U.C. 10027675.

La corrección de pruebas estuvo a cargo de Jorge Rosales Hinojosa.

La carátula fue diseñada por Carlos González.


3 9001 03261 5422